



XVI PREMIO



GERMÁN ROZENMACHER

DE NUEVA **DRAMATURGIA**

Retrato de Germán Rozenmacher.
Fotografía de Lucrecia Plat, para el
Centro Editor de América Latina.
Publicada antes en La Hoja del Rojas
(Buenos Aires, septiembre, 1999).

Miceli, Mía

XVI Premio Germán Rozenmacher de Nueva Dramaturgia / Mía Miceli ; Valentina Durante. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Libros del Rojas, 2024.
350 p. ; 20 x 14 cm.

Traducción de: Valeria Castello Joubert ; María Colaneri ; Sandra Andreoli.
ISBN 978-987-1862-40-5

1. Dramaturgia. I. Durante, Valentina. II. Castello Joubert, Valeria, trad. III. Colaneri, María, trad. IV. Andreoli, Sandra, trad. V. Título.
CDD A862



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
CENTRO CULTURAL RECTOR RICARDO ROJAS

Rector: Prof. Dr. Ricardo Jorge Gelpi

Secretaría de Relaciones Institucionales, Cultura y Comunicación: Lic. Paula Quattrocchi

Coordinadora General de Cultura: Mgr. Daniela Zattara



GOBIERNO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Jefe de Gobierno: Jorge Macri

Vicejefa de Gobierno: Clara Muzzio

Ministra de Cultura: Gabriela Ricardes

Subsecretaría de Gestión Cultural: Alejandra Cuevas

Directora General de Festivales y Noches Culturales: Débora Rajtman

Festival Internacional de Buenos Aires (FIBA 2024)

Director Artístico FIBA 2024: Federico Irazábal

Comité de selección 16° Premio Germán Rozenmacher de Nueva Dramaturgia:

Edgardo Dib, María Marull, Belén Galain

Staff CCR Rojas:

COORDINADORA DE PUBLICACIONES: Natalia Calzon Flores. Equipo: Paola Kaiser, Matías Puzio, Gustavo Benzi, Aníbal Barengo.

COORDINADORA DE DISEÑO: Virginia Parodi. Equipo: Daniel Sosa, Roberto Duarte, Mariana Antoniow, Nicolás Del Río.

© Libros del Rojas

Impreso en la Argentina

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia u otros medios sin el permiso previo del editor.

XVI PREMIO



GERMÁN ROZENMACHER

DE NUEVA DRAMATURGIA

Obras premiadas

¡Oh cabezas locas de las religiosas! de Mía Miceli

El estorbo de la carne de Valentina Durante

Edición cuatrilingüe



Libros del Rojas
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES



PRESENTACIÓN



El Premio Germán Rozenmacher fue creado en 1999 por el Centro Cultural Rector Ricardo Rojas, dependiente de la Universidad de Buenos Aires, y el Festival Internacional de Buenos Aires (FIBA), organizado por el Ministerio de Cultura de la Ciudad de Buenos Aires. Desde entonces se viene entregando en ocasión de cada nueva edición del FIBA. Su objetivo es estimular la producción de autores argentinos de hasta 35 años y homenajear la memoria del gran dramaturgo y cuentista autor de *Réquiem para un viernes a la noche* y *Cabecita negra*. En su decimosexta edición el Premio contó con un jurado integrado por Edgardo Dib, María Marull y Belén Galain, quienes leyeron los originales presentados, entre los que se eligieron a los ganadores:

1^{er} Premio: *¡Oh cabezas locas de las religiosas!*, de Mia Miceli

2^{do} Premio: *El estorbo de la carne*, de Valentina Durante

El valor y la cantidad de las obras presentadas, así como la diversidad de sus poéticas (comedia, drama, realismo social, expresionismo, heterogeneidad de la cultura de masas y la globalización, entre otros rasgos), hablan de la potencia y la creatividad de la novísima dramaturgia argentina. El Premio Rozenmacher contribuye al progresivo afianzamiento y

visibilización de sucesivas generaciones emergente, así como a multiplicar la rica tradición de dramaturgia con que cuenta la historia del teatro argentino. Las obras ganadoras son publicadas por el sello Libros del Rojas en edición cuatrilingüe, con traducciones del inglés, francés y portugués, para favorecer su lectura y puesta en escena en otros contextos. Respectivamente, las traducciones han sido realizadas por María Colaneri (inglés), Valeria Castelló-Joubert (francés) y Sandra Andreoli (portugués).

Octubre de 2024

PRIMER PREMIO



¡OH CABEZAS LOCAS DE LAS RELIGIOSAS!

MIA MICELI

Personajes

JUSTINE
HÉLÈNE
AGNÈS
MARION
CROISMARE

1

HÉLÈNE y JUSTINE, *dos novicias francesas en el año 1789.*

JUSTINE.— ¿Y? ¿Cómo soportás las gracias monásticas?

HÉLÈNE.— Con probidad.

JUSTINE.— Se te ve lozana.

HÉLÈNE.— Lo dudo.

JUSTINE.— No podés saberlo, no hay espejos en este convento.

HÉLÈNE.— Escuché que en la abadía de Saint Michel hay.

JUSTINE.— ¿Saint Michel?

HÉLÈNE.— ¿Conocés?

JUSTINE.— Por supuesto que no. La única vez que salí de mi hogar en Lyon fue el día que me trajeron acá.

HÉLÈNE.— Es muy bello. Podrías solicitar un traslado y completar el noviciado allá si quisieras. O en cualquier otro monasterio de Francia, para el caso.

JUSTINE.— No haría a tiempo, solo falta un mes para que tome los hábitos. Además, ¿realmente pensás que la vida en cualquier otro monasterio es muy distinta a esta?

HÉLÈNE.— No lo sé, Justine. Solo estoy conversando.

Entra Sor AGNÈS, madre superiora.

AGNÈS.— ¿Qué hacen mis muchachitas?

HÉLÈNE.— Solo nuestras labores diarias de bordado.

AGNÈS.— No se vayan a fatigar. Justine, tu palidez me preocupa. ¿No querés retirarte a reposar? Si te hace falta, puedo dispensarte de tus tareas.

JUSTINE.— No es necesario, Sor Agnès. Gracias.

AGNÈS.— ¿Y vos Hélène? ¿Cómo te sentís?

HÉLÈNE.— Perfectamente.

AGNÈS.— Ya vieron cómo somos acá. Benevolentes.

Comprensivas. Ay, cómo me gustaría volver a ser novicia, como ustedes, para poder tomar los hábitos de nuevo y unirme a esta hermosa congregación, de nuevo. Aquí adentro todo es tan fácil y feliz. No puede decirse lo mismo de allá afuera. ¿Escucharon las noticias de París?

HÉLÈNE.— ¿Lo de la Bastilla?

JUSTINE.— Son eventos preocupantes. Entre la mala cosecha que asoló al campo, la ineficiencia de Luis XVI para gobernar, el odio que inspira su esposa María Antonieta y esas extrañas ideas republicanas que vienen circulando con saña, quién sabe qué curso puede tomar esa revueltilla.

AGNÈS.— Yo les digo qué curso va a tomar. Violencia. Agitación. Sangre. Decapitaciones. Anarquía. Liderazgo mesiánico. Regresión. Nuevos liderazgos mesiánicos. No, no, no, qué suerte tengo de estar recluida en estas cuatro paredes. Bien, muchachitas. Prosigo. Dios las tenga en su gloria.

Sor AGNÈS se va.

JUSTINE.— ¿Era tu padre quien te esperaba ayer en el locutorio?

HÉLÈNE.— ¿Lo viste?

JUSTINE.— Le pedí un cigarro.

HÉLÈNE.— ¿Te lo dio?

JUSTINE.— No quería, pero no se atrevió a negarse. Tu padre es débil.

HÉLÈNE.— No hay quien no me lo repita. Yo misma se lo repito a él. Cada vez que puedo.

JUSTINE.— Cruel.

HÉLÈNE.— De haber administrado mejor su fortuna, dispondría de una fila de pretendientes ansiosos por pedir mi mano.

JUSTINE.— Pensé que tu padre tenía un buen pasar.

HÉLÈNE.— Lo tenía. Pero el idiota dilapidó la fortuna que tenía reservada para mi dote. Además, la presión impositiva en este país es imposible.

JUSTINE.— Seguramente le quede algo de dinero para ofrecerte a un hombre de apellido humilde y nobles intenciones.

HÉLÈNE.— ¡Puaj! Prefiero encerrarme en este convento antes que entregarme a cualquier pobretón de baja estofa. Ayer se presentó con el proyecto de desposarme a un comerciante de lino. Si por lo menos fuera seda lo que vendiera, pero ¿lino? El lino es un insulto.

Entra Sor AGNÈS.

AGNÈS.— ¿Cómo siguen mis muchachitas?

JUSTINE.— ¿Nunca cultivó proyectos de matrimonio, Sor Agnès?

AGNÈS.— Claro. Mi mano fue solicitada por el candidato más noble y honrado de todos. Les doy una pista. Empieza con Je y terminan con sucristo Redentor.

HÉLÈNE.— ¿Tu padre también dilapidó su fortuna y se quedó sin dinero para pagar tu dote, condenándote a la vida monacal?

AGNÈS.— Bellezas de novicias. Prosigo. Dios las ampare.

Sor AGNÈS sale.

JUSTINE.— ¿Te conté? El marqués de Croismare me sigue escribiendo.

HÉLÈNE.— No.

JUSTINE.— Sí.

HÉLÈNE.— ¿Pero te pretende todavía? Imagino le habrás dicho que pronto te convertirás en monja.

JUSTINE.— Le dije, pero todavía guarda esperanza de que cambie de parecer. No comprende que incluso si no tomara los hábitos, mi familia jamás pagaría una dote para desposarme, con él o con cualquiera. Ya no sé cómo lograr que lo entienda.

HÉLÈNE.— Detallando explícitamente las razones por las cuales tu familia no quiere gastar un centavo en casarte.

JUSTINE.— ¿Qué pretendés que le escriba? “Querido marqués: Mi padre en realidad no es mi padre, por eso me odia y me envió a este convento”. No puedo ser tan explícita, nos revisan las cartas.

HÉLÈNE.— No es un secreto, todos lo saben. En especial el padre Serafín.

JUSTINE.— Una cosa es que sepan tácitamente que soy hija ilegítima, otra que yo lo escriba en un papel.

HÉLÈNE.— No comprendo.

JUSTINE.— Escribirlo sería una confirmación de algo que hasta ahora es solo un rumor, una afrenta a mi familia.

HÉLÈNE.— Nadie precisa de tu confirmación en algo tan bien sabido.

JUSTINE.— Igual, no sería honrado de mi parte, no estaría bien.

HÉLÈNE.— Si de bien se trata...

JUSTINE.— ¿Qué?

HÉLÈNE.— Mantener al marqués en la oscuridad sobre la verdadera razón de tu indisposición nupcial no está precisamente bien.

JUSTINE.— ¿Creés que aceptaría casarse conmigo aun sin que pagaran mi dote?

HÉLÈNE.— Claro que no, eso es imposible.

JUSTINE.— No lo sé, el marqués tiene buenos fondos. Su familia hizo su enorme fortuna en la compra venta de grasa animal. Fue con esa cantidad obscena de dinero que compraron sus títulos nobiliarios.

HÉLÈNE.— Ah. No sabía que fuera un nuevo aristócrata.

JUSTINE.— ¿Y qué con eso?

HÉLÈNE.— Nada. Está muy bien ser un nuevo aristócrata. Lástima que no debe saber con qué mano agarrar un tenedor. Pero volviendo al tema, si sos sincera, podés cultivar en el marqués un buen amigo para cuando adoptes

la vida monástica; siempre viene bien contar con amistades de sociedad.

JUSTINE.— Quizá para vos, Hélène, pero yo no soy interesada. No digo que vos lo seas. Pero no es mi estilo.

HÉLÈNE.— ¿Y cuál es tu estilo?

JUSTINE.— No sé, pero no puedo contarle, sería escandaloso.

HÉLÈNE.— Para tu familia, quizá. Pero no entiendo por qué insistís en protegerlos, cuando ellos te desprecian.

JUSTINE.— No me desprecian.

HÉLÈNE.— ¿Cuándo fue la última vez que una de tus hermanas...

JUSTINE.— Medias hermanas.

HÉLÈNE.— ... Medias hermanas vinieron a visitarte?

JUSTINE.— No importa. En mi situación, lo único que puede decidirse es si ser buena o ser mala, virtuosa o viciosa, vaga o diligente.

HÉLÈNE.— Así que tu estilo es la bondad.

JUSTINE.— Quizá lo sea. ¿Te molesta?

HÉLÈNE.— No. Pocas cosas me molestan. Pero no suena muy divertido.

JUSTINE.— Ya veo, lo divertido es la crueldad.

HÉLÈNE.— Mal que te pese, sí. Preguntale a tu familia, si no.

JUSTINE.— Suficiente, Hélène. Aunque quisiera contarle, jamás podría escribir que soy el cuerpo del pecado.

HÉLÈNE.— ¿Dijiste “cuerpo del pecado”?

JUSTINE.— Así me dijo mi mamá. Yo encarné el pecado de su adulterio. Jamás podría inscribirlo en un trozo de papel. Sería encarnarlo aun más.

HÉLÈNE.— No seas infantil, Justine. Tus padres te abandonaron en este convento como a tantas otras. No vas a ganar un lugar especial junto al señor por comportarte como una esclava medrosa. Te reto a redactar una carta candente que revele toda tu verdad, aunque solo sea para darnos una satisfacción fugaz.

JUSTINE.— Redactala vos, que sos tan elocuente.
 HÉLÈNE.— Lo soy y me resultaría fácil.
 JUSTINE.— No si estuvieras en mi lugar.
 HÉLÈNE.— Soy hábil adoptando puntos de vista diversos.
 JUSTINE.— Me imagino.
 HÉLÈNE.— ¿Me subestimás?
 JUSTINE.— En absoluto, escribila entonces.
 HÉLÈNE.— La escribo sin problema.
 JUSTINE.— Enviala también, si sos tan osada.
 HÉLÈNE.— La envío.
 JUSTINE.— Perfecto, te doy la dirección.
 HÉLÈNE.— Ya la tengo.
 JUSTINE.— Bueno, estupendo.
 HÉLÈNE.— Genial.

2

Un tiempo después.

HÉLÈNE.— ¿Y? ¿Qué contestó el marqués?
 JUSTINE.— ¿A qué?
 HÉLÈNE.— A la carta.
 JUSTINE.— ¿Qué carta?
 HÉLÈNE.— La carta que le envié en tu nombre explicándole por qué no podés casarte con él.
 JUSTINE.— ¿Le enviaste la carta?
 HÉLÈNE.— Me dijiste que la enviara.
 JUSTINE.— Pero no era en serio.
 HÉLÈNE.— Me lo pediste.
 JUSTINE.— Pero era en tono humoroso. No pensé que realmente fueras a hacerlo. ¿Cómo pudiste?
 HÉLÈNE.— Fue muy simple. Emulé tu estilo y pensamiento.
 JUSTINE.— ¿Y qué decía?
 HÉLÈNE.— No recuerdo exactamente. Algo como:
 “Estimado señor marqués de Croismare: Permítame ser directa y cándida. Hoy, en el oratorio, me percaté de que ya no recuerdo la forma de sus cejas. Le solicito que no se mofe de mí. Puede parecerle un evento menor e incluso frívolo. Pero no lo es. ¿Qué otro rasgo de su noble rostro olvidaré ahora? ¿Desaparecerá el color de su cabello del archivo de mi memoria? ¿Se ablandarán los filos de sus pómulos en la imagen que yo de usted retengo? ¿Qué sigue, señor marqués? Desazón”.
 JUSTINE.— Ah, ¿solo eso? Bueno no es tan grave, y ciertamente es poético.
 HÉLÈNE.— Solo eso y unas líneas más que decían algo como: “Los muros de la reclusión monástica nos impiden contemplar más que un interior sin espejos, ¿le conté ya que aquí no se pule la vajilla de plata para clausurar incluso la posibilidad de un reflejo deformado?”

JUSTINE.— Eso es bello, aunque no es cierto.

HÉLÈNE.— “Cerrando las ventanas hacia el afuera, es como si obligaran a nuestros ojos a girar hacia adentro, hacia el interior de nuestro propio ser. Y mi interior, señor marqués, no tiene nada. No se puede imaginar lo nada que tiene mi interior. Ni vocación religiosa, ni deseo genuino. Aquí adentro, aquí bien adentro, todo es vacío. Vacío tirante, señor, vacío del que tensa, del que de tan vacío podría decirse que succiona todo lo que se le acerca”.

JUSTINE.— ¿Eso pusiste?

HÉLÈNE.— “Lo siento a lo largo de los interminables días de contemplación. Un vacío cálido”.

JUSTINE.— No.

HÉLÈNE.— “Quizá sí, húmedo también. Quizá, mi mente medita mientras mi mano escribe, placentero. Porque no perdí todavía el total de mi hospitalidad y ternura. Mi madre se ocupó de inculcarme las buenas costumbres que toda niña de alta alcurnia debería ostentar. Pero, marqués, debe saberlo a esta altura, mi querida madre fue menos rigurosa a la hora de dotarme precisamente de esa alta alcurnia. ¿Soy clara?

Desde muy pequeña he sido consciente de que mi cuerpo, señor, ha nacido del pecado. Lo he sentido aún antes de que mis hermanas, medias hermanas debería decirles, me lo confirmaran con malicia.

Señor marqués, usted sabe que lo aprecio en demasía. Pero ahora también sabe la verdad confirmada de mi puño y letra, y entonces ha de ablandarse su gran y firme pretensión hacia mi persona. Mi familia jamás pagaría por mí una dote correspondiente a su altísimo rango. Así que está decidido, pues no me queda opción. Tomaré los hábitos. Y su cara se hundirá en lo profundo de mi memoria. En lo oscuro de mi vacío. En el agujero cavernoso, hondo y palpitante que yo amparo entre mis órganos.

Suya nunca más,

Justine”

JUSTINE.— ¿Por qué hiciste eso?

HÉLÈNE.— Pretendía asistirte.

JUSTINE.— ¿Y cómo supiste todas esas cosas?

HÉLÈNE.— Ya está hablado, todos sabemos que sos bastarda.

JUSTINE.— Eso no. Lo otro. Lo de mi interior.

HÉLÈNE.— Ah. Se te nota.

JUSTINE.— ¿Qué se me nota?

HÉLÈNE.— Que aun siendo la más piadosa de nosotras, la más adecuada para convertirte en monja y santa, no encontrás en tu corazón el deseo de tomar los hábitos. Ni ningún otro deseo, para el caso.

JUSTINE.— Yo sí tengo deseo. Estoy llena de deseos.

HÉLÈNE.— ¿Y cuáles son?

JUSTINE.— ¿Por qué decís que soy la más piadosa entre las novicias?

HÉLÈNE.— Porque disfrutás de rezar. Lavar platos no te molesta y “te entretiene”. Te gusta taparte el pelo porque tenés mucha caspa. Serías una excelente monja, es una pena que no quieras. ¿O querés?

JUSTINE.— No es que tenga opción.

HÉLÈNE.— Imaginemos que la tuvieras. ¿Lo elegirías?

JUSTINE.— Esta vez te extralimitaste, Hélène. Y te conozco, enviaste la carta por tu interés egoísta de quedarte al marqués para vos misma.

HÉLÈNE.— Para nada. Yo tengo mi propia correspondencia con mis propios pretendientes, aristócratas auténticos. Ahora que Croismare sabe sobre tu bastardez, dejará que sigas tu camino en paz, aunque aborrezcas ese camino. No entiendo el problema.

JUSTINE.— El problema es lo que escribiste, son injurias para mi madre. Y no solo incluiste mi bastardez en la carta, sino también una serie de marranadas lascivas sobre mi agujero cavernoso. Obscenidades tales que, de haberse enterado la madre superiora, yo perfectamente podría haber acabado en el calabozo.

HÉLÈNE.— Siendo franca, pensé que ese sería el resultado.

JUSTINE.— ¿Qué?

HÉLÈNE.— Creí que Sor Agnès interceptaría la carta y te castigaría, y me pareció divertido. Una última broma práctica antes de tu ceremonia.

JUSTINE.— Ah, sí que sos una verdadera graciosa de comedia. Ahora, por tu imprudencia, el marqués ya debe haber leído esta epístola indecente.

HÉLÈNE.— Insisto, encuentro improbable que la superiora haya permitido su envío y, si lo hizo, quizá la misiva se extravió antes de llegar a su destino.

JUSTINE.— No. El correo francés es infalible.

HÉLÈNE.— Bueno, pero quizá ahora con la revueltilla...

JUSTINE.— No, no. El cartero francés es capaz de ir contra viento y marea para entregar una misiva. ¿Cuándo la enviaste?

HÉLÈNE.— Hace más de un mes.

JUSTINE.— Ya debería haber arribado su respuesta. ¿Pero se habrá enviado siquiera?

Entra MARION.

MARION.— Así es.

HÉLÈNE.— Marion.

MARION.— Hélène. Justine.

JUSTINE.— Marion.

MARION.— Así que vos sos la verdadera autora. Ya me figuraba yo que era una prosa demasiado provocativa para salir de la mano de Justine devotín.

JUSTINE.— ¿Justine bebotín?

MARION.— Devotín. Así te decimos porque sos muy devota.

JUSTINE.— ¿Yo soy devota?

MARION.— Te encanta cuidar enfermos, decís que leer la biblia te “despeja el cerebro”, sos experta en lavar ropas, y te gusta taparte el pelo porque tenés caspa. Hélène, te felicito, tus dotes como escritora son excepcionales.

HÉLÈNE.— Pero no comprendo. ¿Qué sucedió con la carta?

MARION.— La encontré mientras realizaba mis labores de limpieza y mantenimiento en la celda de la superiora y, antes de que Sor Agnès pudiera leerla, me la apropié. Siempre audito sus papeles.

HÉLÈNE.— ¿En serio?

MARION.— Es mi único divertimento. Aunque ya les digo, en general sus documentos no son tan estimulantes como su carta. Sí. Su carta me dejó en un estado de estimulación.

JUSTINE.— No es mí carta, nada de lo que dice me representa.

MARION.— Ah, ¿no sos bastarda?

JUSTINE.— No, eso sí. Pero lo otro no, lo otro son calumnias inventadas por Hélène.

MARION.— En efecto, quedé admirada por su inventiva. Por eso, después de guardarla un tiempo para gozar en sus relecturas, no tuve más remedio que mandarla.

JUSTINE.— ¿La mandaste?

MARION.— Tamaña prosa debía alcanzar su destinatario.

JUSTINE.— ¿Pero cómo pudiste mandarla?

MARION.— Sor Agnès no lo iba a permitir. Y no podía permitir que no lo permitiera. Si es una obra de arte.

HÉLÈNE.— ¡Bien! Ahora el marqués sabrá la verdad. Quizá incluso acepte casarse con vos sin recibir ninguna dote.

MARION.— ¡Ja! ¿Sos muy chistosa! ¿Lo imaginan? Además, Justine ya está resuelta a tomar los hábitos.

JUSTINE.— No sé.

MARION.— ¿Cómo no sabés?

JUSTINE.— ¡No, no sé! Pensaba que no tenía opciones y en un punto era más fácil. Ahora que se me abren estas perspectivas me siento muy confundida. La autodeterminación es una trampa. Voy a rezar.

JUSTINE sale.

MARION.— Hélène, ¿podrías escribir más?

HÉLÈNE.— ¿Más de qué?

MARION.— De esto, de lo que quieras, no sé. Deberías ser escritora.

HÉLÈNE.— ¿Pero qué escritora? Preciso casarme, Marion. Vos también precisás casarte si querés salir de acá.

MARION.— Ya sé. Pero tus palabras me revelan pasiones insospechadas. Y, además, esto de la Bastilla me da una sensación de muerte inminente y no puedo pensar en el futuro.

HÉLÈNE.— No deberías escuchar a Sor Agnès. Exagera los peligros del afuera para hacernos creer que adentro estamos a salvo.

MARION.— Precisamente, ya sé que no lo estamos. No es buen momento para unirse al clero.

HÉLÈNE.— No va a pasar nada. Nunca pasa nada.

MARION.— No sé. Me parece que bien puede ser el fin del mundo como lo conocemos.

HÉLÈNE.— ¿Y eso qué? ¿Sabés cuánto tardó el Imperio romano en caer?

MARION.— Por supuesto que no, no recibí educación formal.

HÉLÈNE.— Cien años. ¿Y qué creés que decían las generaciones enteras de romanos que vieron esa caída?

MARION.— No lo sé.

HÉLÈNE.— ¿A qué creés que se dedicaban?

MARION.— No sé. ¿A construir el Coliseo?

HÉLÈNE.— A llevar sus viditas, Marion. Como sus padres antes que ellos y sus hijos después. ¿Creés que se dieron cuenta de lo que vivían?

MARION.— ¿No?

HÉLÈNE.— Por supuesto que no. ¿Quién tiene la lucidez para vislumbrar la historia en el presente?

MARION.— Vos, Hélène. ¿No te das cuenta? Dale rienda suelta a tu genialidad, dejate llevar por tu pluma, desangrate sobre un cuaderno abierto.

HÉLÈNE.— No puedo ahora, tengo que escribirle a mis pretendientes.

MARION.— ¿Me dejarías leer esas cartas?

HÉLÈNE.— Dudo que te interesen. Con ellos sí debo mantenerme dentro del parámetro de la cordialidad calculada y la diplomacia. Yo sí tengo mucho que perder. En fin, hasta luego.

Sale HÉLÈNE. Entra Sor AGNÈS.

AGNÈS.— ¿Por qué esa cara, Marion? ¿Te sentís extenuada? ¿Querés ir a recostarte?

MARION.— En absoluto, Sor Agnès. Nunca me sentí tan conectada a la vida.

AGNÈS.— Oh, muchacha. ¿Abrigás atracciones fogosas en tu pecho?

MARION.— Algo así.

AGNÈS.— Yo también las supe abrigar en algún momento. Así como me ves. Por suerte ya no pierdo el sueño. ¿Que hay experiencias vitales más apasionadas? ¿Más fulgorosas, pulsantes, adrenalínicas? Las hay. Las hay. Pero eso no es para todos. Libertad, igualdad, fraternidad. Esas premisas suenan tan... prístinas. Pero no sé. Creo que esos conceptos son como hormas de queso: un camembert, un brie y un reblochon que, puestos al sol, con el tiempo corren el peligro de fundirse en una única masa venenosa. ¿Te apetece una brioche?

JUSTINE *reza*.

JUSTINE.— Padre, Dios, ¡padre! ¡Es todo cierto! ¡Todo lo que dice esa maldita carta es cierto! No quiero ser monja. No hallo en mí aquel llamado. No está en mi esencia esa inclinación. Entiéndame, mi devoción hacia usted no vacila. Soy yo entera, en cambio, que tiemblo ante la perspectiva de ir contra mi propia alma. ¿Acaso hay peor pecado?

La fecha está pactada. En solo dos semanas se supone que ataré mi vida a la de su hijo Jesucristo. Ay de mis nupcias celestiales. Hasta hace unas horas marchaba hacia los hábitos como una yegua que, con las anteojeras bien puestas, solo ve el camino ya dispuesto ante ella para evitar sustos y distracciones. Pero Héléne me arrebató violentamente mi sesgo y ahora corro desbocada ante tanto paisaje abierto. ¡La luz de la verdad duele, confunde, desespera, padre!

¿Qué hacer? Si me rehusara, si ideara un plan de huida y maquinara tretas, ¿quién me ayudaría? No Croismare que, si la carta apócrifa llega a sus manos, sabrá que soy bastarda y además libidinosa. No Héléne, ocupada pobrecita en procurarse un marido sustentable. Es evidente, estoy sola. ¿Estoy sola, padre? ¿Realmente me abandonaste? ¿O no, no me abandonaste porque nunca estuviste ahí en primer lug...

¡Agh! Una señal, padre, por tu misericordia.

Algo, lo que sea.

Una indicación que alivie la angustia de la duda.

¡Lo que sea, Dios!

¡Algo tiene que pasar! ¡Cualquier cosa que pueda ser interpretada!

¡Aghhh! ¡Horror, el silencio! ¡Horror, el silencio! ¡Aghhhh!

MARION *lee papeles*. Sor AGNÈS *busca tarugos*. Entra HÉLÈNE *con unas cartas*. De fondo se escuchan los gritos de JUSTINE.

AGNÈS.— Feliz almita. Mañana es su ceremonia y no puede contener la emoción. Perdóname padre por la envidia que me inspira.

MARION.— Ya es una quincena que nadie en su pabellón concilia el sueño. No solo por sus gritos, también tomó la costumbre de vagar por los pasillos hablando sola y escrutando cada rincón, como si buscara algo extraviado. (A HÉLÈNE) A mí no me molesta, la expectativa de un nuevo texto tuyo me mantiene despierta de todas formas. Preciso, simplemente preciso una nueva entrega de tus hechizos lingüísticos, una nueva dosis de tu elixir literario, una nueva copa de tu jugo verbal.

AGNÈS.— Un poco de pudor, hija.

HÉLÈNE.— Ahora no puedo, Marion. Estoy ocupada. Este es el sexto pretendiente que se exilia en una semana.

MARION.— ¿Otro más?

HÉLÈNE.— (*Leyendo*) “Aguarda, corazón de alelí, a que el mar tumultuoso de la agitación social se amanse y entonces volveré a la Francia con mucha ansia”. ¡Cobarde y maldotado! Todos huyen despavoridos, si al menos uno me llevara con él.

MARION.— Pensé que no te preocupaba la insurrección violenta de la plebe.

HÉLÈNE.— ¿Cuántas veces debo decirlo? Son solo movimientos pendulares de un proceso mucho más extenso.

AGNÈS.— Pendulín, pendulón. Por si acaso, ya mismo voy a arreglar postigos y cerraduras para trabar bien las ventanas llegado a ser necesario. En la imposibilidad de enmendar el mal, contentémonos con resguardarnos de él.

Sor AGNÈS sale.

HÉLÈNE.— ¿Resguardarnos de qué? ¿Del viento? Eso es lo único que cambia y siempre dentro de un parámetro predecible. ¿Acaso nuestra hermana Justine no toma los hábitos mañana mismo para sumarse a las filas de esta santa congregación? ¿Eh?

Un aullido de JUSTINE.

MARION.— ¿Creés que consumará la ceremonia? Tu carta quebró su psiquis.

HÉLÈNE.— Bueno, saldemos esto de una vez. Yo solo le tendí una mano a una pobre necesitada. ¿Qué le hice de malo?

Otro aullido de JUSTINE.

HÉLÈNE.— Lo concedo, le abrí los ojos con respecto a su propio deseo. O falta de deseo. Pero fue sin querer y, en todo caso, ¿es mi culpa que Justine sea una impotente?

MARION.— Sabés bien que Devotín no tiene opción. Si sos evidentemente la más lúcida y razonable de nosotras.

HÉLÈNE.— No me hables ni de luz ni de razón, Marion, y tampoco de evidencia, para el caso. Bastantes problemas me acarrearán esas premisas. Absolutamente todos los nobles con los que podría casarme se van del país, ¡hasta mi padre considera irse!

MARION.— Que te lleve con él. Quizá sea una buena oportunidad. Si podemos creer en las prédicas revolucionarias, pronto las mujeres estarán en igualdad de condiciones para ganar su propio pan. Podrías sustentarte escribiendo. Incluso, quizá, te alcance para mantener un concubinato.

HÉLÈNE.— ¿Qué?

MARION.— No sé. Ya tengo quince años, debo pensar en

mi futuro y la vida religiosa tampoco es para mí. Solo estoy acá por mi debilidad.

HÉLÈNE.— ¿Qué debilidad?

MARION.— (*Muestra una pierna atrofiada*) Mi debilidad de pierna. Una parálisis infantil me convirtió en una indeseable para mi familia. Pero todavía puedo hacer labores. Se me ocurre un acuerdo de beneficio mutuo. Podrías ganar dinero con tus escritos mientras yo, quizá, procuro mantener el hogar, tender la cama, cocinar las comidas. Proveer calor por las noches.

HÉLÈNE.— (*Se horroriza*) Trabajar es horrible, Marion. Que nunca nadie te haga creer lo contrario. Y en cuanto a Justine, si ayudar desinteresadamente a una amiga es un pecado, entonces considérenme la mismísima Judas.

Entra Sor AGNÈS.

AGNÈS.— Muchachitas, hay un tal Croismare buscando a Devotín, digo Justine. ¿Podrían traerla? Gracias.

HÉLÈNE.— Perdón. ¿Croismare?

AGNÈS.— Eso dije.

MARION.— ¿El marqués de Croismare?

AGNÈS.— Sí, marqués, vizconde, algo así. ¿Qué?

HÉLÈNE.— Nada.

AGNÈS.— ¿Qué?

MARION.— No sé.

HÉLÈNE.— No comprendo. ¿Vino por la ceremonia, madre, o...?

AGNÈS.— Parece que quiere raptarla para casarse fuera del país. Es una ironía, ¿cómo puedo saberlo? ¿La traen a Justine o debo buscarla yo? Mi tiempo no es infinito.

HÉLÈNE.— Yo la llevo. La apaciguo y la llevo.

AGNÈS.— Dios te bendiga.

Sor AGNÈS sale.

MARION.— Qué extraño.
 HÉLÈNE.— En efecto.
 MARION.— ¿Recibió la carta? Quiero decir, ¿sabe que Justine es bastarda?
 HÉLÈNE.— No lo sé.
 MARION.— ¿Qué pensamiento turba tu mente?
 HÉLÈNE.— Ninguno. Voy a buscar a Justine.
 MARION.— Te acompaño.
 HÉLÈNE.— No es necesario. Será un momento.

HÉLÈNE comienza a irse.

MARION.— Su celda queda para el otro lado.
 HÉLÈNE.— Sí. Qué distraída.
 MARION.— Te acompaño.
 HÉLÈNE.— ¡No! Mejor si voy yo sola. Me aguardan.
 MARION.— A Justine la aguardan.
 HÉLÈNE.— Eso dije. Dios te bendiga.
 MARION.— Y a vos también.

HÉLÈNE sale hacia la celda de JUSTINE y vuelve por atrás hacia el lado contrario.

5

El marqués de CROISMARE aguarda en el locutorio -atravesado por una reja-.

CROISMARE.— Sos un león, Claude. Un león del Congo. Sos una fiera indómita, un semental toscano, un maíz dulce y dientudo sos, Claude. Esta vez debe dárseme. Debo poner a mi lasciva amada a salvo de la religión y del raciocinio. Llevarla a un palacio a escala de nuestro amor apasionado. Pero, ¡atento!, sé paciente con tu pasión, Claude, paciente y asertivo. Justine se negará al principio, debes desplegar todas tus dotes para persuadirla. Pero tanto mejor, ¡así la quiero! Una señorita virtuosa que crea genuinamente en la virtud y que aun así la sacrifique. Aplacate, Claude, que estás frente a Dios.

Entra HÉLÈNE.

CROISMARE.— ¡Justine! ¡Por fin! No sabe con qué premura viajé hasta acá, no imagina con qué impaciencia la aguardé. Traigo un asunto urgente y me consta que arribo al filo del peligro. Soy el marqués.

HÉLÈNE.— Sí, sé quién es, pero no soy Justine. Soy Hélène, su buena amiga, Justine está indis...

CROISMARE.— Me disculparé pero solo deseo entrevistarme con Justine y con nadie más.

HÉLÈNE.— Solo quería preguntar...

CROISMARE.— No insista, señorita. Debemos tratar asuntos delicados, no hablaré una sola palabra con nadie que no sea Justine.

HÉLÈNE.— Pero...

CROISMARE.— ¡Por favor, no sea latosa! No tengo tiempo.

HÉLÈNE.— Ya veo. No quise importunarlo. Con permiso.

HÉLÈNE *se va y vuelve.*

HÉLÈNE.— Hola, marqués. Soy yo, Justine.

CROISMARE.— ¡Por fin! No sabe con qué premura viajé hasta acá, no imagina con qué impaciencia la aguardé. Traigo un asunto urgente y me consta que arribo al filo del peligro.

HÉLÈNE.— Sí, señor marqués, en efecto. Mañana mismo tomo los hábitos, no entiendo qué puede traer...

CROISMARE.— No es solo eso. La agitación social está en auge. Los revolucionarios de la... Perdón, ¿estamos solos? No veo bien a través de la rejilla.

HÉLÈNE.— Lo estamos, señor marqués.

CROISMARE.— Los revolucionarios de la asamblea general cranean planes inciertos, estoy en camino hacia el exterior.

HÉLÈNE.— Ah, ¿se exilia?

CROISMARE.— No me queda opción. Pero no podía marcharme sin venir hasta aquí para realizar el acto más importante en la vida de un mancebo.

HÉLÈNE.— ¿Está arrodillado?

CROISMARE.— Justine. El primer y único día que nos vimos personalmente, en la comarca de su familia, me aboqué a su amor. Era solo una niña, todavía recuerdo la media sonrisa que me dedicó mientras tocaba el arpa. El tiempo que siguió fue extenso y agónico, pero oh, tanto más hermoso será nuestro reencuentro ahora que usted, librada de sus secretos, acepte mi mano como esposo. No mentiré, al principio dudaba de su convicción amorosa, me resultaba quizá indecisa o tibia. Pero en cuanto leí su ardida carta no pude más que venir corriendo. Esa prosa estaba viva y es esa mano la que quiero, ese corazón el que anhelo.

HÉLÈNE.— Entonces leyó la carta.

CROISMARE.— Usted la despachó y el correo francés es infalible. Justine, ¡diga algo!

HÉLÈNE.— Déjeme pensar.

CROISMARE.— Déjese usted conmover por el arrojito de

mi acto. Sé que es apresurado, pero los tiempos se agolpan. Mi padre pondrá el grito en el cielo cuando descubra que desposé a una pobre muchacha sin dote.

HÉLÈNE.— ¿Pero usted comprendió la carta? La parte donde decía...

CROISMARE.— Que los villanos que tiene por padres no pagarán un centavo por usted a su marido. No importa. No deseo, no voy a casarme por un simple arreglo económico.

HÉLÈNE.— ¿No? Pero mi dote...

CROISMARE.— La dote, la dote, ay, ¡la dote me importa un pepino! Yo también siento la revolución. Usted la despertó en mí.

HÉLÈNE.— Pero esto es inaudito, un giro jamás contemplado.

CROISMARE.— Muy felizmente. Usted no nació para contemplar, sino para amar. La sinceridad de su carta me conmovió. El desinterés, la exposición, incluso el indecoro. Quiero esos valores para mis hijos.

HÉLÈNE.— Marqués.

CROISMARE.— Justine.

HÉLÈNE.— Abandonemos los engaños.

CROISMARE.— ¿Engaños? ¿Qué engaños? Odio los engaños.

HÉLÈNE.— No, que no fui yo, Justine, quien escribió esa carta. Quiero decir, lo que dice es cierto, pero no es mi letra.

CROISMARE.— ¿La dictó?

HÉLÈNE.— No. Una amiga escribió, con sus palabras, lo que yo quería decir pero no me atrevía.

CROISMARE.— Ah. Pero quería decir esas cosas.

HÉLÈNE.— Sí, pero...

CROISMARE.— ¿Entonces?

HÉLÈNE.— Entonces esas palabras succulentas no son mías. Esa pasión no es mía. Todo eso es de mi buena amiga Hélène, quien porta la pluma habilidosa que lo conmovió.

CROISMARE.— ¿Qué importa quién porta la pluma? Su carta o es veraz o no lo es. ¿Lo es?

HÉLÈNE.— Sí, es veraz. Todo lo que dice es verdadero. Pero en la escritura se cifra...

CROISMARE.— ¿A dónde va con este vericuetto extraño que me confunde? Diga sin ambages, ¿me acepta o me rechaza?

HÉLÈNE.— Señor marqués, la decisión fue tomada y no hay marcha atrás. Sé que yo, Justine, fui muy indecisa y tibia y pusilánime y lamento si eso lo confundió pero tengo que proseguir con mi proyecto de tomar los hábitos, es lo que fue pactado.

CROISMARE.— ¿Pero usted desea ese destino?

HÉLÈNE.— La cuestión del deseo es delicada para alguien como yo, Justine.

CROISMARE.— ¿Pero qué significa eso siquiera?

HÉLÈNE.— Que lo mejor para mí es el estado religioso y no la vida en sociedad, porque lo uno es estático y lo otro es vital. Yo, francamente, no soy apta para el matrimonio, pero...

CROISMARE.— ¿Pero?

HÉLÈNE.— Pero hay muchachas que sí lo son, marqués.

CROISMARE.— ¿Muchachas?

HÉLÈNE.— Muchas.

CROISMARE.— ¿Qué muchachas? Yo la amo a usted.

HÉLÈNE.— Y yo aprecio su amor.

CROISMARE.— ¿Lo aprecia?

HÉLÈNE.— Lo valoro, sin dudas, ¿quién no lo haría? Pero eso no alcanza. Usted necesita una señorita ducha para la vida en sociedad, alguien que sepa mantener un hogar, regular los desbordes, ser buena gente. Y, no va a crearme, pero justo tengo por amiga a la candidata perfecta para su proyecto.

CROISMARE.— Pero mi proyecto es el del a...

HÉLÈNE.— Amor, sí, sí, pero sea razonable: este mismo noviciado aloja a una dama noble, de buen apellido, bella, inteligente, pero no demasiado, que casualmente tampoco dispone de una dote acorde a su origen y busca un buen pretendiente.

CROISMARE.— La desconozco, Justine.

HÉLÈNE.— No, ¡la conoce! Es mi amiga Hélène, que intentó hablarle hace unos instantes.

CROISMARE.— A usted, Justine. A usted la desconozco.

HÉLÈNE.— Para eso primero debería conocerme. Como usted bien dijo, solo nos vimos una vez en nuestras vidas.

CROISMARE.— Qué perspicacia tan curiosa. Yo expongo pasiones desenfrenadas, nobleza de intenciones y usted es tan... trivial.

HÉLÈNE.— ¿Trivial?

CROISMARE.— Me propone un enroque, como si esto fuera un juego de estrategia, como si el objeto de amor fuese intercambiable y duplicable en vez de único e indivisible. Claro está, entonces, que no escribió su carta. Esta frialdad no corresponde con ese calor.

HÉLÈNE.— ¡Sí que la escribí!

CROISMARE.— ¿Pero no era que no? Qué enrevesado.

HÉLÈNE.— No, quiero decir: no la escribí yo. No fui yo, Justine, quien la redactó. Tiene razón. Mi corazón es frío, mi mente es calculadora. No conozco las pasiones de las que me habla. Por eso tuve que acudir a mi sentida amiga Hélène. ¿No ve? Es perfecto.

CROISMARE.— Esa Hélène no es amiga suya, Justine, y tampoco será mi esposa. Se calzó un sentimiento como quien se calza un guante, no puede confiarse en alguien así.

HÉLÈNE.— No, pero...

CROISMARE.— ¿Fue ella quien la persuadió de persuadirme?

HÉLÈNE.— ¿Cómo?

CROISMARE.— Que ella la envió a intentar cosecharme como maíz ajeno.

HÉLÈNE.— ¿Si Hélène me envió a mí, Justine, a hablar con usted por ella me pregunta?

CROISMARE.— Sí, eso es lo que pregunto, ¿por qué repite los nombres como si debiera recordarlos?

HÉLÈNE.— No, no. Quiero decir sí sabe, por supuesto que sí, Hélène está bien dispuesta y tiene un genuino interés en usted.

CROISMARE.— Interés. Maldita palabra indecorosa.

HÉLÈNE.— ¿Qué es lo indecoroso de preocuparse por el propio futuro? Hélène, sí, es una muchacha decidida, pragmática. Sabe lo que quiere y es capaz de sentir, como usted desea. Bastará con que la conozca. Es muy razonable.

CROISMARE.— Pero yo le hablo del amor y usted me habla de sandeces. Descreo finalmente de todo, veo que solo querían manipularme. Cancen las revueltas, no hay libertad posible para el hombre.

HÉLÈNE.— Pero, ¿por qué no se muere, señor marqués?

CROISMARE.— La rejilla me desorienta, no escuché bien sus palabras.

HÉLÈNE.— ¿Por qué no se muere? ¿Por qué no se hace fusilar en la plaza?

CROISMARE.— Señorita...

HÉLÈNE.— Tiene la opción de morir por una causa y en su lugar elige venir a predicarme sobre un amor elevado al que le soy indiferente. Por acá no pasa esa carreta, ¿sabe?

CROISMARE.— Si no pasa es porque sabotearon sus ruedas.

HÉLÈNE.— ¿Qué?

CROISMARE.— ¿Morir por la causa de la revolución, dice? Me tienen sin cuidado los racionalistas. Ya nadie tiene al amor por valor supremo, es una tragedia. Nosotros, los nobles, deberíamos reubicar las prioridades del pueblo.

HÉLÈNE.— ¿Nosotros, los nobles? Espere mientras me descostillo de la risa.

CROISMARE.— ¿Qué quiere decir?

HÉLÈNE.— Vamos...

CROISMARE.— ¿Qué?

HÉLÈNE.— Usted no tiene una gota de sangre aristócrata, señor “marqués”. Compró sus títulos nobiliarios como tantos otros.

CROISMARE.— Ahí está, la inmundicia sale a flote.

HÉLÈNE.— No, me alegro de que su familia haya reunido un caudal obsceno de dinero, me alegro muchísimo. Pero, ¿sabe? Mi abuelo jugaba al billar con nuestro mismísimo rey sol Luis XIV. Y eso, señor, no puede comprarse.

CROISMARE.— Pero si usted es bastarda.

HÉLÈNE.— Cállese, marqués. Lo detesto. Lo odio. No sé qué se me cruzó por la cabeza rebajándome a su estrato despreciable, la desesperación nubló mi bellísima mente. Ojalá le suceda lo peor. Ojalá termine decapitado o exiliado en una isla con pésimo clima.

JUSTINE *intenta conciliar el sueño.*

JUSTINE.— Horas. Solo horas, señor, y ninguna respuesta. ¿Espera hasta último momento para mandarme una señal? Será que es hijo del rigor. Yo no sé de quién soy hija. Nunca busqué respuestas, señor. Nunca busqué buscarlas. Fue una noche que yo andaba muda, como siempre, antes de aquí, que se cruzó en mi camino un amigo de la familia, vizconde creo, que visitaba mi hogar. Naturalmente, trató de seducirme. Yo, señor, me reí ante su avance. Una risa nerviosa, por supuesto, no maliciosa, ¡no tengo malicia! Pero el vizconde se mostró ofendido primero y después peligroso. Me acarició el temple y me dijo que lucía igual a mi madre catorce años atrás. ¿Que cuántos años tenía yo? Catorce. Sí. Catorce también. Donde menos demandé, más se me ha dado, contra mi voluntad, y ahora que solicito... ¡Un gallo, aunque sea, que dé por terminada esta noche de espera!

Concédame el sueño si no, ¡aunque no! Sueño tengo. Concédame paz, señor. No puedo con mi alma. Mis ojos se cierran y se abren de repente. Percibo formas geométricas en los rincones que ¡no son nada y me asustan igual! Y lo que quisiera decir es de mucha importancia, quisiera, si me escucha, si fuese tan misericordioso, si fuese, si... yo lo que quiero confiarle es... es que... es muy importante... que... que...

Los ojos de JUSTINE se cierran.

Pasa el marqués de CROISMARE en puntas de pie.

Los ojos de JUSTINE se abren. CROISMARE se detiene.

CROISMARE.— Cierre sus ojos de nuevo, hermana.

Tiempo spectral.

JUSTINE.— Está ahí.

CROISMARE.— ¿Quién está ahí?

JUSTINE.— Usted. Y no desvanece.

CROISMARE.— Soy un... sueño.

JUSTINE.— Prodigio. Un marqués de ensueño. Piérdase entonces en el éter.

CROISMARE.— ¿La conozco?

JUSTINE.— Justine, Devotín. Devotín, Justine.

CROISMARE.— Ah, ¿usted? Pero... Duerma. Dice incoherencias.

JUSTINE.— Espectro del pasado o del futuro.

CROISMARE.— Duerma.

JUSTINE.— ¿Espectro del pasado o del futuro?

CROISMARE.— ¿Eh? Del... futuro.

JUSTINE.— Ja. Vetusto, el futuro. ¡No se vaya! ¡No me abandone!

CROISMARE.— No grite. Me quedo. Sh, sh. No gimotee ahora. Usted es libre, si lo quiere. No hay razón para gimotear. Sh, sh. Ya no es una niña. Será su voluntad. Pero ahora duerma, por favor, duerma. Déjese arrastrar por el mar. Sh, sh. Mañana todo será mejor.

JUSTINE se duerme.

JUSTINE *se atavía para su día especial. Sor AGNÈS, dormida en una silla.*

JUSTINE.— A levantarse dijo la rana mientras espiaba por la ventana.

AGNÈS.— ¡Ah, hija! Me asustaste. ¿Todavía no estás lista?

JUSTINE.— ¿Por qué es tan oscuro mi día, madre, si mi esperanza es tan luminosa?

AGNÈS.— Pasé la noche despierta tapiando ventanas, por precaución. Pero me alegra ver que recobraste los ánimos. Tus mejillas son de nuevo melocotón.

JUSTINE.— Lo son.

AGNÈS.— Siempre es mejor hacer las paces con nuestro destino antes de enfrentarlo. Después es más difícil. Así que, bueno, mejor nos vamos alistando, ¿no?

JUSTINE.— Sí.

AGNÈS.— Que el Padre Serafín nos aguarda a las once en punto en la capilla para tu ceremonia.

JUSTINE.— Sí.

AGNÈS.— ¿Precisás ayuda?

JUSTINE.— No sé. ¿La preciso, mamá, digo madre?

AGNÈS.— Sor Agnès está bien. ¿Alguna hermana caritativa que esté libre para ayudar a Devotín, digo, Justine? ¿Alguien?

Entra HÉLÈNE.

AGNÈS.— Hélène, perfecto, vení a asistir a tu amiguilla.

HÉLÈNE.— No, pero solo pasaba...

AGNÈS.— Te encomiendo a la pequeña. Llévala con gracia y esmero a los brazos del señor. Dios las bendiga a ambas, Dios las tenga en su gloria.

AGNÈS sale.

JUSTINE.— Bello día.

HÉLÈNE.— Lo es. Afuera brilla el sol.

JUSTINE.— Hace tiempo que no charlamos.

HÉLÈNE.— Estuve ocupada.

JUSTINE.— Yo también. Muy ocupada. Quisiera decir...

HÉLÈNE.— ¿Qué nombre vas a tomar?

JUSTINE.— ¿Perdón?

HÉLÈNE.— Como monja, ¿qué nombre elegiste?

JUSTINE.— Ah. No lo medité. Ya sé: Hélène.

HÉLÈNE.— Hélène.

JUSTINE.— Cómo Santa Hélène, la emperatriz romana.

HÉLÈNE.— Ya veo.

JUSTINE.— Perdón, soy jocosa como vos cuando enviaste la carta tomando mi nombre.

HÉLÈNE.— Suficiente con esos ojos locos, ¿qué te pasa? ¿Podés ser frontal por una vez o tengo que usurpar tu lugar de nuevo para decirme a mí misma lo que vos no te animás?

JUSTINE.— Tuve un sueño.

HÉLÈNE.— ¿Qué? ¿Qué sueño?

JUSTINE.— Un sueño maravilloso, Hélène. La señal que merecía. No puedo explayarme, pero el mensaje fue claro.

HÉLÈNE.— ¿Qué mensaje?

JUSTINE.— La señal que buscaba. Él mismo se apareció en mis sueños.

HÉLÈNE.— ¿Dios?

JUSTINE.— ¡El marqués, necia! Se apareció como un fantasma mientras yo iba y venía entre la vigilia y el sueño.

HÉLÈNE.— ¿Dónde?

JUSTINE.— En mi celda. Y dijo: mañana todo será mejor. ¡La señal! Es maravilloso.

HÉLÈNE.— ¿Pero qué indica?

JUSTINE.— Que vendrá a salvarme. Que lo amo. Que

como lo amo, vendrá a salvarme, o al revés, ¿qué importa? Fue claro.

HÉLÈNE.— Justine, quizá esa línea de pensamiento no te sea muy conveniente. Estás a horas de tomar los hábitos. ¿Por qué generar nuevas esperanzas fatuas?

JUSTINE.— ¿Y por qué las generaste vos en un primer lugar?

HÉLÈNE.— Pero, ¿qué implica esto siquiera? ¿Qué vas a hacer?

JUSTINE.— Desde mi absoluta sinceridad, yo te aprecio mucho y, al fin y al cabo, es justo agradecerle por tu intromisión en mi vida sentimental, porque fue eso lo que me trajo aquí. Pero ya no preciso tu consejo y, sin ningún ánimo de ofender, preferiría que: no opines.

HÉLÈNE.— Comprendo. Si me disculpás, ya vengo. Tengo que fijarme una cosa.

HÉLÈNE *se va. Pasa una monja apurada por atrás.*

JUSTINE.— Ey, ¡hermana! ¿No es un día bello?

CROISMARE.— *(Vestido de monja y disimulando su voz)* Sí.

JUSTINE.— ¿Quién sos? ¿Marion?

CROISMARE.— Sí.

JUSTINE *da vuelta al marqués de CROISMARE y revela su cara.*

JUSTINE.— ¿Marqués?

CROISMARE.— ¿Justine?

JUSTINE.— *(Se arroja a los pies de CROISMARE)* ¡Gracias, gracias! ¡Gracias, gracias! Alabado seas, señor. Cómo me hiciste sufrir, pero ¡ay, qué recompensa! ¡Qué cerca estuve de ser monja!

CROISMARE.— Ah, ¿así que ahora besa estos pies burgueses? Por favor, señora, dispéñeme de esta escenilla.

De todas las personas que podía cruzarme, usted es de nuevo la más inoportuna.

JUSTINE.— ¿Qué?

CROISMARE.— Tuve que meterme, no tenía opción. Disculpe si me entrometí en sus sueños, pero no quería producir un bullicio. Ayer un poblador me advirtió que los caminos están bloqueados por miembros de la Asamblea general, necesitaba un escondite.

JUSTINE.— ¡Oh! Justo a tiempo, qué bueno que el destino nos unió.

CROISMARE.— Sí, el destino y sus artimañas. Todavía no alcanzo a creer que esa carta era falsa. Apócrifa. Mal atribuida. Me siento ultrajado. Mientras más lo pienso, más me indigna.

JUSTINE.— ¿La carta? Puedo explicarlo, marqués. Le juro que no tuve responsabilidad en esos asuntos.

CROISMARE.— ¡Y todavía se hace la mosquita muerta! Dios santo, su vileza es casi increíble.

JUSTINE.— Pero no, yo no quería engañarlo, de hecho intenté detenerlo.

CROISMARE.— ¿Y tampoco quería insultarme de la manera en que lo hizo?

JUSTINE.— ¿Insultarlo? No, yo quiero estar con usted.

CROISMARE.— ¿Y cree que yo quiero estar con alguien de su tipo? ¿Piensa que no tengo amor propio?

JUSTINE.— ¿Cómo de mi tipo?

CROISMARE.— No me obligue a describirla. Debería usar palabras desagradables y en eso no soy tan hábil como usted.

JUSTINE.— Pero fue mi amiga Hélène.

CROISMARE.— Dios mío, qué cínica. Me da miedo.

JUSTINE.— ¿Miedo? No puedo lastimar ni a una mariposa.

CROISMARE.— ¿Y por qué lastimaría a una mariposa, enferma?

JUSTINE.— Quiero decir que no le deseo ningún mal. Si usted no me quiere, marqués, si usted me desprecia por ser

bastarda, no entiendo por qué vino hasta aquí para romper mi corazón.

CROISMARE.— Ah, se victimiza, me da asco, asco. No, no me toque, ¡atrás, Satanás!

JUSTINE.— ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Perdón, por favor! Tiene razón, yo soy la causa de este embrollo. Por emoción, por desidia. ¡Soy al final el pecado en cuerpo y alma! ¡Por favor, perdóneme! ¡Esa carta fue un error!

CROISMARE.— ¿Y todo lo que me dijo ayer también fue un error?

JUSTINE.— ¿Ayer?

CROISMARE.— Sí, ayer.

JUSTINE.— No, no sé qué dije, estaba dormida. Creí que era un sueño.

CROISMARE.— Claro, ayer me creyó un sueño y ahora me cree un imbécil.

JUSTINE.— Pero no era yo.

CROISMARE.— Fue algo a través de usted entonces. ¿Por qué persiste ahora en esconder esa malicia? Si ayer se regodeaba en ella.

JUSTINE.— ¿Qué dice?

CROISMARE.— Libérela.

JUSTINE.— ¿Qué?

CROISMARE.— Si eso es lo que es, ¿por qué avergonzarse? Mejor una bellaca asumida, que una mezquina menguada. La herida en mi orgullo va a sanar tarde o temprano, pero no la de mi criterio. Qué mal la juzgué. Cómo nunca percibí esa dualidad enfermiza. Ayer por la tarde, mientras conversábamos en el locutorio, presentía por momentos el ímpetu que aparecía en su última carta. Después, cuando la vi por la noche, sentí la dulzura que le recordaba. ¿No es suficiente el fervor de las calles? ¿Es necesario sumar más ambigüedad?

Entra MARION. JUSTINE sale.

MARION.— Marqués.

CROISMARE.— ¿Y usted quién es?

MARION.— Marion. ¿Y Justine?

CROISMARE.— Estaba acá hasta hace un momento.

Entra HÉLÈNE.

HÉLÈNE.— Marion.

MARION.— Hélène.

HÉLÈNE.— Just... ¡Marqués! ¿Qué hace acá?

CROISMARE.— Los revolucionarios venían y no tenía dónde esconderme. Esperen. ¿Qué ocurre?

MARION.— Fue engañado, señor. Pero no por Justine, sino por Hélène. Fue ella con quien habló ayer, haciéndose pasar por la otra.

CROISMARE.— ¡Dios mío! Entonces usted es la verdadera Justine.

MARION.— No, ella es Hélène.

HÉLÈNE.— Déjenme explicar...

MARION.— Nada que explicar. Traicionaste a Justine.

CROISMARE.— No entiendo.

HÉLÈNE.— La traición no se consumó.

MARION.— Peor, porque fue en vano.

HÉLÈNE.— ¡En serio quise ayudarla!, pero en el medio yo misma precisé ayuda y no vi otra opción. Y no dije una sola mentira, fui muy honesta. Sin contar claro, que dije que era otra persona. Pero todo lo que dije como Justine fue verdad, ¿o no, marqués?

CROISMARE.— (a MARION) ¿Entonces usted es...?

MARION.— Marion, ya se lo dije.

CROISMARE.— ¿Y cuál es su rol en todo esto?

HÉLÈNE.— ¡Eso! ¿Por qué te metés?

MARION.— ¡Porque me enamoré! Perdón, me enamoré. Soy testigo de tus artimañas para irte y no, no quiero que te vayas. Ahora, igual, están llegando los descalzonados y nadie

va a ir a ninguna parte. Sor Agnès tapió todas las puertas. Estamos encerradas. ¡Estamos perdidas! (*Llora.*)

CROISMARE.— ¿Los descalzonados?

HÉLÈNE.— No es posible.

CROISMARE.— Sí lo es. Lo comentaban ayer en el pueblo. Pero no entiendo. La Justine real, entonces, sí escribió la carta.

HÉLÈNE.— Basta con la carta, ¿por qué es tan importante esa estúpida carta?

MARION.— ¡Porque es maravillosa, malvada!

CROISMARE.— ¡Es cierto, es maravillosa! Siempre me atrajo la tranquilidad de Justine, su estar como agua de estanque. Pero vi el fuego de esas palabras y mi atracción creció cuatro veces y ahora... me pierdo. Francamente, no sé bien a quién amo.

HÉLÈNE.— El mismísimo apocalipsis toca nuestra puerta, ¿no hay amor en los tiempos que vienen!

MARION.— Ah, ¿y el péndulo?

Entra AGNÈS.

AGNÈS.— El péndulo amenaza con golpear nuestras caras como si fuesen panderetas, Marion. Los descalzonados están afuera. Contenidos, por ahora. Aunque el pobre padre Serafín no llegó a entrar.

CROISMARE.— En las semanas pasadas, la Asamblea debatía sobre liberar los conventos, deben haber dictado una proclama.

AGNÈS.— ¿Y usted quién es?

MARION.— El pretendiente de Justine.

CROISMARE.— Ex pretendiente.

AGNÈS.— ¿Y Justine?

MARION.— No sabemos.

AGNÈS.— No puede ir demasiado lejos. Las puertas están tapiadas.

Tiempo.

MARION.— Así que liberar los conventos.

Tiempo.

HÉLÈNE.— No nos harían daño, ¿no? No ocupamos cargos de jerarquía en el clero. Somos víctimas.

AGNÈS.— Seguro que no.

CROISMARE.— ¿Y yo?

HÉLÈNE.— A usted lo matan.

Tiempo. Se escucha el rumor afuera.

AGNÈS.— Las puertas van a aguantar.

HÉLÈNE.— ¿Y después?

AGNÈS.— Vendrán en nuestro rescate.

MARION.— ¿Quiénes?

AGNÈS.— Supongo. Pobre el padre Serafín.

CROISMARE.— ¿Pero qué pasa entonces? ¿Muere la iglesia católica?

AGNÈS.— Morir, solo morimos las personas. ¿O no, Hélène?

CROISMARE.— Es cierto, el Estado no estaba en orden. Puede ser, había bastante inflación. Y hambre. Y miseria. Y sin dudas pagamos muchos impuestos. Pero, fíjense, a fuerza de esmero y trabajo mi familia trepó en la escala social. Pero trabajando, no así. ¡Así cualquiera!

MARION.— A mí me ilusiona la igualdad que arriba. Un mundo donde todos tengamos los mismos defectos.

AGNÈS.— No pensemos demasiado. Los descalzonados se van a cansar y eventualmente se irán. ¿Qué pueden querer de nosotras? (*Silencio*) ¿Cantamos una canción?

HÉLÈNE.— Sí, por favor.

AGNÈS.—

Los cielos proclaman la gloria de Jesucristo.

Nada es igual a la belleza del señor.

Todos:

Por siempre será un corderito en el trono.

AGNÈS.—

Doblaré mis rodillas para adorarlo a él solo.

Quiero cantar la gloria del Resucitado.

Todos:

Por siempre será un corderito en el trono.

Doblaré mis rodillas para adorarlo a él solo.

Por siempre será un corderito en el...

Un estruendo interrumpe la canción. Se oyen risotadas y clamores que se acercan. Entra JUSTINE.

Trae las maderas que tapaban la puerta.

Las deja caer en el piso y junta sus manos para rezar.

JUSTINE.— Padre. Puede estar tranquilo, no vengo más con súplicas. Aguardé hasta el final y me supe decidir, ¿está orgulloso? Yo creí que el vacío era frágil. Pero es tan sólido, padre. Si acá no hay nada, ¿qué puede romperse? Solo puede salir, esa nada. Derramarse por el mundo. Que en su lugar, entre algo. Que se igualen los niveles entre nada y algo. Después de muchísimo tiempo. Y que vuelva a empezar. ¿Oye el llamado, padre? Yo creo que... creo que... sí.

PRIMEIRO LUGAR



AH, CABEÇAS LOUCAS DAS RELIGIOSAS!

MIA MICELI

Personagens

JUSTINE
HÉLÈNE
AGNÈS
MARION
CROISMARE

1

HÉLÈNE e JUSTINE, *duas noviças francesas em 1789.*

JUSTINE.— E aí? Como é que você está suportando as graças monásticas?

HÉLÈNE.— Com integridade.

JUSTINE.— Te vejo vigorosa.

HÉLÈNE.— Duvido.

JUSTINE.— Como é que você pode saber isso. Não dá para saber, não tem espelhos neste convento.

HÉLÈNE.— Escutei que na abadia de Saint Michel tem.

JUSTINE.— Saint Michel?

HÉLÈNE.— Você conhece?

JUSTINE.— Lógico que não. A única vez que saí da minha casa em Lyon foi no dia que me trouxeram para cá.

HÉLÈNE.— É muito bonito. Você pode pedir para te transferirem e, assim, vai poder terminar o noviciado lá se quiser. Ou em qualquer outro monastério da França, se for o caso.

JUSTINE.— Não dá tempo, só falta um mês para que eu receba os hábitos. Além disso, você realmente acha que a vida em qualquer outro monastério é muito diferente desta aqui?

HÉLÈNE.— Não sei, Justine. Só estou falando.

Entra Soror AGNÈS, madre superiora.

AGNÈS.— O que é que as minhas meninas estão fazendo?

HÉLÈNE.— Só as nossas obrigações diárias de bordado.

AGNÈS.— Não se cansem. Justine, a tua palidez me preocupa. Não quer ir descansar? Se for preciso, posso te dispensar das tuas tarefas.

JUSTINE.— Não é preciso, Soror Agnès. Obrigada.

AGNÈS.— E você Hélène? Como é que você está?

HÉLÈNE.— Perfeitamente.

AGNÈS.— Vocês sabem como somos aqui, né? Benevolentes. Compreensivas. Ah, como eu gostaria de voltar a ser noviça de novo como vocês para receber os hábitos e me unir a esta maravilhosa congregação de novo. Aqui dentro tudo é tão fácil e feliz. Não dá para falar a mesma coisa de lá de fora. Escutaram as notícias de Paris?

HÉLÈNE.— O da Bastilha?

JUSTINE.— São acontecimentos preocupantes. Ainda mais com essa colheita ruim que arrasou o campo, a ineficiência de Luís XVI para governar, o ódio que inspira a sua esposa Maria Antonieta e essas estranhas ideias republicanas que vêm circulando de um jeito feroz, vai saber no que vai dar essa revoltinha.

AGNÈS.— Vou dizer no que é que vai dar tudo isso. Violência. Agitação. Sangue. Decapitações. Anarquia. Liderança messiânica. Regressão. Novas lideranças messiânicas. Não, não, não, que sorte a minha de estar reclusa dentro destas quatro paredes. Bom, garotinhas. Prossigo. Fiquem na glória de Deus.

Soror AGNÈS sai.

JUSTINE.— Era o teu pai que estava ontem no locutório?

HÉLÈNE.— Você viu ele?

JUSTINE.— Eu pedi um cigarro para ele.

HÉLÈNE.— E ele te deu?

JUSTINE.— Ele não queria, mas não se atreveu a dizer não. O teu pai é fraco.

HÉLÈNE.— Não tem uma pessoa que não me repita isso. Eu mesma repito isso para ele cada vez que tenho uma oportunidade.

JUSTINE.— Cruel.

HÉLÈNE.— Se ele tivesse administrado melhor a fortuna dele, eu teria uma fila de pretendentes ansiosos para pedir a minha mão.

JUSTINE.— Achei que o teu pai tinha uma boa condição econômica.

HÉLÈNE.— Tinha. Mas o idiota arruinou a fortuna que estava reservada para o meu dote. Além disso, a pressão dos impostos neste país é impossível.

JUSTINE.— Com certeza sobra algum dinheiro para te oferecer a um homem de sobrenome humilde e de nobres intenções.

HÉLÈNE.— Urgh! Eu prefiro ficar fechada neste convento a entregar-me a alguém que não tem onde cair morto. Ontem me apresentaram o projeto de desposar-me com um comerciante de linho. Se pelo menos ele vendesse seda, mas linho? O linho é uma ofensa.

Entra Soror AGNÈS.

AGNÈS.— Como estão as minhas meninas?

JUSTINE.— A senhora nunca teve como projeto o casamento, Soror Agnès?

AGNÈS.— Claro. A minha mão foi solicitada pelo candidato mais nobre e honrado de todos. Vou dar uma pista. Começa com Je e termina com sus Cristo Redentor.

HÉLÈNE.— O pai da senhora também arrasou a fortuna dele e ficou sem dinheiro para pagar o seu dote, condenando a senhora à vida no convento?

AGNÈS.— Belezas de noviça. Continuo. Que Deus proteja vocês.

Soror AGNÈS sai.

JUSTINE.— Te contei? O marquês de Croismare continua me escrevendo.

HÉLÈNE.— Não.

JUSTINE.— Sim.

HÉLÈNE.— Mas ele ainda está interessado? Imagino que você tenha dito para ele que logo vai virar freira.

JUSTINE.— Eu disse, mas ele ainda tem esperança de que eu mude de ideia. Não compreende que, inclusive, se eu não receber os hábitos, a minha família jamais pagará um dote para desposar-me com ele ou com qualquer pessoa. Não sei o que fazer para que ele entenda.

HÉLÈNE.— Detalha explicitamente as razões pelas quais a tua família não quer gastar um centavo em te casar.

JUSTINE.— O que é que você quer que eu escreva? “Querido marquês: O meu pai na verdade não é o meu pai, por isso me odeia e me enviou para este convento”. Não posso ser tão explícita, tem gente que revisa as cartas.

HÉLÈNE.— Não é um segredo, todo mundo sabe. Principalmente o padre Serafín.

JUSTINE.— Uma coisa é que saibam tacitamente que sou filha ilegítima, outra que eu escreva no papel.

HÉLÈNE.— Não compreendo.

JUSTINE.— Escrever seria a confirmação de alguma coisa que até agora é só um rumor, uma vergonha familiar.

HÉLÈNE.— Ninguém precisa da confirmação de um fato tão conhecido.

JUSTINE.— De qualquer jeito, não seria honrado da minha parte, não estaria bem.

HÉLÈNE.— Se a gente está falando do que está bem...

JUSTINE.— O quê?

HÉLÈNE.— Deixar o marquês na ignorância sobre a verdadeira razão da tua indisposição nupcial não está exatamente bem.

JUSTINE.— Você acha que ele aceitaria se casar comigo mesmo sem um dote?

HÉLÈNE.— Claro que não, isso é impossível.

JUSTINE.— Não sei, o marquês tem bons fundos. A família dele construiu uma enorme fortuna na compra e venda de gordura animal. Foi com essa quantidade obscena de dinheiro que compraram os títulos de nobreza.

HÉLÈNE.— Ah. Eu não sabia que ele era um aristocrata novo.

JUSTINE.— Qual é o problema?

HÉLÈNE.— Nenhum. Está tudo bem ser um aristocrata novo. Pena que não deve saber com qual mão segurar um garfo. Mas voltando ao assunto, se você for sincera, vai poder cultivar no marquês um bom amigo para quando você adotar a vida monástica; sempre é bom contar com amizades na alta sociedade.

JUSTINE.— Talvez para você, Hélène, mas eu não estou interessada. Não quero dizer que você esteja. Mas não é o meu estilo.

HÉLÈNE.— E qual é o teu estilo?

JUSTINE.— Não sei, mas não posso te contar, seria escandaloso.

HÉLÈNE.— Para a tua família, talvez. Mas não entendo por que você insiste em protegê-los, quando, na realidade, eles te desprezam.

JUSTINE.— Não me desprezam.

HÉLÈNE.— Quando foi a última vez que uma das tuas irmãs...

JUSTINE.— Meias irmãs.

HÉLÈNE.— ...As meias irmãs vieram te visitar?

JUSTINE.— Não vem ao caso. Na minha situação, a única coisa que posso decidir é se sou boa ou má, virtuosa ou viciosa, preguiçosa ou diligente.

HÉLÈNE.— Então o teu estilo é a bondade.

JUSTINE.— Talvez seja. Te incomoda?

HÉLÈNE.— Não. Poucas coisas me incomodam. Mas não parece muito divertido.

JUSTINE.— Entendo, o divertido é a crueldade.

HÉLÈNE.— Por mais que você não queira, sim. Pergunte à tua família, então.

JUSTINE.— Suficiente, Hélène. Mesmo que eu quisesse contar, jamais poderia dizer que sou o corpo do pecado.

HÉLÈNE.— Você disse “corpo do pecado”?

JUSTINE.— Assim me disse a minha mãe. Eu encarnei o

pecado do adultério dela. Jamais poderia registrar isso em um pedaço de papel. Seria encarná-lo ainda mais.

HÉLÈNE.— Não seja infantil, Justine. Você foi abandonada neste convento pelos teus pais como tantas outras. Não vai ganhar um lugar especial junto ao senhor por te comportar como uma escrava medrosa. O teu desafio é escrever uma carta candente que revele toda a tua verdade, ainda que seja somente para dar uma satisfação fugaz para a gente.

JUSTINE.— Escreva você que é tão eloquente.

HÉLÈNE.— Sou mesmo e seria fácil para mim.

JUSTINE.— Não seria se você estivesse no meu lugar.

HÉLÈNE.— Tenho habilidade adotando pontos de vista diversos.

JUSTINE.— Imagino.

HÉLÈNE.— Você me subestima?

JUSTINE.— De jeito nenhum, escreve então.

HÉLÈNE.— Vou escrever sem nenhum problema.

JUSTINE.— Envia também, se você é tão ousada.

HÉLÈNE.— Envio.

JUSTINE.— Perfeito, te deixo no comando.

HÉLÈNE.— Já estou.

JUSTINE.— Bom, tudo bem.

HÉLÈNE.— Genial.

2

Um tempo depois.

HÉLÈNE.— E aí? O que foi que o marquês respondeu?

JUSTINE.— Respondeu o quê?

HÉLÈNE.— A carta.

JUSTINE.— Que carta?

HÉLÈNE.— A carta que eu enviei em teu nome, explicando por que você não pode se casar com ele.

JUSTINE.— Você enviou a carta?

HÉLÈNE.— Você me disse que enviasse.

JUSTINE.— Mas não era de verdade.

HÉLÈNE.— Você me pediu.

JUSTINE.— Mas era brincadeira. Não pensei que realmente você fosse escrever. Como é que você pôde fazer isso?

HÉLÈNE.— Foi muito simples. Copiei o teu estilo e pensamento.

JUSTINE.— E o que dizia a carta?

HÉLÈNE.— Não me lembro exatamente. Alguma coisa assim:

“Estimado senhor marquês de Croismare:

Permita-me ser direta e cândida.

Hoje, no oratório, percebi que já não me lembro da forma das suas sobranceiras. Peço que não ria de mim. Pode parecer um fato menor e, inclusive, frívolo. Mas não é. Qual outro traço do seu nobre rosto esquecerei agora? Desaparecerá a cor do seu cabelo do arquivo da minha memória? Abundarão os fios dos seus pômulos na imagem que eu guardo do senhor? Qual será o próximo, senhor marquês? Inquietante”.

JUSTINE.— Ah, só isso? Bom não é tão grave e, certamente, poético.

HÉLÈNE.— Só isso e umas linhas mais que diziam alguma coisa assim:

“Os muros da reclusão monástica nos impedem de contemplar mais do que um interior sem espelhos, já lhe contei que aqui não pulem a prataria para impedir, inclusive, a possibilidade de um reflexo deformado?”

JUSTINE.— Isso é belo, apesar de não ser verdade.

HÉLÈNE.— “Fechando as janelas para o exterior, é como se obrigassem os nossos olhos a olhar para dentro, em direção ao interior do nosso próprio ser. E o meu interior, senhor marquês, não tem nada. Não dá para imaginar o nada do meu interior. Nem a vocação religiosa, nem o desejo genuíno. Aqui dentro, aqui bem dentro, tudo é vazio. Vazio retesado, senhor, vazio do que tensa, do que de tão vazio se poderia dizer que sorve tudo o que se aproxima”.

JUSTINE.— Você escreveu isso?

HÉLÈNE.— “Sinto ao longo dos intermináveis dias de contemplação. Um vazio cálido”.

JUSTINE.— Não.

HÉLÈNE.— “Talvez sim, úmido também. Talvez, a minha mente medite enquanto a minha mão escreve prazerosa. Porque não perdi ainda a totalidade da minha hospitalidade e ternura. A minha mãe se ocupou de inculcar-me os bons costumes que toda menina de bom nome deveria ostentar. Mas, marquês, o senhor deve saber que a esta altura, a minha querida mãe foi menos rigorosa na hora de dotar-me precisamente dessa alta linhagem. Sou clara?

Desde muito pequena sou consciente de que o meu corpo, senhor, nasceu do pecado. Pressenti isso antes mesmo que as minhas irmãs, minhas irmãs eu deveria dizer, me confirmassem com malícia.

Senhor marquês, o senhor sabe que lhe tenho muito apreço. Mas agora também sabe a verdade confirmada do meu próprio punho e letra e, então, deverá serenar a sua grande e firme pretensão quanto à minha pessoa. A minha família jamais pagaria por mim um dote correspondente à sua altíssima categoria. Assim está decidido, pois não me resta

outra opção. Receberei os hábitos. E o seu rosto se afundará no profundo da minha memória. No escuro do meu vazio. Em um canto cavernoso, fundo e palpitante que eu amparo entre os meus órgãos.

Sua nunca mais,

Justine”

JUSTINE.— Por que você fez isso?

HÉLÈNE.— Queria ajudar.

JUSTINE.— E como é que você soube de todas essas coisas?

HÉLÈNE.— Já é de conhecimento, todos sabem que você é bastarda.

JUSTINE.— Isso não. A outra parte. A do meu interior.

HÉLÈNE.— Ah. Dá para perceber.

JUSTINE.— O que dá para perceber?

HÉLÈNE.— Que mesmo sendo a mais piedosa de todas as noviças, a mais adequada para se converter em freira e santa, você não encontra no teu coração o desejo de receber os hábitos. Nem nenhum outro desejo, se for o caso.

JUSTINE.— E tenho, sim, desejo. Estou cheia de desejos.

HÉLÈNE.— E quais são?

JUSTINE.— Por que você diz que sou a mais piedosa entre todas as noviças?

HÉLÈNE.— Porque você gosta de rezar. Lavar a louça não te incomoda e “te entretém”. Você gosta de esconder o cabelo porque tem muita caspa. Você seria uma excelente freira, é uma pena que não queira. Ou você quer?

JUSTINE.— Não tenho opção.

HÉLÈNE.— E se tivesse. O que escolheria?

JUSTINE.— Desta vez você passou dos limites, Hélène. E te conheço, você enviou a carta por interesse egoísta de ficar com o marquês para você mesma.

HÉLÈNE.— De jeito nenhum. Eu tenho a minha própria correspondência com os meus próprios pretendentes, aristocratas autênticos. Agora que Croismare sabe sobre a tua bastardice, deixará você seguir o teu caminho em

paz, mesmo que esse caminho te entedie. Não entendo o problema.

JUSTINE.— O problema é que o que você escreveu são injúrias sobre a minha mãe. E não só incluiu a minha bastardice na carta, mas também uma série de ideias repugnantes e lascivas sobre o meu espaço cavernoso. Obscenidades tais que, se a madre superiora tivesse descoberto, eu poderia perfeitamente ter acabado no calabouço.

HÉLÈNE.— Sendo franca, pensei que esse seria o resultado.

JUSTINE.— O quê?

HÉLÈNE.— Achei que a Soror Agnès interceptaria a carta e te castigaria e me pareceu divertido. Uma última brincadeirinha prática antes da tua cerimônia.

JUSTINE.— Ah, então você é uma verdadeira comediante. Agora, por causa da tua imprudência, o marquês já deve ter lido essa epístola indecente.

HÉLÈNE.— Insisto, acho pouco provável que a superiora tenha permitido o envio da carta e, se permitiu, talvez a missiva tenha se extraviado antes de chegar ao seu destino.

JUSTINE.— Não. O correio francês é infalível.

HÉLÈNE.— Bom, mas talvez agora com a tal revoltinha...

JUSTINE.— Não, não. O carteiro francês é capaz de nadar contra a corrente para entregar uma missiva. Quando foi que você enviou?

HÉLÈNE.— Faz mais de um mês.

JUSTINE.— Já deveria ter chegado uma resposta. Mas será que ele enviou uma resposta?

Entra MARION.

MARION.— Isso.

HÉLÈNE.— Marion.

MARION.— Hélène. Justine.

JUSTINE.— Marion.

MARION.— Então você é que é a verdadeira autora.

Me parecia mesmo que era uma prosa exageradamente provocativa para sair das mãos de Justine Devotinha.

JUSTINE.— Justine Bobinha?

MARION.— Devotinha. Te chamamos assim porque você é muito devota.

JUSTINE.— Eu sou devota?

MARION.— Você adora cuidar de doentes, você diz que ler a bíblia te “relaxa a cabeça”, você é especialista em lavar roupas e você gosta de esconder o cabelo porque tem caspa. Hélène, te dou os parabéns, os teus dotes como escritora são excepcionais.

HÉLÈNE.— Mas não entendo. O que aconteceu com a carta?

MARION.— Eu encontrei enquanto fazia limpeza e arrumação nos aposentos da superiora e, antes de que Soror Agnès pudesse ler a carta, peguei. Sempre faço uma auditoria dos papéis dela.

HÉLÈNE.— Jura?

MARION.— É o meu único divertimento. Apesar de que, posso dizer, em geral os documentos dela nunca sejam tão estimulantes como a sua carta. Sim. A sua carta me deixou em um estado de excitação.

JUSTINE.— Não é a minha carta, nada do que está dito nela me representa.

MARION.— Ah, você não é bastarda?

JUSTINE.— Não, isso sim. Mas a outra parte não, a outra parte são calúnias inventadas pela Hélène.

MARION.— De fato, fiquei admirada com a sua criatividade. Por isso, depois de guardar a carta por um tempo para gozar em suas releituras, não tive outra saída que mandá-la.

JUSTINE.— Você mandou?

MARION.— Uma prosa desse tipo devia chegar no seu destinatário.

JUSTINE.— Mas como você pôde mandá-la?

MARION.— Soror Agnès não ia permitir. E eu não

podia permitir que ela não permitisse. É uma obra de arte.

HÉLÈNE.— Bom! Agora o marquês vai saber a verdade. Talvez, inclusive, ele aceite se casar com você sem receber nenhum dote.

MARION.— Ha ha! Você é muito engraçada! Imagina? Além disso, Justine já está resolvida em receber os hábitos.

JUSTINE.— Não sei.

MARION.— Como é que você não sabe?

JUSTINE.— Não, não sei! Pensava que eu não tinha opções e no final das contas era o mais fácil. Agora que abrem outras perspectivas, estou muito confusa. A autodeterminação é uma armadilha. Vou rezar.

JUSTINE *sai*.

MARION.— Hélène, você poderia escrever mais?

HÉLÈNE.— Mais o quê?

MARION.— Disso, do que você quiser, sei lá. Você deveria ser escritora.

HÉLÈNE.— Mas que escritora? Preciso me casar, Marion. Você também precisa se casar se quiser sair daqui.

MARION.— Já sei. Mas as tuas palavras me desvelam paixões insuspeitas. E, além do mais, essa história da Bastilha me dá uma sensação de morte iminente e não posso pensar no futuro.

HÉLÈNE.— Você não deveria escutar a Soror Agnès. Ela exagera nos perigos de fora para que a gente acredite que aqui dentro a gente está a salvo.

MARION.— Exatamente, já sei que a gente não está. Não é um bom momento para se unir ao clero.

HÉLÈNE.— Não vai acontecer nada. Nunca acontece nada.

MARION.— Não sei. Eu acho que é bem possível que este seja o fim do mundo que a gente conheceu até agora.

HÉLÈNE.— E qual é o problema? Você sabe quanto tempo o Império romano demorou para cair?

MARION.— Lógico que não, não tive educação formal.

HÉLÈNE.— Cem anos. E o que você acha que as gerações inteiras de romanos que viveram essa queda diziam?

MARION.— Não sei.

HÉLÈNE.— E o que você acha que eles faziam?

MARION.— Não sei. Construíam o Coliseu?

HÉLÈNE.— Levavam as suas vidinhas, Marion. Como os pais deles antes que eles e os filhos deles depois. Você acha que eles perceberam o que estavam vivendo?

MARION.— Não?

HÉLÈNE.— Lógico que não. Quem tem a lucidez para vislumbrar a história no presente?

MARION.— Você, Hélène. Você não vê? Dê liberdade para a tua genialidade, deixe-te levar pela tua pena, sangue sobre um caderno aberto.

HÉLÈNE.— Agora não posso, tenho que escrever para os meus pretendentes.

MARION.— Você me deixaria ler essas cartas?

HÉLÈNE.— Duvido que te interessem. Com eles sim tenho que me manter dentro dos parâmetros da cordialidade calculada e da diplomacia. Eu sim tenho muito a perder. Enfim, até logo.

Sai HÉLÈNE. *Entra* Soror AGNÈS.

AGNÈS.— Por que essa cara, Marion? Você está extenuada? Quer ir se deitar?

MARION.— De jeito nenhum, Soror Agnès. Nunca me senti tão conectada com a vida.

AGNÈS.— Oh, menina. Você abriga atrações fogosas no teu peito?

MARION.— Mais ou menos.

AGNÈS.— Eu também alimentei isso alguma vez. Assim

como você me vê. Ainda bem que já não perco o sono com isso. Tem experiências vitais mais apaixonantes? Mais resplendorosa, pulsantes, adrenalínicas? Tem. Tem, sim. Mas isso não é para todo mundo. Liberdade, igualdade, fraternidade. Essas premissas parecem tão... primitivas. Mas não sei. Acho que esses conceitos são como queijos: um camembert, um brie e um reblochon que se forem colocados no sol, com o tempo correm o risco de fundir-se em uma única massa venenosa. Enfim, quer um brioche?

3

JUSTINE *reza*.

JUSTINE.— Pai, Deus, pai! Tudo é verdade! Tudo o que essa maldita carta diz é verdade! Não quero ser freira. Não encontro em mim esse chamado. Não está na minha essência essa inclinação. Entenda-me, a minha devoção em relação a ti não vacila. Sou inteira, por outro lado, tremo diante da perspectiva de ir contra a minha própria alma. Por acaso existe pecado pior?

A data já está marcada. Em apenas duas semanas, supostamente, unirei a minha vida a da seu filho Jesus Cristo. Ai das minhas núpcias celestiais. Até umas horas atrás me dirigia para os hábitos como uma égua que, com cabresto bem colocado, só vê o caminho já disposto diante dela para evitar sustos e distrações. Mas Hélène arrebatou violentamente o meu sesgo e agora corro desbocada diante de tanta paisagem aberta. A luz da verdade dói, confunde, desespera, pai!

O que fazer? Se me recusar, se planejar uma fuga e maquinar artifícios, quem vai me ajudar? Não Croismare que, se a carta apócrifa chegar às suas mãos, saberá que sou bastarda e, além disso, libidinosa. Não Hélène, ocupada coitadinha em procurar um marido que a sustente. É evidente, estou sozinha. Estou sozinha, pai? Realmente me abandonaste? Ou não, não me abandonaste porque nunca estivestes aí em primeiro lug... Urgh! Um sinal, pai, por misericórdia.

Alguma coisa, o que for.

Uma indicação que alivie a angústia da dúvida.

O que for, Deus!

Alguma coisa tem que acontecer! Qualquer coisa que possa ser interpretada!

Urghhh! Que horror, o silêncio! Que horror, o silêncio! Urghhhh!

MARION *lê papéis.* Soror AGNÈS *procura uma cavilha.* Entra HÉLÈNE *com umas cartas.* No fundo se escutam gritos de JUSTINE.

AGNÈS.— Feliz alminha. Amanhã é a sua cerimônia e não consegue conter a emoção. Perdão, meu pai, pela inveja isso me inspira.

MARION.— Faz uns quinze dias que ninguém no pavilhão dela concilia o sono. Não só por causa dos gritos, mas também porque ela passou a ter o costume de vagar pelos corredores falando sozinha e examinar cada canto, como se procurasse alguma coisa extraviada. *(Para HÉLÈNE)* Nem me incomoda, porque a expectativa de um novo texto teu me mantém acordada mesmo. Preciso, simplesmente preciso de um novo capítulo dos teus feitiços linguísticos, uma nova dose do teu elixir literário, um novo cálice do teu suco verbal. AGNÈS.— Um pouco de pudor, filha.

HÉLÈNE.— Agora não posso, Marion. Estou ocupada. Este é o sexto pretendente que se exilia em uma semana.

MARION.— Mais um?

HÉLÈNE.— *(Lendo)* “Espera, docinho de coco, que o mar tumultuoso da agitação social amanse e então eu voltarei à França com muita empolgação”. Covarde e maldotado! Todos fogem desesperados, se pelo menos um deles me levasse junto.

MARION.— Pensei que a insurreição violenta da plebe não te preocupava.

HÉLÈNE.— Quantas vezes eu tenho que dizer? São só movimentos pendulares de um processo muito mais extenso.

AGNÈS.— Pendulim, pendulão. Por via das dúvidas, eu mesma vou arrumar as trancas das venezianas e as fechaduras para travar bem as janelas para o que for preciso. Se for

impossível remediar o mal, que a gente conte pelo menos com o resguardo dele.

Soror AGNÈS sai.

HÉLÈNE.— Resguardo do quê? Do vento? Isso é o único que muda e sempre dentro de um parâmetro previsível. Por acaso a nossa irmã Justine não tinha que receber os hábitos amanhã mesmo para poder se juntar às filas desta santa congregação? Não era?

Um uivo de JUSTINE.

MARION.— Você acha que a cerimônia vai se concretizar? A tua carta quebrou a psique dela.

HÉLÈNE.— Bom, vamos acabar com isso de uma vez por todas. Eu só dei uma mão para uma coitada carente. Qual foi o mal que eu fiz?

Outro uivo de JUSTINE.

HÉLÈNE.— Tudo bem, eu abri os olhos dela com relação aos próprios desejos. Ou falta de desejo. Mas foi sem querer e, de qualquer jeito, a culpa é minha que Justine seja fraca?

MARION.— Você sabe muito bem que a Devotinha não tem opção. Você sabe que você é evidentemente a mais lúcida e razoável de todas nós.

HÉLÈNE.— Não me fale nem de luz nem de razão, Marion, e nem de evidência, para esse caso. Já tenho problemas suficientes nessa área. Absolutamente todos os nobres com os que eu poderia me casar vão embora do país, até o meu pai está pensando em ir embora!

MARION.— Que ele te leve junto. Talvez seja uma boa oportunidade. Se a gente puder acreditar nas predicções revolucionárias, logo logo as mulheres estarão em igualdade de

condições para ganhar o próprio pão. Você vai poder se sustentar escrevendo. Aliás, talvez, até dê para manter um concubino.

HÉLÈNE.— O quê?

MARION.— Sei lá. Eu já tenho quinze anos, tenho que pensar no meu futuro e a vida religiosa também não é para mim. Só estou aqui porque sou fraca.

HÉLÈNE.— Que fraqueza é essa?

MARION.— (*Mostra uma perna atrofiada*) A minha fraqueza de perna. Uma paralisia infantil me converteu em uma pessoa indesejável para a minha família. Mas ainda posso trabalhar. Estou pensando em um acordo de benefício mútuo. Você poderia ganhar dinheiro com a escrita enquanto eu, talvez, pudesse tentar manter o lar, arrumar a cama, fazer a comida. Alimentar o fogo de noite.

HÉLÈNE.— (*Se horroriza*) Trabalhar é horrível, Marion. Espero que não exista uma pessoa na face da terra que consiga te fazer acreditar do contrário. E quanto à Justine, se ajudar desinteressadamente uma amiga é um pecado, então me considere a própria Judas.

Entra Soror AGNÈS.

AGNÈS.— Meninas, tem um tal Croismare procurando a Devotinha, quer dizer a Justine. Vocês poderiam trazer ela aqui? Obrigada.

HÉLÈNE.— Desculpe. Croismare?

AGNÈS.— Isso.

MARION.— O marquês de Croismare?

AGNÈS.— Isso, o marquês, visconde, alguma coisa assim. Por quê?

HÉLÈNE.— Nada.

AGNÈS.— Por quê?

MARION.— Não sei.

HÉLÈNE.— Não estou entendendo. Veio para a cerimônia, irmã, ou...?

AGNÈS.— Parece que quer raptá-la para se casar com ela fora do país. Brincadeira, como é que eu posso saber? Vocês podem trazer a Justine aqui ou eu mesma tenho que ir buscar? Eu não tenho todo o tempo do mundo.

HÉLÈNE.— Eu vou buscá-la. Eu a tranquilizo e levo ela para a senhora.

AGNÈS.— Que Deus te bendiga.

Soror AGNÈS sai.

MARION.— Que esquisito.

HÉLÈNE.— É.

MARION.— Será que ele recebeu a carta? Quer dizer, será que ele sabe que a Justine é bastarda?

HÉLÈNE.— Não tenho a menor ideia.

MARION.— Que pensamento perturba a tua mente?

HÉLÈNE.— Nenhum. Eu vou buscar a Justine.

MARION.— Eu vou junto.

HÉLÈNE.— Não precisa. É rapidinho.

HÉLÈNE começa a ir.

MARION.— A cela dela fica para o outro lado.

HÉLÈNE.— Ah, é mesmo. Que distraída.

MARION.— Eu vou com você.

HÉLÈNE.— Não! É melhor eu ir sozinha. Me esperam.

MARION.— Estão esperando a Justine.

HÉLÈNE.— Foi isso que eu disse. Que Deus te bendiga.

MARION.— E a você também.

HÉLÈNE sai na direção da cela da JUSTINE e vira na direção contrária.

O marquês de CROISMARE espera no locutório -separa uma grade no meio-.

CROISMARE.— Você é um leão, Claude. Um leão do Congo. Você é uma fera indomável, um semental toscano, um milho doce e dentado, Claude. Desta vez tem que dar certo. Tenho que colocar a minha lasciva amada a salvo da religião e do raciocínio. Levá-la a um palácio da escala do nosso amor apaixonado. Mas, cuidado! Seja paciente com a tua paixão, Claude, paciente e direto. No começo, a Justine vai se negar, você tem que usar todos os teus dotes para convencê-la. Mas, melhor ainda, é assim mesmo que eu a quero! Uma senhorita virtuosa que acredite genuinamente na virtude e que ainda assim se sacrifique. Calma, Claude, que você está na frente de Deus.

Entra HÉLÈNE.

CROISMARE.— Justine! Até que enfim! Você não sabe a pressa que eu tinha em chegar até aqui, você não imagina com que impaciência te esperei. Venho por causa de um assunto urgente e o que me consta é que cheguei no limite do perigo. Sou o marquês.

HÉLÈNE.— Sim, eu sei quem você é, mas não sou a Justine. Eu sou a Hélène, a melhor a amiga dela, a Justine não se sente...

CROISMARE.— Me desculpe, mas só quero falar com a Justine e com mais ninguém.

HÉLÈNE.— Só queria perguntar...

CROISMARE.— Não insista, senhorita. Temos que tratar de assuntos delicados, não falarei nenhuma palavra com ninguém que não seja a Justine.

HÉLÈNE.— Mas...

CROISMARE.— Por favor, não seja insistente! Não tenho tempo.

HÉLÈNE.— Tudo bem. Não quis incomodar. Dá licença.

HÉLÈNE sai e volta.

HÉLÈNE.— Olá, marquês. Eu sou a Justine.

CROISMARE.— Até que enfim! Você não sabe a pressa que eu tinha em chegar até aqui, você não imagina com que impaciência te esperei. Venho por causa de um assunto urgente e o que me consta é que cheguei no limite do perigo.

HÉLÈNE.— Sei, senhor marquês, de fato. Amanhã mesmo vou receber os hábitos, não entendo o que é que pode trazê-lo...

CROISMARE.— Não é só isso. A agitação social está no auge. Os revolucionários da... Desculpe, nós estamos sozinhos? Não consigo ver direito através da grade.

HÉLÈNE.— Estamos, sim, senhor marquês.

CROISMARE.— Os revolucionários da assembleia geral elaboram planos incertos, estou a caminho do exterior.

HÉLÈNE.— Ah, vai se exilar?

CROISMARE.— Não tenho outra opção. Mas não podia ir embora sem antes vir até aqui realizar o ato mais importante da vida de um mancebo.

HÉLÈNE.— Está ajoelhado?

CROISMARE.— Justine. O primeiro e único dia que nos vimos pessoalmente, na comarca da sua família, transbordei de amor. A senhora era somente uma menina, ainda me lembro do sorriso tímido que me dedicou enquanto tocava arpa. O tempo que veio depois foi extenso e agônico, mas oh, será ainda mais belo o nosso reencontro agora que a senhora, liberada dos seus segredos, aceite a minha mão como seu esposo. Não mentirei, no começo tive dúvidas da sua convicção amorosa, me parecia talvez indecisa ou um

pouco fria. Mas quando li a sua ardente carta, não pude fazer outra coisa que não fosse vir correndo. A sua prosa estava viva e é essa mão que quero, esse coração com que sonho.

HÉLÈNE.— Então leu a carta.

CROISMARE.— A senhora enviou e o correio francês é infalível. Justine, diga alguma coisa!

HÉLÈNE.— Deixe-me pensar.

CROISMARE.— Deixe-se comover pelo arrojo do meu ato. Sei que é apressado, mas o tempo galopa. O meu pai ficará inconformado quando descobrir que desposei uma pobre coitada sem dote.

HÉLÈNE.— Mas o senhor compreendeu a carta? A parte que dizia...

CROISMARE.— Que os vilões que a senhora tem como pais não pagarão um centavo ao seu marido. Não me interessa. Não quero, não vou me casar por um simples acordo econômico.

HÉLÈNE.— Não? Mas o meu dote...

CROISMARE.— O dote, o dote, ai, o dote não me interessa nem um pouco! Eu também sinto a revolução. A senhora despertou isso em mim.

HÉLÈNE.— Mas isso é inacreditável, uma decisão jamais contemplada.

CROISMARE.— Felizmente. A senhora não nasceu para contemplar, mas sim para amar. A sinceridade da sua carta me comoveu. O desinteresse, a exposição, inclusive a indecência. Quero esses valores para os meus filhos.

HÉLÈNE.— Marquês.

CROISMARE.— Justine.

HÉLÈNE.— Abandonemos os enganos.

CROISMARE.— Enganos? Que enganos? Odeio enganos.

HÉLÈNE.— Não, é que não fui eu, Justine, que escreveu essa carta. Quer dizer, o que diz a carta é verdade, mas não é a minha letra.

CROISMARE.— A senhora ditou?

HÉLÈNE.— Não. Uma amiga escreveu, com as suas próprias palavras, o que eu queria dizer, mas não me atrevia.

CROISMARE.— Ah. Mas queria dizer aquelas coisas.

HÉLÈNE.— Queria, mas...

CROISMARE.— E então?

HÉLÈNE.— Então aquelas palavras suculentas não são minhas. Aquela paixão não é minha. Tudo aquilo é da minha boa amiga Hélène, que carrega a pena habilidosa que o comoveu.

CROISMARE.— E o que importa quem carrega a pena? A sua carta ou é verdadeira ou não é. É?

HÉLÈNE.— É, é verdadeira. Tudo o que diz é verdadeiro. Mas a escrita está cifrada...

CROISMARE.— Aonde vai com essa trilha sinuosa estranha que me confunde? Diga sem rodeios, me aceita ou me rejeita?

HÉLÈNE.— Senhor marquês, a decisão foi tomada e não tem retorno. Sei que eu, Justine, fui muito indecisa e fria e pusilânime e lamento se isso o confundiu, mas tenho que prosseguir com o meu projeto de receber os hábitos, é o que foi pactuado.

CROISMARE.— Mas a senhora deseja este destino?

HÉLÈNE.— A questão do desejo é delicada para alguém como eu, Justine.

CROISMARE.— Mas o que é que isso significa?

HÉLÈNE.— Que o melhor para mim é o estado religioso e não a vida em sociedade, porque um é estático e o outro é vital. Eu, francamente, não estou apta para o matrimônio, mas...

CROISMARE.— Mas?

HÉLÈNE.— Mas tem garotas que sim, marquês.

CROISMARE.— Garotas?

HÉLÈNE.— Muitas.

CROISMARE.— Que garotas? Eu amo a senhora.

HÉLÈNE.— E eu aprecio o seu amor.

CROISMARE.— Aprecia?

HÉLÈNE.— Dou muito valor, sem dúvida, quem não valorizaria? Mas isso não é suficiente. O senhor precisa de uma senhorita preparada para a vida em sociedade, alguém que saiba manter um lar, regular os excessos, ser boa pessoa. E, não vai acreditar em mim, mas tenho justamente uma amiga que é a candidata perfeita para o seu projeto.

CROISMARE.— Mas o meu projeto é o de a...

HÉLÈNE.— Amor, sim, sim, mas seja razoável: este convento aloja uma dama nobre, de bom sobrenome, bela, inteligente, mas não em excesso, que por coincidência também não dispõe de um dote de acordo com a sua origem e está à procura de um bom pretendente.

CROISMARE.— Não a conheço, Justine.

HÉLÈNE.— Não, o senhor a conhece! É a minha amiga Hélène, que tentou falar com o senhor há uns minutos.

CROISMARE.— Não conheço a senhora, Justine. Não a reconheço.

HÉLÈNE.— Para isso primeiro teria que ter me conhecido. Como o senhor mesmo disse, só nos vimos uma vez nas nossas vidas.

CROISMARE.— Que perspicácia tão curiosa. Eu exponho paixões desenfreadas, nobreza de intenções e a senhora é tão... trivial.

HÉLÈNE.— Trivial?

CROISMARE.— Me propõe um roque, um movimento de xadrez, como se isso fosse um jogo de estratégia, como se o objeto de amor aceitasse intercâmbio e duplicasse em vez de ser único e indivisível. Está claro, então, que não escreveu a carta. Esta frieza não corresponde àquele calor.

HÉLÈNE.— Sim que escrevi!

CROISMARE.— Mas não era que não tinha escrito? Que confuso.

HÉLÈNE.— Não, quero dizer: não fui eu que escrevi. Não fui eu, Justine, que escreveu. O senhor tem razão. O meu coração é frio, a minha mente é calculadora. Não conheço as

paixões das que o senhor me fala. Por isso tive que acudir à minha sentida amiga Hélène. Não percebe? É perfeito.

CROISMARE.— Essa Hélène não é sua amiga, Justine, e também não será minha esposa. Vestiu um sentimento como quem veste uma luva, não é possível confiar em alguém assim.

HÉLÈNE.— Não, mas...

CROISMARE.— Foi ela quem a convenceu para que viesse me convencer?

HÉLÈNE.— Como?

CROISMARE.— Que ela a enviou para tentar plantar em mim semente alheia.

HÉLÈNE.— Se a Hélène me enviou, eu Justine, para falar com o senhor no lugar dela, é isso que o senhor está me perguntando?

CROISMARE.— É, é isso o que estou perguntando, por que repete os nomes como se tivesse que lembrá-los?

HÉLÈNE.— Não, não. Quero dizer sim, sabe, lógico que sim, Hélène está bem-disposta e tem um interesse genuíno pelo senhor.

CROISMARE.— Interesse. Maldita palavra indecorosa.

HÉLÈNE.— O que tem de indecoroso se preocupar com o próprio futuro? Hélène, sim, é uma garota decidida, pragmática. Sabe o que quer e é capaz de sentir, como o senhor deseja. É só o senhor conhecê-la. É muito razoável.

CROISMARE.— Mas eu estou falando de amor e a senhora está me falando de tolices. Não acredito em nada, vejo que somente queriam me manipular. Cancelem as revoltas, não existe liberdade possível para o homem.

HÉLÈNE.— Mas, por que não se mata, senhor marquês?

CROISMARE.— A grade me desorienta, não escutei bem as suas palavras.

HÉLÈNE.— Por que não se mata? Por que não pede para que o fuzilem em praça pública?

CROISMARE.— Senhorita...

HÉLÈNE.— Tem a opção de morrer por uma causa e em vez

disso escolhe vir pregar-me sobre um amor elevado ao que sou indiferente. Por aqui não passa esse rio, sabe?

CROISMARE.— Se não passa é porque sabotaram o seu curso.

HÉLÈNE.— O quê?

CROISMARE.— Morrer por causa da revolução, a senhora me diz? Não me interessam os racionalistas. Já ninguém entende o amor como um valor supremo, é uma tragédia.

Nós, os nobres, teríamos que repensar as prioridades do povo.

HÉLÈNE.— Nós, os nobres? Espera enquanto morro de rir.

CROISMARE.— O que é que a senhora quer dizer?

HÉLÈNE.— Vai...

CROISMARE.— O quê?

HÉLÈNE.— O senhor não tem uma gota de sangue aristocrático, senhor “marquês”. O senhor comprou os seus títulos de nobreza como tantos outros.

CROISMARE.— Aí está, a imundice despona.

HÉLÈNE.— Não, me alegro que a sua família tenha conseguido juntar um monte obscuro de dinheiro, fico muito feliz. Mas sabe? O meu avô jogava bilhar com o próprio rei sol Luís XIV. E isso, senhor, não dá para comprar.

CROISMARE.— Mas a senhora é bastarda.

HÉLÈNE.— Cala a boca, marquês. Detesto o senhor. Odeio o senhor. Não sei como é que passou pela minha cabeça me rebaixar a seu estrato desprezível, o desespero nublou a minha bela mente. Tomara que aconteça tudo de pior ao senhor. Tomara que o senhor termine decapitado ou exiliado em uma ilha com péssimo clima.

6

JUSTINE *tenta conciliar o sono.*

JUSTINE.— Horas. Só horas, senhor, e nenhuma resposta. Espera até o último momento para me mandar um sinal? Será filho do rigor. Eu não sei de quem sou filha. Nunca procurei respostas, senhor. Nunca tentei encontrá-las. Foi uma noite que eu andava muda, como sempre antes daqui, que cruzou no meu caminho um amigo da família, visconde acho, que visitava a minha casa. Naturalmente, tentou me seduzir. Eu, senhor, ri com o seu avanço. Um riso nervoso, lógico, não malicioso, não tenho malícia! Mas o visconde primeiro pareceu ofendido e depois perigoso. Me acariciou a têmpora e me disse que parecia a minha mãe quatorze anos antes. Quantos anos eu tinha? Quatorze. Sim. Quatorze também. Onde menos pensei, mais encontrei, por acaso e agora que peço... Um galo, pelo menos isso, que dê por terminada esta noite de espera!

Conceda-me o sono então, pelo menos isso! Estou com sono. Conceda-me paz, senhor. Não aguento minha alma. Os meus olhos fecham sozinhos e abrem de repente. Vejo formas geométricas em todos os cantos, mas não é nada e me assusta do mesmo jeito! E o que eu queria dizer é de muita importância, queria, se o senhor me escutasse, se fosse tão misericordioso, se fosse, se... eu pudesse dizer é... é que... é muito importante... que... que...

Os olhos de JUSTINE fecham. Passa o marquês de CROISMARE na ponta dos pés. Os olhos de JUSTINE abrem. CROISMARE se detém.

CROISMARE.— Feche os seus olhos de novo, irmã.

Tempo spectral.

JUSTINE.— Está aí.

CROISMARE.— Quem está aí?

JUSTINE.— O senhor. E não desvanece.

CROISMARE.— Sou um... sonho.

JUSTINE.— Prodígio. Um marquês de sonho. Perca-se então no éter.

CROISMARE.— Eu conheço a senhora?

JUSTINE.— Justine, Devotinha. Devotinha, Justine.

CROISMARE.— Ah, a senhora? Mas... durma. Diz coisas incoerentes.

JUSTINE.— Espectro do passado ou do futuro.

CROISMARE.— Durma.

JUSTINE.— Espectro do passado ou do futuro?

CROISMARE.— Hein? Do... futuro.

JUSTINE.— Ha ha. Vetusto, o futuro. Não vá embora! Não me abandone!

CROISMARE.— Não grite. Eu fico. Sh, sh. Não chore agora. A senhora é livre, se quiser. Não tem motivo para choramingar. Sh, sh. Já não é uma criança. Será feita a sua vontade. Mas agora durma, por favor, durma. Se deixe arrastar pelo mar. Sh, sh. Amanhã tudo será melhor.

JUSTINE *dorme.*

7

JUSTINE *se arruma para o seu dia especial. Soror AGNÈS, dorme em uma poltrona.*

JUSTINE.— Levantando, disse a rá enquanto espiava pela janela.

AGNÈS.— Ah, filha! Você me assustou. Ainda não está pronta?

JUSTINE.— Por que o meu dia é tão escuro, madre, se a minha esperança é tão luminosa?

AGNÈS.— Passei a noite acordada colocando tapumes nas janelas, por precaução. Mas fico feliz de ver que você recuperou o ânimo. As tuas bochechas estão de novo vermelhinhas.

JUSTINE.— Estão.

AGNÈS.— Sempre é melhor fazer as pazes com o nosso destino antes de enfrentá-lo. Depois é mais difícil. Então, bom, é melhor a gente ir se arrumando, né?

JUSTINE.— Está bom.

AGNÈS.— O Padre Serafin vai nos esperar na capela às onze em ponto para a tua cerimônia.

JUSTINE.— Tudo bem.

AGNÈS.— Você precisa de ajuda?

JUSTINE.— Não sei. Preciso, mamãe, quer dizer madre?

AGNÈS.— Soror Agnès está bom. Alguma irmã caridosa que esteja livre para ajudar a Devotinha, quer dizer, Justine? Alguém?

Entra HÉLÈNE.

AGNÈS.— Hélène, perfeito, vem aqui dar uma assistência para a tua amiguinha.

HÉLÈNE.— Não, mas eu só estava de passagem...

AGNÈS.— Te deixo a pequena. Leve-a com graça e esmero

aos braços do senhor. Que Deus abençoe as duas, que Deus tenha vocês na glória.

AGNÈS *sai*.

JUSTINE.— Belo dia.

HÉLÈNE.— É. La fora brilha o sol.

JUSTINE.— Faz tempo que a gente não conversa.

HÉLÈNE.— Eu estava ocupada.

JUSTINE.— Eu também. Muito ocupada. Queria te dizer...

HÉLÈNE.— Que nome você vai usar?

JUSTINE.— O quê?

HÉLÈNE.— Como freira, que nome você escolheu?

JUSTINE.— Ah. Não pensei nisso. Já sei: Hélène.

HÉLÈNE.— Hélène.

JUSTINE.— Como Santa Hélène, a imperatriz romana.

HÉLÈNE.— Entendo.

JUSTINE.— Desculpe, sou tão engraçadinha quanto você quando enviou a carta no meu lugar.

HÉLÈNE.— Chega desse olhar de louca, o que é que você tem? Fala de frente de uma vez ou eu vou ter que usurpar o teu lugar de novo para dizer para mim mesma o que você não tem coragem de dizer?

JUSTINE.— Tive um sonho.

HÉLÈNE.— O quê? Que sonho?

JUSTINE.— Um sonho maravilhoso, Hélène. O sinal que eu merecia. Não posso falar muito, mas a mensagem foi clara.

HÉLÈNE.— Que mensagem?

JUSTINE.— O sinal que eu estava procurando. Ele mesmo apareceu nos meus sonhos.

HÉLÈNE.— Deus?

JUSTINE.— O marquês, tonta! Ele apareceu como se fosse um fantasma enquanto eu ia e vinha entre a vigília e o sonho.

HÉLÈNE.— De onde?

JUSTINE.— Na minha cela. E disse: amanhã tudo será melhor. O sinal! É maravilhoso.

HÉLÈNE.— Mas o que quer dizer?

JUSTINE.— Que ele vai vir me salvar. Que eu o amo. Que como eu o amo, ele virá me salvar, ou ao contrário, tanto faz. Fui clara.

HÉLÈNE.— Justine, talvez essa linha de pensamento não seja muito conveniente para você. Você está a horas de receber os hábitos. Por que gerar novas esperanças faturas?

JUSTINE.— E por que você gerou primeiro?

HÉLÈNE.— Mas o que é que tem isso a ver? O que é que você vai fazer?

JUSTINE.— Para ser muito franca, eu gosto muito de você e, no final das contas, é justo te agradecer pela intromissão na minha vida sentimental, porque foi isso que me trouxe até aqui. Mas já não preciso dos teus conselhos e, sem querer te ofender, prefiro que: não dê a tua opinião.

HÉLÈNE.— Compreendo. Dá licença, eu já volto. Tenho que ver uma coisa.

HÉLÈNE *sai*.

Passa uma freira com pressa por trás.

JUSTINE.— Ei, irmã! Hoje não é um dia lindo?

CROISMARE.— *(Vestido de freira e disfarçando a sua voz)* Sim.

JUSTINE.— Quem é você? Marion?

CROISMARE.— Sim.

JUSTINE *dá volta ao marquês de CROISMARE e revela o seu rosto.*

JUSTINE.— Marquês?

CROISMARE.— Justine?

JUSTINE.— *(Se joga aos pés de CROISMARE)* Obrigada,

obrigada! Obrigada, obrigada! Alabado seja, senhor. Como o senhor me fez sofrer, mas aí, que recompensa! Que perto eu estive de ser freira!

CROISMARE.— Ah, então agora a senhora beija estes pés burgueses? Por favor, senhora, poupe-me desta cena. De todas as pessoas que podia me encontrar, a senhora é de novo a mais importuna.

JUSTINE.— O quê?

CROISMARE.— Tive que me meter, não tinha opção. Desculpe se me intrometi nos seus sonhos, mas não queria fazer alboroto. Ontem uma pessoa do povoado me avisou que os caminhos estão bloqueados por membros da Assembleia Geral, eu precisava de um esconderijo.

JUSTINE.— Oh! Bem a tempo, que bom que o destino nos juntou.

CROISMARE.— É, o destino e as suas artimanhas. Ainda não consigo acreditar que aquela carta era falsa. Apócrifa. Mal atribuída. Me sinto ultrajado. Quanto mais eu penso, mais fico indignado.

JUSTINE.— A carta? Posso explicar, marquês. Juro que não tive responsabilidade no assunto.

CROISMARE.— E ainda se faz de coitadinha! Meu Deus, a sua vileza é incrível.

JUSTINE.— Mas não, eu não queria enganá-lo, de fato eu tentei deter tudo isso.

CROISMARE.— E também não quis me insultar do jeito que me insultou?

JUSTINE.— Insultar? Não, eu quero estar com o senhor.

CROISMARE.— E a senhora acha que eu quero estar com alguém do seu tipo? Acha que não tenho amor próprio?

JUSTINE.— Como do meu tipo?

CROISMARE.— Não me obrigue a descrevê-la. Deveria usar as palavras desagradáveis e nisso não sou tão habilidoso quanto a senhora.

JUSTINE.— Mas foi a minha amiga Hélène.

CROISMARE.— Meu Deus, que cínica. Me dá medo.

JUSTINE.— Medo? Não consigo machucar nem uma borboleta.

CROISMARE.— E por que machucaria uma borboleta, sua louca?

JUSTINE.— Quero dizer que não desejo a ninguém nenhum mal. Se o senhor não gosta de mim, marquês, se o senhor me despreza por ser bastarda, não entendo por que veio até aqui para machucar o meu coração.

CROISMARE.— Ah, se faz de vítima, me dá nojo, nojo. Não, não me toque, vá para trás, Satanás!

JUSTINE.— Desculpe! Desculpe! Desculpe, por favor! O senhor tem razão, eu sou a causa desta confusão. Por emoção, por negligência. Sou no final das contas o pecado em corpo e alma! Por favor, me perdoe! Essa carta foi um erro!

CROISMARE.— É tudo o que a senhora me disse ontem também foi um erro?

JUSTINE.— Ontem?

CROISMARE.— É, ontem.

JUSTINE.— Não, não sei o que disse, eu estava adormecida. Achei que era um sonho.

CROISMARE.— Lógico, ontem achou que eu era um sonho e agora acha que sou um imbecil.

JUSTINE.— Mas não era eu.

CROISMARE.— Foi alguma coisa através da senhora então. Por que insiste agora em esconder essa malícia? Se ontem se divertia com ela.

JUSTINE.— O que é que está dizendo?

CROISMARE.— Libere-se.

JUSTINE.— O quê?

CROISMARE.— Se isso é o que é, por que se envergonha? Melhor uma perversa assumida que uma mesquinha minguada. A ferida no meu orgulho vai fechar cedo ou tarde, mas não a ferida do meu critério. Como julguei mal a senhora. Como nunca tinha percebido essa dualidade doentia? Ontem

à tarde, enquanto conversávamos no locutório, pressentia por momentos o ímpeto que aparecia na sua última carta. Depois, quando a vi à noite, senti a doçura que lembrava de antes. Não é suficiente o fervor das ruas? É necessário adicionar mais ambiguidade?

Entra MARION. JUSTINE sai.

MARION.— Marquês.

CROISMARE.— E quem é a senhora?

MARION.— Marion. Onde está a Justine?

CROISMARE.— Estava aqui até agora.

Entra HÉLÈNE.

HÉLÈNE.— Marion.

MARION.— Hélène.

HÉLÈNE.— Just... Marquês! O que é que está fazendo aqui?

CROISMARE.— Os revolucionários vinham e eu não tinha onde me esconder. Espera. O que é que está acontecendo?

MARION.— O senhor foi enganado, senhor. Mas não pela Justine, mas sim pela Hélène. Foi com ela que o senhor conversou ontem, ela se passou pela outra.

CROISMARE.— Meu Deus! Então a senhora é a verdadeira Justine.

MARION.— Não, ela é a Hélène.

HÉLÈNE.— Deixe-me explicar...

MARION.— Não tem nada para explicar. Você traiu a Justine.

CROISMARE.— Não entendo.

HÉLÈNE.— A traição não foi consumada.

MARION.— Pior, porque foi em vão.

HÉLÈNE.— Juro que eu quis ajudar, mas no meio da história, eu mesma precisei de ajuda e não vi outra saída. E

não disse nenhuma mentira, fui muito honesta. Sem contar, lógico, que disse que era outra pessoa. Mas tudo o que disse como Justine foi verdade, ou não disse, marquês?

CROISMARE.— (*para MARION*) Então a senhora é...?

MARION.— Marion, eu já falei.

CROISMARE.— E qual é o papel da senhora nisso tudo?

HÉLÈNE.— Isso! Por que me mete nisso?

MARION.— Porque me apaixonei! Desculpe, me apaixonei.

Sou testemunha das tuas artimanhas para ir embora e não, não quero que você vá embora. De qualquer forma, agora estão chegando os pés descalços e ninguém vai a lugar nenhum. Soror Agnès colocou tapume em todas as portas. Estamos encerradas. Estamos perdidas! (*Chora.*)

CROISMARE.— Os pés descalços?

HÉLÈNE.— Não é possível.

CROISMARE.— Sim, é possível. Ontem era o comentário no povoado. Mas não entendo. A Justine real, então, sim escreveu a carta.

HÉLÈNE.— Chega dessa carta, por que é tão importante essa estúpida carta?

MARION.— Porque é maravilhosa, malvada!

CROISMARE.— É verdade, é maravilhosa! A tranquilidade de Justine sempre me atraiu, sua forma de ser como água parada de um lago. Mas vi o fogo daquelas palavras e a minha atração quadruplicou e agora... me sinto perdido. Francamente, não sei bem quem amo.

HÉLÈNE.— O próprio apocalipse bate à nossa porta, não tem amor nos tempos que vêm pela frente!

MARION.— Ah, e o pêndulo?

Entra AGNÈS.

AGNÈS.— O pêndulo ameaça golpear as nossas caras como se fosse um pandeiro, Marion. Os pés descalços estão lá fora. Contidos, por enquanto. Embora o

coitado do padre Serafín não tenha conseguido entrar.
CROISMARE.— Nas semanas anteriores, a Assembleia debatia sobre liberar os conventos, talvez tenham ditado alguma proclamação.

AGNÈS.— E quem é o senhor?

MARION.— O pretendente da Justine.

CROISMARE.— Ex-pretendente.

AGNÈS.— Cadê a Justine?

MARION.— Não sabemos.

AGNÈS.— Não deve ter ido muito longe. As portas estão com tapumes.

Tempo.

MARION.— Assim que liberar os conventos.

Tempo.

HÉLÈNE.— Eles não vão nos machucar, né? Nós não temos nenhum cargo hierárquico no clero. Somos vítimas.

AGNÈS.— Com certeza não.

CROISMARE.— E eu?

HÉLÈNE.— Quanto ao senhor, eles vão matá-lo.

Tempo. Barulho de rumor fora.

AGNÈS.— As portas vão aguentar.

HÉLÈNE.— E depois?

AGNÈS.— Virão nos resgatar.

MARION.— Quem?

AGNÈS.— Suponho. Coitado do padre Serafín.

CROISMARE.— Mas o que está acontecendo então? A igreja católica vai morrer?

AGNÈS.— Morrer, só as pessoas morrem. Ou não é assim, Hélène?

CROISMARE.— É verdade, o Estado não estava em ordem. Pode ser, tinha muita inflação. E fome. E miséria. E sem dúvida pagamos muitos impostos. Mas, veja só, com a força do esmero e do trabalho, a minha família subiu na escala social. Mas trabalhando, não assim. Assim de qualquer jeito!

MARION.— A igualdade que está chegando me dá ilusão. Um mundo em que todos nós tenhamos os mesmos defeitos.

AGNÈS.— É melhor não pensar muito. Os pés descalços vão se cansar e eventualmente vão embora. O que é que eles podem querer de nós? (*Silêncio*) Vamos cantar uma canção?

HÉLÈNE.— Vamos, por favor.

AGNÈS.—

Os céus proclamam a glória de Jesus Cristo.

Nada é igual à beleza do senhor.

Todos:

Sempre será um cordeirinho no trono.

AGNÈS.—

Ajoelharei para adorá-lo e somente ele.

Quero cantar a glória do Ressuscitado.

Todos:

Sempre será um cordeirinho no trono.

Ajoelharei para adorá-lo e somente ele.

Para sempre será um cordeirinho n...

Um estouro interrompe a canção.

Começam a ouvir risadas e clamores que se aproximam.

Entra JUSTINE.

Traz as madeiras para colocar tapume na porta.

Deixa-as cair no chão e junta as mãos para rezar.

JUSTINE.— Padre. Pode ficar tranquilo, não venho mais com súplicas. Aguardei até agora e consegui me decidir, está orgulhoso? Eu achei que o vazio era frágil. Mas é tão sólido,

padre. Se aqui não tem nada, o que é que pode quebrar? Só pode sair, esse nada. Derramar-se pelo mundo. Que nesse lugar, entre alguma coisa. Que igualem os níveis entre o nada e o alguma coisa. Depois de bastante tempo. E que comece tudo de novo. Escuta o chamado, padre? Eu acho que... acho que... sim.

FIRST PRIZE



OH THOSE RELIGIOUS CRAZY HEADS!

MIA MICELI

Characters

JUSTINE
HÉLÈNE
AGNÈS
MARION
CROISMARE

1

HÉLÈNE and JUSTINE, *two French novices in the year 1789.*

JUSTINE.— And? How do you put up with the monastic graces?

HÉLÈNE.— With probity.

JUSTINE.— You look flourishing.

HÉLÈNE.— I doubt it.

JUSTINE.— You cannot know that, there are no mirrors in this convent.

HÉLÈNE.— I've heard that in the abbey of Saint Michel there are.

JUSTINE.— Saint Michel?

HÉLÈNE.— Do you know it?

JUSTINE.— Of course not. The only time I left my home in Lyon was the day I was brought here.

HÉLÈNE.— It is very beautiful. You could apply for a transfer and complete your noviciate there if you wanted to. Or in any other monastery in France, for that matter.

JUSTINE.— I would not have time, it is only a month before I take vows. Besides, do you really think that life in any other monastery is very different from this one?

HÉLÈNE.— I don't know, Justine. I'm just conversing.

Enter Sister AGNÈS, Mother Superior.

AGNÈS.— What are my girls doing?

HÉLÈNE.— Only our daily embroidery work.

AGNÈS.— Do not tire yourselves out. Justine, your pallor worries me. Will you not retire to rest? If you need it, I can relieve you of your duties.

JUSTINE.— No need for that, Sister Agnès. Thank you.

AGNÈS.— And you, Hélène? How are you feeling?

HÉLÈNE.— Perfectly.

AGNÈS.— You have already seen how we are here. Benevolent. Understanding. Oh, how I wish I could be a novice again, like you, so that I could take vows, again, and join this beautiful congregation, again. In here everything is so easy and happy. The same cannot be said as for out there. Did you hear the news from Paris?

HÉLÈNE.— About the Bastille?

JUSTINE.— These are worrying events. Amid the bad harvest that devastated the country, the inefficiency of Louis XVI to govern, the hatred inspired by his wife Marie-Antoinette, and those strange republican ideas that have been circulating viciously, who knows what course this revolt may take.

AGNÈS.— I shall tell you what course it will take. Violence. Agitation. Blood. Decapitations. Anarchy. Messianic leadership. Regression. New messianic leaderships. No, no, no, how lucky I am to be confined inside these four walls. Well, girls. I shall continue. May God keep you in His glory.

Exit Sister AGNÈS.

JUSTINE.— Was it your father who was waiting for you yesterday in the parlour?

HÉLÈNE.— Did you see him?

JUSTINE.— I asked him for a cigar.

HÉLÈNE.— Did he give it to you?

JUSTINE.— He did not want to, but he did not dare refuse. Your father is weak.

HÉLÈNE.— There is not one person who does not repeat that to me. I myself repeat it to him. Every time I can.

JUSTINE.— That is cruel.

HÉLÈNE.— Had he managed his fortune better, I'd have a line of suitors eager to ask for my hand.

JUSTINE.— I thought your father was well off.

HÉLÈNE.— He was. But the idiot squandered the fortune he had set aside for my dowry. Besides, the tax burden in this country is impossible.

JUSTINE.— Surely, he has some money left to offer you to a man with a humble surname and noble intentions.

HÉLÈNE.— Ugh! I would rather shut myself up in this convent than give myself to any low-life pauper. Yesterday he showed up with a plan to marry me to a linen merchant. If only it were silk he sold, but linen? Linen is an insult.

Enter Sister AGNÈS.

AGNÈS.— How are my girls doing?

JUSTINE.— Did you never hold marriage plans, Sister Agnès?

AGNÈS.— Of course. My hand was solicited by the noblest and most honourable candidate of all. Here is a hint. It starts with Je and ends with sus Christ the Redeemer.

HÉLÈNE.— Did your father also squander his fortune and run out of money to pay your dowry, condemning you to a monastic life?

AGNÈS.— Beautiful novices. I shall continue. May God protect you.

Exit Sister AGNÈS.

JUSTINE.— Did I tell you? The Marquis de Croismare stills writes to me.

HÉLÈNE.— No.

JUSTINE.— Yes.

HÉLÈNE.— But is he still courting you? I imagine you've told him that you are soon to become a nun.

JUSTINE.— I have, but he still hopes I will change my mind. He does not comprehend that even if I did not take vows, my family would never pay a dowry to marry me, to

him or to anyone. I do not know anymore how to make him understand.

HÉLÈNE.— By explicitly detailing the reasons why your family does not want to spend a cent on getting you married.

JUSTINE.— What do you want me to write to him? ‘Dear Marquis: My father is not really my father, that is why he hates me and sent me to this convent’. I cannot be so explicit; they check our letters.

HÉLÈNE.— It is not a secret, everyone knows. Especially Father Seraphim.

JUSTINE.— It is one thing for them to know tacitly that I am an illegitimate child, it is another for me to write it down on paper.

HÉLÈNE.— I don’t understand.

JUSTINE.— Writing it down would be a confirmation of something that so far is only a rumour, an affront to my family.

HÉLÈNE.— No one needs your confirmation of something so well known.

JUSTINE.— Still, it would not be honest of me, it would not be right.

HÉLÈNE.— If rightness is what this is all about...

JUSTINE.— What?

HÉLÈNE.— Keeping the Marquis in the dark about the real reason for your nuptial indisposition is not exactly right.

JUSTINE.— Do you think he would agree to marry me even without paying my dowry?

HÉLÈNE.— Of course not, that’s impossible.

JUSTINE.— I do not know, the Marquis has great funds. His family has made its enormous fortune in buying and selling animal fat. It was with that obscene amount of money that they bought their noble titles.

HÉLÈNE.— Oh. I did not know he was a new aristocrat.

JUSTINE.— And what with that?

HÉLÈNE.— Nothing. It’s all very well to be a new aristocrat.

Pity he must not know which hand to hold a fork with. But coming back to the subject, if you are sincere, you may cultivate in the Marquis a good friend for when you adopt the monastic life; it’s always good to have influential friends. JUSTINE.— Maybe for you, Hélène, but I am not self-interested. I am not saying you are. But it is not my style.

HÉLÈNE.— And what is your style?

JUSTINE.— I do not know – anyways, I cannot tell you, it would be scandalous.

HÉLÈNE.— For your family, maybe. But I don’t understand why you insist on protecting them when they despise you.

JUSTINE.— They do not despise me.

HÉLÈNE.— When was the last time one of your sisters...

JUSTINE.— Half sisters.

HÉLÈNE.— ... half sisters came to visit you?

JUSTINE.— It does not matter. In my situation, the only thing that can be decided is whether to be good or bad, virtuous or vicious, lazy or diligent.

HÉLÈNE.— So your style is goodness.

JUSTINE.— Maybe it is. Does that bother you?

HÉLÈNE.— No. Few things bother me. But it does not sound like much fun.

JUSTINE.— I see, then it is cruelty that is fun.

HÉLÈNE.— Yes, it is, whether you like or not. You may ask your family.

JUSTINE.— Enough, Hélène. Even if I wanted to tell, I could never write that I am the body of sin.

HÉLÈNE.— Did you say, ‘body of sin’?

JUSTINE.— That is what my mom told me. I embodied the sin of her adultery. I could never write it down on a piece of paper. It would be embodying it even more.

HÉLÈNE.— Don’t be childish, Justine. Your parents abandoned you in this convent like so many others. You’re not going to earn a special place with the Lord by behaving like a fearful slave. I dare you to write an ardent letter that

reveals your entire truth, if only to give us fleeting satisfaction.

JUSTINE.— Write it yourself, you are very eloquent.

HÉLÈNE.— I am and it would be easy for me to do so.

JUSTINE.— Not if you were in my place.

HÉLÈNE.— I am skilful at taking different points of view.

JUSTINE.— I can imagine.

HÉLÈNE.— Do you underestimate me?

JUSTINE.— Not at all, write it then.

HÉLÈNE.— I will, without any problem.

JUSTINE.— Send it as well, if you are so daring.

HÉLÈNE.— I will.

JUSTINE.— Perfect, I shall give you the address.

HÉLÈNE.— I already have it.

JUSTINE.— Well, great.

HÉLÈNE.— Great.

2

Some time later.

HÉLÈNE.— And? What did the Marquis answer?

JUSTINE.— To what?

HÉLÈNE.— The letter.

JUSTINE.— What letter?

HÉLÈNE.— The letter I sent him on your behalf explaining why you cannot marry him.

JUSTINE.— You sent him the letter?

HÉLÈNE.— You told me to send it.

JUSTINE.— But I did not mean it.

HÉLÈNE.— You asked me.

JUSTINE.— But it was meant in a humorous tone. I did not think you were really going to do it. How could you?

HÉLÈNE.— It was very simple. I emulated your style and thinking.

JUSTINE.— And what did it say?

HÉLÈNE.— I do not remember exactly. Something like:

‘Dear Marquis de Croismare:

Allow me to be straight and candid.

Today, in the oratory, I noticed that I no longer remember the shape of your eyebrows. I ask you not to make fun of me. It may seem to you a minor and even frivolous event. But it is not. What other feature of your noble face will I now forget? Will the colour of your hair disappear from the archive of my memory? Will the edges of your cheekbones soften in the image I retain of you? What next, Monsieur le Marquis? Unease’.

JUSTINE.— Oh, just that? Well, it is not that bad, and it is certainly poetic.

HÉLÈNE.— Just that, and a few more lines that went something like:

‘The walls of monastic seclusion prevent us from contemplating anything but an interior without mirrors. Have I told you that here the silverware is not polished to eliminate even the possibility of a distorted reflection?’

JUSTINE.— That is beautiful, although it is not true.

HÉLÈNE.— ‘By closing the windows to the outside, it is as if they forced our eyes to turn inwards, to the interior of our own being. And my interior, Monsieur le Marquis, has nothing. You cannot imagine the nothingness there is in my inside. Neither religious vocation, nor genuine desire. In here, deep inside, everything is empty. Tight emptiness, sir, the kind of emptiness that tenses one, the kind of emptiness that could be said to suck in everything that comes close to it’.

JUSTINE.— Is that what you wrote?

HÉLÈNE.— ‘I feel it throughout the endless days of contemplation. A warm emptiness’.

JUSTINE.— No.

HÉLÈNE.— ‘Maybe, yes, humid too. Perhaps, my mind meditates while my hand writes, pleasantly. For I have not yet lost all of my hospitality and tenderness. My mother took care of instilling in me the good manners that every highborn girl should show. But, Marquis, you must know by now, my dear mother was less rigorous in endowing me with precisely that high birth. Am I clear?’

From a very young age I have been aware that my body, sir, was born of sin. I have sensed it even before my sisters, half sisters I should say, maliciously confirmed it to me.

Monsieur le Marquis, you know that I am very fond of you. But now you also know the truth, confirmed by my own handwriting, and so your great and firm plea of me must be softened. My family would never pay for me a dowry corresponding with your very high rank. Hence, it is decided, for I have no choice. I will take vows. And your face will sink deep into my memory. Into the darkness of my emptiness.

In the cavernous, deep, throbbing hole that I hold amid my organs.

Yours no more,

Justine’

JUSTINE.— Why did you do that?

HÉLÈNE.— I intended to help you.

JUSTINE.— And how did you know all those things?

HÉLÈNE.— We have talked about this; we all know you are a bastard.

JUSTINE.— Not that. The other part. What is inside me.

HÉLÈNE.— Ah. It shows.

JUSTINE.— What do you mean, it shows?

HÉLÈNE.— That although you are the most pious of us, the most suitable to become a nun and a saint, you do not find in your heart the desire to take the vows. Nor any other desire, for that matter.

JUSTINE.— I do have desire. I am full of desires.

HÉLÈNE.— And what are they?

JUSTINE.— Why do you say I am the most pious of the novices?

HÉLÈNE.— Because you enjoy praying. Washing the dishes does not bother you and it even ‘entertains’ you. You like to cover your hair because you have a lot of dandruff. You would make an excellent nun; it is a pity you do not want to. Or do you?

JUSTINE.— Not that I have a choice.

HÉLÈNE.— Let us imagine you did. Would you choose it?

JUSTINE.— You have gone too far this time, Hélène. And I know you, you sent the letter out of your selfish interest in keeping the Marquis for yourself.

HÉLÈNE.— Not at all. I have my own correspondence with my own suitors, genuine aristocrats. Now that Croismare knows about your bastardy, he’ll let you go your way in peace, even if you abhor that way. I do not see the problem.

JUSTINE.— The problem is what you wrote, they are

insults to my mother. And not only did you include my bastardy in the letter, but also a series of lewd foul things about my cavernous hole. Obscenities such that, had the Mother Superior found out, I might well have ended up in the dungeon.

HÉLÈNE.— Frankly, I thought that would be the result.

JUSTINE.— What?

HÉLÈNE.— I thought Sister Agnès would intercept the letter and punish you, and I thought it would be funny. One last practical joke before your ceremony.

JUSTINE.— Oh, yes, you are a real comedienne. Now, because of your imprudence, the Marquis must have already read this indecent epistle.

HÉLÈNE.— I insist, I find it unlikely that the Superior would have allowed it to be sent and, if she did, perhaps the letter was lost before reaching its destination.

JUSTINE.— No. The French mail is infallible.

HÉLÈNE.— Well, but perhaps now with the uprising...

JUSTINE.— No, no. A French postman would be willing to go against all odds to deliver a letter. When did you send it?

HÉLÈNE.— More than a month ago.

JUSTINE.— His reply should have arrived by now. But has it even been sent?

Enter MARION.

MARION.— It has.

HÉLÈNE.— Marion.

MARION.— Hélène. Justine.

JUSTINE.— Marion.

MARION.— So you are the real author. I'd figured it was too provocative a prose to come out of Justine Devoutine's hand.

JUSTINE.— Justine Doubtine?

MARION.— Devoutine¹. That's what we call you because you are so devout.

JUSTINE.— I am devout?

MARION.— You love taking care of the sick, you say that reading the Bible 'clears your brain', you are an expert at washing clothes, and you like to cover your hair because you have dandruff. Hélène, I congratulate you, your skills as a writer are exceptional.

HÉLÈNE.— But I don't understand. What happened with the letter?

MARION.— I found it while doing my cleaning and maintenance work in the Superior's cell and, before Sister Agnès could read it, I took it. I always audit her papers.

HÉLÈNE.— Really?

MARION.— It is my only entertainment. Although I must tell you, in general terms her papers are never as stimulating as your letter. Yes. Your letter left me in a state of stimulation.

JUSTINE.— It is not my letter, nothing in it represents me.

MARION.— Oh, are you not a bastard?

JUSTINE.— No, that part is true. But not the rest, the rest is slander made up by Hélène.

MARION.— Indeed, I was amazed by her inventiveness. So, after keeping it for a while to enjoy re-reading it, I had no choice but to send it.

JUSTINE.— You sent it?

MARION.— Such prose had to reach its addressee.

JUSTINE.— But how could you send it?

MARION.— Sister Agnès was not going to allow it. And I could not let her not allow it. If it is a work of art.

HÉLÈNE.— Good! Now the Marquis shall know the truth. Perhaps he will even agree to marry you without receiving any dowry.

MARION.— Ha! You are very funny! Can you imagine?

¹ In the original version, in Spanish, the word play is between "Devotín" (from "devout") and "Bebotín" (from "bebota", or big baby girl). (Translator's Note.)

Besides, Justine is already determined to take the vows.

JUSTINE.— I do not know.

MARION.— What do you mean, you do not know?

JUSTINE.— No, I do not know! I thought I had no options and in some way that was easier. Now that these prospects have opened to me, I feel very confused. Self-determination is a trap. I am going to pray.

Exit JUSTINE.

MARION.— Hélène, could you write some more?

HÉLÈNE.— More of what?

MARION.— More of this, of whatever you want, I don't know. You should be a writer.

HÉLÈNE.— What are you talking about? I need to get married, Marion. And you need to get married too if you want to get out of here.

MARION.— I know. But your words have revealed unsuspected passions to me. And, besides, all this thing about the Bastille gives me a feeling of imminent death, and I can't think about the future.

HÉLÈNE.— You should not listen to Sister Agnès. She exaggerates the dangers outside to make us believe that we're safe inside.

MARION.— Precisely, I know we're not. It's not a good time to join the clergy.

HÉLÈNE.— Nothing is going to happen. Nothing ever happens.

MARION.— I don't know. It seems to me that this may well be the end of the world as we know it.

HÉLÈNE.— So what? Do you know how long it took for the Roman Empire to fall?

MARION.— Of course not, I had no formal education.

HÉLÈNE.— A hundred years. And what do you think the entire generations of Romans who lived through that fall said?

MARION.— I don't know.

HÉLÈNE.— What do you think they did?

MARION.— I don't know. Build the Coliseum?

HÉLÈNE.— They carried on with their lives, Marion. Just like their parents before them and their children after them.

Do you think they realized what they were going through?

MARION.— They didn't?

HÉLÈNE.— Of course not. Who has the lucidity to behold history in the present?

MARION.— You, Hélène. Don't you realize? Give free rein to your genius, let yourself be carried away by your pen, bleed out on an open notebook.

HÉLÈNE.— I can't now, I must write to my suitors.

MARION.— Would you let me read those letters?

HÉLÈNE.— I doubt you'll be interested. With my suitors I must remain within the parameters of calculated cordiality and diplomacy. I myself do have a lot to lose. Anyway, see you later.

Exit HÉLÈNE. Enter Sister AGNÈS.

AGNÈS.— Why that face, Marion? Do you feel exhausted? Do you want to go lie down?

MARION.— Not at all, Sister Agnès. I have never felt so connected to life.

AGNÈS.— Oh, girl. Are you holding ardent attractions in your chest?

MARION.— Something like that.

AGNÈS.— I also used to have those at some point, unlikely as it may seem. Fortunately, I do not lose any sleep anymore. Are there not more passionate life experiences – more glowing, pulsating, adrenaline-pumping? There are. Yes, there are. But that's not for everyone. Liberty, equality, fraternity. Those premises sound so... pristine. But I do not know. I think those concepts are like cheese blocks: a camembert, a

brie and a reblochon that, put in the sun, eventually run the risk of melting into a single poisonous mass. Anyway, would you like a brioche?

3

JUSTINE *is praying*.

JUSTINE.— Father, God, Father! It is all true! Everything in that accursed letter is true! I do not want to be a nun. I do not find in me that calling. It is not in my essence that inclination. Understand me, my devotion to you does not waver. It is I, on the other hand, who trembles at the prospect of going against my own soul. Is there a worse sin?

The date is set. In just two weeks I am supposed to tie my life to that of your son Jesus Christ. Woe to my heavenly nuptials! Until a few hours ago I was marching towards the vows like a mare who, blinders on, sees only the path already laid out before her to avoid scares and distractions. But Hélène has violently snatched away my partiality, and now I run wild before such open landscape. The light of truth hurts, confuses, despairs, Father!

What should I do? If I refused, if I devised an escape plan and plotted tricks, who would help me? Not Croismare who, if the apocryphal letter reaches his hands, will know I am a bastard, and a libidinous one at that. Not Hélène, who is busy, poor thing, procuring herself a sustainable husband. It is evident, I am alone. Am I alone, Father? Have you really abandoned me? Or – no, you have not abandoned me because you were never there in the first place... Agh! A sign, Father, for Your mercy's sake.

Something, anything.

An indication that relieves the anguish of doubt.

Anything, God!

Something has to happen! Something that can be interpreted! Aghhhh! It is horror, this silence! Horror, the silence! Aghhhh!

MARION *reads some papers. Sister AGNÈS looks for screws. Enter HÉLÈNE, carrying some letters. JUSTINE's screams can be heard in the background.*

AGNÈS.— Happy soul. Tomorrow is her ceremony, and she cannot contain her excitement. Forgive me, Father, for the envy she inspires in me.

MARION.— It has been a fortnight since anyone in her ward has been able to sleep. Not only because of her screams, she has also taken to wandering the corridors talking to herself and scrutinizing every corner, as if looking for something missing. (*To HÉLÈNE*) It does not bother me, the expectation of new writing from you keeps me awake anyways. I need, I simply need a new delivery of your linguistic spells, a new dose of your literary elixir, a new glass of your verbal juice.

AGNÈS.— A little modesty, my child.

HÉLÈNE.— I cannot do so now, Marion. I am busy. This is the sixth suitor to be exiled in a week.

MARION.— Another one?

HÉLÈNE.— (*Reading*) 'Await, my blossom, for the tumultuous sea of social unrest to subside, and then I shall return to France with great eagerness.' Such coward and wretched man! All flee in terror – if only one would take me with him.

MARION.— I thought you were not worried about the violent insurrection of the plebs.

HÉLÈNE.— How many times must I say it? They are only pendulum movements of a much more extensive process.

AGNÈS.— Pendulim, pendulom². Just in case, right now I

² In the original version, "Pendulín, pendulón": word play using a popular rhyming structure, which suggests a pendulum movement. As an example, a similar rhyming structure can be found in the children's song "Aserrín, aserrán". (TN)

am going to fix the shutters and locks to shut the windows properly if necessary. Before the impossibility of righting the wrong, let us be content with protecting ourselves from it.

Exit Sister AGNÈS.

HÉLÈNE.— Protecting ourselves from what? The wind? That's the only thing that changes, and always within predictable parameters. Doesn't our sister Justine take the vows tomorrow to join the ranks of this holy congregation? Huh?

A howl from JUSTINE.

MARION.— Do you think she will consummate the ceremony? Your letter has broken her psyche.

HÉLÈNE.— Alright, let's get this over with. I just extended a hand to a poor needy girl. What did I do wrong?

Another howl from JUSTINE.

HÉLÈNE.— I must admit, I've opened her eyes to her own desire. Or lack of desire. But it wasn't intentional and, in any case, is it my fault that Justine is impotent?

MARION.— You know very well that Devoutine has no choice. You're evidently the most lucid and reasonable amongst us.

HÉLÈNE.— Don't you talk to me neither of light or reason, Marion, nor of evidence, for that matter. Those premises have caused me enough trouble. Absolutely all the nobles I could marry are leaving the country, even my father is considering leaving!

MARION.— Let him take you with him. Maybe it's a good opportunity. If we should believe the revolutionary preaching, soon women will be on equal terms to earn their

own living. You could support yourself by writing. You might even be able to support a concubinage.

HÉLÈNE.— What?

MARION.— I don't know, I'm already fifteen years old, I must think about my future, and religious life is not for me either. I'm only here because of my weakness.

HÉLÈNE.— What weakness?

MARION.— (*Shows an atrophied leg*) My leg weakness. Infantile paralysis. It's made me undesirable to my family. But I can still do chores. I have come up with a mutually beneficial arrangement. You could earn money from your writing while I, perhaps, try to keep the house, make the beds, cook the meals. Provide warmth in the evenings.

HÉLÈNE.— (*horrified*) Working is horrible, Marion. Do not ever let anyone make you believe otherwise. And as for Justine, if selflessly helping a friend is a sin, then consider me Judas himself.

Enter Sister AGNÈS.

AGNÈS.— Girls, there is a Croismare looking for Devoutine, I mean, Justine. Could you bring her in? Thank you.

HÉLÈNE.— Pardon me. Croismare?

AGNÈS.— That is what I said.

MARION.— The Marquis de Croismare?

AGNÈS.— Yes, marquis, viscount, something like that. What?

HÉLÈNE.— Nothing.

AGNÈS.— What?

MARION.— I don't know.

HÉLÈNE.— I don't understand. Is he here for the ceremony, Mother, or...?

AGNÈS.— It seems he wants to kidnap her to marry out of the country. Quite ironic, but how should I know? Will you

bring Justine in, or should I look for her myself? My time is not infinite.

HÉLÈNE.— I'll take her. I shall appease her and take her.

AGNÈS.— May God bless you.

Exit Sister AGNÈS.

MARION.— How strange.

HÉLÈNE.— Indeed.

MARION.— Did he receive the letter? I mean, is he aware that Justine is a bastard?

HÉLÈNE.— I don't know.

MARION.— What thought troubles your mind?

HÉLÈNE.— None. I'll look for Justine.

MARION.— I'll go with you.

HÉLÈNE.— No need. I'll be a moment.

HÉLÈNE starts to leave.

MARION.— Her cell is the other way.

HÉLÈNE.— Yes. How absent-minded.

MARION.— I'll go with you.

HÉLÈNE.— No! Better if I go alone. I am being awaited.

MARION.— Justine is being awaited.

HÉLÈNE.— That's what I said. God bless you.

MARION.— And you too.

HÉLÈNE leaves for JUSTINE's cell but comes back from behind and walks in the opposite direction.

The Marquis de CROISMARE is waiting in the parlour – through a grille.

CROISMARE.— You are a lion, Claude. A lion of the Congo. You are an untamed beast, a Tuscan stallion, a sweet and kernelly corn, Claude. This time you must succeed. I must make my lascivious beloved safe from religion and reason, take her to a palace the size of our passionate love. But, beware! be patient with your passion, Claude, patient and assertive. Justine will refuse at first, you must deploy all your skills to persuade her. But so much the better, that's how I want her! A virtuous lady who genuinely believes in virtue and yet sacrifices it. Relent, Claude, you are before God.

Enter HÉLÈNE.

CROISMARE.— Justine! At last! You cannot know with what haste I have travelled here, you cannot imagine how impatiently I have waited for you. I bring urgent business and I know that I am on the edge of danger. I am the Marquis.

HÉLÈNE.— Yes, I know who you are, but I am not Justine. I am Hélène, her good friend, Justine is not feel...

CROISMARE.— You will excuse me, but I only wish to meet Justine and no one else.

HÉLÈNE.— I just wanted to ask...

CROISMARE.— Do not insist, miss. We have delicate matters to discuss, I will not speak a word to anyone other than Justine.

HÉLÈNE.— But...

CROISMARE.— Please don't be difficult! I don't have time.

HÉLÈNE.— I see. I did not mean to bother. Excuse me.

HÉLÈNE leaves and comes back.

HÉLÈNE.— Hello, Marquis. It is me, Justine.

CROISMARE.— At last! You cannot know with what haste I have travelled here, you cannot imagine how impatiently I have waited for you. I bring urgent business and I know that I am on the edge of danger.

HÉLÈNE.— Yes, Monsieur le Marquis, indeed. Tomorrow I shall take vows, I do not understand what can bring you to....

CROISMARE.— It is not just that. Social agitation is on the rise. The revolutionaries of the... Sorry, are we alone? I cannot see through the grille.

HÉLÈNE.— We are, Monsieur le Marquis.

CROISMARE.— The revolutionaries of the general assembly are considering unpredictable plans; I am on my way abroad.

HÉLÈNE.— Ah, are you going into exile?

CROISMARE.— I have no choice. But I could not leave without coming here to perform the most important act in a young man's life.

HÉLÈNE.— Are you kneeling?

CROISMARE.— Justine. On the first and only day we met in person, in your family's home district, I embraced your love. You were just a girl; I still remember the half smile you dedicated to me as you played the harp. The time that followed was long and agonising, but oh, how much more beautiful our reunion shall be now that you, freed from your secrets, accept my hand as your husband. I will not lie; at first, I doubted your conviction in love, I found you perhaps hesitant or lukewarm. But as soon as I read your ardent letter, I could not but come running. That prose was alive, and it is that hand I want, that heart I long for.

HÉLÈNE.— So you have read the letter.

CROISMARE.— You dispatched it and the French post is infallible. Justine, say something!

HÉLÈNE.— Let me think.

CROISMARE.— Let yourself be moved by the boldness of my act. I know it is hasty, but time is pressing. My father will cry out to Heaven when he discovers that I have married a poor girl without a dowry.

HÉLÈNE.— But did you understand the letter? The part where it said...

CROISMARE.— That the villains you have for parents will not pay a cent for you to your husband. That does not matter. I do not want to, I will not, marry for a simple financial arrangement.

HÉLÈNE.— No? But my dowry...

CROISMARE.— The dowry, the dowry, oh, I don't give a hoot about the dowry! I too feel the revolution. You've awakened it in me.

HÉLÈNE.— But this is unprecedented, a turn never contemplated before.

CROISMARE.— Very happily. You were not born to contemplate, but to love. The sincerity of your letter moved me. Your unselfishness, the exposure, even the indecorum. I want those values for my children.

HÉLÈNE.— Marquis.

CROISMARE.— Justine.

HÉLÈNE.— Let us leave deceptions aside.

CROISMARE.— Deceptions? What deceptions? I hate deceptions.

HÉLÈNE.— No, that it was not me, Justine, who wrote that letter. I mean, what it says is true, but it is not my handwriting.

CROISMARE.— Did you dictate it?

HÉLÈNE.— No. A friend of mine wrote, in her words, what I wanted to say but did not dare.

CROISMARE.— Ah. But you wanted to say those things.

HÉLÈNE.— Yes, but...

CROISMARE.— So?

HÉLÈNE.— So... those succulent words are not mine. That passion is not mine. It belongs to my good friend Hélène, to

whom belongs the skilful pen that moved you so much.

CROISMARE.— What does it matter whose pen it is? Your letter is either truthful or it is not. Is it?

HÉLÈNE.— Yes, it is truthful. Everything in it is true. But in writing is encrypted...

CROISMARE.— Where are you going with this strange twist that confuses me? Tell me plainly, do you accept me or do you reject me?

HÉLÈNE.— Monsieur le Marquis, the decision has been made, and there is no turning back. I know that I, Justine, was very indecisive and lukewarm and pusillanimous, and I am sorry if that confused you, but I must go ahead with my project of taking the vows, it is what was agreed upon.

CROISMARE.— But do you desire that destiny?

HÉLÈNE.— The question of desire is a delicate one for someone like me, Justine.

CROISMARE.— But what does that even mean?

HÉLÈNE.— That the best thing for me is the religious state and not life in society, because the one is static and the other is vital. I, frankly, am not suitable for marriage, but...

CROISMARE.— But?

HÉLÈNE.— But there are girls who are, Marquis.

CROISMARE.— Girls?

HÉLÈNE.— Lots of them.

CROISMARE.— What girls? I love you.

HÉLÈNE.— And I appreciate your love.

CROISMARE.— You appreciate it?

HÉLÈNE.— I appreciate it, no doubt, who would not? But that is not enough. You need a young lady who is prepared for life in society, someone who knows how to keep a home, to regulate the overflows, to be good people. And, you will not believe me, but I have a friend who is just the perfect candidate for your project.

CROISMARE.— But my project is lov...

HÉLÈNE.— Love, yes, yes, but be reasonable: this same

noviciate is home to a noblewoman, with a good surname, beautiful, intelligent, but not too intelligent, who also happens not to have a dowry in accordance with her origin, and who is looking for a good suitor.

CROISMARE.— I do not recognize you, Justine.

HÉLÈNE.— You know her!³ It is my friend Héléne, who tried to speak to you a few moments ago.

CROISMARE.— I do not recognize you.

HÉLÈNE.— You should know me first. As you rightly said, we only met once in our lives.

CROISMARE.— What curious insight. I expose unbridled passions, nobility of intentions, and you are so... trivial.

HÉLÈNE.— Trivial?

CROISMARE.— You propose me an exchange, as if this were a game of strategy, as if the object of love were interchangeable and duplicable instead of unique and indivisible. It is clear, then, that you did not write your letter. This coldness does not correspond to that ardour.

HÉLÈNE.— I did write it!

CROISMARE.— Did you not say you hadn't? How complicated.

HÉLÈNE.— No, I mean, I did not write it. It was not me, Justine, who wrote it. You are right. My heart is cold, my mind is calculating. I do not know any of the passions you speak of. That is why I had to turn to my heartfelt friend Héléne. Do you not see? It is perfect.

CROISMARE.— That Héléne is no friend of yours, Justine, and she will not be my wife either. She put on a sentiment like one puts on a glove – you cannot trust someone like that.

HÉLÈNE.— No, but...

CROISMARE.— Was it she who persuaded you to persuade me?

HÉLÈNE.— Pardon?

³ In the original version, there is a word play using the personal pronouns, which cannot be reproduced in English (TN).

CROISMARE.— If she sent you to try to harvest me like someone else's corn.

HÉLÈNE.— If Héléne sent me, Justine, to speak to you for her? Is that what you are asking me?

CROISMARE.— Yes, that is what I am asking, why do you repeat the names as if you had to remember them?

HÉLÈNE.— No, no. I mean, she knows, of course she does, Héléne is well disposed and has a genuine interest in you.

CROISMARE.— Interest. Bloody foul word.

HÉLÈNE.— What is foul in worrying about one's own future? Héléne, yes, she is a determined, pragmatic girl. She knows what she wants and is capable of feeling, just as you want. It will be enough for you to get to know her. Sounds reasonable.

CROISMARE.— But I talk to you about love, and you talk to me about nonsense. In the end, I disbelieve everything, I see that you only wanted to manipulate me. Cancel the revolts! There is no possible freedom for man.

HÉLÈNE.— But why do you not die, Monsieur le Marquis?

CROISMARE.— The grille's disoriented me, I did not hear your words properly.

HÉLÈNE.— Why don't you die? Why don't you have yourself shot in the square?

CROISMARE.— Miss...

HÉLÈNE.— You have the option of dying for a cause, and instead you choose to come and preach to me about a lofty love to which I am indifferent. That cart does not pass this way, you know?

CROISMARE.— If it does not pass, it is because its wheels have been sabotaged.

HÉLÈNE.— What?

CROISMARE.— Die for the cause of the revolution, you say? I do not care about rationalists. Nobody holds love as the supreme value anymore, it is a tragedy. We, the nobles, should reposition the priorities of the people.

HÉLÈNE.— We, the nobles? Wait while I laugh to death!

CROISMARE.— What do you mean?

HÉLÈNE.— Come on...

CROISMARE.— What?

HÉLÈNE.— You do not have a drop of aristocratic blood in you, Monsieur le 'Marquis'. You bought your noble titles like so many others.

CROISMARE.— There it is, the filth comes out.

HÉLÈNE.— No, I am glad that your family has collected an obscene amount of money, I am very glad. But, you know, my grandfather used to play billiards with our Sun King, Louis XIV, himself. And that, sir, cannot be bought.

CROISMARE.— But you are a bastard.

HÉLÈNE.— Shut up, Marquis. I detest you. I hate you. I don't know what crossed my mind, lowering myself to your despicable stratum – despair clouded my beautiful mind. May the worst happen to you. May you end up beheaded or exiled to an island with lousy weather.

6

JUSTINE *tries to sleep.*

JUSTINE.— Hours. Only hours, my Lord, and no answer. Are you waiting until the last moment to send me a sign? You must be the son of rigour. I do not know whose child I am. I never sought answers, my Lord. I never sought them. It was one night when I was silent, as usual, before I came here, that a friend of the family, a viscount I believe, who was home for a visit, crossed my path. Naturally, he tried to seduce me. I, my Lord, laughed at his advance. A nervous laugh, of course, not a malicious one, I have no malice! But the viscount showed himself offended at first and then dangerous. He stroked my face and told me I looked just like my mother fourteen years ago. How old was I? Fourteen. Yes. Fourteen too. Of what I demanded less, more I have been given, against my will, and now that I ask for something... A cock, if only, to end this night of waiting!

Grant me sleep if not, although, no! I do feel sleepy. Grant me peace, my Lord. My soul is too much for me. My eyes close and open suddenly. I perceive geometrical shapes in the corners that are nothing, but they scare me all the same! And what I would like to say is of great importance, I would like, if you would listen to me, if you were so merciful, if you were, if... what I want to confide to you is... is that... it is very important... that... that... that...

JUSTINE's eyes close. *The Marquis de CROISMARE passes by on tiptoe.* JUSTINE's eyes open. CROISMARE stops.

CROISMARE.— Close your eyes once more, sister.

Spectral time.

JUSTINE.— You are there.
 CROISMARE.— Who?
 JUSTINE.— You. And you do not fade away.
 CROISMARE.— I am a... dream.
 JUSTINE.— A prodigy. A dream marquis. Drift then in the ether.
 CROISMARE.— Do I know you?
 JUSTINE.— Justine, Devoutine. Devoutine, Justine.
 CROISMARE.— Ah, you? But... sleep. You are talking nonsense.
 JUSTINE.— Spectre from the past or from the future.
 CROISMARE.— Sleep.
 JUSTINE.— Spectre from the past or from the future?
 CROISMARE.— What? From the... future.
 JUSTINE.— Ha. Ancient, the future. Do not go! Do not abandon me!
 CROISMARE.— Do not shout. I will stay. Sh, sh. Do not whine now. You are free if you want it. There is no reason to whine. Sh, sh. You are no longer a child. It will be your will. But now sleep, please, sleep. Let yourself be carried away by the sea. Sh, sh. Everything will be better tomorrow.

JUSTINE *falls asleep.*

7

JUSTINE *gets dressed up for her special day. Sister AGNÈS is asleep in a chair.*

JUSTINE.— Let us get up, said the frog as it peeped out of the window⁴.
 AGNÈS.— Ah, my child! You scared me. Are you not ready yet?
 JUSTINE.— Why is my day so dark, Mother, when my hope is so bright?
 AGNÈS.— I spent all night boarding up windows, as a precaution. But I am glad to see you have recovered your spirits. Your cheeks are peachy again.
 JUSTINE.— They are.
 AGNÈS.— It is always better to make peace with our fate before we face it. It is harder afterwards. So, well, we better get ready, had we not?
 JUSTINE.— Yes.
 AGNÈS.— Father Seraphim awaits us at eleven o'clock in the chapel for your ceremony.
 JUSTINE.— Yes.
 AGNÈS.— Do you need any help?
 JUSTINE.— I do not know. Do I, mom, I mean, Mother?
 AGNÈS.— Sister Agnès is fine. Any charitable sister free to help Devoutine, I mean, Justine? Anyone?

Enter HÉLÈNE.

AGNÈS.— Hélène, perfect, come help your dear friend.
 HÉLÈNE.— No, but I was just passing by...
 AGNÈS.— I entrust the little one to you. Take her with

⁴ In the original version, this is a rhyme from a children's song: "A levantarse dijo la rana mientras espiaba por la ventana" (TN).

grace and care into the arms of the Lord. May God bless you both, may God have you in His glory.

Exit AGNÈS.

JUSTINE.— Lovely day.

HÉLÈNE.— It is. Outside the sun is shining.

JUSTINE.— It has been a while since we last spoke.

HÉLÈNE.— I have been busy.

JUSTINE.— So have I. Very busy. I would like to say...

HÉLÈNE.— What name will you take?

JUSTINE.— Pardon?

HÉLÈNE.— As a nun, what name did you choose?

JUSTINE.— Ah. I have not thought about it. I know: Hélène.

HÉLÈNE.— Hélène.

JUSTINE.— Like Saint Hélène, the Roman empress.

HÉLÈNE.— I see.

JUSTINE.— Forgive me, I was being funny, just like you when you sent the letter on my behalf.

HÉLÈNE.— Enough with those crazy eyes, what is wrong with you? Can you be straight for once or do I have to usurp your place again to tell myself what you cannot bring yourself to say?

JUSTINE.— I had a dream.

HÉLÈNE.— What? What dream?

JUSTINE.— A wonderful dream, Hélène. The sign I deserved. I cannot say much, but the message was clear.

HÉLÈNE.— What message?

JUSTINE.— The sign I was looking for. He himself appeared in my dreams.

HÉLÈNE.— God?

JUSTINE.— The Marquis, you fool! He appeared like a ghost as I drifted back and forth between waking and sleeping.

HÉLÈNE.— Where?

JUSTINE.— In my cell. And he said: everything will be better tomorrow. The sign! It is marvellous.

HÉLÈNE.— But what does that mean?

JUSTINE.— That he will come to save me. That I love him. That because I love him, he will come to save me, or the other way round, what does it matter? It was clear.

HÉLÈNE.— Justine, perhaps that line of thought is not very convenient for you. You're hours away from taking vows. Why raise new fatuous hopes?

JUSTINE.— And why did you generate them in the first place?

HÉLÈNE.— But what does this even imply? What will you do?

JUSTINE.— In all sincerity, I am very fond of you and, after all, it is only fair to thank you for your meddling in my sentimental life, because that is what brought me here. But I do not need your advice anymore and, no offence, I would rather you did not give me your opinion.

HÉLÈNE.— I understand. If you'll excuse me, I will be right back. I must check something.

HÉLÈNE leaves.

A nun rushes past behind.

JUSTINE.— Hey, sister! Is it not a lovely day?

CROISMARE.— (*Dressed as a nun and concealing his voice*) Yes.

JUSTINE.— Who are you? Marion?

CROISMARE.— Yes.

JUSTINE turns the Marquis de CROISMARE and reveals his face.

JUSTINE.— Marquis?

CROISMARE.— Justine?

JUSTINE.— *(She throws herself at CROISMARE's feet)*
Thank you, thank you! Thank you, thank you! Praise be to you, my lord. How you made me suffer, but alas, what a reward! How close I came to being a nun!

CROISMARE.— Ah, so now you kiss these bourgeois feet? Please, miss, excuse me from this scene. Of all the people I could meet, you are once again the most inopportune.

JUSTINE.— What?

CROISMARE.— I had to get in, I had no choice. Sorry if I intruded in your dreams, but I did not want to cause a fuss. Yesterday, a villager warned me that the roads are blocked by members of the General Assembly; I needed a hiding place.

JUSTINE.— Oh! Just in time, it is a good thing fate has brought us together.

CROISMARE.— Yes, fate and its wiles. I still cannot believe that the letter was fake. Apocryphal. Misattributed. I feel outraged. The more I think about it, the more outraged I am.

JUSTINE.— The letter? I can explain it, Marquis. I swear to you that I had no responsibility in those matters.

CROISMARE.— And you still play dumb! Good God, your vileness is almost unbelievable.

JUSTINE.— But no, I did not want to deceive you, in fact I tried to stop it.

CROISMARE.— And you did not mean to insult me the way you did either?

JUSTINE.— Insult you? No, I want to be with you.

CROISMARE.— And you think I want to be with someone of your type? Do you think I have no self-respect?

JUSTINE.— What do you mean, my type?

CROISMARE.— Do not make me describe you. I should have to use unpleasant words, and I am not as skilful at that as you are.

JUSTINE.— But it was my friend Hélène.

CROISMARE.— My God, how cynical. It scares me.

JUSTINE.— Scare you? I cannot even hurt a butterfly.

CROISMARE.— And why would you hurt a butterfly, you sick woman?

JUSTINE.— I mean to say that I wish you no harm. If you do not love me, Marquis, if you despise me for being a bastard, I do not understand why you came all this way to break my heart.

CROISMARE.— Ah, you victimize yourself – it disgusts me, it disgusts me. No, do not touch me, back off, Satan!

JUSTINE.— I am sorry! I am sorry! I am sorry, please! You are right, I am the cause of this mess. Out of emotion, out of carelessness. I am in the end the sin in body and soul! Please forgive me! That letter was a mistake!

CROISMARE.— And everything you told me yesterday was also a mistake?

JUSTINE.— Yesterday?

CROISMARE.— Yes, yesterday.

JUSTINE.— No, I do not know what I said, I was asleep. I thought it was a dream.

CROISMARE.— Sure, yesterday you thought I was a dream and now you think I am an imbecile.

JUSTINE.— But it was not me.

CROISMARE.— It was something through you then. Why do you persist now in hiding that malice? Yesterday you were gloating over it.

JUSTINE.— What are you saying?

CROISMARE.— Unleash it.

JUSTINE.— What?

CROISMARE.— If that is what it is, why be ashamed? Better an assumed villain than a hidden meanie. The wound in my pride will heal sooner or later, but not in my judgment. How deeply I misjudged you. How could I never perceive that unhealthy duality? Yesterday afternoon, as we talked in the parlour, I could sense at times the impetus that appeared in your last letter. Later, when I saw you in the evening, I felt the sweetness that I remembered. Is the

fervour of the streets not enough? Is it necessary to add more ambiguity?

Enter MARION. JUSTINE leaves.

MARION.— Marquis.

CROISMARE.— And who are you?

MARION.— Marion. And Justine?

CROISMARE.— She was here a moment ago.

Enter HÉLÈNE.

HÉLÈNE.— Marion.

MARION.— Hélène.

HÉLÈNE.— Just... Marquis! What are you doing here?

CROISMARE.— The revolutionaries were coming and I had nowhere to hide. Wait. What is the matter?

MARION.— You have been tricked, sir. But not by Justine, but by Hélène. She was the one you spoke to yesterday, pretending to be the other one.

CROISMARE.— My God! Then you are the real Justine.

MARION.— No, she is Hélène.

HÉLÈNE.— Let me explain...

MARION.— Nothing to explain. You betrayed Justine.

CROISMARE.— I do not understand.

HÉLÈNE.— The betrayal was not consummated.

MARION.— Worse, because it was in vain.

HÉLÈNE.— I really wanted to help her! But, in the way, I myself needed help, and I did not see any other option. And I did not tell a single lie, I was very honest. Not counting, of course, that I said I was someone else. But everything I said as Justine was true, was it not, Marquis?

CROISMARE.— (*to MARION*) So you are...?

MARION.— Marion, I have already told you.

CROISMARE.— And what is your role in all of this?

HÉLÈNE.— Yes! Why do you interfere?

MARION.— Because I fell in love! I am sorry, I fell in love. I have witnessed your ruses to leave and no, I don't want you to go. Now, anyway, the sansculottes are coming and no one is going anywhere. Sister Agnès has locked all the doors. We are locked in. We are lost! (*She cries.*)

CROISMARE.— The sansculottes?

HÉLÈNE.— It is not possible.

CROISMARE.— Yes, it is. They were talking about it yesterday in the village. But I do not understand. The real Justine, then, did write the letter.

HÉLÈNE.— Enough with the letter, why is that stupid letter so important?

MARION.— Because it is marvellous, you wicked!

CROISMARE.— It's true, it is wonderful! I was always attracted to Justine's tranquillity, her being like pond water. But I saw the fire of those words and my attraction grew fourfold and now... I'm lost. Frankly, I do not quite know who I love.

HÉLÈNE.— The apocalypse itself is knocking on our door, there is no love in the times to come!

MARION.— Ah, and what about the pendulum?

Enter AGNÈS.

AGNÈS.— The pendulum threatens to hit our faces like they were tambourines, Marion. The sansculottes are outside. Contained, for now. Although poor Father Seraphim did not make it inside.

CROISMARE.— In the past few weeks, the Assembly debated liberating the convents; they must have issued a proclamation.

AGNÈS.— And who are you?

MARION.— Justine's suitor.

CROISMARE.— Former suitor.

AGNÈS.— And Justine?
MARION.— We do not know.
AGNÈS.— She can't go too far. The doors are shut.

Time.

MARION.— So... liberating the convents.

Time.

HÉLÈNE.— They wouldn't hurt us, right? We don't hold positions of hierarchy in the clergy. We are victims.
AGNÈS.— Surely not.
CROISMARE.— What about me?
HÉLÈNE.— They will kill you.

Time. The rumble is heard outside.

AGNÈS.— The doors will hold.
HÉLÈNE.— And then?
AGNÈS.— They will come to our rescue.
MARION.— Who?
AGNÈS.— I guess. Poor Father Seraphim.
CROISMARE.— But what happens then? Does the Catholic Church die?
AGNÈS.— Dying... only people die. Is that not right, Hélène?
CROISMARE.— It is true, the State was not in order. It may be, there was a lot of inflation. And hunger. And misery. And without a doubt we pay a lot of taxes. But, look, by dint of dedication and work, my family climbed the social ladder. But working, not like this. How nice!
MARION.— I am excited about the equality that is coming. A world where we all have the same defects.
AGNÈS.— Let us not think too much. The sansculottes will

tire out and eventually leave. What can they want from us?
(*Silence*) Shall we sing a song?

HÉLÈNE.— Yes, please.

AGNÈS.—

The heavens proclaim the glory of Jesus Christ.
Nothing equals the beauty of the Lord.

All:

Forever He will be the lamb upon the throne.

AGNÈS.—

I will bow my knees to worship Him alone.
I shall sing the glory of the Risen Lord.

All:

Forever He will be the lamb upon the throne.

I will bow my knees to worship Him alone.

Forever He will be the lamb upon the...

A loud noise interrupts the song. Laughter and clamouring are heard approaching. Enter JUSTINE. She brings the pieces of wood that covered the door. She drops them on the floor and joins her hands to pray.

JUSTINE.— Father. You can rest assured, I do not come with pleas anymore. I have waited until the end, and I have decided – are you proud? I used to think that emptiness was fragile. But it is so solid, Father. If there is nothing here, what can be broken? It can only come out, that nothingness. It can only spill out into the world. Let something come in instead. May you level nothing and something. After such a long time. And let it begin again. Do you hear the call, Father? I think... I think... I do.

PREMIER PRIX



Ô TÊTES FOLLES DE RELIGIEUSES !

MIA MICELI

Personnages

JUSTINE
HÉLÈNE
AGNÈS
MARION
CROISMARE

1

HÉLÈNE et JUSTINE, deux novices françaises en l'année 1789.

JUSTINE : Eh bien ? Comment supportes-tu les grâces monastiques ?

HÉLÈNE : Avec probité.

JUSTINE : Tu as l'air vigoureuse.

HÉLÈNE : Je ne crois pas.

JUSTINE : Tu ne peux pas le savoir, il n'y a pas de miroirs dans ce couvent.

HÉLÈNE : J'ai entendu qu'à l'abbaye de Saint-Michel il y en a.

JUSTINE : Saint-Michel ?

HÉLÈNE : Tu connais ?

JUSTINE : Bien sûr que non. La seule fois où je suis sortie de mon foyer à Lyon a été le jour où j'ai été amenée ici.

HÉLÈNE : C'est très beau. Tu pourrais solliciter un transfert et compléter le noviciat là-bas si tu voulais. Ou dans n'importe quel autre monastère de la France, du reste.

JUSTINE : Je n'arriverais pas à temps, il ne manque qu'un mois pour que je prenne l'habit. D'ailleurs, tu penses vraiment que la vie dans n'importe quel autre monastère est très différente de celle-ci ?

HÉLÈNE : Je ne le sais pas, Justine. Je cause seulement.

Entre Sœur AGNÈS, mère supérieure.

AGNÈS : Que font mes petites ?

HÉLÈNE : Rien que nos ouvrages quotidiens de broderie.

AGNÈS : Ne vous fatiguez pas. Justine, ta pâleur m'inquiète. Ne veux-tu pas aller te reposer ? S'il le faut, je peux te dispenser de tes tâches.

JUSTINE : Ce n'est pas nécessaire, Sœur Agnès. Merci.

AGNÈS : Et toi, Hélène ? Comment te sens-tu ?

HÉLÈNE : Parfaitement bien.

AGNÈS : Vous avez déjà remarqué comment on est ici. Bienveillantes. Compréhensives. Ah, comme je voudrais être de nouveau novice, comme vous, pour pouvoir prendre l'habit encore une fois et rejoindre cette belle congrégation, encore une fois. Ici dedans tout est si facile et heureux. On ne peut pas dire la même chose de là dehors. Avez-vous entendu les nouvelles de Paris ?

HÉLÈNE : À propos de la Bastille ?

JUSTINE : Ce sont des événements inquiétants. Vu la mauvaise récolte qui a dévasté la campagne, l'inefficacité de Louis XVI pour gouverner, la haine qu'inspire son épouse Marie-Antoinette, et ces étranges idées républicaines qui circulent depuis quelque temps avec rage, qui sait quel cours suivra cette petite révolte.

AGNÈS : Je vous dirai quel cours elle prendra. Violence. Agitation. Sang. Décapitations. Anarchie. Leadership messianique. Régression. De nouveaux leaderships messianiques. Non, non, non, comme j'ai de la chance d'être enfermée entre ces quatre murs. Bien, mes petites. Je continue. Que Dieu vous bénisse.

Sœur AGNÈS s'en va.

JUSTINE : C'était ton père qui t'attendait hier au parloir ?

HÉLÈNE : Tu l'as vu ?

JUSTINE : Je lui ai demandé un cigare.

HÉLÈNE : Il te l'a donné ?

JUSTINE : Il ne voulait pas, mais il n'a pas osé refuser. Ton père est faible.

HÉLÈNE : Tout le monde me le répète. Moi-même je le lui répète. Chaque fois que je peux.

JUSTINE : Cruelle.

HÉLÈNE : S'il avait mieux géré sa fortune, je disposerais de candidats qui feraient la queue pour demander ma main.

JUSTINE : Je croyais que ton père jouissait d'une bonne situation économique.

HÉLÈNE : Il en jouissait. Mais l'idiot a gaspillé la fortune qu'il avait réservée pour ma dot. En plus, la pression fiscale dans ce pays est impossible.

JUSTINE : Il doit sûrement lui rester un peu d'argent pour t'offrir à un homme portant un nom modeste et de nobles intentions.

HÉLÈNE : Pouah ! Je préfère m'enfermer dans ce couvent plutôt que me livrer à n'importe quel indigent de bas étage. Hier il s'est présenté avec le dessein de me marier à un commerçant de lin. Si c'était de la soie, au moins, ce qu'il vend, mais du lin ? Le lin est une insulte.

Entre Sœur AGNÈS.

AGNÈS : Que devenez-vous, mes petites ?

JUSTINE : N'avez-vous jamais cultivé des projets de mariage, Sœur Agnès ?

AGNÈS : Bien sûr. Ma main a été sollicitée par le candidat le plus noble et le plus honnête de tous. Je vous donne un indice. Ça commence par Jé et ça finit par sus-Christ Rédempteur.

HÉLÈNE : Ton père a aussi gaspillé sa fortune et est resté sans argent pour payer ta dot, te condamnant à la vie monacale ?

AGNÈS : Comme elles sont belles, ces novices. Je continue. Que Dieu vous protège.

Sœur AGNÈS sort.

JUSTINE : Je t'ai raconté ? Le marquis de Croismare continue à m'écrire.

HÉLÈNE : Non.

JUSTINE : Oui.

HÉLÈNE : Mais il te fait encore la cour ? Je me figure que tu lui as dit que tu deviendras bientôt religieuse.

JUSTINE : Je lui ai dit, mais il garde encore l'espoir que je changerai d'avis. Il ne comprend pas que, même si je ne prenais pas l'habit, ma famille ne paierait jamais une dot pour me marier, à lui ou à quiconque. Je ne sais plus comment parvenir à le lui faire comprendre.

HÉLÈNE : Explique-lui en détail et de manière explicite les raisons pour lesquelles ta famille ne veut pas dépenser un sou à te marier.

JUSTINE : Que prétends-tu que je lui écrive ? « Cher Marquis : Mon père, en réalité, n'est pas mon père, c'est pour cela qu'il me déteste et qu'il m'a envoyée dans ce couvent. » Je ne peux pas être si explicite, on surveille notre correspondance.

HÉLÈNE : Ce n'est pas un secret, tout le monde le sait. Spécialement le père Séraphin.

JUSTINE : Une chose, c'est qu'ils sachent tacitement que je suis une fille illégitime ; que je l'écrive sur un papier, c'est autre chose.

HÉLÈNE : Je ne comprends pas.

JUSTINE : L'écrire serait une confirmation de quelque chose qui, jusqu'à présent, n'est qu'une rumeur, un affront à ma famille.

HÉLÈNE : Personne n'a besoin de ta confirmation à propos de quelque chose dont tout le monde est au courant.

JUSTINE : Quand même, ça ne serait pas honnête de ma part, ça ne serait pas bien.

HÉLÈNE : S'il est question de bien...

JUSTINE : Quoi ?

HÉLÈNE : Tenir le marquis dans l'ignorance de la véritable raison de ton indisponibilité nuptiale, justement, ce n'est pas bien.

JUSTINE : Tu crois qu'il accepterait de se marier avec moi même si on ne paie pas ma dot ?

HÉLÈNE : Bien sûr que non, c'est impossible.

JUSTINE : Je ne sais pas, le marquis a des fonds importants. Sa famille a fait fortune dans le commerce de la graisse animale. C'est avec cette quantité obscène d'argent qu'ils ont acheté leurs titres de noblesse.

HÉLÈNE : Ah. Je ne savais pas qu'il était un nouvel aristocrate.

JUSTINE : Et qu'est-ce qu'il y a ?

HÉLÈNE : Rien. C'est très bien d'être un nouvel aristocrate. Dommage qu'il ne doive pas savoir de quelle main tenir la fourchette. Mais, revenant à notre sujet, si tu es sincère, tu peux cultiver chez le marquis un bon ami pour le moment où tu auras adopté la vie monastique. Il convient toujours de compter sur des amitiés du monde.

JUSTINE : Peut-être pour toi, Hélène, mais, moi, je ne suis pas intéressée. Je ne dis pas que tu le sois. Mais ce n'est pas mon genre.

HÉLÈNE : Et quel est ton genre ?

JUSTINE : Je ne sais pas, mais je ne peux pas lui raconter, ça serait scandaleux.

HÉLÈNE : Pour ta famille, peut-être. Mais je ne comprends pas pourquoi tu insistes sur leur protection, alors qu'ils te méprisent.

JUSTINE : Ils ne me méprisent pas.

HÉLÈNE : Quand est-ce que l'une de tes sœurs est venue pour la dernière fois...

JUSTINE : Demi-sœurs.

HÉLÈNE : ... Demi-sœurs est venue pour la dernière fois te rendre visite ?

JUSTINE : Ça ne fait rien. Dans ma situation, la seule chose qu'on peut décider, c'est d'être bonne ou d'être méchante, vertueuse ou vicieuse, paresseuse ou diligente.

HÉLÈNE : Ton genre, c'est donc la bonté.

JUSTINE : Peut-être. Ça te gêne ?

HÉLÈNE : Non. Peu de choses me gênent. Mais ça ne semble pas amusant.

JUSTINE : Je vois, ce qui est amusant, c'est la cruauté.
 HÉLÈNE : Que tu le veuilles ou non, oui. Demande à ta famille.
 JUSTINE : Ça suffit, Hélène. Même si je voulais le raconter, je ne pourrais jamais écrire que je suis le corps du péché.
 HÉLÈNE : Tu as dit « corps du péché » ?
 JUSTINE : C'est comme ça que m'a dit ma maman. J'ai incarné le péché de son adultère. Jamais je ne pourrais l'écrire sur un bout de papier. Cela reviendrait à l'incarner davantage.
 HÉLÈNE : Ne sois pas infantile, Justine. Tes parents t'ont abandonnée dans ce couvent comme tant d'autres. Tu ne vas pas obtenir une place spéciale auprès du seigneur pour le fait d'agir comme une esclave peureuse. Je te défie de rédiger une lettre brûlante qui révèle toute la vérité, ne serait-ce que pour nous réjouir fugacement.
 JUSTINE : Écris-la toi-même, puisque tu es si éloquente.
 HÉLÈNE : Je le suis et ça serait facile pour moi.
 JUSTINE : Pas si tu étais à ma place.
 HÉLÈNE : Je suis habile à adopter des points de vue différents.
 JUSTINE : J'imagine.
 HÉLÈNE : Tu me sous-estimes ?
 JUSTINE : Pas du tout, écris-la, donc.
 HÉLÈNE : Je l'écris sans souci.
 JUSTINE : Envoie-la aussi, puisque tu es si hardie.
 HÉLÈNE : Je l'envoie.
 JUSTINE : D'accord, je te donne l'adresse.
 HÉLÈNE : Je l'ai déjà.
 JUSTINE : Bon, c'est fantastique.
 HÉLÈNE : Génial.

2

Un temps après.

HÉLÈNE : Eh bien ? Qu'a-t-il répondu le marquis ?
 JUSTINE : À quoi ?
 HÉLÈNE : À la lettre.
 JUSTINE : Quelle lettre ?
 HÉLÈNE : La lettre que je lui ai envoyée en ton nom lui expliquant pourquoi tu ne peux pas te marier avec lui.
 JUSTINE : Tu lui as envoyé la lettre ?
 HÉLÈNE : Tu m'as dit de la lui envoyer.
 JUSTINE : Mais ce n'était pas sérieux.
 HÉLÈNE : Tu me l'as demandé.
 JUSTINE : Mais c'était sur un ton humoristique. Je n'ai pas réellement cru que tu allais le faire. Comment as-tu été capable ?
 HÉLÈNE : C'était très simple. J'ai imité ton style et ta pensée.
 JUSTINE : Et que disait-elle ?
 HÉLÈNE : Je ne m'en souviens pas exactement. Quelque chose comme ça :
 « Cher Monsieur le Marquis de Croismare :
 Permettez-moi d'être franche et candide.
 Hier, à la chapelle, je m'aperçus que je ne me souvenais plus de la forme de vos sourcils. Je vous demande de ne pas vous moquer de moi. Ceci peut vous paraître un incident mineur et même frivole. Mais il n'en est pas un. Quel autre trait de votre noble figure oublierai-je maintenant ? La couleur de vos cheveux disparaîtra-t-elle des archives de ma mémoire ? Les tranchants de vos pommettes s'amolliront-ils dans l'image que de vous je retiens ? Qu'y aura-t-il encore, Monsieur le Marquis ? Contrariété. »
 JUSTINE : Ah bon, rien que ça ? D'accord, ce n'est pas si grave, et c'est certainement poétique.

HÉLÈNE : Rien que ça et encore quelques lignes qui disaient quelque chose comme ça :

« Les murs de la réclusion monastique nous empêchent de rien contempler au-delà d'un intérieur sans miroirs. Vous ai-je déjà raconté qu'ici la vaisselle d'argent n'est pas polie afin que la possibilité même d'un reflet déformé reste close ? »

JUSTINE : C'est beau, bien que ce ne soit pas vrai.

HÉLÈNE : « En fermant les fenêtres vers l'extérieur, c'est comme si on obligeait nos yeux à tourner vers l'intérieur de notre propre être. Et mon intérieur, Monsieur le Marquis, a le néant. Vous ne pouvez pas imaginer ce que mon intérieur a comme néant. Ni vocation religieuse, ni désir authentique. Ici dedans, ici bien à l'intérieur, tout est vide. Du vide tiraillant, du vide du type de ceux qui se tendent, du type de ceux qui sont si vides qu'on pourrait dire qu'ils aspirent tout ce qui s'en approche. »

JUSTINE : Tu as mis ça ?

HÉLÈNE : « Je le sens tout au long des jours interminables de contemplation. Un vide chaud. »

JUSTINE : Non.

HÉLÈNE : « Peut-être oui, humide aussi. Peut-être que mon esprit médite pendant que ma main écrit, plaisant. Parce que je ne perdis pas encore le total de mon hospitalité et de ma tendresse. Ma mère s'occupa de m'inculquer les bonnes mœurs que toute fille de haute lignée devrait arborer. Mais, Monsieur le Marquis, vous devez le savoir à ce moment, ma chère mère fut moins rigoureuse à l'heure de me doter justement de cette haute lignée. Suis-je claire ?

Depuis ma plus tendre enfance, je fus consciente que mon corps, Monsieur, naquit du péché. Je le pressentis même avant que mes sœurs, demi-sœurs devrais-je leur dire, ne me le confirmassent avec malice.

Monsieur le Marquis, vous n'ignorez pas que je vous apprécie à l'excès. Or, vous connaissez maintenant la vérité de ma propre main, ce qui fera certainement faiblir votre grande et

ferme prétention envers moi. Ma famille ne paierait jamais pour moi une dot correspondant à votre si haut rang. Ainsi, c'est déjà décidé, puisque je n'en ai pas le choix, je prendrai l'habit. Et votre visage sera englouti dans les profondeurs de ma mémoire. Dans le noir de mon vide. Dans le trou caverneux, profond et palpitant que je garde entre mes organes.

À vous plus jamais,

Justine »

JUSTINE : Pourquoi as-tu fait ça ?

HÉLÈNE : J'avais l'intention de t'assister.

JUSTINE : Et comment as-tu appris toutes ces choses-là ?

HÉLÈNE : On en avait déjà parlé, tout le monde sait que tu es bâtarde.

JUSTINE : Pas ça. L'autre affaire. L'histoire de mon intérieur.

HÉLÈNE : Ah. C'est évident

JUSTINE : Qu'est-ce qui est évident ?

HÉLÈNE : Que tout en étant la plus pieuse parmi nous, la mieux préparée pour devenir religieuse et sainte, tu ne trouves pas dans le cœur le désir de prendre l'habit. Ni aucun autre désir, de toute façon.

JUSTINE : Moi si j'éprouve du désir. Je suis pleine de désirs.

HÉLÈNE : Ah oui, lesquels ?

JUSTINE : Pourquoi dis-tu que je suis la plus pieuse parmi les novices ?

HÉLÈNE : Parce que tu profites de la prière. Faire la vaisselle ne te gêne pas et « t'amuse ». Tu aimes te couvrir les cheveux à cause des pellicules. Tu ferais une religieuse excellente, c'est dommage que tu ne veuilles pas. Ou tu veux ?

JUSTINE : Je n'ai pas le choix.

HÉLÈNE : Imaginons que tu avais le choix.

JUSTINE : Cette fois-ci tu es allée trop loin, Hélène. Et je te connais, tu as envoyé la lettre à cause de ton intérêt égoïste de garder le marquis pour toi.

HÉLÈNE : Pas du tout. J'ai ma propre correspondance

avec mes propres candidats, des aristocrates authentiques. Maintenant que Croismare est au courant de ta bâtardise, il te laissera poursuivre en paix ton chemin, même si tu détestes ce chemin. Je ne comprends pas le problème.

JUSTINE : Le problème est que ce que tu as écrit sont des injures envers ma mère. Et non seulement tu as inclus ma bâtardise sur la lettre, mais aussi toute une série de cochonneries lascives concernant mon trou caverneux. Des obscénités telles que j'aurais très bien pu être enfermée dans le cachot, si la mère supérieure les avait lues.

HÉLÈNE : Pour être franche, j'ai pensé que ça serait le résultat.

JUSTINE : Quoi ?

HÉLÈNE : J'ai cru que sœur Agnès intercepterait la lettre et te punirait, et j'ai trouvé ça amusant. Une dernière plaisanterie pratique avant ta cérémonie.

JUSTINE : Ah, voilà donc que tu es un véritable bouffon de comédie. Maintenant, à cause de ton imprudence, le marquis a certainement dû lire cette épître indécente.

HÉLÈNE : J'insiste, je trouve improbable que la mère supérieure en ait autorisé l'envoi et, si elle l'a fait, il est possible que la missive se soit perdue avant d'atteindre sa destination.

JUSTINE : Non. La poste française est infaillible.

HÉLÈNE : Bon, mais peut-être, maintenant, avec la petite révolte...

JUSTINE : Non, non. Le facteur français est capable de lutter contre vents et marées pour remettre une missive. Quand l'as-tu envoyée ?

HÉLÈNE : Il y a plus d'un mois.

JUSTINE : Sa réponse aurait déjà dû être arrivée. Mais est-ce qu'elle a vraiment été postée ?

Entre MARION.

MARION : C'est ça.

HÉLÈNE : Marion.

MARION : Hélène. Justine.

JUSTINE : Marion.

MARION : C'est toi donc la véritable auteure. Je me figurais bien que c'était une prose trop provocante comme pour être sortie de la main de Justine dévote.

JUSTINE : Justine bébête ?

MARION : Dévote. Nous t'appelons comme ça parce que tu es très dévote.

JUSTINE : Je suis dévote ?

MARION : Tu aimes beaucoup prendre soin des malades, tu dis que lire la Bible te « change les idées », tu es experte en lavage de linge, et tu aimes te couvrir les cheveux parce que tu as des pellicules. Hélène, je te félicite, tu es douée de manière exceptionnelle comme écrivaine.

HÉLÈNE : Mais je ne comprends pas. Que s'est-il passé avec la lettre ?

MARION : Je l'ai trouvée pendant que j'effectuais mes tâches de nettoyage et maintenance de la cellule de la mère supérieure et, avant que sœur Agnès ne puisse la lire, je l'ai prise. J'audite toujours ses papiers.

HÉLÈNE : C'est vrai ?

MARION : C'est mon unique divertissement. Mais, à vrai dire, ses documents, en général, ne sont jamais aussi stimulants que sa lettre. Oui. Sa lettre m'a laissée dans un état de stimulation.

JUSTINE : Ce n'est pas ma lettre, rien de ce qu'elle dit ne me représente.

MARION : Ah, tu n'es pas bâtarde ?

JUSTINE : Non, ça oui. Mais l'autre affaire, non, ce sont des calomnies inventées par Hélène.

MARION : En effet, j'ai admiré son inventivité. C'est pour ça que, après l'avoir gardée un temps pour jouir dans les relectures, je n'ai pas eu d'autre choix que de l'envoyer.

JUSTINE : Tu l'as envoyée ?

MARION : Une prose pareille devait rejoindre son destinataire.

JUSTINE : Mais comment as-tu été capable de l'envoyer ?

MARION : Sœur Agnès n'allait pas le permettre. Et moi, je ne pouvais pas permettre qu'elle ne le permette pas. C'est une œuvre d'art.

HÉLÈNE : Bien ! Maintenant le marquis apprendra la vérité. Peut-être qu'il acceptera même de se marier avec toi sans recevoir de dot

MARION : Ha ! Tu es très marrante ! Vous imaginez ça ?

D'ailleurs, Justine a déjà résolu de prendre l'habit.

JUSTINE : Je ne sais pas.

MARION : Comment ça, tu ne sais pas ?

JUSTINE : Non, je ne sais pas ! Je croyais ne pas avoir le choix et, considéré sous un certain aspect, c'était plus facile. Maintenant que ces perspectives s'ouvrent, je suis déroutée. L'autodétermination est un piège. Je vais prier.

JUSTINE *sort.*

MARION : Hélène, pourrais-tu écrire encore ?

HÉLÈNE : Encore quoi ?

MARION : De ça, de ce que tu veux, je ne sais pas. Tu devrais être écrivaine.

HÉLÈNE : À quoi bon être écrivaine ? J'ai besoin de me marier, Marion. Toi aussi tu as besoin de te marier si tu veux sortir d'ici.

MARION : Je sais. Mais tes propos me dévoilent des passions insoupçonnées. Et, du reste, à cause de cette affaire de la Bastille, j'ai la sensation de mort imminente, et ça m'empêche de penser à l'avenir.

HÉLÈNE : Tu ne devrais pas faire attention à sœur Agnès. Elle exagère les périls de l'extérieur pour nous faire croire qu'ici dedans nous sommes à l'abri.

MARION : Justement, je sais déjà que nous ne le sommes pas. Ce n'est pas le bon moment pour s'unir au clergé.

HÉLÈNE : Ça ira. Il ne se passe jamais rien.

MARION : Je ne sais pas. Je trouve que ça peut bien être la fin du monde tel que nous le connaissons.

HÉLÈNE : Alors quoi ? Sais-tu combien de temps a mis l'Empire romain à tomber ?

MARION : Bien sûr que non, je n'ai pas reçu d'éducation formelle.

HÉLÈNE : Cent ans. Et que penses-tu que disaient les générations entières qui ont vécu cette chute ?

MARION : Je ne sais pas.

HÉLÈNE : À quoi crois-tu qu'ils se consacraient ?

MARION : Je ne sais pas. À bâtir le Colisée ?

HÉLÈNE : À mener leurs petites vies, Marion. Comme leurs parents avant eux et leurs enfants après. Crois-tu qu'ils se soient aperçus qu'ils étaient en train de vivre ça ?

MARION : Non ?

HÉLÈNE : Bien sûr que non. Qui a la lucidité pour entrevoir l'histoire dans le présent ?

MARION : Toi, Hélène. Ne te rends-tu pas compte ? Laisse aller ta génialité, laisse-toi emporter par la plume, vide-toi de ton sang sur un cahier ouvert.

HÉLÈNE : Je ne peux pas maintenant, je dois écrire à mes candidats.

MARION : Me laisserais-tu lire ces lettres ?

HÉLÈNE : Je doute qu'elles t'intéressent. Avec eux je dois absolument me tenir dans le paramètre de la politesse calculée et de la diplomatie. J'ai beaucoup à perdre, moi. Enfin, au revoir.

Sort HÉLÈNE. Entre Sœur AGNÈS.

AGNÈS : Pourquoi cette mine, Marion ? Te sens-tu exténuée ? Veux-tu aller t'allonger ?

MARION : Pas du tout, Sœur Agnès. Je ne me suis jamais sentie aussi connectée à la vie.

AGNÈS : Oh, ma jeune fille. Nourris-tu des attractions fougueuses dans ton sein ?

MARION : Quelque chose comme ça.

AGNÈS : Moi aussi, j'en ai nourri à un certain moment. Telle que tu me vois. Heureusement, je ne perds plus le sommeil. Y a-t-il des expériences vitales plus passionnées ? Plus fulgurantes, palpitantes, adrénaliniques ? Il y en a. Il y en a. Mais elles ne sont pas pour tout le monde. Liberté, égalité, fraternité. Ces prémisses ont l'air si... primitives. Mais je ne sais pas. Je crois que ces concepts-là sont comme des fromages : un camembert, un brie et un reblochon qui, au soleil, risquent avec le temps de fondre en une seule pâte venimeuse. Enfin, voudrais-tu une brioche ?

3

JUSTINE *prie*.

JUSTINE : Mon père, Dieu, mon père ! Tout ça est vrai ! Tout ce qui est écrit dans cette fichue lettre est vrai ! Je ne veux pas être nonne. Je ne trouve pas en moi cette vocation. Cette inclination n'est pas dans mon essence. Comprenez-moi, ma dévotion pour vous ne chancelle pas. C'est moi tout entière, en revanche, qui tremble à l'idée d'aller à l'encontre de ma propre âme. Existe-t-il un pire péché ?

La date est fixée. Rien que dans deux semaines, je suis censée lier ma vie à celle de votre Fils Jésus-Christ. Malheur à mes noces célestes. Il y a quelques heures encore, je marchais vers l'habit comme une jument qui, avec ses œillères bien mises, ne voit que le chemin déjà tracé devant elle pour éviter les frayeurs et les distractions. Mais Hélène m'a violemment arraché ma tournure et maintenant je cours à l'aventure devant tant de paysages ouverts. La lumière de la vérité blesse, déconcerte, désespère, mon père !

Que faire ? Si je refusais, si j'échafaudais un plan d'évasion et je machinais des astuces, qui m'aiderait ? Pas Croismare qui, si la lettre apocryphe lui parvient, saura que je suis une bâtarde et une libidineuse de surcroît. Pas Hélène, occupée, la pauvre, à se procurer un mari durable. C'est évident, je suis seule. Suis-je seule, père ? M'as-tu vraiment abandonnée ? Ou non, tu ne m'as pas abandonnée parce que tu n'as jamais été là... Argh ! Un signe, mon père, par pitié.

Quelque chose, n'importe quoi.

Une indication qui soulage l'angoisse du doute.

N'importe quoi, mon Dieu !

Il faut qu'il se passe quelque chose ! N'importe quoi qui puisse être interprété.

Arghhhh ! Horreur, le silence ! Horreur, le silence ! Arghhhh !

MARION *lit des papiers. Sœur AGNÈS cherche des chevilles. Entre HÉLÈNE avec des lettres. On entend comme bruit de fond les cris de JUSTINE.*

AGNÈS : Heureuse petite âme. Demain, c'est sa cérémonie et elle ne peut pas retenir son émotion. Pardonne-moi, mon père, pour l'envie qu'elle m'inspire.

MARION : Cela fait déjà quinze jours que personne ne ferme l'œil dans son pavillon. Pas seulement à cause de ses cris, mais elle a pris l'habitude d'errer par les couloirs en parlant toute seule et en scrutant chaque coin, comme si elle cherchait quelque chose d'égaré. (*À HÉLÈNE*) Moi, cela ne me dérange pas, l'attente d'un nouveau texte de ta part me tient éveillée de toute façon. J'ai besoin, j'ai simplement besoin d'un nouvel épisode de tes sortilèges linguistiques, d'une nouvelle dose de ton élixir littéraire, d'un nouveau verre de ton jus verbal.

AGNÈS : Un peu de pudeur, ma fille.

HÉLÈNE : Maintenant je ne peux pas, Marion. Je suis occupée. Celui-ci est le sixième candidat qui s'exile en une semaine.

MARION : Encore un autre ?

HÉLÈNE : (*Lisant*) « Attends, mon cœur de giroflée, que la mer tumultueuse des bouleversements sociaux s'apaise, et alors je reviendrai en France avec beaucoup d'impatience. » Lâche et mal doté ! Ils fuient tous épouvantés, si seulement l'un d'eux m'emmenait avec lui.

MARION : Je pensais que tu n'étais pas préoccupée par l'insurrection violente de la plèbe.

HÉLÈNE : Combien de fois dois-je le dire ? Ce ne sont que des mouvements pendulaires d'un processus beaucoup plus vaste.

AGNÈS : Petite pendule, grosse pendule. Au cas où, je vais tout de suite réparer les volets et les serrures, afin de bien verrouiller les fenêtres si nécessaire. S'il n'est pas possible de réparer le mal, contentons-nous de nous en protéger.

Sœur AGNÈS sort.

HÉLÈNE : Nous protéger de quoi ? Du vent ? C'est la seule chose qui change et toujours dans un paramètre prévisible. Notre sœur Justine ne prend-elle pas l'habit demain même afin de rejoindre les rangs de cette sainte congrégation ? Eh ?

Un hurlement de JUSTINE.

MARION : Crois-tu qu'elle procédera à la cérémonie ? Ta lettre a brisé sa psyché.

HÉLÈNE : Bon, finissons-en une fois pour toute. Je n'ai fait que donner un coup de main à une pauvre fille dans le besoin. Qu'est-ce que j'ai fait de mal ?

Un autre hurlement de JUSTINE.

HÉLÈNE : Je l'admets, je lui ai ouvert les yeux par rapport à son propre désir. Ou son absence de désir. Mais c'était involontaire et, de toute façon, est-ce ma faute si Justine est impuissante ?

MARION : Tu sais bien que Dévotine n'a pas le choix. Vu que tu es évidemment la plus lucide et la plus raisonnable parmi nous.

HÉLÈNE : Ne me parle pas de lumière ni de raison, Marion, et d'évidence, non plus, étant donné les circonstances. Assez de problèmes me causent déjà ces prémisses. Absolument tous les nobles avec lesquels je pourrais me marier quittent le pays, et même mon père envisage de s'en aller !

MARION : Qu'il te prenne avec lui. C'est peut-être une

bonne occasion. Si nous pouvons croire aux prédications révolutionnaires, les femmes jouiront bientôt de l'égalité des conditions pour gagner leur pain. Tu pourrais gagner ta vie en écrivant. Peut-être que cela te suffirait même pour entretenir un concubinat.

HÉLÈNE : Quoi ?

MARION : Je ne sais pas. J'ai déjà quinze ans, je dois songer à mon avenir et la vie religieuse n'est pas non plus faite pour moi. Je ne suis ici qu'en raison de ma faiblesse.

HÉLÈNE : Quelle faiblesse ?

MARION : (*Elle montre une jambe atrophiée*) Ma faiblesse de jambe. Une paralysie infantile m'a transformée en une fille indésirable pour ma famille. Mais je peux encore faire des ouvrages. Je pense à un accord à profit mutuel. Tu pourrais gagner de l'argent en écrivant pendant que moi, peut-être, j'essaierais de maintenir la maison, faire le lit, m'occuper de la cuisine. Fournir de la chaleur la nuit.

HÉLÈNE : (*Elle est horrifiée*) Travailler est horrible, Marion. Ne laisse jamais personne te faire croire le contraire. Quant à Justine, si aider une amie de façon désintéressée est un péché, alors considérez-moi comme Judas en personne.

Entre Sœur AGNÈS.

AGNÈS : Mes petites, il y a un nommé Croismare qui cherche Dévotine, je veux dire, Justine. Pourriez-vous l'amener ? Merci.

HÉLÈNE : Pardon. Croismare ?

AGNÈS : J'ai bien dit ça.

MARION : Le Marquis de Croismare ?

AGNÈS : Oui, marquis, vicomte, quelque chose comme ça. Qu'est-ce qu'il y a ?

HÉLÈNE : Rien.

AGNÈS : Qu'est-ce qu'il y a ?

MARION : Je ne sais pas.

HÉLÈNE : Je ne comprends pas. Est-il venu pour la cérémonie, mère, ou... ?

AGNÈS : On dirait qu'il veut la ravir pour se marier à l'étranger. C'est une ironie, comment je peux le savoir ? Vous amenez Justine ou je dois aller la chercher. Mon temps n'est pas infini.

HÉLÈNE : Je l'amène. Je l'apaise et je l'amène.

AGNÈS : Que Dieu te bénisse.

Sœur AGNÈS sort.

MARION : Que c'est étrange.

HÉLÈNE : En effet.

MARION : A-t-il reçu la lettre ? Je veux dire, sait-il que Justine est bâtarde ?

HÉLÈNE : Je l'ignore.

MARION : Quelle pensée trouble ton esprit ?

HÉLÈNE : Aucune. Je vais chercher Justine.

MARION : Je viens avec toi.

HÉLÈNE : Ce n'est pas la peine. Ce sera vite fait.

HÉLÈNE commence à s'en aller.

MARION : Sa cellule se trouve de l'autre côté.

HÉLÈNE : Oui. Quelle étourdie.

MARION : Je viens avec toi.

HÉLÈNE : Non ! J'y vais toute seule. On m'attend.

MARION : C'est Justine qu'on attend.

HÉLÈNE : C'est ce que j'ai dit. Que Dieu te bénisse.

MARION : Toi aussi.

*HÉLÈNE sort vers la cellule de JUSTINE et revient par
arrière du côté contraire.*

Le marquis de CROISMARE attend au parloir -de l'autre côté d'une grille.

CROISMARE : T'es un lion, Claude. Un lion du Congo. T'es un fauve indomptable, un étalon toscan, t'es un mâle doux à grandes dents, Claude. Cette fois-ci, je dois réussir. Je dois mettre ma bien-aimée lascive à l'abri de la religion et de la raison. L'emmener dans un palais à la mesure de notre amour passionné. Mais, attention !, sois patient avec ta passion, Claude, patient et assuré. Justine refusera d'abord, tu devras déployer tous tes talents pour la persuader. Mais tant mieux, c'est ainsi que je la veux ! Une dame vertueuse qui croit vraiment à la vertu et qui nonobstant la sacrifie. Calme-toi, Claude, tu es devant Dieu.

Entre HÉLÈNE.

CROISMARE : Justine, enfin ! Vous ne savez pas avec quelle hâte j'ai voyagé jusqu'ici, vous ne pouvez pas imaginer avec quelle impatience je vous ai attendue. J'ai une affaire urgente, et je sais que j'arrive sur le fil du rasoir. Je suis le Marquis.

HÉLÈNE : Oui, je sais qui vous êtes, mais je ne suis pas Justine. Je suis Hélène, sa bonne amie, Justine est indis...

CROISMARE : Vous m'excuserez, mais je souhaite seulement m'entretenir avec Justine et personne d'autre.

HÉLÈNE : Je voulais tout simplement demander...

CROISMARE : N'insistez pas, Mademoiselle. Nous avons des affaires délicates à traiter, je ne dirai rien à personne d'autre que Justine.

HÉLÈNE : Mais...

CROISMARE : S'il vous plaît, ne soyez pas pénible ! Je n'ai pas le temps.

HÉLÈNE : Je vois. Je ne voulais pas vous importuner. Excusez-moi.

HÉLÈNE s'en va et revient.

HÉLÈNE : Bonjour, Monsieur le Marquis. C'est moi, Justine.

CROISMARE : Enfin ! Vous ne savez pas avec quelle hâte j'ai voyagé jusqu'ici, vous n'imaginez pas avec quelle impatience je vous ai attendue. J'ai une affaire urgente et je sais que j'arrive sur le fil du rasoir.

HÉLÈNE : Oui, Monsieur le Marquis, effectivement. Demain je prends l'habit, je ne comprends pas ce qui peut bien vous...

CROISMARE : Ce n'est pas que ça. L'agitation sociale est à son apogée. Les révolutionnaires de la... Pardon, nous sommes seuls ? Je ne vois pas bien à travers le grillage.

HÉLÈNE : Nous sommes seuls, Monsieur le Marquis.

CROISMARE : Les révolutionnaires de l'Assemblée générale font des projets incertains, je suis en route vers l'étranger.

HÉLÈNE : Ah, vous exilez-vous ?

CROISMARE : Je n'ai pas le choix. Mais je ne pouvais pas m'en aller sans être venu ici pour réaliser l'action la plus importante dans la vie d'un jeune homme.

HÉLÈNE : Êtes-vous à genoux ?

CROISMARE : Justine. Le premier et le seul jour où nous nous sommes vus personnellement, dans la contrée de votre famille, je me suis consacrée à mon amour pour vous. Vous n'étiez qu'une fille, je me souviens encore du demi-sourire que vous m'aviez dédié pendant que vous jouiez de la harpe. Le temps d'après a été long à en mourir, mais ô, combien plus belle sera notre rencontre maintenant que vous, délivrée de vos secrets, acceptez ma main comme épouse. Je ne mentirai pas, au début je doutais de votre conviction amoureuse, je la trouvais peut-être indécise ou tiède. Mais dès que j'ai lu votre

lettre ardente je n'ai pu que venir en courant. Cette prose-là était vivante et c'est cette main celle que je veux, ce cœur celui auquel j'aspire.

HÉLÈNE : Alors vous avez lu la lettre.

CROISMARE : Vous l'avez envoyée et la poste française est infaillible. Justine, dites quelque chose !

HÉLÈNE : Laissez-moi réfléchir.

CROISMARE : Laissez-vous émouvoir par la bravoure de mon acte. Je sais que c'est précipité, mais le temps presse. Mon père poussera les hauts cris en découvrant que je me suis marié avec une pauvre jeune fille sans dot.

HÉLÈNE : Mais avez-vous bien compris la lettre ? Là où je disais que...

CROISMARE : Que vos méchants de parents ne paieront pas un centime pour vous à votre mari. Ça ne fait rien. Je ne le désire pas, je ne vais pas me marier pour un simple arrangement économique.

HÉLÈNE : Non ? Mais ma dot...

CROISMARE : La dot, la dot, ah, je me fiche de la dot comme de l'an quarante ! Moi aussi je sens la révolution. Vous l'avez éveillée en moi.

HÉLÈNE : Mais c'est inouï, un tournant jamais considéré.

CROISMARE : Bien heureusement. Vous n'êtes pas née pour considérer, mais pour aimer. La sincérité de votre lettre m'a ému. Le désintérêt, l'exposition, même la décence. Je veux ces valeurs pour mes enfants.

HÉLÈNE : Monsieur le Marquis.

CROISMARE : Justine.

HÉLÈNE : Abandonnons les mensonges.

CROISMARE : Les mensonges ? Quels mensonges ? Je déteste les mensonges.

HÉLÈNE : Non, que ce n'est pas moi, Justine, qui ai écrit cette lettre. C'est-à-dire, ce qui est écrit est vrai, mais ce n'est pas mon écriture.

CROISMARE : Vous l'avez dictée ?

HÉLÈNE : Non. Une amie a écrit, avec ses expressions, ce que je voulais vous dire mais je n'osais pas.

CROISMARE : Ah. Mais vous vouliez dire ces choses-là.

HÉLÈNE : Oui, mais...

CROISMARE : Alors ?

HÉLÈNE : Alors ces mots succulents ne sont pas les miens. Cette passion n'est pas la mienne. Tout cela appartient à ma bonne amie Hélène, qui porte la plume habile qui vous a ému.

CROISMARE : Mais quelle importance peut avoir qui porte la plume ? Votre lettre est véridique ou ne l'est pas. L'est-elle ?

HÉLÈNE : Oui, elle est véridique. Tout ce qu'elle dit est vrai. Mais dans l'écriture est chiffré...

CROISMARE : Où voulez-vous en venir par ce détour étrange qui me confond ? Dites-le sans ambages, m'acceptez-vous ou me refusez-vous ?

HÉLÈNE : Monsieur le Marquis, ma décision est prise et je ne ferai pas marche arrière. Je sais que moi, Justine, j'ai été très indécise et tiède et pusillanime et je regrette que cela vous ait confondu, mais je dois poursuivre mon projet de prendre l'habit, c'est le pacte.

CROISMARE : Mais souhaitez-vous cette destinée ?

HÉLÈNE : La question du désir est délicate pour quelqu'un comme moi, Justine.

CROISMARE : Mais qu'est que ça veut donc dire ?

HÉLÈNE : Que le meilleur état pour moi est l'état religieux et non la vie en société, parce que l'un est statique et l'autre, vitale. Moi, franchement, je ne suis pas apte au mariage, mais...

CROISMARE : Mais ?

HÉLÈNE : Mais il y a des jeunes filles qui le sont, Monsieur le Marquis.

CROISMARE : Des jeunes filles ?

HÉLÈNE : Beaucoup.

CROISMARE : Quelles jeunes filles ? Moi c'est vous que j'aime.

HÉLÈNE : Et moi j'apprécie votre amour.

CROISMARE : Vous l'appréciez ?

HÉLÈNE : Je l'estime, sans doute, qui ne l'estimerait pas ? Mais ça ne suffit pas. Vous avez besoin d'une demoiselle expérimentée pour la vie en société, quelqu'un qui sache maintenir une maison, régler les débordements, être bienveillante. Et, vous n'allez pas le croire, mais j'ai justement une amie qui est la candidate idéale pour votre projet.

CROISMARE : Mais mon projet est celui de l'a...

HÉLÈNE : Amour, oui, oui, mais soyez raisonnable : ce même noviciat loge une noble dame, de bon lignage, belle, intelligente, mais pas trop, qui par hasard ne dispose pas non plus de dot qui corresponde à ses origines et qui cherche un bon candidat.

CROISMARE : Je ne sais plus, Justine.

HÉLÈNE : Si, vous savez. C'est mon amie Hélène, qui a essayé de parler avec vous il y a quelques instants.

CROISMARE : Je ne sais plus qui vous êtes, Justine. Je ne vous reconnais pas.

HÉLÈNE : Il faudrait d'abord que vous me connaissiez. Comme vous l'avez bien dit, nous nous sommes vus une seule fois dans la vie.

CROISMARE : Quelle perspicacité si curieuse. Moi, je manifeste des passions effrénées, des intentions nobles, et vous, vous êtes si... banale.

HÉLÈNE : Banale ?

CROISMARE : Vous me proposez un roque, comme si ceci était un jeu de stratégie, comme si l'objet de l'amour était échangeable et pouvait être dupliqué au lieu d'être unique et indivisible. Il est évident, alors, que vous n'avez pas écrit votre lettre. Cette froideur-ci n'a pas de correspondance avec cette chaleur-là.

HÉLÈNE : Si, c'est moi qui l'ai écrite !

CROISMARE : Mais ne m'aviez-vous pas dit que ce n'était pas vous ? Que c'est compliqué.

HÉLÈNE : Non, je veux dire : ce n'est pas moi qui l'ai écrite. Ce n'est pas moi, Justine, qui l'ai rédigée. Vous avez raison. Mon cœur est froid, mon esprit est calculateur. Je ne connais pas les passions dont vous me parlez. C'est pour cela que j'ai dû faire appel à ma chère amie Hélène. Vous voyez ? C'est parfait.

CROISMARE : Cette Hélène-là n'est pas votre amie, Justine, et ne sera pas, non plus, mon épouse. Elle a enfilé un sentiment comme qui enfilait un gant. On ne peut pas faire confiance à quelqu'un comme ça.

HÉLÈNE : Non, mais...

CROISMARE : C'est elle qui vous a persuadée de me persuader ?

HÉLÈNE : Comment ?

CROISMARE : Si c'est elle qui vous a envoyée me récolter comme du maïs d'autrui.

HÉLÈNE : Si Hélène m'a envoyée, moi, Justine, parler avec vous pour elle, c'est ce que vous me demandez ?

CROISMARE : Oui, c'est bien ça ce que je vous demande, pourquoi répétez-vous les prénoms comme si vous deviez vous les rappeler ?

HÉLÈNE : Non, non. Je veux dire oui, elle sait, bien sûr que oui, Hélène est bien disposée et éprouve un intérêt sincère envers vous.

CROISMARE : Intérêt. Je maudis ce mot indécent.

HÉLÈNE : Qu'est-ce qu'il y a d'indécent à s'intéresser à son propre avenir ? Hélène, oui, est une jeune fille décidée, pragmatique. Elle sait ce qu'elle veut et est capable de sentir, tel que vous le désirez. Il vous suffira de la rencontrer. Elle est très raisonnable.

CROISMARE : Mais je vous parle d'amour et vous me parlez de sottises. À la fin je ne crois plus à rien, je vois que vous ne vouliez que me manipuler. Annulez les révoltes, il n'y a plus de liberté possible pour l'homme.

HÉLÈNE : Mais pourquoi ne mourez-vous pas, Monsieur le Marquis ?

CROISMARE : Le grillage me dérouté, je n'ai pas bien entendu ce que vous avez dit.

HÉLÈNE : Pourquoi ne mourez-vous pas ? Pourquoi ne vous faites-vous pas fusiller sur la place publique ?

CROISMARE : Mademoiselle...

HÉLÈNE : Vous avez le choix de mourir pour une cause et au lieu de ça vous préférez venir me prêcher sur un grand amour qui me laisse indifférente. Ce n'est pas la route de cette charrette, voyez-vous ?

CROISMARE : Si elle ne passe pas par ici, c'est parce qu'on en a saboté les roues.

HÉLÈNE : Quoi ?

CROISMARE : Mourir pour la cause de la révolution, dites-vous ? Je n'ai rien à faire des rationalistes. Plus personne ne considère l'amour comme une valeur suprême, c'est une tragédie. Nous, les nobles, nous devrions remettre en place les priorités du peuple.

HÉLÈNE : Nous, les nobles ? Voyez ça, je ris à me décrocher la mâchoire.

CROISMARE : Que voulez-vous dire ?

HÉLÈNE : Allez...

CROISMARE : Quoi ?

HÉLÈNE : Vous n'avez pas une seule goutte de sang aristocratique, Monsieur le « Marquis ». Vous avez acheté vos titres nobiliaires comme tant d'autres.

CROISMARE : Voilà, l'immondice remonte à la surface.

HÉLÈNE : Non, cela me réjouit que votre famille ait amassé un capital obscène d'argent, je m'en réjouis énormément. Mais, savez-vous ? Mon grand-père jouait au billard avec notre Roi Soleil, Louis XIV, en personne. Et ça, Monsieur, ça ne s'achète pas.

CROISMARE : Mais si vous êtes bâtarde.

HÉLÈNE : Taisez-vous, Monsieur le Marquis. Je vous déteste. Je vous hais. Je ne sais pas à quoi je songeais lorsque je me suis abaissée à votre rang méprisable, c'est le désespoir

qui a aveuglé mon bel esprit. Je vous souhaite le pire. J'espère que vous serez guillotiné ou exilé sur une île au climat épouvantable.

JUSTINE *essaie de trouver le sommeil.*

JUSTINE : Quelques heures. Rien que quelques heures, Seigneur, et aucune réponse. Attendez-vous jusqu'au dernier moment pour m'envoyer un signal ? Il vous faut peut-être de la rigueur. Je ne sais pas de qui je suis la fille. Je n'ai jamais cherché de réponses, Seigneur. Je n'ai jamais cherché à les chercher. C'était un soir où je demeurais muette, comme toujours, avant de venir ici, où s'est croisé sur mon chemin un ami de la famille, un vicomte, je crois, qui visitait ma maison. Naturellement, il a essayé de me séduire. Moi, Seigneur, j'ai ri face à son avancée. Un rire nerveux, bien sûr, pas malicieux, je n'ai pas de malice ! Mais le vicomte a d'abord eu l'air vexé et puis dangereux. Il a caressé ma trempe et m'a dit que je ressemblais à ma mère quatorze ans auparavant. Quel âge j'avais ? Quatorze ans. Oui. Quatorze ans aussi. Là où j'ai le moins demandé, c'est où plus on m'a donné, contre ma volonté, et maintenant que je sollicite... Un coq, au moins, qui mette fin à cette nuit d'attente !

Concédez-moi le sommeil sinon, mais non ! J'ai sommeil. Concédez-moi la paix, Seigneur. Je n'en viens pas à bout. Mes yeux se ferment et s'ouvrent soudain. Je perçois des formes géométriques aux coins qui ne sont rien du tout et me font quand même peur ! Et ce que je tiens à dire est très important, je voudrais, si vous m'écoutez, si vous étiez si miséricordieux, si vous étiez, si... ce que je veux, c'est vous confier c'est... c'est que... c'est très important... que... que...

Les yeux de JUSTINE se ferment. Le marquis de CROISMARE passe sur la pointe des pieds. Les yeux de JUSTINE s'ouvrent. CROISMARE s'arrête.

CROISMARE : Fermez vos yeux de nouveau, ma sœur.

Temps spectral.

JUSTINE : Là.

CROISMARE : Qui est là ?

JUSTINE : Vous. Et sans évanouissement.

CROISMARE : Je suis un... rêve.

JUSTINE : Prodige. Un marquis de songe. Perdez-vous donc dans l'éther.

CROISMARE : Je vous connais ?

JUSTINE : Justine, Dévotine. Dévotine, Justine.

CROISMARE : Ah, vous ? Mais... Dormez. Vous dites des incohérences.

JUSTINE : Spectre du passé ou de l'avenir.

CROISMARE : Dormez.

JUSTINE : Spectre du passé ou de l'avenir ?

CROISMARE : Hein ? De l'avenir.

JUSTINE : Ha. Il est vétuste, l'avenir. Ne partez pas ! Ne me quittez pas !

CROISMARE : Ne criez pas. Je reste. Sh, sh. Ne geignez pas maintenant. Vous êtes libre, si vous voulez. Il n'y a pas de raison de geindre. Sh, sh. Vous n'êtes plus une enfant. Votre volonté sera faite. Mais, maintenant, dormez, s'il vous plaît. Laissez-vous emporter par la mer. Sh, sh. Demain tout ira mieux.

JUSTINE s'endort.

JUSTINE *s'apprête pour son jour spécial. Sœur AGNÈS, endormie sur une chaise.*

JUSTINE : Debout tout le monde, c'est l'heure de se réveiller !

AGNÈS : Ah, ma fille ! Tu m'as fait peur. Tu n'es pas encore prête ?

JUSTINE : Pourquoi est-il si sombre mon jour, si mon espoir est tellement clair ?

AGNÈS : J'ai passé la nuit éveillée à condamner les fenêtres, par précaution. Mais ça me réjouit de voir que tu as recouvert tes esprits. Tes joues sont une autre fois couleur pêche.

JUSTINE : Oui.

AGNÈS : C'est toujours mieux de se réconcilier avec son destin avant de l'affronter. Après c'est plus difficile. Donc, bon, il vaut mieux qu'on se prépare, n'est-ce pas ?

JUSTINE : Oui.

AGNÈS : Puisque Père Séraphin nous attend à onze heures précises à la chapelle pour ta cérémonie.

JUSTINE : Oui.

AGNÈS : Tu as besoin de quelque chose ?

JUSTINE : Je ne sais pas. J'ai besoin de quelque chose, maman, je veux dire, mère ?

AGNÈS : Sœur Agnès, c'est bien. Y a-t-il une sœur charitable qui soit libre pour aider Dévotine, je veux dire, Justine ? Quelqu'un ?

Entre HÉLÈNE.

AGNÈS : Hélène, très bien, viens aider ta petite amie.

HÉLÈNE : Non, je passais par ici seulement...

AGNÈS : Je te confie la petite. Emmène-la avec grâce et soin

dans les bras du seigneur. Que Dieu vous bénisse. Que Dieu vous garde auprès de lui.

AGNÈS *sort.*

JUSTINE : Belle journée.

HÉLÈNE : Oui. Dehors, le soleil brille.

JUSTINE : Cela fait longtemps que nous ne causons pas.

HÉLÈNE : J'étais occupée.

JUSTINE : Moi aussi. Très occupée. Je voudrais dire...

HÉLÈNE : Quel nom tu vas prendre ?

JUSTINE : Pardon ?

HÉLÈNE : Comme nonne, quel nom tu as choisi ?

JUSTINE : Ah. Je n'y ai pas songé. Je sais : Hélène.

HÉLÈNE : Hélène.

JUSTINE : Comme Sainte-Hélène, l'impératrice romaine.

HÉLÈNE : Je vois.

JUSTINE : Excuse-moi, je fais des plaisanteries comme toi quand tu as envoyé la lettre en prenant mon nom.

HÉLÈNE : Ça suffit, ces yeux fous, qu'est-ce que tu as ? Peux-tu être franche une fois pour toutes ou je dois usurper ta place de nouveau pour me dire à moi-même ce que tu n'oses pas me dire ?

JUSTINE : J'ai fait un rêve.

HÉLÈNE : Quoi ? Quel rêve ?

JUSTINE : Un rêve merveilleux, Hélène. Le signal que je méritais. Je ne peux pas entrer dans les détails, mais le message était clair.

HÉLÈNE : Quel message ?

JUSTINE : Le signal que je cherchais. Lui-même est apparu dans mes rêves.

HÉLÈNE : Dieu ?

JUSTINE : Le marquis, sotté ! Il est apparu comme un esprit pendant que je faisais les cent pas entre la veille et le sommeil.

HÉLÈNE : Où ?

JUSTINE : Dans ma cellule. Et il a dit : demain tout ira mieux. Le signal ! C'est merveilleux.

HÉLÈNE : Mais qu'est-ce que ça indique ?

JUSTINE : Qu'il viendra me sauver. Que je l'aime. Que comme je l'aime, il viendra me sauver, ou à l'envers, quelle est l'importance ? Il a été clair.

HÉLÈNE : Justine, peut-être que cette ligne de pensée ne soit pas très convenable pour toi. Tu prendras l'habit dans quelques heures. Pourquoi générer de nouveaux espoirs inutiles ?

JUSTINE : Et pourquoi les as-tu d'abord générés ?

HÉLÈNE : Mais qu'est-ce que cela implique ? Qu'est-ce que tu vas faire ?

JUSTINE : Depuis ma sincérité absolue, je t'apprécie beaucoup et, en fin de compte, il est juste que je te remercie de ton intromission dans ma vie sentimentale, parce que c'est ce qui m'a conduite ici. Mais je n'ai plus besoin de ton conseil et, sans l'intention de t'offenser, je préférerais que tu ne donnes pas ton avis.

HÉLÈNE : Je comprends. Excuse-moi, j'arrive. Je dois aller voir quelque chose.

HÉLÈNE *s'en va.*

Une religieuse passe à la hâte par derrière.

JUSTINE : Eh, ma sœur ! C'est une belle journée, n'est-ce pas ?

CROISMARE : (*Vêtu de religieuse et dissimulant sa voix*) Oui.

JUSTINE : Qui es-tu ? Marion ?

CROISMARE : Oui.

JUSTINE *retourne le marquis de CROISMARE et révèle son visage.*

JUSTINE : Monsieur le Marquis ?

CROISMARE : Justine ?

JUSTINE : (*Elle se précipite aux pieds de CROISMARE*)

Merci, merci ! Merci, merci ! Sois loué, Seigneur. Comme tu m'as fait souffrir, mais ah, quelle récompense ! J'ai failli devenir religieuse !

CROISMARE : Ah, maintenant vous baisez ces pieds bourgeois ? Je vous en prie, Madame, épargnez-moi cette scène pénible. Parmi toutes les personnes que je pouvais croiser, vous êtes de nouveau la plus importune.

JUSTINE : Quoi ?

CROISMARE : J'ai dû me cacher, je n'avais pas le choix. Excusez-moi si je me suis mêlé de vos rêves, mais je ne voulais pas faire du tapage. Hier un habitant m'a averti que tous les chemins étaient bloqués par les membres de l'Assemblée générale, j'avais besoin d'une cachette.

JUSTINE : Oh ! Ça tombe juste, quelle chance que le destin nous ait unis.

CROISMARE : Oui, le destin et ses ruses. Je n'arrive pas encore à croire que cette lettre était fausse. Apocryphe. Mal attribuée. Je me sens outragée. Plus j'y pense, plus je m'indigne.

JUSTINE : La lettre ? Je peux l'expliquer, Monsieur le Marquis. Je vous jure que je n'ai rien à voir avec cette affaire-là.

CROISMARE : La sainte-nitouche ! Dieu saint, votre vilénie est presque incroyable.

JUSTINE : Mais non, je ne voulais pas vous tromper, en fait, j'ai essayé d'arrêter ça.

CROISMARE : Et vous ne vouliez pas non plus m'insulter comme vous l'avez fait ?

JUSTINE : Vous insulter ? Non, je veux être avec vous.

CROISMARE : Et croyez-vous que je veuille être avec quelqu'un de votre genre ? Pensez-vous que je n'ai pas d'amour-propre ?

JUSTINE : Comment ça de mon genre ?

CROISMARE : Ne me forcez pas à vous décrire. Je devrais employer des mots désagréables et je ne suis pas aussi habile que vous.

JUSTINE : Mais c'était mon amie Hélène.

CROISMARE : Mon Dieu, quelle cynique. Vous me faites peur.

JUSTINE : Peur ? Je ne peux blesser même pas un papillon.

CROISMARE : Et pourquoi blesseriez-vous un papillon, espèce de malade ?

JUSTINE : Je veux dire que je ne vous souhaite aucun mal. Si vous ne m'aimez pas, Monsieur le Marquis, si vous me méprisez à cause de ma bâtardise, je ne comprends pas pourquoi vous êtes venu ici me fendre le cœur.

CROISMARE : Ah, elle se victimise, vous me répugnez, vous me répugnez. Non, ne me touchez pas, arrière, Satan !

JUSTINE : Pardon ! Pardon ! Pardon, je vous en prie ! Vous avez raison, je suis la cause de cet imbroglio. Pour l'émotion, pour la négligence. À la fin je suis le péché du corps et de l'âme ! Je vous en prie, excusez-moi ! Cette lettre était une erreur !

CROISMARE : Et tout ce que vous m'avez dit hier, c'était vrai ?

JUSTINE : Hier ?

CROISMARE : Oui, hier.

JUSTINE : Non, je ne sais pas ce que j'ai dit, je dormais. J'ai cru que c'était un rêve

CROISMARE : Bien sûr, hier vous m'avez pris pour un rêve et aujourd'hui vous me prenez pour un imbécile.

JUSTINE : Mais ce n'était pas moi.

CROISMARE : C'était quelque chose à travers vous, alors. Pourquoi persistez-vous maintenant à cacher votre malice ? Hier vous vous en réjouissiez.

JUSTINE : Que dites-vous ?

CROISMARE : Libérez-la.

JUSTINE : Quoi ?

CROISMARE : Si c'est bien ça, pourquoi en avoir honte ? Il vaut mieux une crapule accomplie qu'une mesquine demoiselle décroissante. La blessure de mon orgueil guérira tôt ou tard, mais celle de mon critère, non. Que je vous ai mal jugée. Comment ça se fait que je n'aie jamais perçu cette dualité malade. Hier après-midi, lorsque nous causions au parloir, je pressentais par moments cette fougue qui apparaissait dans votre dernière lettre. Après, quand je vous ai vue la nuit, j'ai éprouvé la douceur que je me rappelais. N'est-il pas assez de ferveur dans les rues ? Est-il nécessaire d'ajouter encore d'ambiguïté ?

Entre MARION. JUSTINE sort.

MARION : Monsieur le Marquis.

CROISMARE : Qui êtes-vous ?

MARION : Marion. Et Justine ?

CROISMARE : Elle était ici il y a un instant.

Entre HÉLÈNE.

HÉLÈNE : Marion.

MARION : Hélène.

HÉLÈNE : Just... Monsieur le Marquis ! Que faites-vous ici ?

CROISMARE : Les révolutionnaires venaient et je n'avais pas où me cacher. Attendez. Que se passe-t-il ?

MARION : Vous avez été trompé, Monsieur. Non par Justine, mais par Hélène. C'est elle avec qui vous vous êtes entretenu hier, elle a fait semblant d'être l'autre

CROISMARE : Mon Dieu ! Vous êtes donc la véritable Justine.

MARION : Non, elle, c'est Hélène.

HÉLÈNE : Permettez-moi d'expliquer...

MARION : Il n'y a rien à expliquer. Tu as trahi Justine.

CROISMARE : Je ne comprends pas.

HÉLÈNE : La trahison n'a pas été commise.

MARION : C'est pire encore, cela aura été en vain.

HÉLÈNE : Mais j'ai vraiment voulu l'aider ! Or, entre-temps j'ai moi-même eu besoin d'aide, et je n'ai pas eu le choix. Je n'ai pas dit un seul mensonge, j'ai agi en toute bonne foi. Sans compter, bien sûr, que j'étais quelqu'un d'autre. Cependant, tout ce que j'ai dit comme Justine, c'était vrai, n'est-ce pas, Monsieur le Marquis ?

CROISMARE : (à MARION) Vous êtes donc... ?

MARION : Marion, je vous l'ai déjà dit.

CROISMARE : Et quel est votre rôle là-dedans ?

HÉLÈNE : C'est vrai ! De quoi te mêles-tu ?

MARION : Parce que je suis tombée amoureuse. Pardon, je suis tombée amoureuse. Je suis le témoin de tes stratagèmes pour partir, et non, je ne veux pas que tu partes. Maintenant, c'est pareil, les sans-culottes arrivent, et personne n'ira nulle part. Sœur Agnès a clôturé toutes les portes. Nous sommes enfermées. Nous sommes perdues ! (*Elle pleure.*)

CROISMARE : Les sans-culottes ?

HÉLÈNE : Ce n'est pas possible.

CROISMARE : Si, c'est possible. C'était ce qu'on disait hier au village. Mais je ne comprends pas, la vraie Justine, alors, a bien écrit la lettre.

HÉLÈNE : Ça suffit, cette lettre, pourquoi est-elle si importante cette lettre stupide ?

MARION : Parce qu'elle est merveilleuse, méchante demoiselle !

CROISMARE : C'est vrai, elle est merveilleuse ! Le calme de Justine m'a toujours attiré, sa façon d'être comme l'eau qui dort. Mais j'ai vu les feux de ces mots-là et mon attraction a augmenté quatre fois, et maintenant... je suis perdu. Franchement, je ne sais plus qui j'aime.

HÉLÈNE : L'apocalypse même frappe à notre porte, il n'y a pas d'amour dans les temps qui viennent.

MARION : Ah, et le pendule ?

Entre AGNÈS.

AGNÈS : Le pendule menace de nous battre sur la figure comme si elle était un tambourin, Marion. Les sans-culottes sont dehors. Contenus, pour l'instant. Même si le pauvre père Séraphin n'a pas pu entrer.

CROISMARE : Pendant les dernières semaines, l'Assemblée discutait sur la libération des couvents. La proclame a certainement été dictée.

AGNÈS : Et vous, qui êtes-vous ?

MARION : Le candidat de Justine.

CROISMARE : Ex-candidat.

AGNÈS : Et Justine ?

MARION : Nous ne savons pas.

AGNÈS : Elle ne peut pas aller trop loin. Les portes sont clôturées.

Temps.

MARION : Libérer les couvents, donc.

Temps.

HÉLÈNE : On ne nous fera pas mal, n'est-ce pas ? Nous occupons des postes hiérarchiques dans le clergé. Nous sommes des victimes.

AGNÈS : Bien sûr que non.

CROISMARE : Et moi ?

HÉLÈNE : Vous, on vous tue.

Temps. On écoute le brouhaha à l'extérieur.

AGNÈS : Les portes tiendront.

HÉLÈNE : Et après ?

AGNÈS : Ils viendront à notre rescousse.

MARION : Qui ?

AGNÈS : Je suppose. Le pauvre père Séraphin.

CROISMARE : Mais que se passe-t-il, alors ? C'est la mort de l'église catholique ?

AGNÈS : Mourir, il n'y a que les personnes qui meurent. N'est-ce pas, Hélène ?

CROISMARE : C'est vrai, l'État n'était pas en ordre. Il y avait assez d'inflation, peut-être. Et la famine. Et la misère. Et nous payons, sans doute, beaucoup d'impôts. Mais, voyez-vous, à force d'application et de travail, ma famille a grimpé dans l'échelle sociale. En travaillant, pas comme ça. Comme ça, n'importe qui peut le faire !

MARION : Moi, j'ai des illusions pour l'égalité qui arrive. Un monde où nous aurons tous les mêmes défauts.

AGNÈS : Ne pensons pas trop. Les sans-culottes se fatigueront et, éventuellement, s'en iront. Que peuvent-ils vouloir de nous ? (*Silence*) Si on chantait une chanson ?

HÉLÈNE : Oui, s'il vous plaît.

AGNÈS :

Les Cieux proclament la gloire du ressuscité

Rien n'est égal à la bonté du Seigneur

Tous :

À jamais il sera bagneau sur le trône

AGNÈS :

Je fléchis le genou pour l'adorer lui seul

Je veux chanter la gloire du ressuscité

Tous :

À jamais tu seras bagneau sur le trône

Je fléchis le genou pour t'adorer toi seul

À jamais tu seras bagneau sur le ...

Un tumulte interrompt la chanson. On commence à entendre des éclats de rire et des clameurs qui s'approchent. Entre

JUSTINE. *Elle apporte les morceaux de bois qui cloisonnaient la porte. Elle les laisse tomber par terre et joint les mains pour prier.*

JUSTINE : Mon père. Restez tranquille, je ne viendrai plus avec des suppliques. J'ai attendu jusqu'à la fin et j'ai su décider, n'êtes-vous pas fier ? J'avais cru que le vide était fragile. Mais il est si solide, mon père. Si ici il n'y a rien, qu'est-ce qui peut se casser ? Il ne peut que sortir, ce néant. Couler à travers le monde. Et faire en sorte que quelque chose entre à sa place. Que les niveaux entre rien et quelque chose soient égaux. Après très longtemps. Et que ça recommence. Entendez-vous l'appel, mon père ? Je crois que... je crois que... oui.

SEGUNDO PREMIO



EL ESTORBO DE LA CARNE

VALENTINA DURANTE

Personajes
AÍDA
RICARDO

Escena 1

Una sala de citas a ciegas en Luján. La decoración pretende ser suntuosa, pero es de mal gusto y está venida a menos. Cada diez minutos una mujer de voz algo áspera grita “¡Cambio!”. Las paredes están forradas con una tela afelpada bordeaux con detalles en cebra. Las luces son dicroicas doradas. Varias de las mesas están vacías. Es primavera y son las siete de la tarde. Suenan “Los pasteles verdes”.

AÍDA es una mujer de unos sesenta años, algo robusta y acalorada, aunque con una cara jovial y de una belleza particular. Viste una camisola holgada de una tela sintética en color crema con un estampado que asemeja trazos de pintura naranja y negro. Su pantalón en naranja pastel combina con su blusa. Lleva zapatillas deportivas marrones de cuero y los labios pintados de rosa nacarado.

RICARDO es alto, flaco y aunque no llega a los setenta, está avejentado. Tiene el bigote y el pelo gruesos y tupidos de color entre canoso y pelirrojo. Viste una musculosa de morley blanca que le acentúa su panza hinchada, un jean rígido celeste y mocasines de gamuza con medias.

Ambos están sentados a la mesa. AÍDA toma un licuado de banana. RICARDO, una cerveza.

AÍDA.— Al Andresito lo velamos en el living de casa. Nos pareció mejor, más íntimo. Además, el féretro chiquito entraba justo sobre la mesa de madera del comedor. Aprovechamos que mi mamá se da maña con la costura y ella nos hizo dos funditas a la mesa y al cajón en raso color durazno haciendo juego... Te digo que le resaltaba todas las facciones, ¿eh? Me lo acuerdo clarísimo: las cejitas traslúcidas, la pielcita trigueña y hasta el trajecito celeste que le habíamos puesto le quedaba mejor en contraste. Duró como doce horas el recibimiento con sanguchitos y toda la perorata. Después lo enterramos en

el mausoleo de la familia de Silvia, allá en la Chacarita. Ella dice que les sobraba un lugar, porque el hermano se murió en España y también para no tener que estar ocupándonos en ese momento, ¿viste? Más práctico...

Pausa.

RICARDO.— Sabés que a mí no se me da mucho... Todo el tema de... de los velorios.

Pausa.

No he visto mucho muerto, no. Estem... Ja ja. Me da como... Impresión.

Pausa.

Pero me imagino, ¿eh? Me imagino que debe haber estado bárbaro todo. Bárbaro, bárbaro por lo que contás.
AÍDA.— Sí, muy lindo.

Pausa.

RICARDO.— Está bueno lo del trajecito, ¿azul? Porque es como atemporal, ¿no? Pensaba.

Pausa.

Digo que cuando miren las fotos en unos años nunca va a haber pasado de moda.

Pausa.

Como que siempre queda bien el azul. Sí.
AÍDA.— Sí, yo también lo pensé.

Pausa.

RICARDO.— ¿Otro licuadito?

AÍDA.— No, gracias.

RICARDO.— Disculpá, Aída era, ¿no? (*Ella asiente con la cabeza.*) Aída... Lindo nombre.

AÍDA.— Tenemos que saber del otro. Esa es la gracia de todo esto.

RICARDO.— Sí, claro. Por favor. Adelante, adelante...

Pausa.

Digo que me podés seguir contando...

AÍDA.— No, ya terminé.

RICARDO.— O no... O como quieras.

Pausa.

Estem... Bueno. Está bien, está bien.

Pausa.

Duro, ¿no? Uf.

Pausa.

Duro todo esto del... ¿Andrés? ¿Era el Andrés? (*Ella asiente con la cabeza.*) Lindo nombre.

AÍDA.— Sí, es muy lindo.

Pausa.

RICARDO.— Quiero decir que la gente igualmente en estos lugares habla de cosas como más... ¿Más triviales? Por así decirlo. Pero entiendo, entiendo que lo necesitás...

Pausa.

La chica de la mesa de la esquina me contó que adoptó un canario.

Pausa.

Tweety le puso.

Pausa.

Me dijo que en inglés significa Piolín.

Pausa.

¿Vos hablás inglés?

AÍDA.— Un poco.

RICARDO.— Claro, qué fenómeno.

Pausa.

Bueno, qué insensible, ¿no? Yo cambiando de tema y vos que debés estar muy dolida y necesitás hablar...

AÍDA.— No, no. Para nada.

RICARDO.— Ah, bueno... Estem... Mirá vos.

Pausa.

Sos muy fuerte, ja ja.

Pausa.

Bueno, mejor así entonces. Mejor así.

AÍDA.— Eran de pavita.

RICARDO.— ¿Qué cosa?

AÍDA.— Los sanguchitos de ese día, eran de pavita. ¿A vos te gusta la pavita?

RICARDO.— Nunca la probé.

Pausa.

(*Mirando su reloj.*) Bueno, estem, bárbaro. Mirá nos quedan cuatro minutos. Podemos hablar de algo así, alegre y... Variamos...

Pausa.

No, no porque esté mal, ¿eh? Para nada, para nada. Pero vamos así...

Pausa.

Un poco y un poco.

Pausa.

Como la vida, ja ja.

AÍDA.— ¿De qué querés hablar?

RICARDO.— No sé, estem...

Pausa.

Pucha. Es que... Bueno, no se me ocurre nada...

Pausa.

Viste que uno se pone a pensar en algo ocurrente y cuando quiere que se le ocurra, no. No llega, ja ja.

Pausa.

Es como cuando te dicen “hacé algo espontáneo”, no podés.

Pausa.

¿Te pasó?

AÍDA.— No, la verdad.

RICARDO.— Ja ja.

Pausa.

¿Vos de qué signo eras?

AÍDA.— De Acuario.

RICARDO.— Mirá vos.

Pausa.

AÍDA.— Ese día, no sé si te conté, que Silvia, la que trabaja en el mayorista, había traído un Ananá fizz, porque sabe que a mi me gusta y me pone de buen humor. Lo estuve tomando toda la tarde. Terminamos bastante copeteados. Estaba un poco caliente, pero con el dulce no se nota tanto. Y le dimos a eso y a un vino que teníamos en casa. Y con la mezcla, peor. Un día que vayamos para Buenos Aires te lo muestro al Andresito. Vas a ver que se reconoce la tumbita desde lejos, porque frente al mausoleo yo le dejo, no sabés la cantidad, le dejo claveles blancos, muchísimos y que además te duran un montón, ¿viste? En mi experiencia son los que más duran. Yo siempre digo a la gente que no hay que tentarse nunca de llevar jazmines. Vas por octubre y todas las bolivianas de la puerta te los quieren vender y no. No hay que llevar, porque aunque de perfume son los más lindos, se ponen marrones en menos de lo que canta un gallo. Y después se pudren y se pegotean a la lápida y ahí, ahí ya no los sacás más. Quizás la próxima ya le llevo las de plástico, así me desentiendo. Seguro sea mejor así.

Pausa.

RICARDO.— Estem, yo... Yo en casa tengo unos jazmines. De los chiquititos, no de los que son como una rosa. Son lindos...

AÍDA.— Con mayonesa queda bien.

RICARDO.— ¿Qué cosa?

AÍDA.— La pavita, por si querés probar. Es igual al pollo.

Escena 2

Exterior del salón de citas. Las paredes son de ladrillo a la vista y está atardeciendo. Hay un cartel luminoso en el que se lee “La paloma y el gorrión, salón de encuentros”. RICARDO fuma y AÍDA lo mira. Están parados al lado del container de basura.

RICARDO.— Hacía falta un poco de aire después de tanto encierro.

Pausa.

A mí las paredes con tela me dan alergia. No las deben limpiar. *(Le ofrece un cigarrillo. Son Chesterfield.)* ¿Fumás?
AÍDA.— Déjé.

Pausa.

RICARDO.— ¿Por voluntad o enfermedad?

AÍDA.— Por una promesa.

RICARDO.— Qué bueno.

Pausa.

Yo me corto el pelo acá en frente. Se llama igual que yo, Ricardo, el peluquero.

AÍDA.— Pensé que te llamabas Roberto.

RICARDO.— Ricardo, Ricardo me llamo.

Pausa.

¿Cuál te gusta más?

Pausa.

¿Ricardo o Roberto?

AÍDA.— No sé.

RICARDO.— Mirá que si te gusta más Roberto me podés decir así.

AÍDA.— No seas pelotudo.

Pausa.

RICARDO.— Yo también tengo... Hijas. Dos. Eleonora de 30 y Francisca de 25. Eleonora tiene a mi nieto de 7...

Pausa.

Faraón le puso.

Pausa.

Nombre de perro si me preguntás.

AÍDA.— ¿Es colorado como vos tu nieto?

RICARDO.— No soy colorado yo, soy castaño claro.

AÍDA.— Como quieras.

Pausa.

RICARDO.— Puede ser que sea medio colorado.

AÍDA.— Me gustaría conocerlo.

RICARDO.— ¿Qué?

AÍDA.— A tu nieto.

Pausa.

RICARDO.— Estem... Bueno. Sí, sí, claro. Puede ser...

Pausa.

Otro día.

AÍDA.— Sí. Otro día.

Pausa.

RICARDO.— Hace mucho no nos vemos.

Pausa.

Estem... Bueno, yo voy entrando... O no sé si querés... Ir...

A tomar algo...

AÍDA.— Está lindo el día. No hace calor.

RICARDO.— Sí, la verdad que sí.

Pausa.

Un poco nubladito. Quizás venga sudestada.

AÍDA.— El pampero no es.

RICARDO.— No, no.

Pausa.

Estem... Bueno, yo voy...

AÍDA.— Podemos ir a la confitería de acá a la vuelta que hacen sanguchitos de pavita. Y de paso la probás.

RICARDO.— Ah... Sí. Dale. Sí, sí.

Pausa.

Bueno mejor, mejor. Bárbaro. O sea buscamos las cosas... Yo tendría que ir a pagar...

AÍDA.— Es igual al pollo.

RICARDO.— Sí sí, me dijiste.

Pausa.

Como la vizcacha.

Pausa.

Digo, que también es igual al pollo.

Pausa.

Como el conejo.

AÍDA.— Como la serpiente. Dicen.

RICARDO.— Ja ja.

Pausa. RICARDO enfila para adentro.

Bueno. Yo...

AÍDA.— Me gusta tu campera.

RICARDO.— Gracias.

Escena 3

El interior del salón de una tradicional confitería barrial. Las vitrinas están plagadas de tortas con crema chantilly y bombones de chocolate algo derretidos. En los estantes quedaron algunos restos de facturas aplastadas. También hay algunos sándwiches de miga en la heladera. No hay ningún empleado a la vista. Las persianas de la entrada están a medio cerrar. AÍDA y RICARDO son los únicos clientes, están sentados en la barra que da a una calle angosta, ya oscura. AÍDA pidió un capuchino. Comparten un sandwich de pavita que tiene pinchada una banderita argentina.

RICARDO.— Y yo es la primera vez que voy a este salón de citas y te digo que está bueno eso de rotar...

Pausa.

Es así... Dinámico.

Pausa.

Digo como los tiempos de ahora. Uno nunca sabe lo que va a pasar mañana.

AÍDA.— Como que se te muera tu hijo.

RICARDO.— Claro... Por ejemplo.

Pausa.

O que a vos de sopetón te dé un golpe de suerte. No lo sabés, ¿viste? Todo cambia.

Pausa.

Yo te digo, porque lo viví. Así como me ves...

Pausa.

Lo del golpe de suerte. Te lo digo, porque me gané la Quiniela en el 86'.

Pausa.

No te enteraste.

AÍDA.— No.

RICARDO.— Claro. No, es que en el pueblo me había hecho famoso. Fui el primero de acá.

Pausa.

Me empezaron a decir: "el pulenta". Ja ja.

Pausa.

No te suena.

AÍDA.— No.

Pausa.

RICARDO.— Con el intendente hicimos un comercial. Para su campaña: (*Tárea.*) "La virgen fue el primer milagro y esta vez le tocó a Ricardo. Luján, luján ¡Un pueblo ganador!"

Pausa.

No te acordás.

AÍDA.— No, no.

RICARDO.— Bueno, estem. Te cuento. Estuvo buenísimo. Buenísimo, buenísimo. Con eso me compré la chata y mi

casa, que tiene jardín. Después, con la hiperinflación, ¿viste?
No fui vivo lo suficiente y se me licuó todo. Si lo dolarizaba,
todavía podría vivir sin laburar.

AÍDA.— ¿Vos trabajás?

RICARDO.— Estem... En realidad soy jubilado.

Pausa.

Hago viajes con la chata a veces... Un favor, un amigo.

Pausa.

Pero trabajaba, trabajaba en el Estado, en la Municipalidad.

Pausa.

Entidades intermedias.

Pausa.

Una lástima que no llegué a planta permanente.

AÍDA.— Tiene alcaparras.

RICARDO.— ¿Qué cosa?

AÍDA.— El sandwich.

RICARDO.— No me había fijado.

AÍDA.— Yo hago un muy rico vitel toné. Me gustan mucho
las alcaparras.

Pausa.

RICARDO.— Ja ja. Sos bastante navideña.

Pausa.

La pavita, las alcaparras...

Pausa.

Ja ja.

Pausa.

Era broma. Disculpá si me excedí.

AÍDA.— ¿Querés ir a un telo?

Escena 4

En un cuarto de hotel con decoración similar al salón de citas. Las paredes esta vez están forradas con tela color mostaza con arabescos satinados y tienen una tira de led color azul sobre la moldura. Las sábanas son de raso verde. Todo huele a cigarrillo. Sobre una mesita, al lado del televisor a tubo de 12" se encuentra la ropa de ambos prolijamente doblada. RICARDO y AÍDA están desnudos y acostados en la cama, él apoya la cabeza entre los pechos de ella.

RICARDO.— No me gusta mucho el sexo a mí.

Pausa.

A veces me masturbo y no me sale nada.

Pausa.

Igual es más placentero.

Pausa.

Masturbarme.

Pausa.

AÍDA.— A mí tampoco me gusta mucho. Igual no estuvo mal.

RICARDO.— Gracias.

Pausa.

Vos también estás bastante en forma.

Pausa.

Yo creo que hay que tener sexo por el tema de la próstata.

Pausa.

No sé cómo será en tu caso, pero puede ser un tema...

AÍDA.— Yo también me voy a morir, Roberto.

RICARDO.— Ricardo.

Pausa.

Sí, claro, lógico. Lógico.

Pausa.

Digo, ¿vos lo decís en sentido figurado?

Pausa.

Porque... Digo, todos nos vamos a morir, ¿no cierto? No vas a ser inmortal, ja ja.

Pausa.

Vampira.

Pausa.

Igual, estem, perdoname si me puse... Insensible. Digo, no sé por lo que estarás pasando, pero... O sea... Digamos a todos nos va a llegar, pero hay que... dilatarlo. No sé... Hacerse estudios.

Pausa.

Yo me estudio la próstata mucho, porque mi papá falleció de eso.

AÍDA.— Yo me voy a morir dentro de poco.

RICARDO.— Pero, ¿estás enferma? Quiero decir... ¿Es grave?

Pausa.

Estem, Aída, cuanto lo lamento... Perdoname, perdoname... O sea, yo pensé que decías “yo también me voy a morir” así... Como en general. Pero si te puedo ayudar en algo, digo, si te duele algo...

AÍDA.— No estoy enferma, pero lo presiento.

RICARDO.— Ah, bueno. Estem... Mejor. Ja ja.

Pausa.

Bueno, no hay que darle bola.

AÍDA.— Yo todas las noches sueño que me muero. Entonces sé que debe estar por venir. Lo raro es que no las siento como pesadillas. No debe estar tan mal, al final de cuentas, ¿no?

RICARDO.— ¿Qué cosa?

AÍDA.— Morirse.

RICARDO.— Ah.

Pausa.

Yo nunca me acuerdo de lo que sueño.

Pausa.

Estem... Bueno mejor, mejor igual, ¿no?

Pausa.

Es que, te digo la verdad que por un momento me asusté, te imaginás que si era algo contagioso... Ja ja.

Pausa.

No, no porque tenga que ser contagioso, viste...

Pausa.

Pero bueno, entonces no hay de qué preocuparse.

AÍDA.— ¿Por qué no hacemos algo?

RICARDO.— ¿Qué cosa?

AÍDA.— No sé.

RICARDO.— ¿Algo como qué?

AÍDA.— No sé, ¿no hay nada que quieras hacer?

RICARDO.— Estem... Bueno la noche es joven, pero...

Bueno, pero no sé si te gustaría... Porque capaz no te gusta, ¿viste? Capaz es cosa mía...

AÍDA.— No te entiendo.

RICARDO.— No, que está “Tebas” acá a unas cuadras.

AÍDA.— No conozco.

Pausa.

RICARDO.— Yo... O sea tengo el día libre mañana, digamos.

Pausa.

Y pasado, ja ja.

AÍDA.— Te amo.

RICARDO.— ¿Qué?

AÍDA.— Que te amo.

RICARDO.— Gracias.

Pausa.

Gracias por doblarme la ropa.

AÍDA.— Ahora te ayudo a ponértela de nuevo.

Escena 5

En el interior de la discoteca “Tebas” ubicada a pocos kilómetros de Luján. El espacio es alto y angosto. Las paredes de símil piedra culminan en un entepiso hecho de madera de pino barnizada. El lugar supo ser una confitería alemana y tuvo su apogeo en los años 80.

Cerca del baño hay una cascada espejada con luces led que cambian de color. La barra tiene columnas de yeso blanco tipo jónicas. Tres plantas de plástico y globos terminan la decoración. Sólo hay alrededor de 15 personas. Algunos adolescentes vomitan en el costado. Un policía sentado en la barra coquetea con una travesti. Dos mujeres de 60 años encorsetadas y con mucho labial, toman licor de melón. Una pareja baila abrazada. El guardia de seguridad duerme en su banqueta y la DJ pone los últimos temas de la noche. AÍDA está sentada en el único sillón del salón y toma cerveza. RICARDO baila a su lado con entusiasmo. Suena Kiss.

RICARDO.— Te dije que te iba a gustar este lugar.

Pausa.

Cerrás los ojos y uy, te transporta.

Pausa.

Te manda a otra dimensión, ¿me entendés?

Pausa.

Ja ja, te gusta la cervecita, eh...

Pausa.

Cerveza, café, licuado... ¡Qué aguante, che! Ja ja.

Pausa.

Buen estómago, bueno.

Pausa.

Porque yo te digo que por mucho menos... Mirá.

Pausa.

No te asustes que no te voy a contar, no te voy a contar.
Quedate tranquila.

Pausa.

Ja ja.

AÍDA.— ¿Porro no hay?

RICARDO.— No. Bueno, no sé... Consigo.

Pausa.

¡Sos brava!

AÍDA.— Roberto parala.

RICARDO.— Disculpá.

*Pausa. RICARDO da una vuelta corta
y vuelve con las manos vacías.*

Venite a bailar, a mover esa figura.

AÍDA.— Te voy a humillar.

*AÍDA se para sin soltar la Palermo. RICARDO le da un beso
y le agarra la cintura.*

*Ella lo empuja al centro de la pista y tiran en el movimiento
sin querer a uno de los adolescentes al piso. Ella baila grácil y él
la aplaude.*

RICARDO.— (*Sacándole la cerveza.*) ¡Pero qué soltura!

AÍDA.— (*En la pista, mientras bailan.*) Anoche soñé que iba al cantobar “La curva”. Yo cantaba, pero la voz que me salía no era la mía. Creo que la canción era “Trigal” de Sandro y mi voz era grave, como de las cavernas. Me salía de las vísceras, sí, y yo no podía reconocerla, pero me gustaba y a la gente también le gustaba, entonces me ponía contenta. Sonaba como entre sensual, pero también daba un poco de miedo y no podía modular bien la melodía. Las notas, digo. Como que se entendía que era la canción que era por la letra nomás. Y terminaba “Trigal” y yo agradecía. No había aplausos, pero yo sentía que a la gente le había gustado. Y venía Silvia con su nieto. Y yo le decía que un bebé no tiene que salir de noche. Pero salíamos del cantobar y era de día y Silvia me decía “¿Viste que te dije que era de día?”. Y... ¿Te estas aburriendo, Roberto?

RICARDO.— No, contame, contame.

AÍDA.— Bueno e íbamos con Silvia y con el nieto a la basílica, pero no era la basílica como la conocemos. Era como una capilla chiquita y amarilla, pero te digo que quedaba mejor así. Era como más familiar, digamos. Y ahí entrábamos y había una señora que era Silvia, pero Silvia estaba al lado mio. Entonces era raro, porque era como si hubiera dos Silvias. Y Silvia la otra no me miraba. Yo la llamaba y ella no me miraba y sólo se abanicaba sentada mirando al frente que había un cristo chiquitito colgado en la pared con humedad. El cristo era como de cerámica, esmaltado de colores que no eran muy locos, eran colores normales. Y me acuerdo que era muy chiquito. Quedaba diminuto en la pared que igual no era tan grande. Y Silvia la otra se abanicaba y nosotros tres (o dos, porque ya no me acuerdo si el nieto seguía estando) le veíamos solo la nuca.

Y un poco más allá del cristo chiquito había un cuadro de un gaucho con un burro. Era como una foto, pero era un cuadro. Y el gaucho tenía una cara que parecía la de Güemes.
RICARDO.— Mirá vos.

Pausa.

AÍDA.— Recién pensé que quizás vos también de joven te parecerías a Güemes. ¿Tenés una foto de joven?
RICARDO.— En la billetera.

RICARDO *le muestra la foto.*

AÍDA.— No, no te parecés.
RICARDO.— No lo tengo tanto a Güemes.
AÍDA.— Era la barba. ¿Y de tu nieto no tenés foto?
RICARDO.— No, con la madre nos distanciamos. O sea ella se peleó conmigo. Bueno, no sé.
AÍDA.— Le voy a pedir a la virgencita que se amiguen.
RICARDO.— No te hagás problema.

Pausa.

RICARDO.— Bueno, ja ja. Esta vez no soñaste que te morías.
AÍDA.— Silvia me ahorcaba al final.
RICARDO.— Ah.
AÍDA.— Silvia la mía, no la otra.
RICARDO.— Ah.

*La música va saltando de géneros de forma inconexa.
Bailan un lento.*

RICARDO.— Guan mor nai, guan mor nai... Temón. Ay, perdoname, perdoname.

RICARDO *la pisa sistemáticamente sin que a ella le importe mucho. Se disculpa haciendo gestos en todas las ocasiones.*

AÍDA.— Ahora vuelvo.

AÍDA luego va a hablarle a los adolescentes y RICARDO encara hacia el sillón. Ella lo intercepta con un porro en la mano.

¿Fuego tenés?

RICARDO.— *(Lo busca.)* Lo perdí. Pero consigo...

RICARDO va hacia las mujeres del licor y les pide el encendedor. Una de ellas saluda a AÍDA desde lejos y ella le devuelve el saludo. RICARDO vuelve.

AÍDA.— Acompañame al baño.

RICARDO.— Pero si acá no pasa nada.

AÍDA.— Bueno, pero haceme carpita que aquella es la del consorcio.

*RICARDO improvisa una carpita con su campera de cuero.
AÍDA fuma y le ofrece.*

RICARDO.— No, gracias.

AÍDA.— Roberto.

RICARDO.— Ricardo.

RICARDO accede. Fuma, se ahoga y empieza a toser.

Esto... Cof cof... Pero te digo... Cof cof... Hace mucho que no...

AÍDA le da la cerveza.

RICARDO.— Gracias, cof cof... Linda.

Escena 6

Exterior de “Tebas”. El edificio es de madera y piedra como anticipaba el interior. El techo a dos aguas está cubierto por tejas terracota. El cartel está despintado y se lee debajo del neón con el nombre de la discoteca “Confitería alemana ‘El barón de Münchhausen’” RICARDO está tirado en el cordón de la vereda, al lado del container de basura. Tiene arcadas y el sudor hace que la musculosa le quede transparente. AÍDA está al lado y le sostiene la colita de pelo.

RICARDO.— *(Entre las arcadas.)* No, pero esto... Es... Fuertísimo... Esto... Puff...

AÍDA.— A mí no me hizo nada.

RICARDO.— No, yo... Pero de joven... Con los de la banda... Mirá que le... Pero esto... No, no.

AÍDA.— Sos flojísimo.

RICARDO *está por vomitar. AÍDA le alcanza una frapperota rota que está tirada en la calle.*

Tiene inscripta la marca “Bols”.

RICARDO *vomita un par de veces.*

AÍDA.— Te bajó la presión, tenés que comer algo. Es un síntoma de la marihuana.

RICARDO.— Ya va... Mejor, mejor.

AÍDA.— Te voy a comprar una coquita.

RICARDO.— No, no...

AÍDA.— Sí.

RICARDO.— No quiero tragar nada.

AÍDA.— No me pelees.

RICARDO.— ¿Qué sos médica?

AÍDA.— Enfermera.

AÍDA *abre la puerta del boliche, la traba con el pie y despierta al patovica de un zarandeo. Este se tambalea y la mira aún ensoñado.*

AÍDA.— *(En off.)* Una Coca-Cola.

AÍDA *saca el monedero lleno y le vacía en la mano una pila de monedas. Al patovica se le caen la mayoría al piso y las va juntando. Va hacia la barra y se la trae.*

AÍDA.— *(En off.)* El cambio.

El patovica le devuelve algunas monedas. AÍDA sale con una Coca-Cola en la mano y vuelve a sostenerle el pelo a RICARDO con la otra. RICARDO vomita durante algunos minutos, mancha toda su campera.

RICARDO.— Ahí va mejor. Va mejor...

Pausa. Termina de vomitar.

¡Ah, la flauta!

AÍDA.— Debe ser la combinación con el alcohol.

RICARDO.— Vos sabés que de chico no tomaba mucho yo. Fumaba, sí y la cocaína nunca me gustó. Pero tenía miedo, ¿viste? Le tenía miedo al alcohol por mi papá. El viejo sí tomaba... Y se ponía agresivo. Nos daba terror contestarle con mis hermanos. Lo mejor era servirle otro vasito y ponerle la radio. Rompió la puerta de calle una vuelta y le habíamos puesto un cartón, por el frío, ¿viste? Era lindo igual. Entraba más luz con el agujero y desde la cocina veíamos los arbolitos de la cuadra. Y también si alguno del barrio andaba pateando, se armaba el partido enseguida. A mamá no le gustaba que se enteraran los vecinos. Juntó ella la plata para la puerta nueva y por ahí mismo se fue. No

volvió, ¿viste? Yo la entiendo. Y después, a los treinta así, con mis hijas, ahí empecé a tomar yo también. Y empecé a hacer lo mismo. Lo mismo mismo que mi papá. Cómo si cuando me pusiera así, me entrara mi papá en el cuerpo. Hiciera todo por mí. Y me desmayaba a la noche y me levantaba a la tarde. Perdí el trabajo... Bah, les dio lástima y me pusieron de ñoqui hasta que me jubilé hace unos años. Pero lo que perdí fue a mis hijas. Se fueron por la puerta, como mamá, y no volvieron. Una vez choqué de más grande y casi se muere una chica de la edad de Francisca. Casi la mato, por borracho. Y me di cuenta ahí... Ya no me pongo más así. Ya no. Tomo un poco cada tanto, hoy una cerveza o dos, pero ya no soy así. Ojalá ellas lo entendieran. Que yo hice todo mal, pero ahora soy otro, ¿viste?

AÍDA.— Un poquito más de Coca.

Pausa.

RICARDO.— Quizás sea un poco tarde.

AÍDA.— Y sí.

RICARDO.— Hacemos lo que podemos, ¿no?

Pausa.

Digo en la vida, vamos haciendo lo que podemos.

Pausa.

Gracias, linda. Yo también te amo.

AÍDA.— Lo decís, porque tomaste.

RICARDO.— No, en serio. Sos...

AÍDA.— No hace falta.

Pausa.

Si querés te invito a mi casa, es acá cerca. Podemos ir a desayunar. Te va a hacer bien. Ayer cociné medialunas. Todavía deben estar blanditas.

Escena 7

En la cocina de la casa de AÍDA, un monoblock en el centro. Es oscura y setentosa, con azulejos amarillo patito y las juntas ennegrecidas por los hongos. Una tulipa rosa cae del techo. Está amaneciendo. La pava hierve hace rato, pero ninguno la saca de la hornalla. AÍDA con el pelo mojado en un rodete y una bata de polar le muestra a RICARDO, en cuero, un cuaderno Rivadavia. En la mesa hay una campana con medialunas de grasa. Sólo RICARDO come una.

AÍDA.— Y acá se sacó diez en matemática, porque respetaba muy bien el cuadrillé de la hoja. “Prolijo y dedicado. Sumas y restas: ¡Muy bien felicitado!”.

RICARDO.— Una rima.

Pausa.

Era muy inteligente.

AÍDA.— Y la composición en inglés: “I am Andrew. My family is my mom and my dog. I haven’t got a cat.” ¿Vos hablás inglés?

RICARDO.— Ni una palabra.

AÍDA.— Dice que no tiene ni gato ni padre.

RICARDO.— Ja ja.

AÍDA.— Esto fue antes del tema de la guerra, que prohibieron el idioma en el colegio... Ahí no tuvo más clases de inglés. Una pena. Le gustaba mucho.

RICARDO.— Claro.

AÍDA.— Después de tercer grado igual no tuvo más clases, porque se murió. Nueve años tenía.

RICARDO.— Ah.

AÍDA.— “Hoy conmemoramos el Día de la Raza y Andrés ayudó a sus compañeritos a pintarse con corcho y a repartir

la mazamorra entre los papis. Mejor compañero del mes de octubre”. La maestra Claudia siempre lo reconocía.

RICARDO.— Y... Era muy generoso.

Pausa.

¿Querés que saque el agua?

AÍDA.— Tengo su álbum de figuritas del mundial. Lo traigo. Todavía lo guardo en el cristalero con las copas. Quizás te guste alguna y te la puedo regalar. O le podemos llevar al cementerio.

RICARDO.— Estem, claro. Sí, si yo no tengo apuro... Lo chusmeamos.

AÍDA.— Es del ‘82, del mundial español. Le gustaba mucho Maradona. Esa no te la puedo dar.

RICARDO.— No te preocupes.

AÍDA sale.

Me gusta el fútbol a mi. Soy de Talleres, yo.

Pausa.

Por mi papá.

Pausa.

(Imitando el acento.) Era cordooobés.

Pausa.

Te escribí algo.

Pausa.

Aída.

Pausa.

Digo, mientras estabas en la ducha... Un poema.

*Pausa. RICARDO dobla la servilleta con el poema
y se la guarda en el bolsillo.*

Estem, muy buenas, ¿eh?

Pausa.

Las medialunas muy buenas.

Pausa.

AÍDA.— *(En off.)* Hoy me voy a morir, Roberto.

Pausa.

RICARDO.— ¿Qué?

AÍDA.— *(En off.)* Que me voy a morir. Hoy.

Pausa.

RICARDO.— Qué graciosa, ja ja.

AÍDA.— *(En off.)* No es un chiste.

Pausa.

RICARDO.— ¿De amor, linda?

AÍDA.— *(En off.)* No seas pelotudo.

Pausa.

(Entrando con el álbum de figuritas.) ¿No querés morirme conmigo?

RICARDO.— ¿Co-cómo morirme con vos?

AÍDA.— *(Se sienta y deja el álbum en la mesa.)* Eso. Lo estuve pensando. Creo que llegó la hora.

RICARDO.— ¿Qué?

AÍDA.— Y me parece que sos el indicado.

RICARDO.— ¿Qué?

AÍDA.— Que sos el indicado. Escuchame. No te voy a repetir todo.

RICARDO.— Te-te-te estás volviendo loca. Esto es una locura, yo...

AÍDA.— Pensalo. ¿Qué nos queda por hacer acá?

RICARDO.— Bueno, mira, no sé que es todo esto... Ni a qué viene... A-A-Aída...

RICARDO *se levanta.*

AÍDA.— Calmate.

RICARDO.— ¡Déjame hablar! Perdoname, perdoname no-no-no te quiero gritar. Y no-no quiero que te lo tomes a mal, pero... Mira yo me voy, porque para mí es demasiado... Ya está, estuvo todo muy bien, todo bárbaro, pero yo así...

AÍDA.— Roberto, sentate. Calmate. Tomá un poco de agua.

RICARDO.— No.

AÍDA.— ¿Querés una medialuna?

RICARDO.— No.

AÍDA.— No están envenenadas. No te voy a matar. Esto es una propuesta. Sentate.

RICARDO *se sienta.*

Mira, si vos sentís que hay algo en particular que te falte hacer, lo podemos hacer antes. Pero hay que aceptarlo, ¿sí? No queda otra. A partir de cierta edad las personas nos vamos

volviendo una carga. Para los demás, puede ser, pero sobre todo para nosotros mismos. Cada día un dolor nuevo del que nos tenemos que ocupar. Cada día las mismas cosas de la casa que nos cuestan un poco más que ayer. Un amigo que se muere, una mala noticia en la radio. Ya no hay nada nuevo. Nada nuevo. Y lo único que hacemos es esperar. Esperar lo único esperable, mientras nos vamos achacando sin pausa. Si de a poco vamos perdiendo hasta los sentidos y necesitamos que nos ayuden a leer las cosas. Nos podemos mover menos. Nos vamos poniendo chiquititos... Nos vamos yendo. ¿Vos te das cuenta de que ya te estás yendo? Ahora. Yo lo veo todos los días en el hospital. Gente que podría haberse ido bien, que ya no tenía nada más por hacer. Pero no. Se mueren solos y tristes, ya sin poder hacer nada por ellos mismos. Irreconocibles. Yo no quiero eso para mí. No está mal aferrarse a la vida, ¿pero para hacer qué? Es como una obligación, algo que nos dijeron que tenemos que querer. Si en el juramento hipocrático nos hacen prometer defender la vida a cualquier costo. No tiene sentido. ¿Para qué nos quedamos? Nuestra vida no le importa a nadie, lo único que importa es si nosotros la queremos vivir.

RICARDO.— No sé, Aída.

Pausa. RICARDO comienza a llorar.

Yo quiero vivir...

AÍDA.— ¿Para qué?

RICARDO.— No sé. Siempre quise hacer paracaidismo.

Pausa.

Y bueno, triunfar en la música...

Pausa.

Supongo que igualmente ya estoy grande para esas cosas...

AÍDA.— Puedo pedirle al padre Ramón que en la radio de la iglesia pasen tus canciones. Lo del paracaídas, Roberto...

RICARDO.— Ricardo.

Pausa.

Bueno, puede ser.

Pausa.

RICARDO.— ¿Y vos no querés hacer nada más?

AÍDA.— No.

RICARDO.— Ah.

Pausa.

RICARDO.— ¿Segura?

AÍDA.— Sí, segura.

RICARDO.— Ah.

Pausa.

AÍDA.— Escuchame, nosotros ya lo pasamos todo. Tuvimos pareja e hijos. Tuvimos trabajo. Tuvimos salud. Vayámonos juntos.

Pausa.

RICARDO.— No sé.

Pausa.

RICARDO.— ¿Duele?

AÍDA.— Así no. Es indoloro.

RICARDO.— Como el agua, ja ja.

Pausa.

Ah no, es “inodoro” Como el del baño.

Pausa.

“Inodora, incolora, insípida”.

Pausa.

¿Y cuando lo querés hacer?

AÍDA.— Hoy.

RICARDO.— ¿Hoy? ¿No es muy pronto? Digo, ¿no es mejor planificarlo? Para otro día, con más tiempo...

AÍDA.— A mí hoy me parece bien.

Pausa.

RICARDO.— Y no te hace falta nada más...

AÍDA.— No.

RICARDO.— ¿Segura?

AÍDA.— Basta. No tengo ganas de desperdiciar mi tiempo en discusiones pelotudas.

RICARDO.— Perdón.

Pausa.

AÍDA.— Entonces cuento con vos.

Pausa.

AÍDA.— Ricardo.

Pausa.

RICARDO.— Bueno.

AÍDA.— Bien, podríamos salir en cuatro horas más o menos.

RICARDO.— ¿Cuatro horas?

AÍDA.— Hay que ir a robar a la veterinaria, por eso la demora.

Pausa.

RICARDO.— Está bien.

Pausa.

RICARDO.— Te lo aprendiste.

AÍDA.— ¿Qué cosa?

RICARDO.— Mi nombre. Me dijiste Ricardo.

AÍDA.— Ya sé que te llamás Ricardo. Gracias por acompañarme.

AÍDA se acerca y le seca las lágrimas con una servilleta. Se besan. RICARDO toma el papel y se suena la nariz.

Escena 8

RICARDO y AÍDA caminan por una calle de tierra de un barrio en los suburbios de Luján. Ambos van dejando un sinuoso rastro en el barro al andar, mientras esquivan bolsas de basura, materiales de construcción y a algún que otro perro callejero. Ella le prestó una campera de gimnasia dorada con vivos fluorescentes que él lleva apoyada sobre los hombros.

AÍDA, quien se cambió de ropa y ahora viste un solero floreado con un piloto amarillo encima y una cartera de cuero graneado, camina con paso seguro y significativamente más rápido que RICARDO. Éste, en cambio, tirita de frío y, cada tanto, se vuelve hacia su espalda para corroborar que no los estén siguiendo. Las casas son bajas, espaciadas y se vuelven más precarias a medida que van avanzando. La llovizna platea todas las superficies.

AÍDA.— *(Cantando.)* Santa Marta, Santa Marta tiene tren, Santa Marta tiene tren, pero no tiene tranvía. Santa Marta, Santa Marta tiene tren, Santa Marta tiene tren, pero no tiene tranvía...

RICARDO.— ¿Te parece, Aída?

AÍDA.— No te amargues. Es una linda madrugada. *(Tararea.)*

RICARDO.— ¿Estás segura de que es por acá?

AÍDA.— Sí. Hay que seguir por Los Ceibos y doblar en Dr. Salas.

RICARDO.— Es que no me gusta, no me gusta nada todo esto.

Pausa.

RICARDO.— ¿Escondiste bien el paquete?

AÍDA.— Lo tengo en el corpiño. Esto va a ser divertido.

RICARDO.— Vos me dijiste lo de la veterinaria, pero no que veníamos para acá.

AÍDA.— No había ketamina en la veterinaria.

RICARDO.— ¿Y es muy importante?

AÍDA.— Es el analgésico. Es la mejor combinación.

Pausa.

RICARDO.— Y vos lo conocés al chico este.

AÍDA.— Lo atendí por sobredosis un par de veces en el hospi. Ahora aprendió y sólo vende.

RICARDO.— Claro.

Pausa.

¿Y qué te pasa cuando lo tomás? Digo qué te pasa... No sé...

En el cuerpo. ¿Qué sentís?

AÍDA.— La ketamina es un analgésico. Puede dar alucinaciones, pero sobre todo te relaja. La usamos a veces en el hospital, pero está en faltante. La usan más los veterinarios. De lo otro, bueno, no te sabría decir.

RICARDO.— ¿Y cómo sabés que funciona?

AÍDA.— ¿Alguna vez viste como dormían a un perro? Bueno, así.

RICARDO.— ¿Podemos pasar por mi casa? Es acá nomás. Así agarro mis cosas.

AÍDA.— ¿Para qué querés cosas?

RICARDO.— Me quiero cambiar.

AÍDA.— Bueno. Agarrá la música de paso, así la dejamos en la basílica. Al Padre Ramón.

RICARDO.— ¿Era de verdad?

AÍDA.— Yo nunca miento.

RICARDO.— Es acá nomás.

AÍDA.— No me dijiste que vivías en Santa Marta.

Caminan unas cuadras.

AÍDA.— Cinco minutos que nos esperan.

Llegan a la casa. RICARDO entra.

RICARDO.— *(En off.)* ¿El traje es mucho?

AÍDA.— Es mucho.

RICARDO.— *(En off.)* Pero a mí me gusta.

AÍDA.— Ponete lo que quieras.

RICARDO.— *(En off.)* Llevo todo y decido después. Lo que sobre lo dejo en la iglesia.

RICARDO sale con un bolso, una barra de manteca, un pan lactal y un Terma.

RICARDO.— Para el camino.

Se besan.

AÍDA.— Vamos.

Escena 9

AÍDA y RICARDO en el auto viajan en la ruta número 7. Es un Lada Laika del '92 color crema. AÍDA maneja, RICARDO escribe una carta apoyando el papel sobre una heladerita que tiene en la falda.

RICARDO.— Entonces quedó así, “Plín, plín, plín... Te voy a extrañar, la plata quedó en la lata de galletitas, pero es para emergencia...”

AÍDA.— Yo le diría que la voy a extrañar al final. Se usa así. O podrías agregar una posdata.

RICARDO.— ¿Vos estás segura de que hay un OCA cerca del cementerio?

AÍDA.— Hay uno de pasada por Avenida Forest, igual si vemos uno antes, paro. ¿Me pasás el whisky?

RICARDO.— ¿Está en la lanchera?

AÍDA.— Al lado del tupper en la bolsa térmica. Atrás.

RICARDO.— *(Se da vuelta y revuelve entre las cosas. Agarra una petaca.)* Tomá. Te leo como quedó. “Eleo, a pesar de que no hablemos hace algún tiempo, quiero decirte que sé que hice todo mal, pero que ya es un poco tarde...”

AÍDA.— Que ya es tarde. No es momento de ponerse relativos.

RICARDO.— “Que ya es tarde. Punto. Y que con la muerte uno idealiza a la gente, pero que no hace falta que me idealices. Punto. Ni que me vengas a ver a la tumba. Punto.”

AÍDA.— No leas los puntos.

RICARDO.— “Para mí, vos siempre fuiste la mejor de ustedes dos y me emocioné mucho el día que dijiste que ibas a seguir odontología como tu madre y me decepcionó mucho cuando la dejaste y te fuiste con Miguel...”

AÍDA.— No me parece bien que le hagas un reclamo en tu despedida.

RICARDO.— Bueno, estem... Capaz tacho esa parte.

“Plín, plín... La verdad, me hubiera gustado que te pusieras en pareja con otra persona, pero ya lo acepté y si algún día lo dejás definitivamente, esté donde esté yo, me va a poner contento.” Bueno, esta parte también la podría tachar entonces, pero va a quedar muy corta... “Quiero que sepas que esto no tiene nada que ver con vos, que quiero seguir mi corazón, me siento vivo como un animal...”

AÍDA.— Eso está raro.

RICARDO.— Fue tu idea.

AÍDA.— No así.

RICARDO.— “... es lo que deseo ahora, no estoy triste, estoy alegre, no sientas culpa. No tiene que ver con vos.” Bueno, quizás pueda rever eso también. ¿Falta mucho?

AÍDA.— Treinta kilómetros.

RICARDO.— “Seguramente vengan el del almacén, Ricardo el peluquero, los de la Cooperativa eléctrica y el mecánico a querer cobrarte algo. No les des nada. Deciles que va a hacer falta resolver la sucesión antes, que no tenés solvencia...” ¿Se dice solvencia?

AÍDA.— Sí.

RICARDO.— Me gusta esa palabra, ja ja. “La plata que me prestaron quedó en la lata de galletitas, pero no la uses, porque es para emergencia. Te voy a extrañar y como pude siempre te amé. Perdón. Papá. Posdata: tirá el yogur de la heladera que no hice a tiempo, porque va a largar olor a podrido.”

AÍDA.— ¿No querías agregar lo de las plantas?

RICARDO.— Ah sí, (*Anota.*) “Cuan-do llue-va mu-cho”. No, “cuan-do no llue-va mu-cho po-ne-le un po-co de a-gua al jaz-mín.” Ahí está.

AÍDA.— ¿Y a tu nieto? ¿No le escribiste?

RICARDO.— Le escribí aparte.

AÍDA.— Son muchas cartas, ponelas en el mismo sobre.

RICARDO.— Pero no quiero que las lean todas.

AÍDA.— Vas a estar muerto, Ricardo. Las van a leer de todas formas.

RICARDO.— Bueno, la de Fara la puse adentro del paquete que hice con el autito para regalarle, lo dejé atrás.

AÍDA.— ¿Y a la otra?

RICARDO.— La de Francisca ya la hice. También ya está ensobrada. ¿Vos no dejás nada?

AÍDA.— Le dejé todo a la iglesia. En el testamento.

RICARDO.— Ah.

Pausa.

Alcané a agarrar de casa otro cassette de la banda que tenía. “El Escorpión famélico”. ¿Querés que lo ponga?

Pausa.

Es así, rock progresivo. No sé si conocés... Tipo Diparpel, Emersonleikanpalmer.

Pausa.

Yo cantaba muy bien de joven.

AÍDA.— Ponelo.

RICARDO *introduce el cassette en la ranura del estéreo. Suena un solo de batería de varios minutos. RICARDO canta al unísono.*

RICARDO.— (*Cantando.*) Oh, beiiiiibi, pan de la tierraaaaa.

Suena una nota larga de sintetizador. Se repite una y otra vez la misma nota alternadamente con la batería.

Solo hay saaaaal en el maaaaaar.

RICARDO *marca el pulso con la cabeza y los dedos índices.*

Luego simula tocar la batería. Continúa cantando por unos minutos. No encuentra complicidad en AÍDA. Pausa.

Era experimental. Muy vanguardista, estem... Seguro lo escuchaste.

AÍDA.— No.

RICARDO.— Bueno, habíamos sido sensación en el pueblo. Tocamos en algunos casamientos.

AÍDA.— No escucho mucho rock, igualmente.

RICARDO.— Claro. Debe ser por eso.

Pausa.

¿Parás en la estación de servicio?

AÍDA.— ¿Para qué?

RICARDO.— Necesito hacer pis.

Escena 10

Adentro del mausoleo de Silvia, sentados sobre la tumba de Andrés, ambos leen prospectos.

RICARDO.— Pen-to-tal.

Pausa.

Esto dice que son dos a cinco miligramos por kilo. Yo peso 65. ¿Eso cuánto sería?

AÍDA.— Traje la calculadora. *(Saca una con motivo de Pato Donald y se la pasa a RICARDO.)*

RICARDO.— De Andrés. Gracias pibe. *(Da unos golpecitos a la tumba.)*

Pausa.

Bueno lo hago con cinco. Y dijiste que era el doble para que haga efecto...

AÍDA.— El doble había leído en el Vademecum.

RICARDO.— ¿Vos cuánto pesás?

AÍDA.— 80-81.

RICARDO.— Mirá vos. Bueno lo hago con 80 que es redondo. Son 80 por 5 por 2 son... 800 miligramos. Y a mí... 65 por 5 por 2 son 650. Ah, era como hacerlo por diez, no me di cuenta.

Pausa.

Parece poco lo mío.

AÍDA.— Poné un poco más por las dudas.

RICARDO.— Lo disolvemos en agua...

*Coloca el polvo en frascos
de solución fisiológica,
lo mezcla y carga las dos jeringas.*

Listo, ya soy todo un doctor, ja ja.

AÍDA.— Las líneas las tengo en este papel aluminio. Cociné la ketamina en casa. Creo que quedó bien.

RICARDO.— Estoy listo, ¿vos?

AÍDA.— Sí.

Pausa.

¿Vamos?

*Ambos inhalan la ketamina
del papel aluminio y se acuestan sobre la tumba.
Pausa.*

RICARDO.— Esto es increíble.

*Pausa.
Ambos en quietud disfrutan de la sensación.*

Nunca fui tan feliz.

*Pausa.
AÍDA que sostiene las dos jeringas en la mano,
le pasa una a RICARDO.*

AÍDA.— ¿Estás listo?

RICARDO.— Sí... ¡Pará!

RICARDO *saca de su riñonera la servilleta con el poema.*

Tu poema.

AÍDA.— *(Lo toma entre las manos, lo besa y se lo guarda en el corpiño.)* Después lo leo.

Se inyectan el Pentotal.

Apagón.

SEGUNDO LUGAR



O ESTORVO DA CARNE

VALENTINA DURANTE

Personagens

AÍDA

RICARDO

Cena 1

Uma sala de encontros às cegas em Luján¹. A decoração tenta ser suntuosa, mas é de mal gosto e decadente. A cada dez minutos uma mulher de voz um pouco áspera grita “Mudando!”. As paredes são forradas com um tecido aveludado bordô com detalhes de pele de zebra. Luzes dicróicas douradas. Várias mesas vazias. É primavera e são sete da tarde. Toca “Los pasteles verdes”.

AÍDA é uma mulher de uns sessenta anos, um pouco robusta e acalorada, mas jovial e de uma beleza particular. Vestida com uma camisa comprida e folgada de um tecido sintético cor creme estampado com traços de pintura laranja e preto. A calça laranja pastel combina com a blusa. Tênis esportivos marrons de couro e lábios pintados de rosa nacarado.

RICARDO é alto, magro e não chega aos setenta anos, está envelhecido. Tem bigode, cabelo grosso e cheio com fios brancos e ruivos. Veste camiseta regata de malha canelada branca que acentua sua barriga inchada, jeans rígido azul claro, sapatos mocassim camurça e meias.

Ambos estão sentados à mesa. AÍDA toma uma vitamina de banana. RICARDO, uma cerveja.

AÍDA.— Velamos o Andresito na sala de casa. A gente achou melhor, era mais íntimo. Além disso, o féretro pequenininho cabia direitinho na mesa de madeira da sala de jantar. Aproveitamos que a minha mãe sabe costurar, então ela fez duas capinhas de cetim cor pêssego para a mesa e para o caixão que combinavam... Bom, quer dizer, ressaltava todas as feições, né? Me lembro muito bem: as sobrancelhas translúcidas, a pele morena e até o terninho azul celeste que tínhamos colocado ficou melhor com o contraste. Durou mais ou menos umas doze horas de recebimento com

¹ Cidade da província de Buenos Aires conhecida por abrigar a basílica da padroeira do país: *La Virgen de Luján*.

sanduíchinhos e tudo. Depois enterramos no mausoléu da família da Silvia, lá na Chacarita. Ela disse que sobrava um lugar, porque o irmão morreu na Espanha e, além disso, para não ter que ficar se preocupando com isso naquele momento, sabe? Era mais prático...

Pausa.

RICARDO.— Sabe, eu não me dou muito bem com... Tudo isso de ... de velórios.

Pausa.

Não vi muitos mortos, não. Éééé... ha ha. Me dá um pouco de... Impressão.

Pausa.

Ah, mas eu imagino, viu? Imagino que deve ter ficado bárbaro tudo. Bárbaro, bárbaro pelo que você está me dizendo.

AÍDA.— Ficou sim, muito lindo.

Pausa.

RICARDO.— Boa ideia a do terninho, azul, né? Porque é assim atemporal, né? Foi o que eu pensei.

Pausa.

Digo isso porque quando virem as fotos daqui a uns anos nunca vai ter saído de moda.

Pausa.

É que o azul sempre cai bem. É.

AÍDA.— Isso, é isso o que eu pensei também.

Pausa.

RICARDO.— Você quer outro copinho de vitamina?

AÍDA.— Não, obrigada.

RICARDO.— Desculpa, Aída era, né? *(Ela concorda com a cabeça.)* Aída... Lindo nome.

AÍDA.— Temos que saber mais um do outro. Essa é a graça de tudo isso.

RICARDO.— É, lógico. Por favor. Continua, continua...

Pausa.

Quero dizer, que você pode continuar me contando...

AÍDA.— Não, já terminei.

RICARDO.— Ou não... Ou como você quiser.

Pausa.

Éééé... Bom. Tudo bem, está tudo bem.

Pausa.

Duro, né? Ufa.

Pausa.

Duro tudo isso do... Andrés? Era o Andrés? *(Ela confirma com a cabeça.)* Lindo nome.

AÍDA.— É, é muito lindo.

Pausa.

RICARDO.— Quero dizer que as pessoas num lugar como

este falam de coisas mais... mais triviais, né? Quero dizer. Mas entendo, entendo que precisa...

Pausa.

A menina da mesa do canto me contou que adotou um canário.

Pausa.

Ela colocou o nome nele de Tweety.

Pausa.

Me disse que é o nome do Piu Piu em inglês.

Pausa.

Você fala inglês?

AÍDA.— Um pouco.

RICARDO.— Lógico, que inteligente.

Pausa.

Bom, que insensível, né? Eu mudando de assunto enquanto você deve estar aí super chateada e precisando falar...

AÍDA.— Não, não. De jeito nenhum.

RICARDO.— Ah, bom... Éééé... Veja só.

Pausa.

Eu sou muito forte, ha ha.

Pausa.

Bom, então melhor assim. Melhor assim.

AÍDA.— Eram de peito de peru.

RICARDO.— O quê?

AÍDA.— Os sanduichinhos daquele dia, eram de peito de peru. Você gosta de peru?

RICARDO.— Nunca experimentei.

Pausa.

(Olhando para o relógio.) Bom, éééé, ótimo. Olha, faltam só uns quatro minutos. A gente pode conversar sobre alguma coisa assim, alegre e... daí a gente varia um pouco...

Pausa.

Não, não porque seja ruim, viu? De jeito nenhum, de jeito nenhum. Mas assim a gente vai...

Pausa.

Um pouco eu e um pouco você.

Pausa.

Como na vida, ha ha.

AÍDA.— Do que você quer conversar?

RICARDO.— Não sei, éééé...

Pausa.

Puxa. É que... Bom, não consigo pensar em nada...

Pausa.

Sabe como é? A gente fica pensando em alguma coisa

interessante para falar e quando quer que apareça uma ideia, não. Não vem nada, ha ha.

Pausa.

É a mesma coisa quando alguém te diz “faz espontaneamente”, aí você não consegue.

Pausa.

Aconteceu com você ?

AÍDA.— Não, na verdade, não.

RICARDO.— Ha ha.

Pausa.

De que signo você é?

AÍDA.— De Aquário.

RICARDO.— Olha só.

Pausa.

AÍDA.— Naquele dia, não sei se te contei, que a Silvia, a que trabalha no atacadista, tinha trazido um Ananá Fizz², porque ela sabe que eu gosto e que me deixa de bom humor. Bebi a tarde inteira. Terminamos bastante altinhas. O Ananá Fizz estava um pouco quente, mas como é doce nem dava para sentir tanto. Arrasamos com isso e com um vinho que a gente tinha em casa. Essa mistura, nem te conto. No dia que a gente for para Buenos Aires, eu te mostro o Andresito. Você vai ver que dá para reconhecer o tumulosinho dele de longe, porque na frente do mausoléu eu sempre deixo, você não imagina a quantidade, eu deixo cravos brancos, muitos e que, aliás,

² Ananá Fizz – bebida alcoólica popular parecida à sidra. Produzida com a polpa de abacaxi.

duram um montão de tempo, sabe? Na minha experiência são os que mais resistem. Eu sempre digo para todo mundo que a gente nunca deve se empolgar com os jasmíns. Mais ou menos em outubro, todas as floristas bolivianas da porta do cemitério querem te vender, e não. Não tem que comprar, porque embora as flores perfumadas sejam mais bonitas, os jasmíns ficam marrons antes de que o galo cante. E depois apodrecem e deixam as lápides pegajosas e daí, daí você não tira mais. Talvez, da próxima vez, eu leve as de plástico, assim não tenho que me preocupar mais com isso. Com certeza vai ser melhor assim.

Pausa.

RICARDO.— Éééé, eu... Eu em casa tenho uns pés de jasmíns. Dos pequeninhos, não dos que são como uma rosa. São lindos...

AÍDA.— Com maionese ficam ótimos.

RICARDO.— O quê?

AÍDA.— O peito de peru, se você quiser experimentar. É igualzinho ao frango.

Cena 2

Exterior do salão de encontros. As paredes são de tijolo à vista e está entardecendo. Tem um cartaz luminoso escrito “A pomba e o pardal, salão de encontros”. RICARDO fuma e AÍDA olha para ele. Estão parados ao lado do container de lixo.

RICARDO.— Estava fazendo falta um pouco de ar depois de tanto tempo fechado.

Pausa.

Eu tenho alergia de paredes com tecido. Acho que eles não limpam. *(Oferece um cigarro. São da marca Chesterfield.)* Você fuma?

AÍDA.— Parei.

Pausa.

RICARDO.— Sozinha ou por algum problema de saúde?

AÍDA.— Por promessa.

RICARDO.— Que bom.

Pausa.

Eu corto o cabelo aqui na frente. Tem o mesmo nome que eu, Ricardo, o cabeleireiro.

AÍDA.— Pensei que você se chamasse Roberto.

RICARDO.— Ricardo, eu me chamo Ricardo.

Pausa.

Qual você gosta mais?

Pausa.

Ricardo ou Roberto?

AÍDA.— Não sei.

RICARDO.— Olha que se você gostar mais de Roberto, pode me dizer, tá.

AÍDA.— Não seja tonto.

Pausa.

RICARDO.— Eu também tenho... Filhas. Duas. Eleonora de 30 e Francisca de 25. Eleonora é a mãe do meu neto de 7...

Pausa.

Colocou Faraón.

Pausa.

Para mim, nome do cachorro.

AÍDA.— O teu neto é ruivo como você?

RICARDO.— Eu não sou ruivo, sou castanho claro.

AÍDA.— Como você quiser.

Pausa.

RICARDO.— Pode ser que seja meio ruivo.

AÍDA.— Eu gostaria de conhecer ele.

RICARDO.— Quem?

AÍDA.— O teu neto.

Pausa.

RICARDO.— Éééééé... Bom. Sim, sim, lógico. Pode ser...

Pausa.

Qualquer dia.

AÍDA.— Lógico. Qualquer dia.

Pausa.

RICARDO.— Faz muito tempo que a gente não se vê.

Pausa.

Ééééé... Bom, eu vou entrando... Ou, sei lá, se você quiser... Ir... Tomar alguma coisa...

AÍDA.— O dia está lindo. Não está fazendo muito calor.

RICARDO.— É, é verdade.

Pausa.

Está meio nubladinho. Talvez venha a sudestada³.

AÍDA.— O pampeiro⁴ não é.

RICARDO.— Não, não.

Pausa.

Éééé... Bom, estou indo...

AÍDA.— Podemos ir à confeitaria daqui de perto porque eles fazem uns sanduichinhos de peito de peru. E daí você pode experimentar.

RICARDO.— Ah... Podemos, sim. Com certeza. Sim, sim.

Pausa.

³ Sudestada: é o nome argentino para um fenômeno climático comum na região do Rio da Prata, entre a Argentina e o Uruguai provocado por ventos fortes que sopram do Sudeste.

⁴ Pampeiro: é uma rajada de ar polar frio que vem do oeste, sudoeste ou sul e percorre os pampas do sul do Brasil, Argentina e Uruguai.

Bom, tudo bem, tudo bem. Ótimo. Ou seja, vamos pegar as coisas... Eu teria que ir pagar...

AÍDA.— Parece frango.

RICARDO.— Sim sim, você me disse.

Pausa.

Parece viscacha.

Pausa.

Quer dizer, que também é parecido com o frango.

Pausa.

Como o coelho.

AÍDA.— Como a cobra. É o que dizem.

RICARDO.— Ha ha.

Pausa. RICARDO se encaminha para dentro.

Bom. Eu...

AÍDA.— Gosto do teu casaco.

RICARDO.— Obrigado.

Cena 3

Dentro do salão de uma confeitaria tradicional de bairro. As vitrines estão cheias de bolos com chantilly e bombons de chocolate um pouco derretidos. Nas prateleiras sobraram alguns restos de pão-doce amassados. Além disso, tem alguns sanduíches de miga⁵ na geladeira. Não tem nenhum funcionário à vista. As persianas da entrada estão baixas, aparentemente para fechar. AÍDA e RICARDO são os únicos clientes, estão sentados ao balcão que dá de frente para a rua estreita, já escura. AÍDA pediu um capuchino. Dividem um sanduíche de peito de peru que tem uma bandeirinha argentina espetada.

RICARDO.— É a primeira vez que venho a este salão de encontro às cegas e vou te dizer uma coisa, é bom fazer um rodízio...

Pausa.

É, sim, ... Dinâmico.

Pausa.

Quer dizer, nos dias de hoje. A gente nunca sabe o que vai acontecer amanhã.

AÍDA.— É como se morresse o teu filho.

RICARDO.— Lógico... Por exemplo.

Pausa.

Ou, se de repente, de supetão, você tivesse um golpe de sorte. A gente nunca sabe, né? Tudo muda.

⁵ Tradicional sanduíche argentino com duas ou três fatias de pão de forma cortadas bem finas sem a casca em camadas entremeadas de recheios variados.

Pausa.

Falo isso, porque foi o que me aconteceu. Assim como você me vê aqui...

Pausa.

Isso do golpe de sorte. Eu te digo isso, porque ganhei na loteria em 86.

Pausa.

Você não soube?

AÍDA.— Não.

RICARDO.— É. Não, é que na cidade, eu fiquei famoso. Fui o primeiro daqui.

Pausa.

Começaram a me chamar de: “o magnífico”. Ha ha.

Pausa.

Não escutou falar?

AÍDA.— Não.

Pausa.

RICARDO.— Eu e o prefeito fizemos um comercial. Para a campanha eleitoral dele: (*Cantarola.*) “Foi o primeiro milagre da Nossa Senhora e desta vez foi o Ricardo. Luján, Luján. Uma cidade de ganhadores!”

Pausa.

Você se lembra?

AÍDA.— Não, não me lembro.

RICARDO.— Bom, éééé. Então vou te contar. Foi muito legal. Muito legal mesmo. Com esse dinheiro eu comprei a minha caminhonete e a minha casa, que tem jardim. Depois, veio a hiperinflação, né? Não fui esperto o suficiente e foi tudo pelo ralo. Se eu tivesse dolarizado, ainda poderia viver sem ter que trabalhar.

AÍDA.— Você trabalha?

RICARDO.— Ééééé... Na verdade, eu sou aposentado.

Pausa.

Faço entregas com a caminhonete, de vez em quando... Alguns favorzinhos, para um amigo.

Pausa.

Mas trabalhava, trabalhava para o Estado, na Prefeitura.

Pausa.

Intermediário.

Pausa.

Uma pena que não tenha conseguido chegar a ser efetivo.

AÍDA.— Tem alcaparras.

RICARDO.— O quê?

AÍDA.— O sanduíche.

RICARDO.— Não tinha percebido.

AÍDA.— Eu faço um vitel toné ⁶ delicioso. Eu gosto muito de alcaparras.

⁶ Vitel toné – prato italiano muito comum na Argentina, principalmente, na época de Natal. É composto por carne cozinha fatiada e creme feito com alcaparras, aliche, maionese e temperos.

Pausa.

RICARDO.— Ha ha. Você é bastante natalina.

Pausa.

O peru, as alcaparras...

Pausa.

Ha ha.

Pausa.

Era brincadeira. Desculpa, eu passei dos limites.

AÍDA.— Você quer ir para um motel?

Cena 4

Em um quarto de hotel com a decoração parecida com o salão de encontros. As paredes desta vez são forradas com tecido mostarda com arabescos brilhantes e tem uma tira de luz led azul em cima do gesso. Os lençóis são de cetim verde. Tudo tem cheiro de cigarro. Em cima da mesinha, ao lado do televisor de tubo de 12" está a roupa de ambos dobradas caprichosamente. RICARDO e AÍDA estão nus e deitados na cama, ele apoia a cabeça entre os seios dela.

RICARDO.— Eu não gosto muito de sexo.

Pausa.

Às vezes me masturbo e não sei nada.

Pausa.

No final das contas é mais prazeroso.

Pausa.

Me masturbar.

Pausa.

AÍDA.— Eu também não gosto muito. Bom, não foi nada mal.
RICARDO.— Obrigado.

Pausa.

Você também está super em forma.

Pausa.

Eu acho que tem que ter sexo por causa da próstata.

Pausa.

Não sei como é isso no teu caso, mas pode ser uma questão...

AÍDA.— Eu também vou morrer, Roberto.

RICARDO.— Ricardo.

Pausa.

É, lógico. Claro.

Pausa.

Quer dizer, você está falando no sentido figurado?

Pausa.

Porque... Quer dizer, todos nós vamos morrer, não é verdade?
Ninguém é imortal, ha ha.

Pausa.

Vampira.

Pausa.

De qualquer jeito, éééééé, desculpa eu fui... Insensível. Quer dizer, não sei o que é que está acontecendo, mas... Ou seja... Vamos dizer, vai chegar para todos nós, mas tem que... alargar ao máximo. Não sei... Fazer todos os exames.

Pausa.

Eu faço muito exame da próstata, porque o meu pai morreu disso.

AÍDA.— Eu vou morrer logo.

RICARDO.— Mas, você está doente? Quer dizer... É grave?

Pausa.

Éééééé, Aída, sinto muito... Me perdoe, me perdoe... Ou seja, eu achei que você dizia “eu também vou morrer” então... Como qualquer um. Mas se eu puder te ajudar com alguma coisa, quer dizer, se você tiver com alguma dor...

AÍDA.— Não estou doente, mas pressinto.

RICARDO.— Ah, bom. Éééééé... Melhor assim. Ha ha.

Pausa.

Bom não tem que ligar para isso.

AÍDA.— Todas as noites eu sonho que morri. Então sei que deve estar por vir. O estranho é que não sinto como se fosse um pesadelo. Não deve ser tão ruim, no final das contas, né?

RICARDO.— O quê?

AÍDA.— Morrer.

RICARDO.— Ah.

Pausa.

Eu nunca me lembro do sonho.

Pausa.

Éééééé... Bom melhor assim, melhor, né?

Pausa.

É que, para te dizer a verdade, é que por um momento me assustei, imagina só se é alguma coisa contagiosa... Ha ha.

Pausa.

Não, não porque podia ser contagioso, viu...

Pausa.

Mas bom, então não tem nada para se preocupar.

AÍDA.— O que é que você acha de a gente fazer alguma coisa?

RICARDO.— O quê?

AÍDA.— Sei lá.

RICARDO.— Fazer o que, por exemplo?

AÍDA.— Sei lá, não tem nada que você queira fazer?

RICARDO.— Éééééé... Bom a noite é uma criança, mas...

Bom, mas não sei se você vai gostar... Porque, talvez, você não goste, viu? Talvez seja coisa minha...

AÍDA.— Não estou te entendendo.

RICARDO.— Não, é que “Tebas” está a dois quarteirões daqui.

AÍDA.— Não conheço.

Pausa.

RICARDO.— Eu... Quer dizer, estou com o dia livre amanhã, ou seja.

Pausa.

E depois de amanhã, ha ha.

AÍDA.— Te amo.

RICARDO.— O quê?

AÍDA.— Que te amo.

RICARDO.— Obrigado.

Pausa.

Obrigado por dobrar a minha roupa.

AÍDA.— Já já te ajudo a colocar a roupa de novo.

Cena 5

Dentro da boate “Tebas” localizada a poucos quilômetros de Luján. O espaço é alto e estreito. As paredes de pedras falsas terminam em um mezanino feito de madeira de pinho envernizada. O lugar era uma confeitaria alemã e teve seu apogeu nos anos 80.

Perto do banheiro tem uma fonte espelhada com luzes led que mudam de cor. O balcão tem colunas de gesso branco tipo jônicas. Três plantas de plástico e uma esfera terminam a decoração. Há apenas cerca de 15 pessoas. Alguns adolescentes vomitam na lateral do espaço. Um policial sentado no balcão tenta conquistar uma travesti. Duas mulheres de 60 anos com roupas apertadas e com muito batom tomam licor de melão. Um casal dança abraçado. O segurança dorme na banquetta e a DJ coloca as últimas músicas da noite. AÍDA está sentada na única poltrona do salão e toma cerveja. RICARDO dança ao lado de AÍDA empolgado. Toca Kiss.

RICARDO.— Eu te disse que você ia gostar deste lugar.

Pausa.

Fecha os olhos e uau, te transporta.

Pausa.

Te manda a outra dimensão, entende?

Pausa.

Ha ha, você gosta de uma cervejinha, hein...

Pausa.

Cerveja, café, suco... Que pique, hein! Ha ha.

Pausa.

Bom estômago, bom.

Pausa.

Porque eu te digo que por muito menos... Olha só.

Pausa.

Não te assuste que não vou te contar, não vou te contar. Fica tranquila.

Pausa.

Ha ha.

AÍDA.— Você não tem um baseado aí, né?

RICARDO.— Não. Bom, não sei... Posso conseguir.

Pausa.

Você é terrível, hein!

AÍDA.— Roberto, para.

RICARDO.— Desculpa.

*Pausa. RICARDO dá uma volta curta
e volta de mãos vazias.*

Vem dançar, vem mexer o esqueleto.

AÍDA.— Vou te humilhar.

*AÍDA fica em pé sem soltar a cerveja Palermo. RICARDO
dá um beijo nela e a abraça pela cintura. Ela o empurra para*

*o centro da pista e jogam sem querer um dos adolescentes no
chão. Ela dança com graça e ele a aplaude.*

RICARDO.— *(Tira a cerveja dela.)* Mas que soltura!

AÍDA.— *(Na pista, enquanto dançam.)* Ontem à noite sonhei que ia a um bar de música ao vivo chamado “La curva”. Eu cantava, mas a voz que saía não era a minha. Acho que a música era “Trigal” do Sandro e a minha voz era grave, cavernosa. Saía das vísceras, sim, e eu não conseguia reconhecê-la, mas eu gostava e as pessoas também gostavam, então eu ficava contente. Era meio sensual, mas também dava um pouco de medo e eu não podia modular bem a melodia. As notas, quer dizer. Só dava para entender que era essa música por causa da letra. E quando terminava “Trigal”, eu agradecia. Não tinha aplausos, mas eu sentia que as pessoas tinham gostado. E daí vinha a Silvia com o neto. E eu dizia que um bebê não devia sair à noite. Mas saímos do bar e já estava de dia e a Silvia me dizia “Viu que eu te disse que era de dia?”. E... Você está entediado, Roberto?

RICARDO.— Não, conta, conta.

AÍDA.— Bom, daí a gente ia com a Silvia e com o neto para a basílica, mas não era a basílica como a gente conhece. Era uma capela pequenininha e amarela, mas vou te dizer uma coisa, era melhor assim. Quer dizer, parecia mais familiar. E aí a gente entrava e tinha uma mulher que era a Silvia, mas a Silvia estava ao meu lado. Então era estranho, porque era como se existissem duas Silvias. É que a outra Silvia não olhava para mim. Eu chamava e ela não olhava para mim, ela ficava sentada se abanando com um leque, olhando para a frente para um cristo pequenininho pendurado em uma parede cheia de umidade. O cristo era de cerâmica esmaltada, as cores não eram muito loucas, eram cores normais. E eu me lembro que era muito pequenininho. Parecia mínimo na parede, de qualquer jeito não era mesmo muito grande. E a Silvia, a outra, se abanava e nós três (ou duas, porque já nem

me lembro se o neto continuava com a gente) víamos só a nuca dela. E, além do cristo pequenininho, tinha um quadro de um *gaucho*⁷ com um burro. Era uma foto, mas era um quadro. E o *gaucho* tinha uma cara parecida a do Güemes⁸.
RICARDO.— Olha só.

Pausa.

AÍDA.— Acabei de pensar que talvez você quando era jovem também parecesse o Güemes. Você tem uma foto de quando era jovem?
RICARDO.— Tenho na carteira.

RICARDO *mostra a foto.*

AÍDA.— Não, você não era parecido com ele.
RICARDO.— Não me lembro tanto do rosto do Güemes.
AÍDA.— Ele tinha barba. E do teu neto, você tem foto?
RICARDO.— Não, eu estou meio brigado com a mãe dele. Quer dizer, ela brigou comigo. Bom, sei lá.
AÍDA.— Vou pedir para a Nossa Senhora para que vocês voltem a conversar.
RICARDO.— Não te preocupa.

Pausa.

RICARDO.— Bom, ha ha. Desta vez você não sonhou que morria.
AÍDA.— Silvia me enforcava no final.
RICARDO.— Ah.
AÍDA.— A minha Silvia, não a outra.
RICARDO.— Ah.

⁷ Gaucho: O homem crioulo ou mestiço que habitou/habita os campos argentinos. Caracterizado pelos costumes e vestuário relacionados à criação de cavalos e trabalhos no campo. Pronúncia: sílaba tônica no ditongo (gau) /'gao.tʃəu/.

⁸ Güemes: personagem histórica da Argentina, século XIX.

*A música vai pulando de um gênero a outro sem lógica.
Dançam uma música lenta.*

RICARDO.— *Guan mor nai, guan mor nai...* Que música.
Ai, desculpa, desculpa.

RICARDO *pisa no pé dela sistematicamente sem que ela se incomode muito. Ele se desculpa fazendo gestos todas as vezes que isso acontece.*

AÍDA.— Espera aí, eu já volto.

AÍDA vai falar com os adolescentes e RICARDO se dirige até a poltrona. Ela o intercepta com um baseado na mão.

Você tem fogo?
RICARDO.— (*Procura.*) Perdi. Mas eu consigo...

RICARDO *vai até as mulheres do licor e pede o isqueiro. Uma delas cumprimenta a AÍDA de longe e ela devolve o cumprimento. RICARDO volta.*

AÍDA.— Me acompanha até o banheiro.
RICARDO.— Mas aqui está tudo bem.
AÍDA.— Bom, então faz aí uma parede para me esconder que aquela é lá do condomínio.

RICARDO *improvisa abrindo o casaco de couro.
AÍDA fuma e oferece.*

RICARDO.— Não, obrigado.
AÍDA.— Roberto.
RICARDO.— Ricardo.

RICARDO *aceita. Fuma, se afoga e começa a tossir.*

Isso...Cof cof... Mas te digo... Cof cof... Faz muito tempo que não...

AÍDA lhe dá a cerveja.

RICARDO.— Obrigado, cof cof.. Linda.

Cena 6

Exterior de “Tebas”. O edifício é de madeira e pedra como as de dentro da boate. O teto é de duas águas e está coberto por telhas terracota. O cartaz está desbotado e é possível ler embaixo do neón o nome da discoteca “Confeitaria alemã “O barão de Münchhausen””. RICARDO está deitado no meio-fio da calçada, ao lado do container de lixo. Tem ânsia de vômito e o suor faz com que a camiseta regata fique transparente. AÍDA está ao lado e segura o cabelo de RICARDO.

RICARDO.— *(Entre náuseas.)* Não, mas isso... É... Muito forte... Isso... Puff...

AÍDA.— Não me fez nada.

RICARDO.— Não, eu... Mas quando era jovem... Com o pessoal da banda... Veja bem que... Mas isso... Não, não.

AÍDA.— Você é fraquinho.

RICARDO está por vomitar. AÍDA lhe dá um balde de gelo quebrado que está jogado na rua. Tem o nome da marca “Bols” escrito. RICARDO vomita algumas vezes.

AÍDA.— A tua pressão caiu, você tem que comer alguma coisa. É por causa da maconha.

RICARDO.— Já vai... Melhor, melhor.

AÍDA.— Vou comprar uma coca.

RICARDO.— Não, não...

AÍDA.— Sim.

RICARDO.— Não quero engolir nada.

AÍDA.— Não seja teimoso.

RICARDO.— O que é que é, você é médica agora, é?

AÍDA.— Enfermeira.

AÍDA abre a porta da boate, trava com o pé e acorda o

segurança com um empurrão. Ele cambaleia e olha com cara de sono.

AÍDA.— *(Em off.)* Uma Coca-Cola.

AÍDA *pega o porta-moedas e coloca na mão do segurança uma pilha de moedas. A maioria das moedas caem no chão e ele agacha para pegá-las. Vai até o balcão e traz a Coca-Cola.*

AÍDA.— *(Em off.)* O troco.

O segurança devolve algumas moedas. AÍDA sai com uma Coca-Cola na mão e volta a segurar o cabelo do RICARDO com a outra mão. RICARDO vomita durante alguns minutos, mancha todo o casaco.

RICARDO.— Já estou melhorando. Estou melhorando...

Pausa. Para de vomitar.

Meu Deus!

AÍDA.— Deve ser a combinação com o álcool.

RICARDO.— Você sabia que quando era jovem eu não bebia muito. Fumava, sim, e de cocaína nunca gostei. Mas tinha medo, sabe? Tinha medo de álcool por causa do meu pai. O velho bebia... E ficava violento. Eu e os meus irmãos ficávamos com muito medo de responder para ele. O melhor era servir mesmo outro copinho e ligar o rádio. Ele quebrou a porta de entrada uma vez e a gente colocou um papelão, por causa do frio, sabe? Era lindo mesmo assim. Entrava mais luz com o buraco e da cozinha a gente via as árvores do quarteirão. E também dava para ver se alguém do bairro estava jogando bola, daí dava logo para combinar um joguinho. A mamãe não gostava que os vizinhos ficassem sabendo. Ela conseguiu o dinheiro para uma porta nova e

por aí mesmo foi embora. Não voltou, sabe? Eu entendo ela. E depois, aos trinta anos assim, eu e as minhas irmãs, aí comecei a beber também. E comecei a fazer a mesma coisa. A mesma coisa que o meu pai. Era como se quando eu ficava assim, entrasse o meu pai no meu corpo. Como se ele fizesse tudo por mim. E eu desmaiava de noite e me levantava tarde. Perdi o trabalho... Bom, eles ficaram com dó de mim e me puseram em um trabalho que eu só ia para receber, eu nunca trabalhava, até que me aposentei há alguns anos. Mas o que eu perdi mesmo foram as minhas filhas. Foram embora pela porta, como a minha mãe, e não voltaram mais. Uma vez bati o carro feio e quase morreu uma garota da idade da Francisca. Quase matei a menina, porque estava bêbado. Só aí percebi o que estava fazendo... Já não fico mais assim. Assim não. Bebo um pouco de vez em quando, hoje uma cerveja ou dois, mas daquele jeito nunca mais. Quem dera elas entendessem. Que eu fiz tudo errado, mas agora sou outra pessoa, sabe? AÍDA.— Um pouquinho mais de Coca.

Pausa.

RICARDO.— Talvez seja um pouco tarde.

AÍDA.— É.

RICARDO.— A gente faz o que pode, né?

Pausa.

Quer dizer, na vida, a gente faz o que pode.

Pausa.

Obrigada, linda. Eu também te amo.

AÍDA.— Você diz isso, porque bebeu.

RICARDO.— Não, juro. Você é...

AÍDA.— Não precisa.

Pausa.

Se você quiser, te convido para ir para a minha casa, é aqui perto. A gente pode ir tomar café da manhã. Vai te fazer bem. Ontem eu fiz *croissant*. Ainda devem estar macias.

Cena 7

Na cozinha da casa de AÍDA, um conjunto residencial no centro da cidade. O apartamento dos anos setenta é escuro, com azulejo amarelo canário e as juntas pretas devido ao mofo. Um lustre com tulipa cor-de-rosa pendurado no teto. Está amanhecendo. A chaleira ferve há um tempo, mas ninguém tira do fogo. AÍDA com o cabelo molhado enrolado em um coque e roupão de plush mostra para o RICARDO, um caderno da marca Rivadavia com capa imitando couro. Na mesa tem um prato com tampa com croissants salgados. Só o RICARDO come uma.

AÍDA.— E aqui quando tirou dez em matemática, porque respeitava muito bem o quadriculado da folha. “Caprichoso e dedicado. Adição e subtrações: Muito bem, felicitações!”. RICARDO.— Uma rima.

Pausa.

Era muito inteligente.

AÍDA.— E a composição em inglês: “I am Andrew. My family is my mom and my dog. I haven’t got a cat.” Você sabe inglês?

RICARDO.— Nem uma palavra.

AÍDA.— Diz que não tem nem um gato nem um pai.

RICARDO.— Ha ha.

AÍDA.— Isso foi antes da história da guerra, que proibiram inglês nas escolas... Aí não teve mais aulas de inglês. Uma pena. Ele gostava muito.

RICARDO.— Lógico.

AÍDA.— De qualquer jeito, depois da terceira série não teve mais aulas, porque morreu. Nove anos ele tinha.

RICARDO.— Ah.

AÍDA.— “Hoje é o Dia da Raça e o Andrés ajudou os

coleguinhas a se pintarem com rolha e a servirem canjica para os pais. É o melhor colega do mês de outubro”. A professora Claudia sempre reconhecia.
RICARDO.— Ah... Era muito generoso.

Pausa.

Quer que eu desligue a água?

AÍDA.— Tenho o álbum dele de figurinhas da copa do mundo. Vou trazer. Ainda guardo na cristaleira com os troféus. Talvez você goste de alguma e eu possa te dar. Ou podemos levar ao cemitério.

RICARDO.— Ééééé, lógico. Sim, sim eu não estou com pressa... A gente dá uma olhada.

AÍDA.— É de 82, da copa do mundo na Espanha. Ele gostava muito do Maradona. Essa eu não posso te dar.

RICARDO.— Tudo bem.

AÍDA sai.

Eu gosto de futebol. Torço para o Talleres.

Pausa.

Por causa do meu pai.

Pausa.

(Imitando o sotaque.) Era cordooobés.

Pausa.

Te escrevi umas coisas.

Pausa.

Aída.

Pausa.

Quer dizer, enquanto você estava tomando banho... Um poema.

Pausa. RICARDO *dobra o guardanapo com o poema e coloca no bolso.*

Ééééé, muito bons, hein?

Pausa.

Os *croissants* estão muito bons.

Pausa.

AÍDA.— *(Em off.)* Hoje eu vou morrer, Roberto.

Pausa.

RICARDO.— O quê?

AÍDA.— *(Em off.)* Hoje eu vou morrer. Hoje.

Pausa.

RICARDO.— Que engraçadinha, ha ha.

AÍDA.— *(Em off.)* Não é brincadeira.

Pausa.

RICARDO.— De amor, linda?

AÍDA.— *(Em off.)* Não seja idiota.

Pausa.

(*Entrando com o álbum de figurinhas.*) Você não quer morrer comigo?

RICARDO.— Co-como morrer com você?

AÍDA.— (*Se senta e põe o álbum na mesa.*) Isso. Estava pensando. Acho que chegou a hora.

RICARDO.— O quê?

AÍDA.— E me parece que você é o indicado.

RICARDO.— O quê?

AÍDA.— Que você é o indicado. Escuta. Não vou te repetir tudo.

RICARDO.— Vo-vo-você está ficando louca. Isso é uma loucura, eu...

AÍDA.— Pensa bem. O que é que ainda tem para a gente fazer aqui?

RICARDO.— Bom, veja bem, não sei o que é tudo isso... Nem a que vem... A-A-Aída...

RICARDO *se levanta.*

AÍDA.— Calma.

RICARDO.— Deixa eu falar! Desculpa, desculpa eu não-não queria gritar com você. E não-não quero que você me entenda mal, mas... olha, eu estou indo, porque para mim já é demais... Já foi, foi tudo muito bom, tudo ótimo, mas assim...

AÍDA.— Roberto, senta. Calma. Bebe um pouco de água.

RICARDO.— Não.

AÍDA.— Quer um *croissant*?

RICARDO.— Não.

AÍDA.— Não estão envenenados. Não vou te matar. Isso é uma proposta. Senta.

RICARDO *se senta.*

Olha, se você sentir que tem alguma coisa em particular que te faz falta, a gente pode fazer antes. Mas tem que aceitar, tá? Não tem outra. A partir de certa idade as pessoas vão se tornando uma carga. Para os outros, pode ser, mas principalmente para nós mesmos. Cada dia uma dor nova que a gente tem que tratar. Cada dia as mesmas coisas da casa que ficam um pouco mais de lado. Um amigo que morre, uma notícia ruim no rádio. Já nada é novo. Nada é novo. E o único que a gente faz é esperar. Esperar a única coisa esperável, enquanto a gente vai se definhando sem pausa. E aos poucos a gente vai perdendo até os sentidos e precisa de ajuda para ler as coisas. A gente vai se mexendo menos. Vai ficando pequenininho... A gente vai indo embora. Você percebe que está indo embora aos poucos? Agora. Eu vejo isso todos os dias no hospital. Gente que podia ter ido embora bem, que já não tinha nada mais para fazer. Mas não. Morrem sozinhos e tristes, já sem poder fazer nada por eles mesmos. Irreconhecíveis. Eu não quero isso para mim. Não está mal aferrar-se à vida, mas para fazer o quê? É como se fosse uma obrigação, uma coisa que disseram para a gente que a gente tinha que querer. Até no juramento hipocrático fazem a gente prometer defender a vida de todo jeito. Não tem sentido. Para que a gente fica? A nossa vida não importa a ninguém, a única coisa que importa é se a gente quer viver. RICARDO.— Não sei, Aída.

Pausa. RICARDO *começa a chorar.*

Eu quero viver...

AÍDA.— Para quê?

RICARDO.— Não sei. Sempre quis pular de paraquedas.

Pausa.

E, bom, triunfar na música...

Pausa.

Suponho que, de qualquer jeito, já estou velho para essas coisas...

AÍDA.— Posso pedir ao padre Ramón que na rádio da igreja toquem as tuas músicas. Agora, o de pular de paraquedas, Roberto...

RICARDO.— Ricardo.

Pausa.

Bom, pode ser.

Pausa.

RICARDO.— E você não quer fazer nada mais?

AÍDA.— Não.

RICARDO.— Ah.

Pausa.

RICARDO.— Tem certeza?

AÍDA.— Tenho, tenho certeza.

RICARDO.— Ah.

Pausa.

AÍDA.— Escuta, a gente já passou por tudo. Casamos e tivemos filhos. Tivemos trabalho. Tivemos saúde. Vamos embora juntos.

Pausa.

RICARDO.— Não sei.

Pausa.

RICARDO.— Dói?

AÍDA.— Assim não. É indolor.

RICARDO.— Como a água, ha ha.

Pausa.

Ah não, é “inodoro”

Pausa.

“Inodora, incolora, insípida”.

Pausa.

E quando você quer fazer isso?

AÍDA.— Hoje.

RICARDO.— Hoje? Não é muito cedo? Quer dizer, não é melhor planejar primeiro? Para outro dia, com mais tempo...

AÍDA.— Eu acho que hoje está bom.

Pausa.

RICARDO.— E para você, não faz falta nada mais...

AÍDA.— Não.

RICARDO.— Tem certeza?

AÍDA.— Chega. Não tenho vontade de desperdiçar o meu tempo em discussões idiotas.

RICARDO.— Desculpa.

Pausa.

AÍDA.— Então, posso contar com você.

Pausa.

AÍDA.— Ricardo.

Pausa.

RICARDO.— Bom.

AÍDA.— Bem, podíamos sair daqui umas quatro horas mais ou menos.

RICARDO.— Quatro horas?

AÍDA.— A gente tem que ir roubar a veterinária, por isso a demora.

Pausa.

RICARDO.— Tudo bem.

Pausa.

RICARDO.— Você aprendeu.

AÍDA.— O quê?

RICARDO.— O meu nome. Você disse Ricardo.

AÍDA.— Eu sei que você se chama Ricardo. Obrigada por me acompanhar.

AÍDA se aproxima e seca as lágrimas de RICARDO com um guardanapo. Se beijam. RICARDO pega o papel e soa o nariz.

Cena 8

RICARDO e AÍDA andam por uma rua de terra de um bairro nos subúrbios de Luján. Ambos deixam um sinuoso rastro no lama ao andar, enquanto desviam de sacos de lixo, materiais de construção e um ou outro cachorro vira-lata. Ela lhe emprestou um casaco de ginástica dourado com detalhes fluorescentes que ele usa pendurado nos ombros.

AÍDA, mudou de roupa e agora usa um vestido sem mangas florido com uma capa de chuva amarela em cima e uma bolsa de couro granado, anda com passos seguros e claramente mais rápido que RICARDO. Ele, por outro lado, treme de frio e, de vez em quando, olha para trás para ver se alguém está seguindo. As casas são baixas, com espaços amplos e vão ficando cada vez mais precárias à medida que vão avançando. A garoa vai deixando tudo prateado.

AÍDA.— (*Cantando.*) Santa Marta, Santa Marta tem trem, Santa Marta tem trem, mas não tem bonde. Santa Marta, Santa Marta tem trem, Santa Marta tem trem, mas não tem bonde...

RICARDO.— É preciso isso, Aída?

AÍDA.— Não fique aflito. É uma linda madrugada. (*Cantarola.*)

RICARDO.— Você tem certeza de que é por aqui?

AÍDA.— Tenho. Tem que seguir pela rua Los Ceibos e virar na Dr. Salas.

RICARDO.— É que eu não estou gostando de nada disso, não estou gostando nada.

Pausa.

RICARDO.— Você escondeu bem o pacote?

AÍDA.— Coloquei dentro do soutien. Isso vai ser divertido.

RICARDO.— Você me falou isso da veterinária, mas não

falou que a gente vinha para cá.

AÍDA.— Não tinha quetamina na veterinária.

RICARDO.— E é muito importante?

AÍDA.— É o analgésico. É a melhor combinação.

Pausa.

RICARDO.— E você conhece esse garoto.

AÍDA.— Eu atendi ele por causa de uma overdose faz um tempinho lá no hospital. Agora aprendeu e só vende.

RICARDO.— Entendi.

Pausa.

E o que é que vai acontecer quando a gente tomar? Quer dizer, o que é que acontece... Sei lá... No corpo. O que é que a gente sente?

AÍDA.— A quetamina é um analgésico. Pode dar alucinações, mas principalmente relaxa tudo. A gente usa às vezes lá no hospital, mas está em falta. Os veterinários usam. Do outro, bom, não sei o que te dizer.

RICARDO.— E como você sabe que funciona?

AÍDA.— Alguma vez você viu como dopam um cachorro? Bom, é assim.

RICARDO.— A gente pode passar pela minha casa? É aqui pertinho. Assim eu pego umas coisas.

AÍDA.— Para que você quer coisas?

RICARDO.— Quero mudar de roupa.

AÍDA.— Bom. Já que está, pega a música, assim a gente deixa na basílica. Para o Padre Ramón.

RICARDO.— Era de verdade?

AÍDA.— Eu nunca minto.

RICARDO.— É aqui pertinho.

AÍDA.— Você não me disse que morava no Bairro Santa Marta.

Andam uns quarteirões.

AÍDA.— Cinco minutos porque estão esperando.

Chegam na casa. RICARDO entra.

RICARDO.— *(Em off.)* Paletó é demais?

AÍDA.— É demais.

RICARDO.— *(Em off.)* Mas eu gosto.

AÍDA.— Põe o que você quiser.

RICARDO.— *(Em off.)* Então eu vou levar tudo e decido depois. O que sobrar, eu deixo para a igreja.

RICARDO *sai com uma sacola, uma barra de manteiga, um pão de forma e um Terma.*

RICARDO.— Para o caminho.

Se beijam.

AÍDA.— Vamos.

Cena 9

AÍDA e RICARDO viajam no carro pela rodovia número 7. É um Lada Laika de '92 cor creme. AÍDA dirige, RICARDO escreve uma carta apoiando o papel sobre uma geladeirinha que está no colo dele.

RICARDO.— Então ficou assim, “Blá, blá, blá... Vou ficar com saudade de você, o dinheiro ficou dentro da lata de bolacha, mas é para emergência...”

AÍDA.— Eu diria que vai ficar com saudade no final. É assim que faz. Ou você poderia colocar como um P.S.

RICARDO.— Você tem certeza de que tem um correio perto do cemitério?

AÍDA.— Tem um do outro lado da Avenida Forest, de qualquer jeito, se a gente encontrar um antes, eu paro. Você pode passar o whisky?

RICARDO.— Está na lancheira?

AÍDA.— Ao lado do tupperwear na sacolinha térmica. Lá atrás.

RICARDO.— *(Se vira e remexe nas coisas. Pega uma garrafinha de bolso.)* Toma. Quer que eu leia como ficou? “Eleo, apesar de que a gente não se fale há algum tempo, quero te dizer que sei que fiz tudo errado, mas sei que já é um pouco tarde...”

AÍDA.— Que já é tarde. Não é o momento de colocar um “mas”.

RICARDO.— “Que já é tarde. Ponto. E que com a morte a gente idealiza as pessoas, mas não é preciso que me idealize. Ponto. Nem que você venha me visitar na tumba. Ponto.”

AÍDA.— Não leia os pontos.

RICARDO.— “Para mim, você sempre foi a melhor das duas e me emocionei muito no dia em que você disse que ia ser dentista como a tua mãe e me decepcionei muito quando você parou a faculdade e foi embora com o Miguel...”

AÍDA.— Acho que não fica bem reclamar na tua despedida.

RICARDO.— Bom, éééééé... Acho que vou riscar essa parte. “Blá, blá... Na verdade, eu gostaria que você tivesse tido outro namorado, mas já aceitei e se algum dia vocês se separarem definitivamente, onde quer que eu estiver, vou ficar contente.” Bom, esta parte eu também podia riscar então, né, mas vai ficar muito curta... “Quero que você saiba que isso não tem nada a ver com você, que quero seguir o meu coração, que me sinto vivo como um animal...”

AÍDA.— Isso é estranho.

RICARDO.— A ideia foi tua.

AÍDA.— Não.

RICARDO.— “... é o que eu desejo agora, não estou triste, estou alegre, não se sinta culpada. Não tem a ver com você.” Bom, talvez possa rever isso também. Falta muito?

AÍDA.— Trinta quilômetros.

RICARDO.— “Com certeza vai vir o pessoal do armazém, Ricardo o cabeleireiro, o pessoal da Cooperativa elétrica e o mecânico para cobrar alguma coisa. Não dê nada. Diz para eles que primeiro precisa resolver a herança, que você não tem solvência...” É assim que a gente fala: solvência?

AÍDA.— Sim.

RICARDO.— Eu gosto dessa palavra, ha ha. “O dinheiro que me emprestaram ficou na lata de bolachas, mas não use, porque é para emergência. Vou ficar com saudade de você e, do meu jeito, sempre te amei. Desculpa. Papai. P.S.: joga o iogurte da geladeira porque eu não tive tempo, vai ficar com cheiro de podre.”

AÍDA.— Você não queria colocar aquele negócio das plantas?

RICARDO.— Ah é, *(Anota.)* “Quan-do cho-ver mui-to”. Não, “quan-do não cho-ver mui-to pô-e- um pou-co de á-gua no jaz-mim.” Pronto.

AÍDA.— E para o teu neto? Você não escreveu para ele?

RICARDO.— Escrevi separado.

AÍDA.— São muitas cartas, coloca todas no mesmo envelope.

RICARDO.— Mas eu não quero que leiam todas.
AÍDA.— Você vai estar morto, Ricardo. Vão ler de qualquer jeito.
RICARDO.— Bom, a carta do Fara coloquei dentro do pacote que fiz junto com o carrinho para deixar de presente, pus atrás.
AÍDA.— E para a outra?
RICARDO.— A da Francisca já escrevi. Também já está no envelope. Você não vai deixar nada?
AÍDA.— Deixei tudo na igreja. No testamento.
RICARDO.— Ah.

Pausa.

Consegui pegar, lá em casa, a outra fita cassete que eu tinha da banda. “O Escorpião famélico”. Quer que eu ponha?

Pausa.

É assim, rock progressivo. Não sei se você conhece... É como o Diparpel, Emersonleikanpalmer.

Pausa.

Eu cantava muito bem quando era jovem.
AÍDA.— Põe.

RICARDO *introduz a fita cassete no toca fitas.*
Escuta um solo de bateria de vários minutos. RICARDO
canta em uníssono.

RICARDO.— *(Cantando.)* Oh, beiiiiibi, pão da terraaaaa.

Soa uma nota longa de sintetizador. Repete várias vezes a mesma nota alternadamente com a bateria.

Só existe saaaal no maaaaar.

RICARDO *marca o ritmo com a cabeça e os dedos índices.*
Depois simula tocar a bateria. Continua cantando por uns minutos. Não encontra cumplicidade na AÍDA. Pausa.

Era experimental. Muito vanguardista, ééééé... Com certeza você escutou.

AÍDA.— Não.

RICARDO.— Bom, fomos a sensação da cidade. Tocamos em alguns casamentos.

AÍDA.— Não escuto muito rock, na verdade.

RICARDO.— Lógico. Deve ser por isso.

Pausa.

Você pode parar no posto de gasolina?

AÍDA.— Para quê?

RICARDO.— Preciso mijar.

Cena 10

Dentro do mausoléu da Silvia, sentados sobre a tumba do Andrés, ambos leem bulas.

RICARDO.— Pen-to-tal.

Pausa.

Isso diz que são de dois a cinco miligramas por quilo. Eu peso 65. Quanto seria então?

AÍDA.— Eu trouxe a calculadora. *(Pega uma com o desenho do Pato Donald e passa para o RICARDO.)*

RICARDO.— Era do Andrés. Obrigado, garoto. *(Da umas palmadinhas na tumba.)*

Pausa.

Bom, eu vou colocar cinco. E você disse que era para colocar o dobro para que fizesse efeito...

AÍDA.— Eu tinha lido o dobro no Vademecum.

RICARDO.— Quanto você pesa?

AÍDA.— 80-81.

RICARDO.— Olha só. Bom vou colocar 80 porque é redondo. São 80 vezes 5 vezes 2 são... 800 miligramas. E para mim... 65 vezes 5 vezes 2 são 650. Ah, era como fazer por dez, não percebi.

Pausa.

Para mim, parece pouco.

AÍDA.— Coloca um pouco mais, por via das dúvidas.

RICARDO.— Vamos dissolver na água...

Coloca o pó no vidrinho da solução fisiológica, mistura e carrega as duas seringas.

Pronto, já pareço um médico, ha ha.

AÍDA.— As linhas já estão prontas neste papel alumínio.

Cozinhei a quetamina em casa. Acho que ficou boa.

RICARDO.— Eu estou pronto, e você?

AÍDA.— Estou.

Pausa.

Vamos?

Ambos inalam a quetamina do papel alumínio e se deitam em cima da tumba.

Pausa.

RICARDO.— Isso é incrível.

Pausa.

Ambos ficam quietos desfrutando da sensação.

Nunca fui tão feliz.

Pausa.

AÍDA que sustenta as duas seringas na mão, passa uma para o RICARDO.

AÍDA.— Você está pronto?

RICARDO.— Estou... Para!

RICARDO *tira da pochete o guardanapo com o poema.*

Teu poema.

AÍDA.— *(Segura com as duas mãos, o beija e o guarda no soutien.)* Depois eu leio.

Se injetam com o Pentotal.

Apagam as luzes.

SECOND PRIZE



THE HINDRANCE OF THE FLESH

VALENTINA DURANTE

Characters
AIDA
RICARDO

Scene 1

A blind dating room in Luján¹. The decor pretends to be sumptuous, but it is tasteless and run-down. Every ten minutes a somewhat gruff-voiced woman shouts 'Change!'. The walls are lined with a bordeaux plush fabric with zebra detailing. The lights are gold spotlights. Several of the tables are empty. It is spring, and seven o'clock in the evening. A song by the band "Los pasteles verdes" is playing.

AIDA is a woman in her sixties, somewhat robust, although with a jovial face and a particular beauty. She seems to be suffering from hot flashes. She wears a loose camisole of a cream-colored synthetic fabric with a print that resembles orange and black paint strokes. Her pastel orange pants match her blouse. She wears brown leather sneakers and pearly pink lipstick.

RICARDO is tall, skinny, and although he is not yet seventy, he looks old. His moustache and hair are thick and bushy, between grey and ginger. He wears a white ribbed undershirt that accentuates his swollen belly, light blue jeans, and suede moccasins with socks.

They are both sitting at the table. AIDA drinks a banana milkshake while RICARDO drinks a beer.

AIDA.— We held a wake for my little Andrés in the living room, at home. We thought it was better, more intimate. Besides, the small coffin fit right on the wooden dining room table. My mother's sewing skills came in handy and she made two little covers, for the table and the coffin, in peach satin, to match... I'm telling you, it highlighted all his features, you know? I remember it so clearly: the translucent eyebrows, the

¹ Luján is a city in the northern area of the province of Buenos Aires, in Argentina. It has become a national pilgrimage site as it hosts a statue of the Virgin Mary considered sacred by Roman Catholics. The original chapel has been transformed into an impressive neo-Gothic basilica, one of the most characteristics sights of the region. (Translator's Note)

brown skin, and even the little light blue suit we had put on him looked better in contrast. The reception lasted for about twelve hours, with the sandwiches and all the chit-chat. Later we buried him in Silvia's family mausoleum, in Chacarita². She said that they had a spare place, because her brother died in Spain, and so that we wouldn't have to worry about that at that moment, you see? More practical...

Pause.

RICARDO.— You know that I'm not very familiar with... the topic of... wakes.

Pause.

I haven't seen many dead, no. Um... Ha ha. They sort of... affect me.

Pause.

But I can imagine, you know. I can imagine that everything must have been great. Great, really great, from what you say. AIDA.— Yes, very nice.

Pause.

RICARDO.— The little suit was... blue, huh? That's good. Because it's kind of timeless, right? I was thinking.

Pause.

I mean when you look at the pictures in a few years it won't have gone out of date.

² Reference to the La Chacarita Cemetery, in the city of Buenos Aires. It is the largest cemetery in the country and has become famous as it hosts the tombs of legendary personalities of Argentina's culture. (TN)

Pause.

Blue always looks good. Yeah.
AIDA.— Yeah, I thought so too.

Pause.

RICARDO.— Another milkshake?
AIDA.— No, thanks.
RICARDO.— I'm sorry... Aida, was it? (*She nods.*) Aida... Nice name.
AIDA.— We have to know about each other. That's the fun part of this.
RICARDO.— Yes, of course. Please. Go ahead...

Pause.

I mean, you can go on telling me...
AIDA.— No, I'm done.
RICARDO.— Or not... As you wish.

Pause.

Um... Okay. It's fine, it's fine.

Pause.

Tough, ain't it? Ouch.

Pause.

Must have been hard this whole thing about... Andrés? Was it Andrés? (*She nods.*) Nice name.
AIDA.— Yes, very nice.

Pause.

RICARDO.— I mean, anyways people in these places talk about things more... more trivial, so to speak. But I understand, I understand that you need it...

Pause.

The girl at the table in the corner told me that she adopted a canary.

Pause.

She called it *Tweety*³.

Pause.

She told me it means “string” in English.

Pause.

Do you speak English⁴?

AIDA.— A little.

RICARDO.— Right, that’s fantastic.

Pause.

Well, that’s insensitive of me, isn’t it? Changing the subject when you must be very hurt and need to talk...

AIDA.— No, not at all.

³ In English in the original version. The next line refers to the fact that the character Tweety, of the Looney Tunes, was called “Piolin” (string) when dubbed to be transmitted in Argentina. (TN)

⁴ The original version of this play is in Spanish, and the story takes place in Argentina. In this country, speaking English is highly valued by many people, as a tool to obtain better job opportunities. (TN)

RICARDO.— Oh, well... Um... Right.

Pause.

You’re very strong, ha ha.

Pause.

Well, better that way then. Better that way.

AIDA.— They were made of turkey.

RICARDO.— What?

AIDA.— The sandwiches that day, they were made of turkey.

Do you like turkey?

RICARDO.— Never tasted it.

Pause.

(*Looking at his watch.*) Well, um, great. Look, we’ve got four minutes left. We can talk about something more... cheerful and... We get to vary

Pause.

Not because it’s wrong, you know. Not at all. But we can talk about...

Pause.

This and that.

Pause.

Just like life, ha ha.

AIDA.— What do you want to talk about?

RICARDO.— I don’t know, um...

Pause.

Damn. It's just... Well, I can't come up with anything...

Pause.

You know when you want to say something witty and nothing comes to you... It just doesn't. It just doesn't come, ha ha.

Pause.

It's like when they tell you 'Do something spontaneous', you just can't do it.

Pause.

Ever happened to you?

AIDA.— Not really.

RICARDO.— Ha ha.

Pause.

What's your sign?

AIDA.— Aquarius.

RICARDO.— I see.

Pause.

AIDA.— I don't know if I told you, but that day Silvia, who works at the wholesaler's, had brought a pineapple fizz, because she knows I like it and it puts me in a good mood. I was drinking it all afternoon. We ended up quite drunk. It was a bit warm, but you couldn't tell because it's so sweet. And we drank that and some wine we had at home. And mixing made it worse. One day, when we go to Buenos Aires, I'll

show my little Andrés to you. You'll see that the little tomb can be recognized from quite far away, because in front of the mausoleum I leave –and you can't imagine the number– I leave white carnations, lots of them, and they last a long time, you know? In my experience they last the longest. I'm always telling people they should never be tempted to bring jasmines. You go there in October and all these Bolivian women at the door want to sell them to you, and no. You shouldn't get them, because although they've got the most beautiful perfume, they turn brown in the blink of an eye. And then they rot, and they get stuck to the tombstone, and you can't take them out anymore. Maybe next time I'll just bring plastic flowers, so I can forget about it. It's probably better that way.

Pause.

RICARDO.— Um, I... I've got some jasmines at home. The little ones, not the ones that look like a rose. They are nice...

AIDA.— It's good with mayonnaise.

RICARDO.— What is?

AIDA.— Turkey, in case you want to try it. It's just like chicken.

Scene 2

The exterior of the dating room. The walls are of exposed brick, and it is dusk. There is a lighted sign reading 'The dove and the sparrow, dating room'. RICARDO smokes and AIDA looks at him. They are standing next to the garbage container.

RICARDO.— We needed some air after so much time inside.

Pause.

Fabric wallpapers give me allergies. They're probably never cleaned. *(He offers her a cigarette. They're Chesterfields.)* Do you smoke?

AIDA.— I quit.

Pause.

RICARDO.— Was it will or illness?

AIDA.— It was a promise.

RICARDO.— That's good.

Pause.

I get my hair cut just across the street. Same name as me, Ricardo, the hairdresser.

AIDA.— I thought your name was Roberto.

RICARDO.— Ricardo, my name's Ricardo.

Pause.

Which do you like best?

Pause.

Ricardo or Roberto?

AIDA.— I don't know.

RICARDO.— Look, if you like Roberto better, you can call me that way.

AIDA.— Don't be stupid.

Pause.

RICARDO.— I also have... children. Two daughters. Eleonora is 30 and Francisca is 25. Eleonora has a son, my grandson, who's 7...

Pause.

She called him Pharaoh.

Pause.

Dog name, if you ask me.

AIDA.— Is your grandson a ginger like you?

RICARDO.— I'm not a ginger, I'm a light brown.

AIDA.— As you wish.

Pause.

RICARDO.— I might be a bit of a ginger.

AIDA.— I'd like to meet him.

RICARDO.— What?

AIDA.— Your grandson.

Pause.

RICARDO.— Um... Well. Yeah, sure. Could be...

Pause.

Some other day.

AIDA.— Yeah. Some other day.

Pause.

RICARDO.— We haven't seen each other in a long time.

Pause.

Um... Well, I'm going in... I don't know if you want to...

Go... Have a drink...

AIDA.— It's a nice day. It's not hot.

RICARDO.— Yeah, that's true.

Pause.

A bit cloudy. We might have *sudestada* coming.

AIDA.— It's not the *pampero*⁵.

RICARDO.— No, it's not.

Pause.

Um... Well, I'm going in...

AIDA.— We can go to the bakery⁶ around the corner, they make turkey sandwiches. And you can try them.

⁵ The *sudestada* (southeast wind) is the name given for a climatic phenomenon common to the Río de la Plata and its surrounding region. The phenomenon is characterised by strong winds, heavy rain and rough seas in the coastal regions. The *pampero*, on the other hand, is a wind from the south to southwest, that brings thunderstorms and strong gusty winds that occasionally exceed 60 miles per hour. (TN)

⁶ In the original version, *confitería*, a term that in Argentina refers to a store where they sell homemade pastries, cookies, breads and other sugar snacks. *Confiterías* are generally also *panaderías* (bakeries). They may or may not have tables to sit and eat. In most towns in the interior of the country, the *confitería* works as a café or place to gather. (TN)

RICARDO.— Oh... Yeah. Okay. Yeah, sure.

Pause.

Well, great, great. Excellent. I mean, we'll look for our stuff...

I'd have to go pay...

AIDA.— It's just like chicken.

RICARDO.— Yeah, you've told me.

Pause.

Like vizcachas.

Pause.

Which are also just like chicken.

Pause.

Like rabbits.

AIDA.— Like snakes. So they say.

RICARDO.— Ha ha.

Pause. RICARDO heads back in.

Well. I...

AIDA.— I like your jacket.

RICARDO.— Thanks.

Scene 3

The interior of a traditional neighbourhood bakery. The display cases are full of cakes with whipped cream and slightly melted bombons. There are remains of flattened pastries on the shelves. There are also some sandwiches⁷ in the refrigerator. There are no employees in sight. The shutters at the entrance are half closed. AIDA and RICARDO are the only customers, seated at the bar facing a narrow, already dark street. AIDA has ordered a cappuccino. They share a turkey sandwich with a small Argentine flag pinned on it.

RICARDO.— And this is the first time I go to this dating room, and I tell you, it's good to rotate...

Pause.

It's quite... dynamic.

Pause.

I mean, the times now... You never know what's going to happen tomorrow.

AIDA.— Like your son dying.

RICARDO.— Sure... for example.

Pause.

Or that you suddenly get a stroke of luck. You don't know, see? Everything changes.

⁷ In the original version, *sanguches de miga*, a very popular sandwich in Argentina. Its main feature is that it is made with thin, crustless bread i.e. the part of the bread called *miga*, therefore the sandwich's name. Common fillings include ham and cheese, tomatoes, lettuce, olives, tuna and hard-boiled eggs, amongst others. (TN)

Pause.

I'm telling you, because I've lived it. Believe it or not...

Pause.

The stroke of luck. I'm telling you, because I won the *Quiniela*⁸ in '86.

Pause.

You haven't heard.

AIDA.— No.

RICARDO.— Right. No, it's just that I'd become quite famous in the town. I was the first one here.

Pause.

They started calling me: '*el pulenta*'⁹. Ha ha.

Pause.

It doesn't ring a bell.

AIDA.— No.

Pause.

RICARDO.— We made a commercial with the mayor. For his campaign: (*Hums.*) "The Virgin was the first miracle and this time it was Ricardo's turn. Luján, Luján, a winning town!"

⁸ The *Quiniela* is Argentina's most popular gambling game. (TN)

⁹ *Pulenta*, mispronunciation of *polenta*, a northern Italian dish made of coarsely ground corn, which is very popular in Argentina. Related to its high energetic value, *polenta* is also a term used to mean 'strong' when it refers to a person or a situation. (TN)

Pause.

You don't remember.

AIDA.— No, no.

RICARDO.— Well, um. I'll tell you. It was great. Very, very good. With that money I bought my pick-up truck and my house, which has a garden. Afterwards, with the hyperinflation, you know, I wasn't smart enough, and my pesos lost their value. If I'd bought dollars with them, I could still live without working.

AIDA.— Do you work?

RICARDO.— Um... I'm retired, actually.

Pause.

I do shippings with the truck sometimes... A favour, a friend.

Pause.

But I did work, I worked for the State, in the Municipality.

Pause.

Intermediate entities.

Pause.

Pity I didn't become a permanent employee.

AIDA.— It's got capers.

RICARDO.— What?

AIDA.— The sandwich.

RICARDO.— I hadn't noticed.

AIDA.— I make a very tasty *vitel toné*¹⁰. I really like capers.

¹⁰ Originally from Italy, *vitel toné* is a dish composed of slices of veal served with a creamy anchovy and tuna-based creamy sauce. The recipe includes capers. In Argentina, it is a classic Christmas recipe. (TN)

Pause.

RICARDO.— Ha ha. You're quite Christmassy.

Pause.

Turkey, capers...

Pause.

Ha ha.

Pause.

It was a joke. Sorry if I went too far.

AIDA.— Do you want to go to a *telo*¹¹?

¹¹ *Telo*, slang for a hotel in which rooms are rented by shifts, mainly by couples looking for privacy. (TN)

Scene 4

In a hotel room with decor similar to that of the dating room. This time the walls are lined with mustard-coloured fabric with satin arabesques and have a blue LED strip on the moulding. The sheets are green satin. Everything smells of cigarettes. On a small table, next to the 12" tube TV, are their clothes, neatly folded. RICARDO and AIDA are naked and lying on the bed, he rests his head between her breasts.

RICARDO.— I myself don't like sex very much.

Pause.

Sometimes I masturbate and nothing comes out.

Pause.

It's more pleasant, anyways.

Pause.

To masturbate.

Pause.

AIDA.— I don't like it much either. Still, it wasn't bad.

RICARDO.— Thanks.

Pause.

You're also quite fit.

Pause.

I think one must have sex because of the prostate.

Pause.

I don't know what it's like in your case, but it may be an issue...

AIDA.— I'm going to die too, Roberto.

RICARDO.— Ricardo.

Pause.

Yes, of course, it's logical. Logical.

Pause.

I mean, do you mean it figuratively?

Pause.

Because... I mean, we're all going to die, right? You can't be immortal, ha ha.

Pause.

Vampiress.

Pause.

Anyways, um, forgive me if I got... insensitive. I mean, I don't know what you're going through, but... I mean... We have to agree it'll get us all, but we have to... delay it. I don't know... get examined.

Pause.

I get my prostate examined a lot, because my dad died from that.

AIDA.— I'm going to die soon.

RICARDO.— But are you sick? I mean... Is it serious?

Pause.

Um, Aida, I'm so sorry... Forgive me, forgive me... I mean, I thought you were saying 'I'm going to die too' like... in general. But if I can help you in any way, I mean, if you are in pain...

AIDA.— I'm not sick, but I can tell.

RICARDO.— Ah, well. Um... That's better. Ha ha.

Pause.

Well, don't give it much importance.

AIDA.— Every night I dream that I'm dying. So I know it must be coming. The strange thing is that they don't feel like nightmares. It shouldn't be so bad, after all, right?

RICARDO.— What?

AIDA.— Dying.

RICARDO.— Ah.

Pause.

I never remember what I dream.

Pause.

Better off this way, isn't it?

Pause.

To tell you the truth, I got quite scared for a moment, imagined it was something contagious... Ha ha.

Pause.

No, not because it has to be contagious, see...

Pause.

But well, then there's nothing to worry about.

AIDA.— Why don't we do something?

RICARDO.— What?

AIDA.— I don't know.

RICARDO.— Something like what?

AIDA.— I don't know, is there nothing you want to do?

RICARDO.— Um... Well, the night is young, but... Well, but I don't know if you'd like it... Because maybe you don't like it, see? Maybe it's just me...

AIDA.— I don't get you.

RICARDO.— No, that 'Thebes' is just a few blocks away.

AIDA.— I don't know the place.

Pause.

RICARDO.— I mean, I have the day off tomorrow...

Pause.

And after tomorrow, ha ha.

AIDA.— I love you.

RICARDO.— What?

AIDA.— I love you.

RICARDO.— Thanks.

Pause.

Thanks for folding my clothes.
AIDA.— I'll help you put them back on.

Scene 5

Inside the nightclub 'Thebes', located a few kilometers from Luján. The space is tall and narrow. The stone-like walls culminate in a balcony made of varnished pine wood. The place used to be a German café and bakery, and it had its heyday in the 80s. Near the bathroom there is a mirrored waterfall with LED lights that change colour. The bar has Ionic-style white plaster columns. Three plastic plants and balloons complete the decoration. There are only about 15 people. Some teenagers vomit on the side. A police officer sitting at the bar flirts with a transvestite. Two 60-year-old women, corseted and wearing lots of lipstick, drink melon liqueur. A couple dances holding each other. The security guard sleeps on his stool and the DJ plays the last songs of the night. AIDA is sitting in the only chair in the room and drinking beer. RICARDO dances next to her with enthusiasm. Kiss is playing.

RICARDO.— Told you you'd like this place.

Pause.

You close your eyes and wow, you get transported.

Pause.

You get sent to another dimension, know what I mean?

Pause.

Ha ha, you like beer, huh...

Pause.

Beer, coffee, milkshake... What a stamina, girl! Ha ha.

Pause.

A good stomach, good.

Pause.

Because I tell you that for much less I...

Pause.

Don't worry, I won't tell you, I won't. Be cool.

Pause.

Ha ha.

AIDA.— Isn't there any pot?

RICARDO.— No. Well, I don't know... I could get some.

Pause.

You're pretty wild!

AIDA.— Roberto, stop.

RICARDO.— I'm sorry.

Pause. RICARDO takes a short walk and comes back empty-handed.

Come dance, move that body.

AIDA.— I'll humiliate you.

AIDA stands up without letting go of the Palermo¹².

RICARDO kisses her and grabs her waist. She pushes him to

¹² *Palermo*, a brand of cheap beer, very popular in Argentina. (TN)

the center of the dance floor and they unintentionally knock one of the teenagers to the floor. She dances gracefully and he applauds her.

RICARDO.— (*Taking the beer from her.*) That's confidence!
AIDA.— (*On the dance floor, while they dance.*) Last night I dreamt I went to the karaoke bar 'The Curve'. I was singing, but the voice that came out was not mine. I think the song was 'Trigal' by Sandro¹³ and my voice was deep, like from the caves. It came out of my guts, yes, and I couldn't recognize it, but I liked it and people liked it too, so I was happy. It sounded kind of sensual, but it was also a little scary and I couldn't modulate the melody well. The notes, As if you could only know which song it was because of the lyrics. And 'Trigal' ended, and I thanked everyone. There was no applause, but I felt people had liked it. And then Silvia came with her grandson. And I told her that a baby mustn't go out at night. But we were leaving the karaoke bar and it was daytime, and Silvia told me 'Didn't I tell you it was daytime?' And... Are you getting bored, Roberto?

RICARDO.— No, tell me, tell me.

AIDA.— Well, and we went with Silvia and the grandson to the basilica, but it was not the basilica as we know it. It was like a small yellow chapel, but I tell you it was better that way. It was more intimate, let's say. And we went in and there was a lady who was Silvia, but Silvia was next to me. So it was weird, because it was as if there were two Silvias. And the other Silvia wouldn't look at me. I called out to her, and she wouldn't look at me, and she would just fan herself, sitting, looking straight ahead, at a little Christ hanging on the damp wall. The Christ was like ceramic, enamelled in colours that were not too crazy, they were normal colours. And I remember it was very small. It looked tiny on the wall,

¹³ Sandro was an Argentine singer and actor. He is probably one of the most popular figures in Argentina's cultural panorama. 'Trigal', which means wheat field, is one of his songs. (TN)

which wasn't that big anyway. And Silvia, the other Silvia, was fanning herself and the three of us (or two, because I don't remember if the grandson was still there) could only see the back of her head. And a bit beyond the little Christ there was a picture of a *gaucho*¹⁴ with a donkey. It was like a picture, but it was a painting. And the *gaucho* had a face that looked like Güemes¹⁵.

RICARDO.— You don't say.

Pause.

AIDA.— I just thought that maybe you also looked like Güemes when you were young. Do you have a picture of yourself when you were young?

RICARDO.— In the wallet.

RICARDO *shows her the picture.*

AIDA.— No, you don't look like him.

RICARDO.— I don't remember Güemes that much.

AIDA.— It was the beard. And don't you have a picture of your grandson?

RICARDO.— No, his mother and I have drifted apart. I mean, she was the one to quarrel with me. Well, I don't know.

AIDA.— I'll pray for you to be close again.

RICARDO.— Don't you worry about it.

Pause.

RICARDO.— Well, ha ha. This time you didn't dream that you died.

¹⁴ The *gaucho* is the typical horseman and cowhand of the Argentine *pampas* (grasslands). (TN)

¹⁵ Martín Miguel de Güemes (1785–1821) was a military leader who defended northwestern Argentina from the Spanish royalist army during the Argentine War of Independence. He is considered by many to be a national hero. (TN)

AIDA.— Silvia choked me in the end.

RICARDO.— Ah.

AIDA.— My Silvia, not the other one.

RICARDO.— Ah.

*The music jumps from genre to genre in a disjointed way.
They dance a slow dance.*

RICARDO.— *Guan mor nai, guan mor nai*¹⁶... Such a hit. Oh, sorry, I'm sorry.

RICARDO *systematically steps on her feet without her caring much. He apologizes by gesturing on every occasion.*

AIDA.— I'll be right back.

AIDA *then goes to talk to the teenagers and RICARDO heads for the couch. She intercepts him with a joint in her hand.*

Have a light?

RICARDO.— (*He looks for one.*) Lost it. But I can get one...

RICARDO *goes to the women with the liqueur and asks them for the lighter. One of them waves at AIDA from afar and she waves back. RICARDO returns.*

AIDA.— Come with me to the toilet.

RICARDO.— But here is fine, no problem.

AIDA.— Okay, but cover me, that woman over there is from the homeowners' association.

RICARDO *covers her with his leather jacket. AIDA smokes and offers him some.*

¹⁶ 'One more night', written as it sounds in Spanish. (TN)

RICARDO.— No, thanks.

AIDA.— Roberto.

RICARDO.— Ricardo.

RICARDO *agrees. He smokes, chokes and starts to cough.*

This...Cough cough... But I tell you... Cough cough... It's been a long time since I...

AIDA *hands him the beer.*

RICARDO.— Thanks, cough cough... Cutie.

Scene 6

Exterior of 'Thebes'. The building is made of wood and stone as anticipated by the interior. The gable roof is covered by terracotta tiles. The sign is faded but still reads, under the neon with the name of the nightclub, "German café 'The Baron of Münchhausen'". RICARDO is lying on the curb, next to the garbage container. He is retching, and the sweat makes his undershirt see-through. AIDA is next to him and holds his ponytail.

RICARDO.— (*Retching*) No, but this... is... very strong... This... Whoa...

AIDA.— It didn't do me anything.

RICARDO.— No, I... When I was young... with the guys in the band... we... But this... No, no.

AIDA.— You are quite weak.

RICARDO *is about to vomit.*

AIDA *hands him a broken ice bucket that is lying on the street. Inscribed in it is the brand 'Bols'.*

RICARDO *vomits a couple of times.*

AIDA.— Your blood pressure's dropped, you have to eat something. It's a symptom of marijuana.

RICARDO.— One second... Better, better.

AIDA.— I'm going to buy a Coke.

RICARDO.— No, no...

AIDA.— Yes.

RICARDO.— I don't want to swallow anything.

AIDA.— Don't argue with me.

RICARDO.— Are you a doctor?

AIDA.— A nurse.

AIDA *opens the alleyway door of the club, holds it with her*

foot and shakes the bouncer awake. He staggers and looks at her, still dreamy.

AIDA.— *(Offstage)* A Coke.

AIDA takes out her coin purse, which is full, and empties a pile of coins into the bouncer's hand. The bouncer drops most of them on the floor and collects them. He goes to the bar and brings her a Coke.

AIDA.— *(Offstage)* The change.

The bouncer gives her back some coins. AIDA comes out with a Coke in her hand and holds RICARDO's hair with the other.

RICARDO vomits for a few minutes, staining all over his jacket.

RICARDO.— That's better. It's going better...

Pause. He finishes vomiting.

Oh, my!

AIDA.— Must be the combination with alcohol.

RICARDO.— As a kid I didn't drink much, you know? I smoked, yes, and I never liked cocaine. But I was afraid, you know? I was afraid of alcohol because of my dad. The old man did drink... And he used to get aggressive. My brothers and I were terrified to talk back to him. The best thing to do was to pour him another glass and put on the radio. He broke the street door once, and we had to put a piece of cardboard over it, because of the cold, you know. It was nice, anyway. More light came in through the hole and from the kitchen we could see the trees on the block. And, also, if someone from the neighbourhood was playing around with a ball, a match would start right away. Mom didn't like the

neighbours to know about it. She saved up the money for a new door, and through that same door she left. She never came back. I understand her. And later, when I was thirty, with my daughters, that's when I started drinking too. I started doing the same. The exact same thing as my dad. As if when I got like that, my father would enter my body. He would do everything for me. And I would pass out at night and get up in the afternoon. I lost my job... Well, they felt sorry for me and put me as a *ñoqui*¹⁷ until I retired a few years ago. But I lost my daughters. They left through the door, just like my mom, and never came back. Once I crashed my car when I was older, and a girl about Francisca's age almost died. I almost killed her, because I was drunk. And that's when I realized... I don't get like that anymore. Not anymore. I drink a little every now and then, a beer or two, but I'm not like that anymore. I wish my daughters understood that. That I did everything wrong, but that now I'm a different person, you know?

AIDA.— A little more Coke.

Pause.

RICARDO.— Maybe it's a bit late.

AIDA.— Maybe.

RICARDO.— We do what we can, don't we?

Pause.

¹⁷ *Ñoqui*: Spanish writing of the Italian word "gnocchi", an Italian dish consisting of small balls of potato mixed with flour and boiled, usually eaten with a sauce. In Argentina, it is a tradition to eat *ñoquis* on the 29th of each month. This tradition is related to the influence of Italian immigration on Argentinian culture: Italian immigrants, who were mostly low-income workers in the urban areas, tended to cook with the cheapest ingredients towards the end of the month.

However, the term *ñoqui* has yet another use in Argentina. It is used to refer pejoratively to some state employees who only showed up to work on the 29th of each month, which is usually, or used to be, payday in the Public Administration. The term is still used to designate employees who rarely show up for work, or who work very little.

I mean in life, we do what we can.

Pause.

Thanks, darling. I love you too.

AIDA.— You say that because you drank.

RICARDO.— No, seriously. You are...

AIDA.— No need for that.

Pause.

If you want, you can come over to my house, it's nearby. We can get some breakfast. It'll do you good. Yesterday I baked *medialunas*¹⁸. They should still be soft.

¹⁸ *Medialunas*, a very popular type of Argentinian pastry, similar to a French croissant in shape, but slightly different in texture and flavour. *Medialunas* can be made either with butter or with fat. (TN)

Scene 7

In the kitchen of AIDA's house, a monoblock¹⁹ in the center. The kitchen is dark and seventies-styled, with duck-yellow tiles and the joints blackened by fungus. A pink tulip hangs from the ceiling. It's dawn. The kettle has been boiling for a while, but no one takes it off the stove. AIDA, with her wet hair in a bun and a fleece robe, shows RICARDO, half-naked, a Rivadavia notebook. On the table there is a cloche with fat medialunas. Only RICARDO eats one.

AIDA.— And here he got an A in math, because he respected the grid of the sheet very well. 'Neat and dedicated. Addition and subtraction, excellent; congratulated!'

RICARDO.— A rhyme.

Pause.

He was very smart.

AIDA.— And the composition in English: 'I am Andrew. My family is my mom and my dog. I haven't got a cat.'²⁰ Do you speak English?

RICARDO.— Not a word.

AIDA.— He says he has neither a cat nor a father.

RICARDO.— Ha ha.

AIDA.— This was before the war²¹, after that they banned the language at school... He had no more English classes then. It was a pity. He liked it very much.

RICARDO.— Sure.

¹⁹ Monoblocks are multi-storey buildings organised in housing complexes, built in large cities such as Buenos Aires and its surroundings, or Córdoba or Rosario. Generally, these housing complexes are built by the government to satisfy the need of housing in low-income neighbourhoods. (TN)

²⁰ In English in the original version. (TN)

²¹ Reference to the Malvinas war between Argentina and the United Kingdom, in 1982, over the sovereignty of the Malvinas Islands and other islands of the South Atlantic. (TN)

AIDA.— Anyways, after third grade he didn't have any more classes, because he died. He was nine years old.

RICARDO.— Ah.

AIDA.— 'Today we commemorated Race Day²² and Andrés helped his little buddies paint themselves with cork and distribute the *mazamorra* among the parents. Best classmate for the month of October'. Miss Claudia always recognized him.

RICARDO.— Well... he was very generous.

Pause.

Do you want me to take the water off the fire?

AIDA.— I have his World Cup sticker album. I'll bring it. I still keep it in the cabinet with the cups. Maybe you like some stickers and I can give them to you. Or we can take them to the cemetery.

RICARDO.— Um, sure. Yeah, I'm not in a hurry... We can take a look at it.

AIDA.— It's from '82, from the World Cup in Spain. He liked Maradona very much. I can't give you that one.

RICARDO.— Don't worry.

AIDA leaves.

I like soccer myself. I'm a fan of Talleres.

Pause.

Because of my dad.

²² Race Day (*Día de la Raza*) was the name given to the national holiday on October 12th. Nowadays, the name of this holiday has been changed to Respect for Cultural Diversity Day. On this date, it is a tradition to hold a commemorative event at school. Children are usually asked to dress as the typical characters from colonial life in the Rio de la Plata region – for example, as black slaves or servants, hence the reference to the cork paint. Also, typical dishes from those times, like *mazamorra* or *empanadas*, are handed out. (TN)

Pause.

(*Imitating the accent.*) He was from Cordoba.²³

Pause.

I wrote you something.

Pause.

Aida.

Pause.

Er, while you were in the shower... A poem.

Pause. RICARDO *folds the napkin with the poem and puts it in his pocket.*

Um, very good, wow!

Pause.

The *medialunas* are very good.

Pause.

AIDA.— (*Offstage*) I'm going to die today, Roberto.

Pause.

RICARDO.— What?

AIDA.— (*Offstage*) That I'm going to die. Today.

Pause.

²³ Córdoba, one of Argentina's 23 provinces (apart from the Autonomous City of Buenos Aires). A distinctive feature is the accent of the people from Córdoba. Club Atlético Talleres is one of its most popular football clubs. (TN)

RICARDO.— Very funny, ha ha.
AIDA.— (*Offstage*) It's not a joke.

Pause.

RICARDO.— Of love, darling?
AIDA.— (*Offstage*) Don't be stupid.

Pause.

(*Entering with the sticker album.*) Don't you want to die with me?

RICARDO.— Wh-what do you mean, die with you?

AIDA.— (*She sits down and puts the album on the table.*)

That. I've been thinking about it. I think it's time.

RICARDO.— What?

AIDA.— And I think you're the one.

RICARDO.— What?

AIDA.— That you're the one. Listen to me. I'm not going to repeat everything.

RICARDO.— You-you-you're going crazy. This is insane, I...

AIDA.— Think about it. What's left for us to do here?

RICARDO.— Well, look, I don't know what this is all about... or what's the use of it... A-A-Aida...

RICARDO *stands up*.

AIDA.— Calm down.

RICARDO.— Let me speak! Forgive me, forgive me, I-I-I don't want to shout at you. And I-I don't want you to take this the wrong way, but... Look, I'm leaving, because it's too much for me... That's it, everything was very good, everything was great, but this way I...

AIDA.— Roberto, sit down. And calm down. Have some water.

RICARDO.— No.

AIDA.— Do you want a *medialuna*?

RICARDO.— No.

AIDA.— They're not poisoned. I'm not going to kill you. It's just a proposal. Sit down.

RICARDO *sits down*.

Look, if you feel that there is something in particular that you need to do, we can do it first. But you have to accept it, okay? There is no other option. After a certain age, people become a burden. For others, maybe, but above all for ourselves. Each day, a new pain that we have to deal with. Each day, the same things around the house, that give us a bit more work than yesterday. A friend who dies, bad news on the radio. There is nothing new anymore. And the only thing we do is wait. Wait for the only thing that can be expected, while we blame ourselves nonstop. We even lose our senses, little by little... and we need help to read things. We can move less and less. We get smaller and smaller... We are leaving. Do you realize that you are already leaving? Now. I see it every day at the hospital. People who could have left well, who had nothing else to do. But they don't. They die alone and sad, no longer able to do anything for themselves. Unrecognizable. I don't want that for myself. It's not wrong to cling to life, but to do what? It's like an obligation, something we were told we have to want. Even in the Hippocratic oath, they make us promise to defend life at any cost. That doesn't make sense. What are we staying for? Our life doesn't matter to anyone, the only thing that matters is whether we want to live it.

RICARDO.— I don't know, Aida.

Pause. RICARDO starts to cry.

I want to live...

AIDA.— What for?

RICARDO.— I don't know. I've always wanted to go skydiving.

Pause.

Well, and succeed in music...

Pause.

I guess I'm too old for those things anyway...

AIDA.— I can ask Father Ramon to play your songs on the church radio. As to skydiving, Roberto...

RICARDO.— Ricardo.

Pause.

Well, maybe you're right.

Pause.

RICARDO.— And don't you want to do anything else?

AIDA.— No.

RICARDO.— Ah.

Pause.

RICARDO.— You sure?

AIDA.— Yes, I'm sure.

RICARDO.— Ah.

Pause.

AIDA.— Listen, we've been through it all. We've had a partner and children. We've had jobs. We've had health. Let's leave together.

Pause.

RICARDO.— I don't know.

Pause.

RICARDO.— Does it hurt?

AIDA.— Not like this. It's painless.

RICARDO.— Like water, ha ha.

Pause.

Oh no, that's "odourless"... like the toilet²⁴.

Pause.

'Odourless, colourless, tasteless'.

Pause.

And when do you want to do it?

AIDA.— Today.

RICARDO.— Today? Isn't that too soon? I mean, wouldn't it be better to plan it? For some other day, with more time...

AIDA.— Today looks fine to me.

Pause.

RICARDO.— And you don't need anything else...

AIDA.— No.

RICARDO.— Sure?

AIDA.— Enough. I don't feel like wasting my time in stupid discussions.

²⁴ In the original version, there is a wordplay between *indolora* (painless) and *inodora* (odourless). At the same time, *inodoro* is the name given to the toilet. (TN)

RICARDO.— I'm sorry.

Pause.

AIDA.— Then I'm counting on you.

Pause.

AIDA.— Ricardo.

Pause.

RICARDO.— Okay.

AIDA.— Well, we could leave in four hours or so.

RICARDO.— Four hours?

AIDA.— We have to go and steal from the vet's, hence the delay.

Pause.

RICARDO.— Okay.

Pause.

RICARDO.— You've learnt it.

AIDA.— What?

RICARDO.— My name. You just called me Ricardo.

AIDA.— I know your name's Ricardo. Thanks for joining me.

AIDA approaches him and wipes his tears with a napkin. They kiss. RICARDO takes the napkin and blows his nose.

Scene 8

RICARDO and AIDA walk along a dirt road in a neighbourhood in the suburbs of Luján. They both leave a winding trail in the mud as they walk, dodging bags of rubbish, construction materials and the occasional stray dog. She has lent him a gold gym jacket of vivid fluorescent colours, which he carries on his shoulders.

AIDA, who has changed her clothes and now wears a flowered sundress with a yellow rain jacket on top and a grained leather handbag, walks with a confident step and significantly faster than RICARDO. RICARDO, on the other hand, is shivering with cold and, every now and then, turns to check that they are not being followed. The houses are low, spaced out and become more precarious as they walk on. Drizzle covers every surface.

AIDA.— (*Singing.*) Santa Marta, Santa Marta has a train, Santa Marta has a train, but no tram. Santa Marta, Santa Marta has a train, Santa Marta has a train, Santa Marta has a train, but no tram...²⁵

RICARDO.— You sure that's appropriate, Aida?

AIDA.— Don't get bitter. It's a nice morning. (*She hums.*)

RICARDO.— Are you sure this is the way?

AIDA.— Yes. We have to continue on Los Ceibos and turn at Dr. Salas.

RICARDO.— I just don't like it, I don't like this at all.

Pause.

RICARDO.— Did you hide the package well?

AIDA.— I've got it in my bra. This is going to be fun.

RICARDO.— You told me about the vet's, but not that we were coming here.

²⁵ These are the lyrics of the song "Santa Marta", in Spanish, in the original version. "Santa Marta" is also the name of a neighbourhood in Luján. (TN).

AIDA.— There was no ketamine in the vet's.
RICARDO.— And is it very important?
AIDA.— It's the analgesic. It's the best combination.

Pause.

RICARDO.— And you know this kid.
AIDA.— I treated him for an overdose a couple of times at the hospital. Now he's learned and he only deals.
RICARDO.— Right.

Pause.

And what happens to you when you take it? I mean, what happens... I don't know... in your body. What do you feel?
AIDA.— Ketamine is an analgesic. It can give hallucinations, but mostly it relaxes you. We sometimes use it in the hospital, but it's in short supply. Vets use it more. As for the other stuff, well, I can't tell.
RICARDO.— And how do you know it works?
AIDA.— Have you ever seen a dog being put to sleep? Well, just like that.
RICARDO.— Can we stop by my house? It's just around the corner. So I can get my stuff.
AIDA.— What do you want your stuff for?
RICARDO.— I want to get changed.
AIDA.— Okay. Get the music too, so we leave it in the basilica. To Father Ramon.
RICARDO.— You were being serious?
AIDA.— I never lie.
RICARDO.— It's right here.
AIDA.— You didn't tell me you lived in Santa Marta.

They walk a few blocks.

Just five minutes, they're waiting for us.

They arrive at the house. RICARDO enters.

RICARDO.— (*Offstage*) Is a suit too much?
AIDA.— Too much.
RICARDO.— (*Offstage*) But I like it.
AIDA.— Wear whatever you want.
RICARDO.— (*Offstage*) I'll take everything and decide later. I'll leave what I don't use at the church.

RICARDO *comes out with a bag, a stick of butter, a loaf of sandwich bread and a Terma*²⁶.

RICARDO.— For the way.

They kiss.

AIDA.— Let's go.

²⁶ Terma is a non-alcoholic bitter, herbal beverage, very popular in Argentina. (TN)

Scene 9

AIDA and RICARDO, in the car, travel on route number 7. The car is a cream-colored '92 Lada Laika. AIDA drives, RICARDO writes a letter on a piece of paper resting on a plastic cooler he has on his lap.

RICARDO.— So, it goes like this, 'Blah, blah, blah... I'm going to miss you, the money is inside the biscuit tin, but it's for an emergency...'.²⁷

AIDA.— I'd tell her that I'm going to miss her at the end. It's the way it's done. Or you could add a PS.

RICARDO.— You sure there's an OCA²⁷ near the cemetery?

AIDA.— There's one on Forest Avenue, but if we see one before, I'll stop by. Can you pass me the whisky?

RICARDO.— Is it in the cooler?

AIDA.— Next to the tupperware in the thermal bag. On the back.

RICARDO.— (*He turns around and rummages through the things. He grabs a flask.*) Here. I'll read to you as it is. 'Eleo, although we haven't spoken for some time, I want to tell you that I know I did everything wrong, but that it's a bit late...'

AIDA.— That it's late. Now is not the moment to be moderate.

RICARDO.— 'That it's late. Stop. And that death makes one idealise people, but that you don't need to idealise me. Stop. And that you don't need to come see me at the grave. Full stop.'

AIDA.— Don't read the stops.

RICARDO.— 'For me, you were always the best of the two and I was very excited the day you said you were going to follow dentistry like your mother and I was very disappointed when you gave it up and left with Miguel...'

²⁷ OCA is a private postal company in Argentina. (TN)

AIDA.— I don't think it's right for you to make a complaint in your farewell letter.

RICARDO.— Okay, um... Maybe I'll cross out that part. 'Blah, blah... To be honest, I would have liked to see you together with someone else, but I've already accepted it, and if one day you leave him for good, wherever I am, I'll be happy about it.' Well, I could also cross this part out then, but it's going to be too short... 'I want you to know that this has nothing to do with you, that I want to follow my heart, I feel as alive as an animal'.

AIDA.— That's weird.

RICARDO.— It was your idea.

AIDA.— Not like that.

RICARDO.— '... is what I wish now, I'm not sad, I'm happy, don't feel guilty. It's got nothing to do with you.' Well, maybe I can review that as well. How much's left?

AIDA.— Thirty kilometres.

RICARDO.— 'Surely some people will come: the grocer, Ricardo the hairdresser, the guys from the electric cooperative and the mechanic. They'll try to charge you something. Don't give them anything. Tell them that you will have to settle the inheritance first, that you have no solvency...' Is that how we say it, solvency?

AIDA.— Yes.

RICARDO.— I like that word, ha ha. 'The money I borrowed was left in the biscuit tin, but don't use it, because it's for emergencies. I'm going to miss you and I have always loved you as best I could. I'm sorry. Dad. P.S.: throw away the yoghurt in the fridge –I didn't have time– because it's going to smell rotten.'

AIDA.— Didn't you want to add something about the plants?

RICARDO.— Ah, yes. (*He takes note.*) 'When it rains a lot'. No, 'when it doesn't rain much, give the jasmine a little water'. There.

AIDA.— What about your grandson? Aren't you writing to him?

RICARDO.— I wrote to him separately.

AIDA.— There are too many letters, put them in the same envelope.

RICARDO.— But I don't want them to read them all.

AIDA.— You'll be dead, Ricardo. They're going to read them anyways.

RICARDO.— Well, I put Phara's inside the package I made with the toy car, I left it on the back.

AIDA.— And the other one?

RICARDO.— I've already done Francisca's. It's also already enveloped. Aren't you leaving anything?

AIDA.— I left everything to the church. In the will.

RICARDO.— Ah.

Pause.

At home I managed to grab another cassette of the band I had. 'The Famished Scorpion'. Want me to play it?

Pause.

It's like, progressive rock. I don't know if you know... sort of *Diparpel, Emersonleikanpalmer*²⁸.

Pause.

I used to sing very well when I was young.

AIDA.— Play it.

RICARDO *inserts the cassette into the radio slot. A drum plays solo during several minutes. RICARDO sings in unison.*

²⁸ Spanish phonetics for Deep Purple and Emerson, Lake & Palmer.

RICARDO.— (*Singing.*) Oh, *beiiiiibi*²⁹, bread from the eaaaaarth.

A long synthesiser note is played.

The same note is repeated over and over again in alternation with the drums.

There's only saaaalt in the seeeeea.

RICARDO *marks the beat with his head and index fingers.*

Then he pretends to play the drums. He continues singing for a few minutes. He finds no complicity in AIDA. Pause.

It was experimental. Very avant-garde, um... You've sure heard it.

AIDA.— No.

RICARDO.— Well, we were a big thing in the town. We played at a few weddings.

AIDA.— I don't listen to much rock, anyway.

RICARDO.— Sure. That must be it.

Pause.

Would you stop at the service station?

AIDA.— What for?

RICARDO.— I need to pee.

²⁹ *Beibi*, Spanish spelling of "baby", as it sounds. (TN)

Scene 10

Inside Silvia's mausoleum, sitting on Andrés' tomb, they both read prospectuses.

RICARDO.— Pen-to-thal.

Pause.

This says it's two to five milligrams per kilo. I weigh 65. How much would it be then?

AIDA.— I brought the calculator.

She takes out one with a Donald Duck motif and hands it to RICARDO.

RICARDO.— It's Andrés'. Thanks, boy. *(He pats the grave.)*

Pause.

Well, I'll do it with five. And you said it's twice as much to take effect...

AIDA.— I read that in the Vademecum.

RICARDO.— How much do you weigh?

AIDA.— 80-81.

RICARDO.— Oh. Well, I'll do it with 80 which is a round number. It's 80 times 5 times 2, which is... 800 milligrams. And mine... 65 times 5 times 2 is 650. Ah, it was just like doing it times ten, I didn't realise.

Pause.

Mine seems little to me.

AIDA.— Put in some more just in case.

RICARDO.— We dissolve it in water...

He places the powder in bottles of saline solution, mixes them and loads the two syringes.

Ready, I'm already a doctor, ha ha.

AIDA.— I have the lines on this foil. I cooked the ketamine at home. I think it turned out well.

RICARDO.— I'm ready, and you?

AIDA.— Yeah.

Pause.

Shall we?

They both inhale the ketamine from the aluminium foil and lie down on the grave. Pause.

RICARDO.— This is amazing.

Pause. Both of them, completely still, enjoy the feeling.

I've never been so happy.

Pause. AIDA, holding the two syringes in her hand, passes one to RICARDO.

AIDA.— You ready?

RICARDO.— Yeah... Wait!

RICARDO takes out the napkin with the poem from his fanny pack.

Your poem.

AIDA.— *(She takes it in her hands, kisses it and keeps it in her bra).* I'll read it later.

*They inject themselves with Pentothal.
Blackout.*

SECOND PRIX



L'EMBARRAS DE LA CHAIR

VALENTINA DURANTE

Personnages
AÏDA
RICARDO

Scène 1

Une salle de rendez-vous à l'aveugle à Luján. La décoration prétend être somptueuse, mais elle est de mauvais goût et sur le déclin. Toutes les dix minutes une femme à la voix un peu âpre crie « Changez ! ». Les murs sont tendus d'un tissu feutré bordeaux aux détails zèbre. L'éclairage est dichroïque doré. Plusieurs tables sont vides. C'est le printemps et il est sept heures du soir. On entend "Los pasteles verdes".

AÏDA est une femme qui a la soixantaine, un peu robuste et avec des bouffées de chaleur, mais au visage jovial et d'une beauté particulière. Elle porte un chemisier large d'un tissu synthétique crème à motifs qui semblent des traits de peinture orange et noire. Son pantalon orange pastel est assorti à son chemisier. Elle porte des tennnis marron en cuir et a les lèvres peintes en rose nacrée.

RICARDO est grand, mince, et bien qu'il n'ait pas encore soixante-dix ans, il a l'air vieilli. Sa moustache et ses cheveux sont épais et touffus, d'une couleur mi-sel et poivre, mi-roux. Il porte un débardeur en coton blanc qui lui accentue l'embonpoint, un jean droit bleu-ciel et des mocassins en daim avec des chaussettes. Ils sont tous les deux assis à la table. AÏDA prend un smoothie de banane. RICARDO, une bière.

AÏDA : Le petit André on l'a veillé à la maison, au salon. On a trouvé que c'était mieux, plus intime. D'ailleurs, le tout petit cercueil entrainait juste sur la table en bois de la salle à manger. On a profité de ce que maman est douée pour la couture et elle nous a fait deux housses pour la table et pour le cercueil en satin pêche assorties... Je te dis que ça faisait ressortir tous ses traits, hein ? Je m'en souviens clairement : les petits sourcils translucides, la petite peau café au lait et même le petit costume bleu-ciel qu'on lui avait mis lui allait encore mieux par le contraste. Douze heures a duré la réception avec des petits sandwichs et tout le laïus. Après on l'a enterré dans

le mausolée de la famille de Sylvie, là, à la Chacarita. Elle a dit qu'il leur restait une place, parce que le frère est mort en Espagne, et puis pour que nous ne devions pas nous occuper à ce moment-là, tu vois ? C'est plus pratique...

Pause.

RICARDO : Tu sais quoi, moi, je n'ai pas des facilités... Enfin, toute cette question des... des veillées funèbres.

Pause.

Je n'ai pas trop vu de morts, non. Euh... Ha ha. Ça me fait, disons... Impression.

Pause.

Mais j'imagine, hein ? J'imagine que ça a dû être incroyable tout ça. Incroyable, incroyable, d'après ce que tu racontes.
AÍDA : Oui, c'était très joli.

Pause.

RICARDO : Il est bien ce petit costume, bleu-ciel ? Parce que c'est comme atemporel, non ? Je pense.

Pause.

Enfin, quand vous regarderez les photos dans quelques années ça sera toujours à la mode.

Pause.

Comme quoi le bleu va toujours bien. Oui.
AÍDA : Oui, moi aussi je trouve.

Pause.

RICARDO : Encore un petit smoothie ?

AÍDA : Non, merci.

RICARDO : Excuse-moi, c'était Aída, n'est-ce pas ? (*Elle acquiesce en hochant la tête.*) Aída ... Joli prénom.

AÍDA : Nous devons tout savoir de l'autre. Il s'agit de ça ici.

RICARDO : Oui, bien sûr. Vas-y, vas-y...

Pause.

Je veux dire, tu peux continuer à me raconter...

AÍDA : Non, j'ai fini.

RICARDO : Ou non... Ou comme tu veux.

Pause.

Euh... Bon. Ça va, ça va.

Pause.

C'est dur, non ? Ouf.

Pause.

Elle est dure toute cette histoire du petit... André ? C'était bien André ? (*Elle acquiesce en hochant la tête.*) Joli prénom.

AÍDA : Oui, il est très joli.

Pause.

RICARDO : Tu sais, les gens normalement dans les lieux comme celui-ci parlent de choses plus... plus triviales ? Pour ainsi dire. Mais je comprends, je comprends que tu aies besoin de...

Pause.

La fille de la table du coin m'a raconté qu'elle a adopté un serin.

Pause.

Tweety elle l'a nommé.

Pause.

Elle m'a dit qu'en anglais ça signifie « Ficelle ».

Pause.

Tu parles anglais ?

AÍDA : Un peu.

RICARDO : Bien sûr, tu es phénoménale.

Pause.

Bon, quel insensible je suis, non ? Moi je change de sujet alors que tu souffres et que tu as besoin de parler...

AÍDA : Non, non. Pas du tout.

RICARDO : Ah, bon... Euh... Tiens.

Pause.

Tu es bien forte, ha ha.

Pause.

Bon, c'est mieux comme ça alors. C'est mieux comme ça.

AÍDA : Ils étaient à la dinde.

RICARDO : Quoi ?

AÍDA : Les petits sandwichs de ce jour-là, ils étaient à la dinde. Tu aimes la dinde, toi ?

RICARDO : Je n'y ai jamais goûté.

Pause.

(*Regardant sa montre.*) Bon, euh, génial. Tiens, il nous reste quatre minutes. On peut parler de quelque chose comme ça, de quelque chose de joyeux et... On change.

Pause.

Non, pas parce que ça soit mal, hein ? Pas du tout, pas du tout. Mais comme ça on...

Pause.

Un peu et un peu.

Pause.

Comme la vie, ha ha.

AÍDA : Tu veux parler de quoi ?

RICARDO : Je ne sais pas, euh...

Pause.

Mince. C'est que... Bon, je n'ai aucune idée...

Pause.

Tu vois, on se met à penser à quelque chose de drôle et quand on veut que ça vienne, non. Ça ne vient pas, ha ha.

Pause.

C'est comme quand quelqu'un te dit « fais quelque chose de spontané », tu ne peux pas.

Pause.

Il t'est arrivé ça ?

AÍDA : À la vérité, non.

RICARDO : Ha ha.

Pause.

Quel était ton signe ?

AÍDA : Verseau.

RICARDO : Tiens.

Pause.

AÍDA : Ce jour-là, je ne sais pas si je t'ai raconté que Sylvie, celle qui travaille chez un grossiste, avait apporté une bouteille d'ananas fizz, parce qu'elle sait que j'aime ça et que ça me met de bonne humeur. J'en ai bu toute la soirée. À la fin on était tous assez imbibés. Il était un peu chaud, mais comme c'est sucré ça ne se sentait pas tellement. Et on s'est enfilé ça et un vin qu'on avait à la maison. Et avec le mélange, c'était pire. Un jour où on ira à Buenos Aires je te le montrerai le petit André. Tu vas voir qu'on reconnaît le petit tombeau de loin, parce que devant le mausolée je lui laisse, tu ne peux pas savoir la quantité, je lui laisse des œillets blancs, beaucoup, et puis ils durent vachement, tu vois ? D'après mon expérience, ce sont ceux qui durent le plus. Je dis toujours aux gens qu'il ne faut pas se laisser tenter par les jasmins. Tu vas au mois d'octobre et toutes les Boliviennes de la porte veulent t'en vendre, et non. Il ne faut pas en mettre, parce que même si pour le parfum ce sont les plus beaux, ils deviennent marron

en un clin d'œil. Et après ils pourrissent et se collent à la pierre tombale et là, là tu ne les enlèves plus. Peut-être que la prochaine fois je lui apporterai déjà des fleurs en plastique, comme ça je n'aurais plus à m'inquiéter. C'est certainement mieux comme ça.

Pause.

RICARDO : Euh, moi... J'ai des jasmins à la maison. Ceux qui sont tout petits, pas ceux qui sont comme une rose. Ils sont jolis...

AÍDA : Avec de la mayonnaise c'est bon.

RICARDO : Quoi ?

AÍDA : La dinde, au cas où tu voudrais y goûter. C'est comme le poulet, pareil.

Scène 2

Extérieur de la salle de rendez-vous. Les murs sont en brique nue et le soleil se couche. Il y a un panneau lumineux sur lequel on lit « La colombe et le moineau, salle de rendez-vous ». RICARDO fume et AÏDA le regarde. Ils sont debout à côté du conteneur poubelle.

RICARDO : Il fallait un peu d'air après tant d'enfermement.

Pause.

Moi, les murs tendus me donnent de l'allergie. Ils ne doivent pas les nettoyer. *(Il lui propose une cigarette. Ce sont des Chesterfield.)* Tu fumes ?

AÏDA : J'ai arrêté.

Pause.

RICARDO : Par volonté ou pour maladie ?

AÏDA : Pour une promesse.

RICARDO : Que c'est bien.

Pause.

Moi, je me fais couper les cheveux là en face. Il s'appelle comme moi, Ricardo, le coiffeur.

AÏDA : Je pensais que tu t'appelais Roberto.

RICARDO : Ricardo, je m'appelle Ricardo.

Pause.

Lequel tu aimes le plus ?

Pause.

Ricardo ou Roberto ?

AÏDA : Je ne sais pas.

RICARDO : Si tu aimes mieux Roberto, tu peux m'appeler comme ça.

AÏDA : Ne sois pas con.

Pause.

RICARDO : Moi aussi j'ai... Des filles. Deux. Éléonora, 30 ans, et Francisca, 25 ans. Éléonora est la mère de mon petit fils de 7 ans...

Pause.

Elle l'a appelé Pharaon.

Pause.

C'est un nom de chien, si tu me demandes.

AÏDA : Il est rouquin comme toi, ton petit-fils ?

RICARDO : Je ne suis pas rouquin, moi, je suis châtain clair.

AÏDA : Comme tu veux.

Pause.

RICARDO : Peut-être qu'il est un peu rouquin.

AÏDA : J'aimerais le connaître.

RICARDO : Quoi ?

AÏDA : Ton petit-fils.

Pause.

RICARDO : Euh... Bon. Oui, oui, bien sûr. Peut-être...

Pause.

Un autre jour.

AÍDA : Oui. Un autre jour.

Pause.

RICARDO : On ne se voit pas depuis longtemps.

Pause.

Euh... Bon, j'entre... Ou je ne sais pas si tu veux... Aller...

Prendre quelque chose...

AÍDA : Il fait beau. Il ne fait pas chaud.

RICARDO : Oui, à dire vrai, oui.

Pause.

Un tout petit peu gris. Il va y avoir peut-être du vent du sud-est.

AÍDA : Ce n'est pas le pampéro.

RICARDO : Non, non.

Pause.

Euh... Bon, je vais...

AÍDA : Nous pouvons aller au café qui se trouve en tournant la rue et où on fait des petits sandwiches de dinde. Et du coup tu les essaies.

RICARDO : Ah... Oui. D'accord. Oui, oui.

Pause.

Bon c'est mieux, c'est mieux. Fantastique. On récupère nos affaires, alors... Je devrais aller payer...

AÍDA : C'est comme le poulet, pareil.

RICARDO : Oui, oui, tu m'as dit.

Pause.

Comme la viscacha.

Pause.

Je veux dire, c'est comme le poulet.

Pause.

Comme le lapin.

AÍDA : Comme le serpent. On dit ça.

RICARDO : Ha ha.

Pause. RICARDO file dans la salle.

Bon. Moi...

AÍDA : J'aime ton blouson.

RICARDO : Merci.

Scène 3

L'intérieur de la salle d'un café de quartier typique. Les vitrines sont envahies de gâteaux à la crème et de bonbons au chocolat un peu fondu. Sur les étagères il reste quelques viennoiseries écrasées. Il y a aussi quelques sandwiches de pain de mie dans le réfrigérateur. On ne voit pas d'employé. Les persiennes de l'entrée sont demi-fermées. AÍDA et RICARDO sont les seuls clients, ils sont assis au comptoir qui donne sur une rue étroite, déjà noire. AÍDA a commandé un cappuccino. Ils partagent un sandwich de dinde piqué d'un petit drapeau argentin.

RICARDO : Et moi, c'est la première fois que je vais dans cette salle de rendez-vous et je t'assure qu'il est bien ce système d'alterner...

Pause.

C'est comme ça... Dynamique.

Pause.

Je veux dire, c'est comme les temps actuels. On ne sait jamais ce qu'il va se passer le lendemain.

AÍDA : Comme la mort de ton enfant.

RICARDO : Voilà... Par exemple.

Pause.

Ou bien que par surprise tu aies un coup de chance. Tu ne sais pas, tu vois ?

Pause.

Je te le dis, parce que ça m'est arrivé. Aussi incroyable que ça puisse paraître...

Pause.

Cette histoire du coup de chance. Je te le dis, parce que j'ai gagné au loto en 86.

Pause.

Tu n'étais pas au courant.

AÍDA : Non.

RICARDO : Bien sûr. Non, c'est que j'étais devenu célèbre au village. J'ai été le premier ici.

Pause.

On a commencé à me dire « le richard ». Ha ha.

Pause.

Ça ne te dit rien ?

AÍDA : Non.

Pause.

RICARDO : Avec le maire on a fait une publicité. Pour sa campagne : *(Il fredonne)* « La vierge a été le premier miracle et cette fois c'est le tour de Ricardo. Luján, Luján, un village gagnant ! »

Pause.

Tu ne te rappelles pas.

AÍDA : Non, non.

RICARDO : Bon, euh. Je te raconte. C'était génial. Génial, génial. Avec ça je me suis acheté la fourgonnette et ma maison, qui a un jardin. Après, avec l'hyperinflation, tu vois ? Je n'ai pas été assez malin et tout s'est liquéfié. Si j'avais dollarisé l'argent, je pourrais vivre encore sans bosser.

AÍDA : Tu travailles ?

RICARDO : Euh... En réalité, je suis à la retraite.

Pause.

Je fais des voyages avec la fourgonnette quelquefois... Un service, un ami.

Pause.

Mais je travaillais, je travaillais pour l'État, à la Mairie.

Pause.

Entités intermédiaires.

Pause.

Domage que je n'aie pas réussi à avoir un contrat permanent.

AÍDA : Il y a des câpres.

RICARDO : Quoi ?

AÍDA : Dans le sandwich.

RICARDO : Je n'avais pas remarqué.

AÍDA : Je fais un vitello tonnato délicieux. J'aime beaucoup les câpres.

Pause.

RICARDO : Ha ha. Tu as l'esprit de Noël.

Pause.

La dinde, les câpres...

Pause.

Ha ha.

Pause.

Je plaisantais. Excuse-moi si j'ai dépassé les bornes.

AÍDA : Tu veux aller dans un hôtel de passe ?

Scène 4

Dans une chambre d'hôtel à la décoration semblable à celle de la salle de rendez-vous. Les murs, cette fois-ci, sont tendus d'un tissu moutarde avec des arabesques satinés et ont une bande de LED bleu sur la moulure. Les draps sont en satin vert. Tout sent la cigarette. Sur une table basse, à côté du téléviseur à tube de 12 pouces, se trouvent les vêtements de tous les deux soigneusement pliés. RICARDO et AÏDA sont nus et couchés sur le lit, il pose la tête entre ses seins.

RICARDO : Je n'aime pas beaucoup le sexe, moi.

Pause.

Parfois je me masturbe et il n'en sort rien.

Pause.

C'est quand même plus agréable.

Pause.

De me masturber.

Pause.

AÏDA : Moi non plus je n'aime pas beaucoup. Mais ce n'était pas mal.

RICARDO : Merci.

Pause.

Toi aussi tu es assez en forme.

Pause.

Je crois qu'il faut avoir des rapports sexuels à cause de la prostate.

Pause.

Je ne sais pas comment ça se passe pour toi, mais ça peut être une question...

AÏDA : Moi aussi je vais mourir, Roberto.

RICARDO : Ricardo.

Pause.

Oui, bien sûr, c'est logique. C'est logique.

Pause.

Mais tu le dis au sens figuré ?

Pause.

Parce que... Je veux dire, nous allons tous mourir, n'est-ce pas ? Tu n'es pas immortelle, ha ha.

Pause.

Vampire.

Pause.

Quand même, euh, excuse-moi si j'ai été... Insensible. Enfin, je ne sais pas ce que tu es en train de vivre, mais... C'est à dire... Disons que ça va arriver à tout le monde, mais il faut le... retarder. Je ne sais pas... Se faire des examens médicaux.

Pause.

Je me fais beaucoup d'examens de prostate, parce que mon père est décédé à cause de ça.

AÍDA : Je vais mourir bientôt, moi.

RICARDO : Mais tu es malade ? Je veux dire... C'est grave ?

Pause.

Euh, Aída, je le regrette beaucoup... Excuse moi, excuse moi... C'est à dire, j'ai pensé que tu disais « moi aussi je vais mourir », comme ça... En général. Mais si je peux t'aider, je veux dire, si tu as mal quelque part...

AÍDA : Je ne suis pas malade, mais je le pressens.

RICARDO : Ah, bon. Euh... Tant mieux. Ha ha.

Pause.

Bon, il ne faut pas y faire attention.

AÍDA : Toutes les nuits je rêve que je meurs. Donc je sais que ça va bientôt venir. Ce qui est étrange c'est que je ne sens pas ça comme des cauchemars. Ça ne doit pas être si mal que ça, en fin de compte, non ?

RICARDO : Quoi ?

AÍDA : Mourir.

RICARDO : Ah.

Pause.

Je ne me souviens jamais de mes rêves.

Pause.

Euh... Bon, c'est mieux, c'est mieux quand même, n'est-ce pas ?

Pause.

C'est que, à dire vrai, j'ai eu un peu peur, tu imagines si c'était quelque chose de contagieux... Ha ha.

Pause.

Enfin, non que ça doive être contagieux, tu vois...

Pause.

Mais voilà, alors il n'y a pas de quoi s'inquiéter.

AÍDA : Et si on faisait quelque chose ?

RICARDO : Quoi ?

AÍDA : Je ne sais pas.

RICARDO : Quelque chose comme quoi ?

AÍDA : Je ne sais pas, tu n'as envie de rien faire ?

RICARDO : Euh... la soirée ne fait que commencer, mais...

Bon, je ne sais pas si tu aimerais... Parce que tu n'aimes pas, peut-être, tu vois ? C'est peut-être une idée à moi...

AÍDA : Je ne te comprends pas.

RICARDO : Non, c'est qu'il y a « Thèbes » à quelques rues d'ici.

AÍDA : Je ne connais pas.

Pause.

RICARDO : Moi... C'est-à-dire, j'ai la journée libre demain, tu sais.

Pause.

Et après-demain, ha ha.

AÍDA : Je t'aime.

RICARDO : Qu'est-ce que tu dis ?

AÍDA : Que je t'aime.
RICARDO : Merci.

Pause.

Merci d'avoir plié mes vêtements.
AÍDA : Maintenant je t'aide à te rhabiller.

Scène 5

A l'intérieur de la discothèque « Thèbes » située à quelques kilomètres de Luján. L'espace est haut et étroit. Les murs en imitation pierre se terminent par une mezzanine en bois de pin verni. L'endroit était autrefois un bistrot allemand et a connu son heure de gloire dans les années 80. Près de la salle de bains se trouve une cascade qui se reflète sur des miroirs avec des lumières LED aux couleurs changeantes. Le comptoir est doté de colonnes de plâtre blanc de style ionique. Trois plantes en plastique et des ballons complètent la décoration. Il n'y a qu'une quinzaine de personnes. Quelques adolescents vomissent sur le côté. Un policier assis au comptoir flirte avec un travesti. Deux femmes d'une soixantaine d'années, portant des corsets et beaucoup de rouge à lèvres, boivent de la liqueur de melon. Un couple danse dans les bras l'un de l'autre. Le physionomiste dort sur son tabouret et le DJ joue les derniers morceaux de la nuit. AÍDA s'assoit dans le seul fauteuil de la salle et boit une bière. RICARDO danse avec enthousiasme à ses côtés. On entend Kiss.

RICARDO : Je t'avais dit que tu allais aimer cet endroit.

Pause.

Tu fermes les yeux et ouh, ça te transporte.

Pause.

Ça t'envoie dans une autre dimension, tu vois ?

Pause

Ha ha, tu aimes bien la binouze, hein...

Pause.

Bière, café, smoothie... Comme tu es forte, hein ! Ha ha.

Pause.

Bon estomac, c'est ça.

Pause.

Parce que je te dis que pour beaucoup moins que ça...
Regarde.

Pause.

N'aie pas peur, je ne vais pas te raconter, je ne vais pas te raconter. Reste tranquille.

Pause.

Ha ha.

AÍDA : Pas d'herbe ?

RICARDO : Non. Bon, je ne sais pas... Je vais en chercher.

Pause.

Tu es méchante !

AÍDA : Roberto, tu arrêtes.

RICARDO : Excuse moi.

Pause. RICARDO *fait un tour bref et revient les mains vides.*

Viens danser, viens bouger ton corps.

AÍDA : Je vais t'humilier.

AÍDA *se met debout sans lâcher la bière* Palermo. RICARDO *lui donne un baiser et la prend par la taille. Elle le pousse vers le centre de la piste et renversent sans faire exprès l'un des adolescents. Elle danse d'une manière gracile et lui l'applaudit.*

RICARDO : *(En lui enlevant la bière)* Mais quelle aisance !
AÍDA : *(Sur la piste, pendant qu'ils dansent)* Hier j'ai rêvé que j'allais au karaoké « La Curva ». Je chantais, mais la voix qui sortait de moi n'était pas la mienne. Je crois que la chanson était « Trigal » de Sandro, et que ma voix était grave, comme celle des cavernes. La voix sortait de mes viscères, oui, et je ne pouvais pas la reconnaître, mais elle me plaisait et les gens aussi l'aimaient, alors, j'étais contente. Elle avait un son plutôt sensuel, mais elle me faisait aussi un peu peur et je n'arrivais pas à bien moduler la mélodie. Les notes, je veux dire. C'était comme si on comprenait que c'était bien ce morceau-là rien que pour les paroles. « Trigal » terminait et, moi, je remerciais. Il n'y avait pas d'applaudissements, mais je sentais que les gens avaient aimé. Et Silvia était venue avec son petit-fils. Et moi je lui disais qu'un bébé ne devait pas sortir la nuit. Mais on partait du karaoké et il faisait jour et Silvia me disait « T'as vu qu'il faisait jour ? » Et... Tu t'ennuies, Roberto ?

RICARDO : Non, raconte-moi, raconte-moi.

AÍDA : Bon, et on allait avec Silvia et son petit-fils à la basilique, mais ce n'était pas la basilique telle que nous la connaissons. C'était une espèce de petite chapelle jaune, mais je t'assure qu'elle était mieux comme ça. C'était plus intime, pour ainsi dire. Et là on entrait et il y avait une dame qui était Silvia, mais Silvia était à côté de moi. Donc c'était bizarre, parce c'était comme s'il y avait deux Silvia. Et Silvia, l'autre, ne me regardait pas. Je l'appelais et elle ne me regardait pas et elle s'éventait assise en regardant devant elle où il y avait un tout petit christ suspendu au mur humide. Le christ semblait être en céramique, verni en couleurs qui n'étaient

pas extraordinaires, mais normales. Et je me souviens qu'il était tout petit. Il était minuscule sur le mur qui n'était pas non plus si grand que ça. Et Silvia, l'autre, s'éventait et nous trois (ou deux, parce que je ne sais plus s'il y avait encore le petit-fils) lui voyions la nuque. Et un peu au-delà du christ tout petit il y avait le tableau d'un gaucho avec un âne. On aurait dit une photo, mais c'était un tableau. Et la figure du gauche ressemblait à celle de Güemes.

RICARDO : Tiens.

Pause.

AÍDA : Il y a un instant j'ai pensé que tu ressemblais peut être à Güemes quand tu étais jeune. As-tu une photo de quand tu étais jeune ?

RICARDO : Dans le portefeuille.

RICARDO *lui montre la photo.*

AÍDA : Non, tu ne lui ressembles pas.

RICARDO : Je ne vois pas très bien quel était l'aspect de Güemes.

AÍDA : Il portait la barbe. Et de ton petit-fils tu n'as pas de photo ?

RICARDO : Non, sa mère et moi nous nous sommes distanciés. En fait, c'est elle qui s'est brouillée avec moi. Enfin, je ne sais pas.

AÍDA : Je vais prier la petite vierge pour que vous redeveniez amis.

RICARDO : Ne t'en fais pas.

Pause.

RICARDO : Bon, ha ha. Cette fois tu n'as pas rêvé que tu mourais.

AÍDA : Silvia m'étranglait à la fin.

RICARDO : Ah.

AÍDA : Silvia la mienne, pas l'autre.

RICARDO : Ah.

La musique saute d'un genre à l'autre de façon disparate. Ils dansent un slow.

RICARDO : Gouane mor naï, gouane mor naï... Super morceau. Ah, excuse-moi, excuse-moi.

RICARDO *lui marche dessus systématiquement sans qu'elle s'en inquiète beaucoup. Il s'excuse en faisant des gestes à chaque occasion.*

AÍDA : J'arrive tout de suite.

AÍDA *va ensuite parler aux adolescents et RICARDO se dirige vers le sofa. Elle l'intercepte, un joint à la main.*

Tu as du feu ?

RICARDO : (*Il cherche son briquet.*) Je l'ai perdu. Mais je vais en chercher un...

RICARDO *se dirige vers les femmes de la liqueur et leur demande le briquet. Une d'elles salue AÍDA de loin et elle la salue à son tour. RICARDO revient.*

AÍDA : Accompagne-moi aux toilettes.

RICARDO : Mais il ne se passe rien ici.

AÍDA : D'accord, mais cache-moi, parce que celle qui est là est une voisine à moi.

RICARDO *la couvre avec son blouson en cuir. AÍDA fume et lui propose le joint.*

RICARDO : Non, merci.

AÏDA : Roberto.

RICARDO : Ricardo.

RICARDO *accepte. Il fume, étouffe et se met à tousser.*

Ça... Kof kof... Mais je te dis... Kof kof... Ça fait longtemps que je ne...

AÏDA *lui donne la bière.*

RICARDO : Merci, kof kof... Tu es gentille.

Scène 6

À l'extérieur de « Thèbes ». Le bâtiment est en bois et pierre, comme le faisait prévoir l'intérieur. La toiture à deux versants est couverte de tuiles en terre cuite. Le panneau est dépeint et on lit sous le nom de la discothèque « Bistrot allemand 'Le baron de Münchhausen' ». RICARDO est couché sur le bord du trottoir, à côté du conteneur poubelle. Il a des haut-le-cœur et la sueur rend transparent son débardeur. AÏDA est à côté de lui et lui soutient la queue de cheval.

RICARDO : *(Entre deux haut-le-cœur.)* Non, mais ça alors...

C'est... Trop fort... Ça... Pouf

AÏDA : Moi, ça ne m'a rien fait.

RICARDO : Non, moi... Quand j'étais jeune... Avec mes potes de la bande... Je t'assure qu'on... Mais ça... Non, non.

AÏDA : Tu es un faiblard.

RICARDO *va vomir. AÏDA lui tend un seau à glaçons qu'on a jeté dans la rue. Il y a inscrit dessus la marque « Bols ».*

RICARDO *vomit à deux reprises.*

AÏDA : Ta tension a baissé, tu dois manger quelque chose.

C'est un symptôme du cannabis.

RICARDO : Ça va... Mieux, mieux.

AÏDA : Je vais t'acheter un petit coca.

RICARDO : Non, non...

AÏDA : Si.

RICARDO : Je ne veux rien avaler.

AÏDA : Ne me contredis pas.

RICARDO : Tu es médecin ?

AÏDA : Infirmière.

AÏDA *ouvre la porte de la boîte, la bloque du pied et réveille*

le physionomiste d'une secousse. Celui-ci titube et la regarde encore endormi.

AÏDA : (Voix off.) Un Coca-Cola.

AÏDA sort le porte-monnaie et lui vide dans la main un tas de pièces. La plupart tombent par terre et le physionomiste se met à les ramasser. Il va au bar et lui apporte le coca.

AÏDA : (Voix off.) La monnaie.

Le physionomiste lui rend quelques pièces. AÏDA sort avec un Coca-Cola dans une main et soulève les cheveux de RICARDO avec l'autre. RICARDO vomit pendant quelques minutes et tache son blouson.

RICARDO : Là ça va mieux. Ça va mieux...

Pause. Il cesse de vomir.

Ça alors !

AÏDA : Ça doit être le mélange avec l'alcool.

RICARDO : Tu sais que quand j'étais jeune je ne buvais pas beaucoup, moi. Je fumais, ça oui, et je n'ai jamais aimé la cocaïne. Mais j'avais peur, tu vois ? L'alcool me faisait peur à cause de mon papa. Le vieux buvait à cœur joie... Et il devenait agressif. On était terrifiés mes frères et moi de lui répondre. Il était mieux de lui servir un autre petit verre et de lui mettre la radio. Une fois il a cassé la porte d'entrée et on y avait mis un carton, à cause du froid, tu vois ? C'était joli malgré tout. Il entraînait plus de lumière par le trou et depuis la cuisine on voyait les petits arbres du trottoir. Et puis s'il y avait quelqu'un qui jouait au ballon, on faisait immédiatement un match. Maman ne voulait pas que les voisins sachent. Elle a économisé l'argent pour remplacer la porte et elle l'a

franchie. Elle n'est plus revenue, tu vois. Je la comprends. Et puis, à trente ans, avec mes filles, j'ai commencé à boire moi aussi. Et j'ai commencé à faire la même chose. Exactement la même chose que mon père. C'était comme si mon père entraînait dans mon corps chaque fois que je me mettais comme ça. Comme s'il faisait tout à ma place. Et je m'évanouissais la nuit et me levais l'après-midi. J'ai perdu mon emploi... Bah, ils ont eu pitié de moi et je suis devenu un de ces employés qui vont au boulot une fois par mois, le jour de paye, jusqu'à la retraite, il y a quelques années. Mais ce que j'ai perdu, ce sont mes filles. Elles ont franchi la porte, comme maman, et ne sont plus revenues. Une fois, j'étais plus âgé, j'ai eu un accident et une fille de l'âge de Francisca a failli mourir. J'ai failli la tuer, parce que j'étais un ivrogne. Et, là, je me suis rendu compte... Je ne me mets plus comme ça. Je ne le fais plus. Je bois de temps en temps, aujourd'hui une ou deux bières, mais je ne suis plus comme ça. J'espère qu'elles vont le comprendre. Que j'ai tout mal fait, mais que maintenant je suis un autre, tu vois ?

AÏDA : Encore un peu de Coca.

Pause.

RICARDO : C'est peut-être un peu tard.

AÏDA : Eh oui.

RICARDO : On fait ce qu'on peut, non ?

Pause.

Je veux dire, dans la vie, on fait ce qu'on peut.

Pause.

Merci, ma belle. Je t'aime moi aussi.

AÏDA : Tu le dis, parce que tu as bu.

RICARDO : Non, c'est vrai. Tu es...

AÏDA : Ce n'est pas nécessaire.

Pause.

Si tu veux, je t'invite chez moi, c'est tout près d'ici. On peut aller prendre le petit déjeuner. Ça va te faire du bien. Hier j'ai cuisiné des croissants. Ils doivent être encore mous.

Scène 7

Dans la cuisine de la maison d'AÏDA, un HLM en ville. Elle est sombre et soixante-dixarde, avec des carreaux jaune poussin et les joints noircis par les moisissures. Une lampe tulipe rose pend du plafond. Il commence à faire jour. L'eau bout depuis longtemps, mais aucun des deux ne retire la bouilloire du feu. AÏDA avec les cheveux mouillés coiffés en chignon et une robe de chambre en polaire montre à RICARDO, à poil, un cahier de la marque Rivadavia. Sur la table il y a une cloche avec des croissants à la graisse. Seulement RICARDO en mange un.

AÏDA : Et ici il a eu dix en maths, parce qu'il respectait bien le quadrillage de la feuille. « Soigneux et constant. Tu sais faire les additions et les soustractions. Je te félicite, c'est très bien ! ».

RICARDO : Une rime.

Pause.

Il était très intelligent.

AÏDA : Et la rédaction en anglais : "I am Andrew. My family is my mom and my dog. I haven't got a cat." Toi, tu parles anglais ?

RICARDO : Pas un mot.

AÏDA : Il dit qu'il n'a ni chat ni père.

RICARDO : Ha ha.

AÏDA : C'était avant cette histoire de la guerre, quand on a interdit le cours de langue à l'école... Là il n'a plus eu de cours d'anglais. Dommage. Il aimait beaucoup.

RICARDO : Bien sûr.

AÏDA : De toute façon, après le CE2 il n'a plus eu cours du tout, parce qu'il est mort. Il avait neuf ans.

RICARDO : Ah.

AÍDA : « Nous commémorons aujourd'hui le Jour de la Race et Andrés a aidé ses camarades à se maquiller avec du liège et à servir de la soupe de maïs aux parents. Meilleur camarade du mois d'octobre. » Mademoiselle Claudia l'appréciait beaucoup.

RICARDO : Et... Il était très généreux.

Pause.

Tu veux que je retire l'eau ?

AÍDA : J'ai son album d'images du Mondial. Je l'apporte tout de suite. Je le garde encore dans la vitrine avec les verres à pied. S'il y en a une qui te plait, je peux te la donner. Ou bien on peut l'emporter au cimetière.

RICARDO : Euh, bien sûr. Oui, puisque je ne suis pas pressé... On le zieute.

AÍDA : C'est de 82, le Mondial espagnol. Il aimait beaucoup Maradona. Celle-ci je ne peux pas te la donner.

RICARDO : Ne t'en fais pas.

AÍDA sort.

J'aime le foot, moi. Je suis supporter de Talleres.

Pause.

Comme mon papa.

Pause.

(Il imite l'accent.) Il était de Cooordoba.

Pause.

Je t'ai écrit quelque chose.

Pause.

Aída.

Pause.

Quand tu prenais ta douche, tu sais... Un poème.

Pause. RICARDO *plie la serviette avec le poème et la met dans sa poche.*

Euh, délicieux, hein ?

Pause.

Les croissants sont délicieux.

Pause.

AÍDA : *(Voix off.)* Aujourd'hui je vais mourir, Roberto.

Pause.

RICARDO : Qu'est-ce que tu dis ?

AÍDA : *(Voix off.)* Que je vais mourir. Aujourd'hui.

Pause.

RICARDO : Tu es marrante, ha ha.

AÍDA : *(Voix off.)* Je ne plaisante pas.

Pause.

RICARDO : D'amour, ma belle ?

AÍDA : *(Voix off.)* Ne sois pas con.

Pause.

(Elle entre avec l'album d'images.) Tu ne veux pas mourir avec moi ?

RICARDO : Co-comment ça mourir avec toi ?

AÍDA : *(Elle s'assied et laisse l'album sur la table).* C'est ça. J'y ai réfléchi. Je crois que l'heure est arrivée.

RICARDO : Quoi ?

AÍDA : Et il me semble que tu es l'homme indiqué.

RICARDO : Qu'est-ce que tu dis ?

AÍDA : Que tu es l'homme indiqué. Écoute-moi. Je ne vais pas tout te répéter.

RICARDO : Tu-tu-tu es en train de devenir folle. C'est une folie, moi...

AÍDA : Réfléchis. Qu'est-ce qu'il nous reste à faire ici ?

RICARDO : Bon, regarde, je ne sais pas ce que c'est que cette histoire... Ni à propos de quoi... A-A-AÍDA ...

RICARDO *se lève.*

AÍDA : Calme-toi.

RICARDO : Laisse-moi parler ! Excuse-moi, excuse-moi, je-je-je ne veux pas te crier dessus. Et je-je ne veux pas que tu le prennes mal, mais... Écoute, je m'en vais, parce que c'est trop pour moi... Ça suffit, c'était très bien, incroyable, mais moi, comme ça...

AÍDA : Roberto, assieds-toi. Calme-toi. Bois un peu d'eau.

RICARDO : Non.

AÍDA : Tu veux un croissant ?

RICARDO : Non.

AÍDA : Ils ne sont pas empoisonnés. Je ne vais pas te tuer. C'est une proposition que je te fais. Assieds-toi.

RICARDO *s'assied.*

Écoute, si tu sens qu'il te reste encore quelque chose en particulier à faire, nous pouvons le faire avant. Mais il faut accepter, d'accord ? Il n'y a pas d'autre solution. À partir d'un certain âge, on devient un fardeau. Pour les autres, peut-être, mais surtout pour nous-mêmes. Chaque jour, c'est une nouvelle douleur à laquelle nous devons faire face. Chaque jour, les mêmes choses à faire à la maison qui nous exigent plus d'effort que la veille. Un ami qui meurt, une mauvaise nouvelle à la radio. Il n'y a plus rien de nouveau. Rien de nouveau. Et la seule chose que nous faisons, c'est attendre. Attendre, c'est la seule chose que l'on peut faire, pendant qu'on souffre des douleurs sans cesse. Et même peu à peu nous perdons nos sens et nous avons besoin d'aide pour lire les choses, nous pouvons nous déplacer de moins en moins. Nous pouvons bouger moins. Nous devenons de plus en plus petits... Nous commençons à partir. Tu te rends compte que tu commences à partir ? Maintenant. Je le vois tous les jours à l'hôpital. Des gens qui auraient pu partir à l'aise, qui n'avaient plus rien à faire. Mais non. Ils meurent seuls et tristes, incapables de faire quoi que ce soit par eux-mêmes. Méconnaissables. Ce n'est pas ce que je veux pour moi. Ce n'est pas mal de s'accrocher à la vie, mais pour quoi faire ? C'est comme une obligation, quelque chose qu'on nous dit de vouloir. Si le serment d'Hippocrate nous fait promettre de défendre la vie à tout prix, cela n'a aucun sens. Pourquoi rester ? Notre vie n'a d'importance pour personne, la seule chose qui compte est de savoir si nous voulons la vivre.

RICARDO : Je ne sais pas, Aída.

Pause. RICARDO se met à pleurer.

Je veux vivre...

AÍDA : Pour quoi ?

RICARDO : Je ne sais pas. J'ai toujours voulu faire du parachutisme.

Pause.

Et puis réussir dans la musique...

Pause.

J'imagine quand même que je suis vieux pour ces choses-là...

AÍDA : Je peux demander au Père Ramon de faire passer tes morceaux à la radio de l'église. Quant au parachute, Roberto...

RICARDO : Ricardo.

Pause.

Bon, peut-être.

Pause.

RICARDO : Et toi tu ne veux rien faire d'autre ?

AÍDA : Non.

RICARDO : Ah.

Pause.

RICARDO : Tu es sûre ?

AÍDA : Oui, je suis sûre.

RICARDO : Ah.

Pause.

AÍDA : Écoute-moi, nous, on a tout fait. On s'est mariés et on a eu des enfants. On a eu du travail. On a eu de la santé. Allons-nous en ensemble.

Pause.

RICARDO : Je ne sais pas.

Pause.

RICARDO : Ça fait mal ?

AÍDA : Comme ça, non. C'est indolore.

RICARDO : Comme l'eau, ha ha.

Pause.

Ah non, c'est « inodore » ... comme les W.C. publics.

Pause.

« Inodore, incolore, insipide ».

Pause.

Et quand est-ce que tu veux le faire ?

AÍDA : Aujourd'hui.

RICARDO : Aujourd'hui ? Ce n'est pas précipité ? Je veux dire, ce n'est pas mieux de l'organiser ? Pour un autre jour, avec plus de temps...

AÍDA : Moi, aujourd'hui, je trouve que c'est bien.

Pause.

RICARDO : Et tu n'as besoin de rien...

AÍDA : Non.

RICARDO : Tu es sûre ?

AÍDA : Ça suffit. Je n'ai pas envie de gaspiller mon temps avec des discussions connes.

RICARDO : Pardon.

Pause.

AÍDA : Alors, je compte sur toi.

Pause.

AÍDA : Ricardo.

Pause.

RICARDO : D'accord.

AÍDA : Bon, on pourrait sortir dans quatre heures à peu près.

RICARDO : Quatre heures ?

AÍDA : Il faut aller voler chez le vétérinaire, voilà pourquoi le retard.

Pause.

RICARDO : C'est bien.

Pause.

RICARDO : Tu l'as appris.

AÍDA : Qu'est-ce que j'ai appris ?

RICARDO : Mon nom. Tu m'as dit Ricardo.

AÍDA : Je sais que tu t'appelles Ricardo. Merci de m'accompagner.

AÍDA s'approche et lui essuie les larmes avec une serviette. Ils s'embrassent. RICARDO saisit le morceau de papier et se mouche.

Scène 8

RICARDO et AÍDA marchent par une rue non goudronnée dans un quartier de la banlieue de Luján. En marchant, ils laissent tous les deux une trace sinueuse dans la boue, pendant qu'ils évitent les sacs d'ordures, les matériaux de construction et les chiens errants. Elle lui a prêté une veste gymnastique dorée avec des liserés fluorescents, qu'il porte sur ses épaules.

AÍDA, qui a changé de vêtements et porte désormais une robe à bretelles fleurie avec un imperméable jaune et un sac à main en cuir grainé, marche d'un pas assuré et nettement plus vite que RICARDO. RICARDO, quant à lui, grelotte de froid et se retourne de temps à autre pour vérifier qu'ils ne sont pas suivis. Les maisons sont basses, espacées et de plus en plus précaires. La bruine couvre d'argent toutes les surfaces.

AÍDA : *(Chantant.)* Sainte Marthe, Sainte Marthe a un train, Sainte Marthe a un train, mais pas de tram. Sainte Marthe, Sainte Marthe a un train, Sainte Marthe a un train, mais pas de tram...

RICARDO : Tu trouves, Aída ?

AÍDA : Ne deviens pas aigre. C'est une belle aube. *(Elle fredonne.)*

RICARDO : Tu es sûre que c'est le chemin ?

AÍDA : Oui. Il faut continuer par Los Ceibos et tourner rue Dr. Salas.

RICARDO : C'est que je n'aime pas, je n'aime pas du tout ça.

Pause.

RICARDO : Tu as bien caché le paquet ?

AÍDA : Je l'ai mis dans le soutien-gorge. Ça va être amusant.

RICARDO : Tu m'avais dit qu'il fallait aller à la vétérinaire, mais pas qu'on venait de ce côté-là.

AÍDA : Il n'y avait pas de kétamine à la vétérinaire.
RICARDO : Et c'est très important ?
AÍDA : C'est l'analgésique. C'est la meilleure combinaison.

Pause.

RICARDO : Et tu le connais, ce garçon-là ?
AÍDA : Je l'ai soigné pour une surdose deux fois à l'hosto.
Maintenant il a appris et il vend seulement.
RICARDO : Bien sûr.

Pause.

Et qu'est-ce qu'il t'arrive quand tu le prends ? Je veux dire, qu'est-ce qu'il t'arrive... Je ne sais pas... Dans le corps. Qu'est-ce que tu sens ?
AÍDA : La kétamine est un analgésique. Ça peut causer des hallucinations, mais elle te détend surtout. On s'en sert parfois à l'hôpital, mais maintenant il n'y en a pas. Ce sont les vétérinaires qui l'utilisent davantage. Quant à l'autre truc, je ne saurais pas te dire.
RICARDO : Et comment tu sais que ça marche ?
AÍDA : Tu n'as jamais vu comment on endormait un chien ? Bon, c'est comme ça.
RICARDO : Nous pouvons passer chez moi ? C'est tout près d'ici. Comme ça, je prendrai mes affaires.
AÍDA : Pour quoi tu veux tes affaires ?
RICARDO : Je veux me changer.
AÍDA : D'accord. Profites-en pour prendre ta musique, comme ça on la laissera à la basilique. Au père Ramón.
RICARDO : C'était vrai ?
AÍDA : Je ne mens jamais.
RICARDO : C'est tout près d'ici.
AÍDA : Tu ne m'avais pas dit que tu habitais à Santa Marta.

Ils marchent quelques centaines de mètres.

AÍDA : Tu as cinq minutes, on nous attend.

Ils arrivent à la maison. RICARDO entre.

RICARDO : *(Voix off.)* Le costume, c'est trop ?
AÍDA : C'est trop.
RICARDO : *(Voix off.)* Mais j'aime, moi.
AÍDA : Mets ce que tu veux.
RICARDO : *(Voix off.)* J'emporte tout et je déciderai plus tard. Ce qu'il reste je le laisserai à l'église.

RICARDO sort avec un sac, du beurre, du pain et une bouteille de Terma.

RICARDO : Pour le chemin.

Ils s'embrassent.

AÍDA : On y va.

Scène 9

AÍDA et RICARDO dans la voiture roulent sur la route 7. C'est une Lada Laika crème de l'année 92. AÍDA conduit, RICARDO écrit une lettre en posant la feuille de papier sur un frigo portatif.

RICARDO : Alors, voici ma lettre, « Bla, bla, bla... Tu vas me manquer, l'argent se trouve dans la boîte à gâteaux, mais c'est pour une éventuelle situation d'urgence... »

AÍDA : Je lui dirais qu'elle va me manquer à la fin. C'est comme ça normalement. Ou tu pourrais ajouter un postscriptum.

RICARDO : Tu es sûre qu'il y a un bureau de poste près du cimetière ?

AÍDA : Il y en a un avenue Forest, sur notre chemin, mais si j'en vois un avant, j'arrête. Tu me files le whisky ?

RICARDO : Il est dans le Tupperware ?

AÍDA : À côté du Tupperware, dans le sac thermique. Derrière.

RICARDO : (*Il se retourne et fouille. Il prend une flasque.*) Tiens. Je te lis pour que tu voies. « Éléo, même si ça fait longtemps qu'on ne se parle pas, je veux te dire que je sais que j'ai tout mal fait, mais que désormais c'est un peu tard... »

AÍDA : Que c'est tard. Ce n'est pas le moment de devenir relatifs.

RICARDO : « Que désormais c'est tard. Point. Et qu'avec la mort on idéalise les gens, mais il n'est pas nécessaire que tu m'idéalises. Ni que tu viennes me voir au tombeau. Point. »

AÍDA : Ne lis pas les points.

RICARDO : « Pour moi, tu as toujours été la meilleure de toutes les deux et je me suis beaucoup ému le jour où tu m'as annoncé que tu allais suivre des études d'odontologie

comme ta mère, et ça m'a beaucoup déçu quand tu les as abandonnées pour partir avec Miguel... »

AÍDA : Je ne trouve pas ça bien que tu lui adresses des reproches au moment des adieux.

RICARDO : D'accord, euh... Peut-être que je barre cette partie-là. « Bla, bla... À dire vrai, j'aurais aimé que tu formes un couple avec quelqu'un d'autre, mais je l'ai déjà accepté, et si un jour tu le quittes pour toujours, où que je sois, je deviendrai content. » Enfin, cette partie je pourrais aussi la barrer, alors, mais la lettre sera trop courte... « Je veux que tu saches que tout ça n'a rien à voir avec toi, que je veux suivre mon cœur, je me sens vivre comme un animal... »

AÍDA : C'est bizarre, ça.

RICARDO : C'était ton idée à toi.

AÍDA : Pas comme ça.

RICARDO : « ... c'est ce que je souhaite maintenant, je ne suis pas triste, je suis joyeux, ne culpabilise pas. Ça n'a rien à voir avec toi. » Bon, je devrais peut-être revoir ça encore. Il manque beaucoup ?

AÍDA : Trente kilomètres.

RICARDO : « Il y aura certainement quelqu'un de l'épicerie, Ricardo le coiffeur, ceux de la Coopérative d'électricité, et le mécanicien, qui vont venir pour que tu les paies. Ne leur donne rien. Dis-leur qu'il faudra avant résoudre la succession, que tu n'as pas de solvabilité. On dit « solvabilité » ?

AÍDA : Oui.

RICARDO : J'aime ce mot-là, ha ha. « L'argent qu'on m'a prêté se trouve dans la boîte à gâteaux, mais ne le dépense pas, sauf en cas d'urgence. Tu vas me manquer et, comme j'ai pu, je t'ai toujours aimée. Pardon. Papa. P.S. : mets à la poubelle le yaourt du frigo, je n'ai pas eu le temps de le jeter, parce que ça va puer. »

AÍDA : Tu ne voulais pas ajouter quelque chose sur les plantes ?

RICARDO : Ah oui, (*Il note.*) « Quand-il-pleu-vra-beau-

coup ». Non, « Quand-il-ne-pleu-vra-pas-beau-coup-arrose-un-peu-le-jas-min. » Voilà.

AÍDA : Et à ton petit-fils ? Tu ne lui as pas écrit ?

RICARDO : Je lui ai écrit à part.

AÍDA : Ça fait beaucoup de lettres, mets-les dans la même enveloppe.

RICARDO : Mais je ne veux pas qu'on les lise toutes.

AÍDA : Tu seras mort, Ricardo. Ils les liront de toute façon.

RICARDO : D'accord, celle de Phara je l'ai mise dans le paquet que j'ai fait avec la petite voiture que je lui laisse comme cadeau.

AÍDA : Et l'autre ?

RICARDO : Celle de Francisca je l'ai déjà écrite. Elle est aussi dans une enveloppe. Toi, tu ne laisses rien ?

AÍDA : J'ai tout laissé à l'église. Sur mon testament.

RICARDO : Ah.

Pause.

J'ai réussi à prendre à la maison une autre cassette de ma bande. « Le Scorpion affamé ». Tu veux que je la mette ?

Pause.

C'est comme ça, du rock progressif. Je ne sais pas si tu connais... Genre Diparpel, Emersonleikanpalmer.

Pause.

Je chantais très bien quand j'étais jeune.

AÍDA : Mets-la.

RICARDO *insère la cassette dans la radio cassette. On entend un solo de batterie de plusieurs minutes. RICARDO chante à l'unisson.*

RICARDO : (*En chantant.*) Oh, beiiiiibi, pain de la teeerre.

On entend une note longue de synthétiseur. La même note se répète encore et encore alternativement avec la batterie.

Il y a du seeeel seulement dans la meeeer.

RICARDO *marque le rythme avec la tête et les index. Puis il fait semblant de jouer de la batterie. Il continue à chanter pendant quelques minutes. Il ne trouve pas de complicité chez*
AÍDA. *Pause.*

C'était expérimental. Très avant-garde, euh... Tu l'as certainement écouté.

AÍDA : Non.

RICARDO : Bon, on avait fait sensation au village. On a joué dans quelques fêtes de mariage

AÍDA : Je n'écoute pas beaucoup de rock, de toute façon.

RICARDO : Bien sûr. C'est pour ça.

Pause.

Tu arrêtes à la station-service ?

AÍDA : Pour quoi ?

RICARDO : J'ai besoin de faire pipi.

Scène 10

À l'intérieur du mausolée de Silvia, assis sur le tombeau d'Andrés, ils lisent tous les deux des prospectus.

RICARDO : Pen-tho-tal.

Pause.

Là on dit qu'il faut 2 à 3 milligrammes par kilo. Je pèse 65 kilos. Combien ça ferait ?

AÍDA : J'ai apporté la calculatrice.

Elle en sort une à motifs Donald Duck et la donne à RICARDO.

RICARDO : Celle d'Andrés. Merci, jeune garçon. *(Il donne quelques petites tapes sur le tombeau.)*

Pause.

D'accord, je le prépare avec 5. Et tu avais dit qu'il fallait le double pour que ça fasse de l'effet...

AÍDA : Le double, j'avais lu sur le vademécum.

RICARDO : Tu pèses combien ?

AÍDA : 80-81 kilos.

RICARDO : Tiens. Bon, je le prépare avec 80 qui est un chiffre rond. 80 fois 5 multiplié par 2 est égal à... 800 milligrammes. Et pour moi... 65 fois 5 multiplié par 2 est égal à 650. Ah, c'était pareil à multiplier par dix, je n'avais pas remarqué.

Pause.

On dirait que c'est peu pour moi.

AÍDA : Mets un peu plus, au cas où.

RICARDO : On le dissout dans l'eau...

Il met la poudre dans des flacons de solution physiologique, la mélange et charge les deux seringues

Ça y est, je suis déjà docteur, ha ha.

AÍDA : Les lignes, je les ai dans ce papier aluminium. J'ai cuisiné la kétamine à la maison. Je crois que c'est bien.

RICARDO : Je suis prêt. Toi ?

AÍDA : Oui.

Pause.

On y va ?

Ils inhalent tous les deux la kétamine du papier aluminium et s'allongent sur le tombeau. Pause.

RICARDO : C'est incroyable.

Pause. Ils profitent tous les deux dans la quiétude de la sensation.

Je n'ai jamais été aussi heureux.

Pause. AÍDA, qui soutient les deux seringues, en donne une à RICARDO.

AÍDA : Tu es prêt ?

RICARDO : Oui... Arrête !

RICARDO *sort de sa banane la serviette avec le poème.*

Ton poème.

AÏDA : *(Elle le prend entre ses mains, lui donne un baiser et le garde dans le soutien-gorge.)* Je le lirai après.

Ils s'injectent le Penthotal.

Noir.

ÍNDICE



Prólogo	7
1er Premio	11
<i>¡Oh cabezas locas de las religiosas!</i> , Mia Miceli	
<i>Ah cabeças loucas das religiosas!</i> , Mia Miceli	49
Tradução ao português: Sandra Andreoli	
<i>Oh those religious crazy heads!</i> , Mia Miceli	89
Translated by María Colaneri	
<i>Ô têtes folles de religieuses !</i> , Mia Miceli	129
Traduction de Valeria Castelló-Joubert	
2do Premio	
<i>El estorbo de la carne</i> , Valentina Durante	171
<i>O estorvo da carne</i> , Valentina Durante	221
Tradução ao português: Sandra Andreoli	
<i>The hindrance of the flesh</i> , Valentina Durante	271
Translated by María Colaneri	
<i>L'embaras de la chair</i> , Valentina Durante	321
Traduction de Valeria Castelló-Joubert	

